



CÓMO HACER DE UN NIÑO UN PSICÓPATA

Claves psicológicas de la violencia

José Martín Amenabar Beitia



Índice

Prólogo

Presentación

1. Guía de contenidos
2. Público destinatario
3. Agradecimientos
4. Notas del autor
5. Correspondencia

Capítulo I

Una labor de búsqueda a través del homicidio

- I.1. Dicotomía del superyó
- I.2. Caso Rosado
- I.3. Narcisismo y proyección
- I.4. La necesidad de sentir
- I.5. Respuesta frente a lo displacentero y pulsión de muerte
- I.6. Acerca de la naturaleza humana
- I.7. La herida narcisista

Capítulo II

Entrevistas en profundidad con un recluso

- II.1. Las parcelas del «self»
- II.2. Análisis del discurso y subjetividad
- II.3. Caso Oruan
 - II.3.1. Doble personalidad y efectos del alcohol
 - II.3.2. Proyección de la culpa
 - II.3.3. Percepción del hombre y labor de desenmascaramiento
 - II.3.4. Autoridad no reconocida
 - II.3.5. Crítica de los otros y castigo
 - II.3.6. Cadena de violaciones y relaciones con las mujeres
 - II.3.7. Vulnerabilidad, carencia afectiva y depresión
- II.4. Un callejón sin salida

Capítulo III

Los delincuentes violentos también son seres humanos

- III.1. Sentimiento de venganza
- III.2. De la venganza a la justicia
- III.3. Cuando el criminal es excluido del registro humano
- III.4. Caso Arizmendi
- III.5. Consecuencias jurídicas y control interno
- III.6. La inclusión de (todo) lo criminal en el registro humano

Capítulo IV

Integración psicológica y relaciones interpersonales

- IV.1. Uso del objeto
- IV.2. La alteridad
- IV.3. Lo peligrosamente próximo
- IV.4. Discurso colonizador
- IV.5. Integración del sí mismo

Capítulo V

Padre protector versus padre persecutorio

- V.1. Desobediencia y proceso de individuación
- V.2. articulación con la ley
- V.3. Caso El Hombre de Hielo

- [V.4. Elaboración «versus» repetición](#)
- [V.5. La actitud desafiante de un niño](#)
- [V.6. La incidencia de la paternidad](#)

[Capítulo VI](#)

[Los psicópatas](#)

- [VI.1. Empatía](#)
- [VI.2. Psicopatía y criminalidad](#)
- [VI.3. Sadismo](#)
- [VI.4. Crimen psicopático «versus» crimen delirante](#)
- [VI.5. ¿Ausencia de sentimiento de culpa?](#)
- [VI.6. Vida afectiva](#)

[Capítulo VII](#)

[Sadomasoquismo versus sadismo](#)

- [VII.1. Lo social en la sexualidad](#)
- [VII.2. La dominación regulada](#)
- [VII.3. A los pies de una diosa](#)
- [VII.4. La transmutación del dolor en placer](#)
- [VII.5. El buen hacer del dominante](#)
- [VII.6. La dominación desbordante, sin cortapisas](#)
- [VII.7. Por la tolerancia hacia las diferentes prácticas sexuales consensuadas](#)

[Capítulo VIII](#)

[El hombre machista y maltratador](#)

- [VIII.1. La violencia de pareja](#)
- [VIII.2. El machismo](#)
- [VIII.3. La adscripción al ideario machista](#)
- [VIII.4. El miedo a la mujer](#)
- [VIII.5. El afán de posesión y control](#)
- [VIII.6. Por una relación simétrica y respetuosa](#)

[Capítulo IX](#)

[El cultivo de la salud mental](#)

- [IX.1. Dependencia infantil](#)
- [IX.2. Sostenimiento y aplicación racional de límites](#)
- [IX.3. Intervenciones nocivas](#)
 - [IX.3.1. Insensibilidad ante el llanto](#)
 - [IX.3.2. Uso del miedo](#)
 - [IX.3.3. Prohibiciones perjudiciales](#)
 - [IX.3.4. Maltrato «educativo»](#)
- [IX.4. Intervenciones saludables](#)
- [IX.5. Los cultivadores](#)

[Capítulo X](#)

[El talante grupal](#)

- [X.1. El impacto social de la singularidad](#)
- [X.2. La plaga emocional](#)
- [X.3. La convivencia entre diferentes](#)
- [X.4. El acercamiento social a la niñez](#)

[Epílogo](#)

[Bibliografía](#)

**CÓMO HACER DE UN NIÑO
UN PSICÓPATA**
CLAVES PSICOLÓGICAS DE LA VIOLENCIA
Colección Psicología Universidad

José Martín Amenabar Beitia

**CÓMO HACER DE UN NIÑO
UN PSICÓPATA
CLAVES PSICOLÓGICAS DE LA VIOLENCIA**

Prólogo de José Guimón

BIBLIOTECA NUEVA

siglo xxi editores, s. a. de c. v.

CERRO DEL AGUA, 248, ROMERO DE TERREROS,
04310, MÉXICO, DF
www.sigloxxieditores.com.mx

salto de página, s. l.

ALMAGRO, 38,
28010, MADRID, ESPAÑA
www.saltodepagina.com

editorial anthropos / nariño, s. l.

LEPANT, 241,
08013, BARCELONA, ESPAÑA
www.anthropos-editorial.com

siglo xxi editores, s. a.

GUATEMALA, 4824,
C 1425 BUP, BUENOS AIRES, ARGENTINA
www.sigloxxieditores.com.ar

biblioteca nueva, s. l.

ALMAGRO, 38,
28010, MADRID, ESPAÑA
www.bibliotecanueva.es

La publicación de este libro ha sido posible gracias al apoyo de Rekreum.



© José Martín Amenabar Beitia, 2014

© Editorial Biblioteca Nueva, S. L., Madrid, 2014

Almagro, 38, 28010 Madrid

www.bibliotecanueva.es

editorial@bibliotecanueva.es

© Rekreum, S. L., Bilbao, 2014

ISBN: 978-84-9940-997-9

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sigs., Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Prólogo

José Martín Amenabar, un destacado psicólogo de la Universidad del País Vasco, reúne en este libro importantes reflexiones, algunas de ellas publicadas previamente, sobre el problema de la violencia. Digamos enseguida que el contenido más original del texto se apoya en su experiencia personal entrevistando en diversas cárceles mexicanas, a veces durante años, a un conjunto de presos condenados por graves delitos como homicidios y violaciones. No son frecuentes este tipo de testimonios, aunque algunos ejemplos los podemos encontrar en el apasionado relato, en el libro *A sangre fría*, de Truman Capote sobre su relación con los asesinos que luego serían ajusticiados en Kansas o en el conjunto de historias clínicas recogidas por el profesor de psiquiatría legal de la Universidad de Columbia de Nueva York, M. Stone, sobre un amplio abanico de psicópatas delincuentes.

La aproximación de Amenabar a la violencia conlleva la aceptación de una «agresión maligna» (¿pero es que hay una agresión benigna?), variante de la necesaria agresividad que posee el ser humano para adaptarse al mundo, en una concepción que Erich Fromm¹ desarrolló en su libro *Anatomía de la destructividad humana* (1975). Para los darwinistas se trata de una conducta biológicamente no adaptativa que lleva al sadismo, a la destructividad.

En los distintos capítulos de su libro, Amenabar reflexiona sobre las principales manifestaciones de la agresión maligna en la sociedad actual, salpicando sus descripciones y explicaciones con viñetas clínicas de homicidios múltiples, violaciones, violencia de pareja y comportamientos sádicos, al mismo tiempo que llama la atención sobre las circunstancias de vida que van trazando y configurando la personalidad psicopática.

A este respecto, hay que señalar que la denominación de psicopatía es erróneamente utilizada entre el público y los medios de difusión en general como equivalente a locura o psicosis, término este último que se utiliza en Europa desde mediados del siglo XIX y que se refiere específicamente a trastornos mentales (como la esquizofrenia, la manía, etc.) caracterizados por alucinaciones, ideas delirantes y dificultades de contacto con la realidad. Desafortunadamente la psiquiatría oficial no aclara suficientemente este confucionismo.

La «personalidad antisocial» (o en su denominación completa «trastorno antisocial de la personalidad») es quizás el término más frecuentemente utilizado. Entre el 65-75 por 100 de los criminales convictos (y aproximadamente el 4 por 100 de la población) presenta este trastorno, una versión adulta de los trastornos de conducta juveniles. Son sujetos que apenas muestran ansiedad y no sienten culpabilidad ante sus acciones delictivas. Cuando cometen delitos graves, según la mayoría de los autores, no hay tratamiento eficaz para ellos más que recluirlas en una unidad de seguridad con reglas muy estrictas.

La «sociopatía» es la siguiente etiqueta más utilizada, estimando la Asociación Psiquiátrica Americana una prevalencia del 3 por 100 de la población. Y luego estaría la denominación de «psicopatía», que afectaría a un 1 por 100 de la población. Pero, como hemos sugerido, la psicopatía es un concepto muy debatido, caracterizado por

un aplanamiento de las emociones (en particular una disminución del miedo), tolerancia aumentada al estrés, ausencia de empatía y de culpabilidad, frialdad afectiva, egocentrismo, atractivo superficial, manipulación, irresponsabilidad, falta de planificación, impulsividad y conductas antisociales (como estilo de vida parásito y criminalidad). Es un concepto ampliamente utilizado en la justicia criminal y popular entre el público en general. La mayoría de la sociedad les ve como criminales, excepto sociedades en guerra en la que se convierten en héroes, patriotas o líderes. Hay que distinguirlos de las personas que presentan exclusivamente conductas criminales porque, como dice Hare, «la mayoría de los psicópatas son antisociales pero no todas las personalidades antisociales son psicópatas».

El instrumento más utilizado para medir la psicopatía es la lista de Hare. Hay un cuestionario, el «Psychopathy Checklist-Revised» (PCL-R; Hare, 2003)², que identifica cuatro factores en la psicopatía (factor 1 interpersonal, factor 2 afectivo, factor 3 estilo de vida y factor 4 antisocial). Existe otra lista más reciente, el Inventario de Personalidad Psicopática (PP1) con dos factores principales (1: falta de temor y 2: antisociabilidad impulsiva). Por su parte, el equipo de investigadores que está realizando la nueva clasificación de la Asociación Psiquiátrica Americana (DSM-5)³ evalúa la personalidad de estos pacientes utilizando una escala de valoración (de 5 puntos, según su gravedad) de determinadas características (insensibilidad, agresividad, manipulación, hostilidad, engaño, narcisismo, irresponsabilidad, inquietud, impulsividad).

El diagnóstico de personalidad antisocial afecta a 2 o 3 veces más prisioneros que los que son evaluados como psicópatas. La mayoría de los criminales que puntúan alto en el PCL-R también califican para los criterios del TAP (Trastorno Antisocial de la Personalidad), pero la mayoría de los que califican para el TAP no puntúan alto en el PCL-R.

Se ha descrito desde hace años que los psicópatas tienen una excitación autonómica pobre ante el castigo o ante los acontecimientos aversivos, como se observa en la respuesta psicogalvánica de la piel⁴. Recientemente se ha encontrado con resonancia magnética que los psicópatas asesinos presentan anomalías funcionales en la amígdala (una estructura del sistema límbico, el cerebro más «primitivo» en la evolución)⁵ y alteraciones de conexión con el córtex orbitofrontal, que es el que gestiona la toma de decisiones morales. Parece que tienen además disfunciones en otras zonas⁶, como el área cingulada anterior, en la que reside una evaluación de las consecuencias de la conducta que se planea llevar a cabo. Todo ello predispondría a la conducta violenta, pero esos hallazgos, hoy por hoy, no permiten predecir la conducta agresiva de un futuro criminal.

En su consideración de la violencia, Amenabar no niega los posibles condicionantes biológicos pero, dada su vocación y su formación psicodinámica, lo que nos ofrece es un excelente estudio acerca de los rasgos de personalidad y de los mecanismos inconscientes de los sujetos violentos, las vicisitudes del desarrollo infantil y la influencia de la familia y de la sociedad en el desencadenamiento de las potencialidades destructivas.

Freud escribió en 1928⁷ que en un criminal hay dos rasgos esenciales: egoísmo sin límites y necesidad intensa destructiva. Dijo que como base común a esos rasgos y como condición necesaria para su expresión está la ausencia de amor y la incapacidad de una apreciación emocional de los objetos (humanos). Actualmente la personalidad de un psicópata se describe de forma parecida: narcisismo patológico⁸ y agresividad cruel, además de la ausencia de una vinculación (attachment) emocional hacia los demás.

Los psicópatas presentan un desapego crónico de los demás que, según Bowlby⁹, consiste en apatía, auto-absorción, preocupación con objetos no humanos y falta de manifestación de las emociones. Él¹⁰ pensó, estudiando una muestra en el Hospital Bellevue, que ello era debido a un rechazo constante de la madre. Los individuos con desapego tienen una percepción positiva de sí mismos y negativa de los demás. Fonagy¹¹ dice que la causa es una incapacidad de «mentalizar», es decir, la imposibilidad de concebir a los demás con una mente separada, única. Otras áreas de investigación tienen que ver con el estudio de la violencia deliberada y sin emoción¹² y la fuerte asociación entre sadismo y psicopatía.

Amenabar, que es asesor de Rekream, un centro especializado en la estimulación de las capacidades emocionales e intelectuales desde la infancia, nos refiere cuáles son las pautas relacionales saludables y qué pautas son patógenas. En su libro se percibe la influencia de los psicoanalistas que subrayan el papel de la familia y de la sociedad como moldeadoras de las disposiciones infantiles, tales como Karen Horney¹³, Winnicott, Dolto, Wilhelm Reich y el ya citado Erich Fromm, quien, por cierto, vivió en la ciudad de Cuernavaca, donde también Amenabar ha vivido durante varios años y en cuya universidad pública trabajó antes de incorporarse a la Universidad del País Vasco.

Amenabar critica las respuestas públicas excesivas que a veces producen los actos delictivos violentos, haciendo un análisis discriminador entre lo que es venganza y lo que es justicia en función de las comprensibles reacciones de los afectados directamente por los crímenes y de la sociedad en general, recordando que «los delincuentes violentos también son seres humanos» y que los derechos humanos también deben aplicarse a ellos.

Amenabar ha escrito un libro con aportaciones y reflexiones muy interesantes. Este tipo de esfuerzos son muy necesarios a la hora de abordar las problemáticas psicológicas que sustentan un número creciente de conductas criminales y antisociales en nuestra sociedad occidental. Se trata de una obra madura, reflexiva y ponderada que sin duda será de provecho para todas aquellas personas que se interrogan y preocupan por las muestras polimorfas de la violencia que diariamente invaden los medios de comunicación y nuestras vidas.

José Guimón
Catedrático de Psiquiatría
Universidad del País Vasco

¹ E. Fromm, *Anatomía de la destructividad humana*, México, Siglo XXI, 1975.

² R. Hare, *Hare psychopathy checklist-revised 2nd edition technical manual*, Toronto, Multihealth

Systems, Inc, 2003.

[3](#) M. B. First, C. C. Bell, B. Cuthbert, J. H. Krystal, R. Malison y D. R. Offord *et al.*, «Personality Disorders and Relational Disorders», en D. J. Kupfer, M. B. First, D. A. Regier (eds.), *A Research Agenda For DSM-V*, American Psychiatric Association, 2002, pág. 164, 6.

[4](#) J. Ogloff y S. Wong, *Electrodermal and cardiovascular evidence of a coping response in psychopaths. Criminal Justice and Behavior*, 1990, 17, págs. 231-245.

[5](#) K. Kiehl, A. Smith, R. Hare, A. Mendrek, B. Forster, J. Brink *et al.*, *Limbic abnormalities in affective processing by criminal psychopaths as revealed by functional magnetic resonance imaging*, *Biol Psychiatry*, 2001, 50, págs. 677-684.

[6](#) K. Kiehl, A. Smith, A. Mendrek, B. Forster, R. Hare y P. Liddle, *Temporal lobe abnormalities in semantic processing by criminal psychopaths as revealed by functional magnetic resonance imaging*, *Psychiatry Research, Neuroimaging*, 2003, 130, págs. 27-42.

[7](#) S. Freud, *Dostoevsky and parricide*, Standard Edition, 1928, págs. 177-194.

[8](#) O. F. Kernberg, «Neurosis, psychosis and the borderline states», en A. M. F. Kaplan y J. Sadock (eds.), *Comprehensive Textbook of Psychiatry*, Baltimor, Williams & Wilkins, 1980.

[9](#) J. Bowlby, *Attachment and loss. Separation, anxiety and anger*, Londres, Hogarth Press, 1973.

[10](#) J. Bowlby, *Forty-four juvenile thieves: Their characters and homelife*, *Int J Psychoanalysis*, 1944, 25, págs. 121-124.

[11](#) P. Fonagy, «Attachment, the development of the self, and its pathology in personality disorders», en Derksen *et al.* (ed.), *Treatment of personality disorders*, Nueva York, Kluwer Academic/Plenum, 1999, págs. 53-68.

[12](#) J. Meloy, «Antisocial personality disorder», en G. Gabbard (ed.), *Treatments of psychiatric disorders*, 4.^a ed., American Psychiatric Press, 2006.

[13](#) K. Horney, *La neurosis y el desarrollo humano*, Buenos Aires, Psique, 1955.

*A mi esposa e hijo,
a mis padres y hermana*

Presentación

Cuando veas a una buena persona, trata de imitarla; cuando veas a una mala persona, examínate a ti mismo.

Confucio

Saludos, amigo lector. Después de mucho tiempo de dedicación, y habiendo transitado por diversas dificultades y complicaciones, te puedo dar a conocer, con mucha ilusión, esta criatura mía, que espero resulte digna de tu consideración y aprecio.

La idea del libro surgió cuando ya tenía publicados de manera dispersa varios artículos y capítulos acerca de la violencia. Me parecía interesante aunarlos y darlos a conocer de manera unitaria, para que el lector dispusiera del conjunto de mis aportaciones y reflexiones. Contaba en ese momento con el material que ha dado lugar a la elaboración de los cinco primeros capítulos. Y a partir de ahí fui escribiendo otros trabajos, dos de los cuales han sido publicados en fechas relativamente recientes, que siempre los visualizaba como partes de un todo. He de comentar, a este respecto, que los capítulos correspondientes a trabajos ya publicados los he reelaborado en mayor o menor medida, realizando modificaciones que fundamentalmente afectan al estilo literario.

Quizá le resulte interesante al lector acercarse a una panorámica de los asuntos con los que va a encontrarse a lo largo de las páginas del libro. De hecho, esta es una de las razones por las que he decidido escribir la presentación, así como para referir la experiencia investigadora de la que parto, el público al que me dirijo y los agradecimientos que quiero hacer constar.

1. Guía de contenidos

En el primer capítulo (que corresponde a la revisión de «Una labor de búsqueda a través del homicidio», págs. 147-166, en *Enseñanza e Investigación en Psicología*, vol. 8, núm. 1, México, 2003, al que he añadido el apartado relativo a la naturaleza humana) me refiero al homicidio como motor de búsqueda, como un acto por el cual el victimario se adentra más allá de los límites conocidos, con el objetivo de desentrañar un misterio y simultáneamente probar o experimentar la embriaguez de las vivencias extremas.

En el segundo capítulo (que corresponde a la revisión de «Una aproximación psicológica a la violencia desde el caso Oruan», páginas 255-294, en C. Barros, *Violencia, Política Criminal y Seguridad Pública*, México, INACIPE, 2003) aparecen reflejados los pensamientos y las ideas que me fue refiriendo un recluso que cometió varios homicidios y muchas violaciones. A través de sucesivas entrevistas en profundidad que mantuve con él trato de adentrarme en su universo psíquico, en su forma de relacionarse con el mundo y consigo mismo.

En el tercer capítulo (que corresponde a la revisión de «Los delincuentes violentos también son seres humanos», págs. 133-139, en *Revista do Instituto Brasileiro de Direitos Humanos*, vol. 6, Brasil, 2005) abogo por la necesidad de que la autoridad

pública se guíe siempre por el afán de justicia, incluso con los delincuentes violentos, sin caer en la tentación de dejarlos fuera de la ley, sin derechos ni posibilidad de defensa.

En el cuarto capítulo (que corresponde a la revisión de «Violencia», págs. 592-599, en A. Ortiz-Osés y P. Lanceros, *Diccionario de la existencia*, Barcelona, Anthropos, 2006) me refiero a la ayuda que brinda la figura materna al niño para que este pueda ir reconociendo gradualmente la separación entre lo real y lo fantaseado, entre el mundo externo y el mundo interno, entre aquello que no es yo y uno mismo.

En el quinto capítulo (que corresponde a la revisión de «Padre protector *versus* padre persecutorio», 18 páginas, en *Avances en Salud Mental Relacional*, vol. 6, núm. 3, Bilbao, 2007) pongo de relieve cómo incide la figura paterna durante la infancia, y también durante el posterior desarrollo, en la posibilidad de acceder o no al reconocimiento de la ley.

En el sexto capítulo expongo cuáles son las características diferenciales del psicópata, su vivencia de la culpa y del afecto, las relaciones de la psicopatía con la criminalidad y con el sadismo, y las diferencias sustanciales entre el crimen psicopático y el crimen delirante.

En el séptimo capítulo (que corresponde a la revisión de «Sadomasoquismo *versus* sadismo», págs. 167-184, en *Revista do Instituto dos Magistrados do Ceará*, núm. 29 e 30, Brasil, 2011) me adentro en el estudio del sadomasoquismo, considerando las necesidades que tanto el sumiso como el dominante se satisfacen mutuamente, además de poner de manifiesto las grandes diferencias que separan a esa práctica sexual del sadismo propiamente dicho.

En el octavo capítulo (que corresponde a la revisión de «El hombre machista y maltratador», págs. 165-184, en H. Marchiori, *Victimología. Violencia familiar-conyugal*, Córdoba, Argentina, Encuentro, 2010) me acerco a la problemática del machismo y, partiendo de la premisa de que se trata de un fenómeno en el que se entremezcla lo psicológico con lo sociocultural, sostengo la idea de que denota una gran inseguridad del hombre acerca de su propia condición o masculinidad.

En el noveno capítulo destaco la gran influencia que los padres, para bien o para mal, según los casos, dependiendo de hasta qué punto sean agentes o no de relaciones saludables, tienen en la vida y en la conformación psíquica de sus hijos.

En el décimo capítulo me centro en la persecución colectiva, por la cual se convierte en víctimas a quienes presentan ciertas conductas o características diferenciales; se trata de una modalidad violenta que no es reconocida como tal por los victimarios y que da cuenta de las consecuencias nefastas de los prejuicios sociales.

Y por último, en el epílogo trato de apuntalar las ideas y concepciones fundamentales que atraviesan los diversos capítulos.

Las reflexiones que planteo a lo largo del libro sobre la violencia se apoyan en las contribuciones psicológicas de relevantes autores así como en el conocimiento que he adquirido a lo largo de varios años realizando entrevistas en profundidad en diversas cárceles de México con reclusos condenados por delitos violentos. A algunos reclusos los he visitado y entrevistado una sola vez, a otros a lo largo de unas 10 sesiones, a otros durante 20, 30 o muchas más. En ocasiones las sesiones duraban 45 minutos; en

otras ocasiones 1 hora, 1 hora y media, 2 horas o incluso más tiempo. Todo ello dependía de muchas circunstancias, a veces ajenas, otras veces no, a la voluntad del entrevistado y a la mía como entrevistador. En estas entrevistas hemos tratado todo tipo de temas (historia familiar, infancia, carrera delictiva, situación penitenciaria, sexualidad, opiniones sobre la sociedad y la religión, etc.), lo que me ha dado la oportunidad de conocer de cada uno de los reclusos sus sentimientos, sus emociones así como su percepción de los otros y de sí mismo, y al mismo tiempo la posibilidad de contar con una casuística propia muy valiosa, que por supuesto se añade y completa con la casuística referida a los casos y fenómenos violentos que me ha tocado conocer en mi entorno social y cultural más cercano y en otros lugares que he vivido, además de considerar los relatos y testimonios de violencia procedentes de otras sociedades y culturas, o incluso de otras épocas, que podemos conocer a través de documentos clínicos, literarios y periodísticos.

En el campo de las ciencias humanas, y concretamente en lo que respecta la psicología, debemos otorgar especial importancia al estudio de casos, puesto que a partir de los mismos podemos ejemplificar y aclarar muchas de las cuestiones abordadas. El uso de la viñeta clínica siempre me ha parecido enriquecedor, ya sea como elemento didáctico ya sea como vía de profundización en aquello que es objeto de investigación; no me cabe ninguna duda que por medio de la casuística podemos fecundar la teoría de la que partimos, repensar nuestros postulados y en consecuencia empujar las fronteras del conocimiento.

Con la redacción de este libro mi intención es contribuir al conocimiento de las condiciones ambientales y las experiencias que propician la aparición del comportamiento violento, al mismo tiempo que trato de llamar la atención sobre las prácticas preventivas y saludables, teniendo en cuenta que los diversos entornos de relación en que un sujeto ha participado y participa (los factores familiares y sociales), especialmente durante la infancia, sin duda alguna producen consecuencias y efectos sobre su psiquismo, lo que se trasluce en la percepción que tiene de los otros y de sí mismo, en sus fantasías inconscientes, en su forma de ser y de relacionarse.

2. Público destinatario

Este libro va dirigido a todos aquellos profesionales (ya sean criminólogos, psicólogos, abogados, trabajadores sociales o educadores) que trabajan en la prevención y reducción de los comportamientos violentos. Así mismo va dirigido al público en general que está interesado en conocer las claves psicológicas de la violencia.

3. Agradecimientos

Quiero aprovechar la ocasión para manifestar que la creación de este libro no hubiera sido posible sin el apoyo entusiasta que me ha brindado Adriana Tamez, mi esposa. Ella siempre me ha animado a plasmar y compartir mis reflexiones acerca de las problemáticas psicológicas en cuyo estudio me he adentrado.

Doy gracias a mi esposa y a Beatriz Amenabar, mi hermana, por haber revisado en

su momento algunos de mis trabajos y por haber revisado para esta ocasión el texto resultante de la integración en formato de libro de todas las páginas escritas; a ambas les estoy sumamente agradecido por las valiosas observaciones y sugerencias que me han propuesto para mejorar varios aspectos de la redacción.

Doy gracias a las numerosas personas que me han dedicado su tiempo con la tramitación de permisos para que yo pudiera acceder y disponer de óptimas condiciones en la realización de mi labor investigadora en distintas cárceles de México. No puedo empezar a citar el nombre de estas personas sin incurrir en el riesgo, derivado de las lagunas de mi memoria, de dejar en el anonimato a varias de ellas. De todas formas, quiero hacer mención para darle gracias a alguien que ha participado a lo largo de los años en prácticamente todas las gestiones de investigación carcelaria que he precisado, habiendo recibido de él ayuda, asesoría y conocimiento acerca del mundo criminológico-penitenciario, y a quien tengo el honor de contar como un amigo; él es José Luis Musi.

Doy gracias a José Guimón, un amigo y prestigioso psiquiatra psicoanalista, quien ha tenido la gentileza de escribir el prólogo.

Doy gracias a Antonio Roche, editor de Biblioteca Nueva, por haber confiado en la propuesta de libro que en su día le planteé.

Y doy gracias por la colaboración prestada en la publicación de este libro a Rekream, un centro especializado en la detección y estimulación de las capacidades del ser humano, desde la niñez, cuya filosofía consiste en fomentar el buen cuidado del alma infantil, coincidiendo plenamente con la propuesta del libro, por la cual se llama la atención sobre la necesidad de intervención psicológica desde la aparición de los primeros síntomas o indicios de sufrimiento emocional y conducta antisocial.

4. Notas del autor

— *Independientemente de su sexo, una persona puede ser visualizada como figura materna o paterna y desempeñar las funciones parentales.*

— *La denominación concreta que a veces en el libro se hace a la influencia de un adulto de determinado sexo sobre un menor viene dada por las particularidades biográficas en que ha resultado así, aunque eso no quita para que en otras personas, de uno u otro sexo, sus vivencias infantiles y sus correspondientes repercusiones (saludables o patológicas) estén condicionadas por la relación con adultos de otro sexo.*

5. Correspondencia

josemartin.amenabar@ehu.es.

Capítulo I

Una labor de búsqueda a través del homicidio

Cuando se conoce el interior del ser humano, no se puede comprender cómo es tan escaso el número de verdaderos criminales.

Wilhelm Stekel, *Sadismo y masoquismo*, 1924

I.1. Dicotomía del superyó

Freud comenta que «el hombre no es una criatura tierna y necesitada de amor, que solo osaría defenderse si se le atacara, sino, por el contrario, un ser entre cuyas disposiciones instintivas también debe incluirse una buena porción de agresividad»¹⁴. De hecho, la historia de la humanidad no podría entenderse sin abordar el estudio de la violencia, pues las manifestaciones de tal tendencia (maltrato, abuso de autoridad, tortura, sadismo, guerra, etc.) son bastante frecuentes. «*Homo homini lupus*: ¿quién se atrevería a refutar este refrán, después de todas las experiencias de la vida y de la Historia?»¹⁵. Esto nos lleva a considerar lo frágil que puede ser nuestra disposición a la tolerancia, la comprensión y la solidaridad. Por algo los líderes religiosos predicaban hacer el bien, hasta el punto de exigirlo, evidenciándose de esa manera la capacidad destructivo-maligna que habita en todos los seres humanos y la consecuente dificultad para vencerla. Por algo en torno a determinadas acciones, contempladas como inmorales y/o criminales, se alzan los preceptos normativos o legales, los límites que en todas las épocas y culturas existen y que se emplean a modo de mecanismo de supervivencia ante el peligro de desmembración y destrucción que supondría para la comunidad que sus integrantes trataran de dar rienda suelta a todos sus impulsos. Queda así encauzada o regulada la conducta, que de otra manera es castigada. Pero todo tiene un precio, que en este caso es el del displacer.

Y en tanto que la confrontación con los límites supone cierta cuota de renuncia pulsional, no es extraño que todo ser humano pretenda escapar, por lo menos temporalmente, de tal situación, a veces tratando de vivirlo o experimentarlo personalmente y en otras ocasiones a través de lo que otros congéneres hacen o expresan, como así ocurre cuando en la sociedad surge un inusitado interés que va más allá de lo meramente informativo por los sucesos criminales, un interés morboso, que pareciera responder a la necesidad de dar soporte y realismo a las fantasías transgresoras y violentas por medio de quien las actúa, el delincuente, que por cierto en bastantes ocasiones es elevado a los altares de la fama y paradójicamente puede ser calificado por aquellos mismos que lo han ensalzado de monstruo, como si encarnara una esencia o naturaleza diametralmente opuesta, totalmente ajena, a la de la mayoría de la gente. Atracción y simultáneo rechazo por la criminalidad, que habla de un deseo encubierto por intuir y querer traspasar los umbrales de la cotidianidad.

A decir verdad, todo tipo de transgresión puede llegar a seducirnos, nos llama la atención, nos intriga como seres humanos conocer el mundo de lo prohibido, la barbarie, la perversión, las derivaciones relacionadas con el vivir de la desmesura y el

desenfreno, aquello que puede contemplarse como precipitante del goce. En palabras de Nasio, «El goce es el estado energético que vivimos en circunstancias límites, en situaciones de ruptura, en el momento en que se está por franquear un tope, por asumir un desafío, por afrontar una crisis excepcional, a veces dolorosa»¹⁶. Es así que el sujeto transita por una delgada cuerda sobre el abismo, oscila entre la vida y la muerte, entre el ánimo de afirmación yoica y la desaparición de sí mismo, puesto que al ser convocado o arrastrado a la acción desbordante todo el existir está pendiente de la emoción embriagadora, del afán de sentir lo máximo, aun a riesgo de perderlo todo, como si el acercamiento a la muerte fuera necesario para sentir la vida. Hay una apuesta por lo absoluto, marginándose en ese momento los asuntos cotidianos (bienes materiales y logros profesionales) y llegándose a contemplar la vida (la del otro y/o la propia) como una ficha esencial de juego, como aquel elemento del que es preciso disponer para poder «jugar» y adentrarse más allá de los límites establecidos. Ahí radica precisamente la fascinación por el crimen: en la dimensión extraordinaria (en el sentido de que está por fuera de la cotidianidad) a la que arroja.

¿De dónde emana la voz que reclama bordear los límites establecidos y flirtear con el vértigo de la emoción embriagadora? Respuesta de Lacan: «Nada obliga a nadie a gozar, salvo el superyó. El superyó es el imperativo del goce: ¡Goza!»¹⁷. Esta afirmación nos puede parecer sorprendente, contradictoria con la función del superyó por la que se exige al sujeto la renuncia pulsional y no la gratificación; de hecho, según Freud, el complejo de Edipo (esto es, el complejo de deseos incestuosos y parricidas) se supera cuando el niño hace suyos, como resultado de la internalización, los preceptos y las normas que dictan las figuras parentales para regular su conducta, con lo cual las órdenes van a ser referidas a partir de ese momento no solo desde el mundo externo sino también desde aquella parte yoica (el superyó) que queda identificada con las figuras parentales. ¿Cómo puede esperarse entonces que desde el superyó se solicite complacer al Ello? Para aclarar esta cuestión, Nasio sostiene la idea de la existencia de dos parcelas o categorías antagónicas dentro del superyó: por una parte, el superyó-conciencia, el conocido clásicamente, que funge como instancia moral, crítica y generadora de valores o ideales y, por otra parte, el superyó que «es la causa de una gran parte de la miseria humana y de las absurdas acciones infernales del hombre (suicidio, asesinato, destrucción y guerra) [...]; nos ordena infringir todo límite»¹⁸. Este superyó, que es salvaje, exige alcanzar las gratificaciones personales pasando por encima de las necesidades del otro; reclama expresarse sin ningún tipo de freno o impedimento. Lo pleno y absoluto, que no deja de ser una dimensión desconocida, tan solo postulada o imaginada, se constituye en motor de búsqueda.

Si el yo se muestra incapaz para expresar libremente las pulsiones, no cumpliría totalmente con su función gratificadora y, en consecuencia, sería recriminado por el superyó salvaje. Ajeno al principio de realidad, la misión del sujeto radicaría en vivir la vida, en tratar de alcanzar lo máximo. Así pues, el superyó salvaje castiga al yo por no complacer al Ello, todo lo contrario de lo que ocurre con el superyó-conciencia, que castiga al yo por complacer al Ello y no tener en cuenta el principio de realidad. El antagonismo inmanente al superyó traería consigo que el yo se viera irremediabilmente atacado. «Ante el superyó que exhorta, el yo es culpable de no

realizar su deseo: es una falta por defecto; y ante el superyó que prohíbe y condena, es culpable de estar a punto de realizar ese deseo: es una falta por exceso»¹⁹. Esta formulación nos sitúa en la confrontación a que se ve expuesto el ser humano, demandado desde dos polos, en una lucha de opuestos que haría imposible un estado de felicidad completa, pues mientras algo se satisface hay algo que se frustra.

I.2. Caso Rosado

Para evitar confusiones en el lector, quiero manifestar que el acto de matar no constituye, ni mucho menos, el único recurso para traspasar los umbrales de la cotidianidad (pues existen diversas fórmulas que, no suponiendo un quebranto de la libertad del otro, brindan la posibilidad de gozar de las emociones fuertes, por ejemplo, con la práctica de deportes de alto riesgo), como tampoco puede afirmarse que todos los homicidios siguen este patrón o guión. El acto de matar lo pueden cometer personas muy diferentes entre sí, desde quienes padecen un grave trastorno psíquico (pongamos por caso a los esquizofrénicos) hasta quienes están libres de signos o síntomas psicopatológicos. El tipo de homicidio al que me refiero en el presente capítulo suelen cometerlo los psicópatas, para quienes el acto de matar se alza en ciertos casos, y al margen de otras consideraciones, como una vía para adentrarse más allá de los límites establecidos, como un reto, como motor de búsqueda para acceder a un estado experiencial cumbre y así contactar con la capacidad de sentir.

Los psicópatas que han provocado la muerte de una o varias personas no se sienten (al menos aparentemente) apesadumbrados ni angustiados por la culpa. Pareciera que para ellos el homicidio no constituye ningún tabú o prohibición sociocultural. Además, a menudo hacen gala de satisfacción y orgullo, y, embriagados como suelen estar por su capacidad probada para cruzar el umbral de la ley, con «el valor» de cortar en cualquier momento el hilo de la vida, llegan a sentirse especiales, ubicados en un plano superior con respecto al ocupado por la mayoría de los mortales. Por otra parte, no es infrecuente que las acciones violentas y delictivas provoquen entre la población una reacción ambivalente que va desde la consternación hasta cierto grado de admiración, tal vez porque en el fondo, aun cuando no se quiera reconocer, lo sancionado y recriminado se conecta con algo deseado.

Los psicópatas criminales nos interrogan sobre la parte más tenebrosa y sombría del ser humano, una parcela que a todos nos concierne y sobre la que hemos de explorar, tratando de descifrar las circunstancias de vida por las que se va conformando una psique invadida por fantasías crueles y destructivas. Unas fantasías que, en mayor o menor medida, anidan en todos y cada uno de nosotros. Porque no existe el bien sin el mal, lo consciente sin lo inconsciente, el día sin la noche. Otra cosa es que las fantasías se lleven a cabo o no.

Si pretendemos conocer a los victimarios, incluso cuando nos referimos a los más depravados, hemos de considerar la posibilidad de que no son radicalmente distintos a nosotros, que todos y cada uno de nosotros podemos llegar a revelar, de manera circunstancial o duradera, lo mejor o lo peor, según el caso, de la condición humana. Así pues, el conocimiento de cualquier individuo nos puede conducir indirectamente

al conocimiento de cierta parcela de nosotros mismos, para lo cual debemos mantener una actitud de apertura. Es preciso vaciar de nuestra mente las imágenes que se interponen en la escucha del otro. Se ha de evitar caer en el etiquetado, por el cual se rechaza lo que no estamos preparados a aceptar, lo que no podemos tolerar de los demás ni de nosotros mismos. Hemos de dejar en suspenso los prejuicios y miedos que siempre empañan nuestra capacidad de acercamiento y entendimiento, de tal modo que para acceder al otro, tenemos que desprendernos en cierta medida de nuestro ser y dejarnos guiar por lo que él piensa, siente y padece. Precisamente a esta tarea de exploración psicológica, aunque a veces pueda constituirse en un reto sumamente difícil (por ejemplo, en el momento de entrevistar a sujetos con actitudes tan perversas como dañinas), le invito al lector con el caso de Javier Rosado, de veinte años, estudiante de tercer curso en la licenciatura de Químicas, y Félix M. R., de diecisiete años, estudiante de bachillerato. Estos jóvenes mataron en Madrid, el 30 de abril de 1994, a Carlos Moreno, de cincuenta y dos años, una víctima que fue elegida al azar. He aquí unos fragmentos o extractos del *Diario de Javier Rosado*, donde se da cuenta del homicidio:

[...] desde el principio me pareció un obrero, un pobre desgraciado que no merecía la muerte. Llevaba zapatos cutres y negros, calcetines ridículos, también negros, una camisa a rayas verdes y blancas. Era gordito, rechoncho, con una cara de alucinado que apetecía golpear²⁰.

Cuando estuvimos a un metro nos plantamos delante suyo, sacamos nuestros cuchillos y yo le pedí que nos diera todo su dinero (eso sí, por favor). Se sorprendió y asustó, mirando más al impresionante cuchillo de mi compañero que a mí, que era el que hablaba [...]: el robo era solo un adorno, una excusa para sacar los cuchillos²¹.

Decidí cogerle por detrás e inmovilizarle lo más que pudiera para que mi compañero le matara. Así lo hice, agarrándole de la cabeza y del cuello. La presa redobló sus forcejeos, pero estábamos en situación ideal, conmigo sujetándole y mi amigo a un metro dándole puñaladas²².

Mi compañero me llamó la atención para decirme que ¡mira, mira! ¡le he sacado las tripas! Vi una porquería blanquecina saliéndole de donde tenía el ombligo y pensé: ¡cómo me paso! Redoblé mis esfuerzos, divertido y me alegré cuando pude agarrarle la columna vertebral con una mano, atrapándola, empecé a tirar de ella, notando nuevos pinchazos que luego descubrí eran nuevas heridas, y no cesé hasta descoyuntársela. Miré mi obra (se la había sacado parcialmente por la garganta), vi que todavía estaba vivo²³.

[...] le dije a mi compañero que cesáramos, dejándole morir por sí solo²⁴.

A la luz de la luna contemplamos a nuestra primera víctima. Sonreímos y nos dimos la mano. Me miré a mí mismo y me descubrí absoluta y repugnantemente bañado en sangre. A mi compañero le pareció acojonante, y yo lamenté mucho no poder verme a mí mismo o hacerme una foto. Uno no puede pensar en todo²⁵.

[...] brindamos, nos felicitamos, nos reímos y me fui para mi casa²⁶.

Mis sentimientos eran de una paz y tranquilidad espiritual total: me daba la sensación de haber cumplido con un deber, con una necesidad elemental que por fin era satisfecha. Me sentí alegre y contento con mi vida desde hace un tiempo repugnante. Mis sentimientos al hacer el asesinato en sí mismo no existían en absoluto, dándome esperanzas para otras ocasiones²⁷.

No sentí remordimientos ni culpas, ni soñé con mi víctima ni me preocupaba el que me pillaran. Todo eso eran estupideces. Comparé todo esto con mi compañero y coincidimos punto por punto, excepto que él se mostraba más alegre y sí soñó con la víctima [...]. Nos dijimos que no estaba mal para unos amateur y nos sentimos realizados²⁸.

Si no nos atrapan, la próxima vez tocará a una chica, y lo haremos mucho mejor²⁹.

I.3. Narcisismo y proyección

Si el otro es visualizado como alguien despreciable e insignificante, el hecho de atentar contra él no implica sentimiento de culpa (consciente) sino más bien satisfacción. Cuando se vive con la idea de que existen seres humanos inferiores que deberían ser dominados por otros que serían superiores, opera entonces una absoluta falta de identificación y de empatía hacia los considerados inferiores que impide conmoverse ante el sufrimiento que se les provoque. Quien llega a pensar y proceder así, el sujeto de características psicopáticas, puede incluso presentarse como un salvador o revolucionario, como un ángel vengador cuya tarea consiste en exterminar lo malo en el mundo; estamos refiriéndonos a un individuo que se conduce fundamentalmente por la proyección y la disociación como mecanismos defensivos. Eso significa que la carencia empática tiene su fundamento en la cosificación del otro, en su desprecio, desvaloración y, en definitiva, odio, apuntando hacia aquello que el victimario trata de desechar de sí mismo. De hecho, las expresiones de burla y desprecio que aparecen en varios pasajes del *Diario de Javier Rosado* (por ejemplo, cuando se señala a la víctima como un «pobre desgraciado», con «cara de alucinado» y vestido de forma ridícula), remiten en último término a la consideración que Javier y Félix tienen de sí mismos. Lo que les ocurre es que se muestran incapaces para contactar con ciertas partes de la personalidad, por lo que las rechazan, escinden y proyectan en el objeto depositario que hacen de la víctima. Y en tanto que la víctima es calificada con numerosas características negativas o intolerables, Javier y Félix se sienten a salvo de todo aquello de lo que le acusan. Se sienten superiores. Por consiguiente, la violencia ejercida constituye un recurso (tan ilusorio como efímero) para salvaguardar y apuntalar el narcisismo a la deriva.

Por otra parte, es llamativa la forma en que Javier y Félix proceden para matar; pudiera interpretarse que los cuchillos simbolizan los respectivos órganos sexuales de los victimarios y que ellos creen participar en una especie de cacería o conquista sexual salvaje. Así, en cuanto a la reacción mostrada por la víctima, parece vivenciarse la fantasía de que esta hubiera quedado impresionada frente al cuchillo-pene de Félix, sintiéndose Javier un tanto decepcionado de que la atención no se centrara en él mismo, que es quien lleva la iniciativa en el acto criminal-sexual. En tal acto se presentaría como ingrediente estimulante la provocación del daño, el ensañamiento con la víctima, con la idea de dejar marca o huella en su registro mental y corporal, como si resultara necesario doblegarla, humillarla y descarnarla. Así pues, mientras que Félix se complace en haber sacado las tripas a la víctima, Javier se entretiene en la destrucción de la columna vertebral. El hecho de destrozársela y sacarla parcialmente, por la garganta, parece otorgarle la sensación de haber conseguido algo importante, al alcance de muy pocos; la expresión utilizada («Miré mi obra») denota su orgullo y deleitación.

Javier expresa el estado de satisfacción que les embarga tanto a él como a Félix tras la comisión del homicidio. Incluso llega a ironizar al respecto, al comentar que lamentó no haberse hecho «una foto». Nuevamente aparece el sarcasmo, la burla. Ambos victimarios celebran el crimen, brindando, felicitándose mutuamente y riéndose. Comparten el entusiasmo por lo realizado, la euforia consecuente. Suponen que este crimen les confirma en la condición de seres poderosos.

Por lo comentado en el apartado final de su relato, detectamos en Javier que el

desprecio y la superioridad para con la víctima se acompaña del desdén hacia los preceptos morales. Dice no sentirse culpable en absoluto, tachando de «estupideces» todo lo relativo a los remordimientos. Es como si se burlara de aquellas personas temerosas de padecer una gran tortura mental en caso de cometer las más condenables acciones. Es como si Javier creyera haber descubierto que la sociedad en su conjunto se encuentra sumida en un gran engaño, experimentando en su propia persona que tras la realización de un homicidio surge la sensación de triunfo y no el sentimiento de culpa (consciente); es por eso que tiene «esperanzas» y fuerzas para seguir matando. No hay barreras mentales que lo impidan, no hay arrepentimiento. Es como si a Javier se le hubiera revelado que el goce supremo tan solo fuera accesible al saltar por encima del sentimiento de culpa y creyera que para con los seres que considera inferiores están otros, unos supuestos seres superiores, que podrían permitirse el lujo de hacer cualquier cosa, ejecutar cualquier acción o mandato. De hecho, toda víctima es ignorada por el victimario en su personalidad y en sus demandas, es atrapada en la mirada del victimario como imagen congelada para satisfacer sus deseos perversos. El victimario, durante el acto de dominación sobre la víctima, puede sentirse henchido de euforia, con la fantasía de tener absoluto control y gobierno, con la fantasía de poder elegir caprichosamente entre el castigo sin compasión y hasta la muerte y la decisión de indultar a la víctima. Porque el victimario, tratando de emular a los dioses, juega con la vida.

Una vez capturados, pocos días después del homicidio, Javier exhibe una actitud fría y controlada mientras que Félix se derrumba rápidamente durante el interrogatorio, empieza a llorar y dice arrepentirse por lo realizado. En las exploraciones psiquiátricas y psicológicas que se llevan a cabo con él, declara lo siguiente:

Desde que conocí a Javier y me metió en su mundo todo cambió para mí, encontré otro tipo de pensamientos lejos de los vulgares de cada día, cambió mi interior, me entregué a este tipo de filosofía que era apasionante, aún me sigue pareciendo apasionante, Javier se convirtió para mí en un ser extraordinario muy superior al hermano mayor que nunca tuve, me dejé arrastrar por él [...]. Al cabo de un tiempo llegué a hablar como él y a hacer gestos como él. Él hablaba mucho mejor que yo, mis ideas me las rebatía con facilidad [...]. Todo el mundo era estúpido para él, pero yo creo que yo para él no era estúpido³⁰.

La gran seguridad en sí mismo que mostraba Javier, y de la cual carecía Félix, le resultaba a este sumamente atractiva y seductora. Es así que Félix, un joven que no conoció nunca lo que se espera socialmente de la familia, cuyos padres eran drogadictos y habían muerto los dos de sida, se convirtió en fiel y ferviente seguidor de Javier, un joven solitario, bien educado, taciturno, perteneciente a una familia acomodada, creador de una filosofía inspirada en Nietzsche, Poe, Stephen King y Lovecraft. Podemos plantear que Félix estuvo cautivado por la personalidad de Javier, guiado por sus criterios sobre el bien y el mal, llegando a idealizarlo y a adentrarse en el mundo que le proponía, con la ilusión de proyectarse por encima de su insignificante e infeliz vida. Y es posible que Félix viera difuminarse la imagen idealizada de su amigo, y con ella la del mundo que soñaba o anhelaba, al comprobar que Javier no pudo salvarse, ni salvarle a él, de la ley. La detención le ubicaría en la realidad, después de la cual sobrevendría la depresión y el arrepentimiento.

Javier niega su autoría en los hechos. Cuando es interrogado por el homicidio y por

el texto escrito al respecto, que fue encontrado durante un cateo en la casa de Félix, sostiene lo siguiente: «Es totalmente falso que yo hiciese eso [...]. No tiene sentido que un asesino escriba una memoria del asesinato que él ha realizado»³¹. Javier afirma conocer el nombre y los apellidos de la víctima, así como el lugar donde fue asesinada, por haberlo leído en el periódico *El País*. Además, dice haber estudiado la zona del crimen «para hacer más realista el escrito [...]. Para añadir realismo a un juego de rol»³². Javier no se derrumba durante el interrogatorio, no habiendo manera de arrancarle una confesión. Su actitud firme, incluso arrogante, se manifiesta también durante su estancia en la cárcel, comentando lo siguiente: «Por fin conozco cómo es la cárcel. No me importa estar veinte años. Me he hecho famoso con el ajedrez, gano a todos... me llaman Karpov»³³.

En cuanto a los dos participantes en el homicidio de Carlos Moreno, podemos considerar que Javier Rosado es un psicópata y que Félix, por lo menos durante el tiempo que estuvo bajo la influencia de Javier, participó de una visión disociada, persecutoria y narcisista que es característica en la psicopatía. Una visión o percepción acerca de las relaciones humanas en la que el manejo del sentimiento de culpa es determinante. Hay personas que asumen habitualmente la responsabilidad de sus actos, esto es, se sienten culpables, mientras que otras personas no lo hacen, como así les ocurre a los psicópatas o a quienes en determinado momento se comportan como tales. Pero eso no significa que el sentimiento de culpa no esté ejerciendo influencia en sus respectivas vidas. De hecho, el psicópata, en contra de lo que pudiera suponerse en una primera aproximación, es un sujeto perseguido y acosado severamente por el agente intrapsíquico de la ley que es el superyó-conciencia. Si el psicópata rechaza la ley externa y aquella que pretende operar desde su interior, es porque el superyó-conciencia que le gobierna es de tal índole (persecutorio, tiránico-destructivo) que le resulta sumamente insoportable y doloroso asumirse culpable. Es comprensible, dentro de esta dinámica, que el psicópata trate de mantener la culpa a raya, a una distancia tranquilizadora, o bien trate de depositarla en los otros, vía la proyección. La víctima es considerada merecedora de la violencia con que se le dispensa. Culpable. Es ella la que propiciaría el trato recibido, incluso si es eliminada o asesinada. Una proyección de la culpa que va ligada a la proyección de los aspectos intolerables del *self*, en una especie de juego dirigido a mantener o recuperar la estabilidad narcisista. Y he aquí que el narcisismo exige eliminar o traspasar los límites (los preceptos normativos o legales) que lo amenazan, puesto que en la medida que los límites se hacen presentes la condición narcisista se debilita.

I.4. La necesidad de sentir

¿Qué sucede cuando alguien se traslada fuera de las fronteras de la moralidad y de la rutina? ¿Accede a un estado de plenitud o éxtasis? Ante estos interrogantes, cabe destacar que algunos sujetos llegan a matar por primera vez con la finalidad de sentir algo novedoso y especial. Quieren descubrirlo, saber qué se siente. Quizá tengan ciertas fantasías o vagas ideas al respecto, pero no la certeza. El acto criminal es la clave que se supone descifrará el misterio, pudiendo darse como consecuencia de ello dos estados anímicos diferenciados:

1. *Gran Satisfacción o Euforia*, apoderándose del individuo la necesidad de repetir aquello que le resultó gratificante. Pudiera afirmarse que al probar las mieles de la transgresión cruenta, el victimario siente tal deleite, tal dominio sobre los otros y sobre sí mismo, que ha de continuar en el perfeccionamiento del «arte criminal» (con la idea de hacerlo «mucho mejor», tal como lo expresa Javier) para poder acceder, si cabe, a un estado de mayor satisfacción en una próxima ocasión. En otras palabras, el goce resultante del acto atroz y despiadado empuja a la repetición o reiteración de la experiencia sanguinaria. Se entra así en una especie de proceso adictivo; la transgresión de la ley se convierte en una necesidad. Para ejemplificarlo me viene a la mente lo escuchado a mi tío Justo, que durante mucho tiempo fue pastor, respecto a la importancia de contar con la ayuda de un perro para gobernar el ganado, siempre y cuando este haya sido alimentado por el hombre y no haya necesitado matar para comer, pues cuando un perro prueba sangre fresca, cuando experimenta la fuerza de sus fauces al destruir y devorar, dejaría de ser el animal de compañía al servicio del pastor para convertirse en un verdadero depredador. Tal sería el destino de su instinto. Ya no se podría resistir a sentir su gran fuerza.

2. *Insatisfacción*, no sintiendo el victimario gran cosa o absolutamente nada. Aparece la decepción o incluso la depresión. Esto puede conducir a la decisión de seguir matando, perfeccionando o mejorando la forma de proceder. Y en el caso de que las sucesivas muertes no activen la adrenalina hasta los niveles esperados, pudiera ser que se interrumpa definitivamente la búsqueda o bien que se prosiga incursionando en una carrera criminal sin fin, con la esperanza de que en algún momento se obtenga cierta cuantía significativa de gratificación. El hecho de no sentir nada en especial tras la comisión de una muerte, ni siquiera el asomo del sentimiento de culpa (consciente), puede conducir por otro derrotero al homicidio: el victimario no dudaría en eliminar a todo aquel que le estorba o genera malestar, buscando así un estado de tranquilidad y sosiego, si es que no puede acceder al éxtasis, a la euforia.

Teniendo en cuenta los dos estados anímicos que pueden darse como consecuencia de un crimen, consideraríamos que ciertos victimarios están inmersos en una labor de búsqueda, a través de la cual contactar con su capacidad de sentir. Una capacidad de sentir con la que otras personas contactan dentro de los límites o cauces de la convivencia. Tal como lo expresa Erich Fromm:

El hombre no puede vivir como un mero objeto, como dados arrojados de un cubilete; sufre gravemente cuando se ve reducido al nivel de una máquina de alimentar o engendrar, aunque tenga todas las seguridades que quiera. El hombre ansía lo dramático y emocionante; y cuando no puede hallar satisfacción en un nivel superior, crea para sí el drama de la destrucción³⁴.

Ya sea a través de relaciones de convivencia o, por el contrario, de manera criminal y violenta, se busca la conexión con la capacidad de sentir. Pues el ser humano precisa disponer de algo que le impresione cada cierto tiempo, que le confirme en su condición vital, existencial. Y es en este sentido que los episodios emocionantes son contemplados como fórmulas para despertar del letargo existencial en que uno puede encontrarse. Para sentirse vivo. De lo contrario, es probable que se apodere del sujeto en cuestión una terrible desesperanza, la depresión existencial, la actividad

deambulatoria cargada de negatividad, en suma, la muerte en vida; así se entiende que en ciertos casos, en los que se recurre al «drama de la destrucción», se presente «la necesidad de sentir que alguien puede reaccionar, alguien a quien se le puede hacer algo, alguna acción que ponga fin a la monotonía de la experiencia cotidiana. Matar es un modo de sentir que uno es y que uno puede causar un efecto en otro ser»³⁵.

Pareciera que el victimario reclamara a la víctima que se constituya en una especie de agente sanador o reparador de su incapacidad para sentir (lo máximo, el goce). Por tal motivo, es importante saber qué significan para él las relaciones con los otros y cómo estos han respondido a sus demandas y necesidades a lo largo de su vida, sea ello cierto o no en la realidad, pero viviéndolo él como verdad de acuerdo a su visión, su subjetividad. Hay que intentar adentrarse en sus sentimientos y emociones, en sus percepciones, en sus vivencias, en definitiva, en su particular universo psíquico de fantasías y «razones» por las que él se ve impelido a dañar o eliminar a ciertas personas. Y he aquí al respecto las siguientes preguntas: ¿A quién o quiénes representa la víctima, además de señalar al victimario mismo que no se quiere reconocer en ella y que mata, sepulta y niega lo intolerable de sí mismo? ¿Qué se pretende alcanzar o colmar mediante cierto tipo de homicidio? ¿Qué se anhela a través del mismo? ¿De dónde procede la incapacidad de sentir? ¿Tendrá que ver con algo externo o bien con algo de procedencia interna? Para poder reflexionar sobre estas preguntas, voy a revisar dos tesis freudianas sobre la agresión.

I.5. Respuesta frente a lo displacentero y pulsión de muerte

En «Los instintos y sus destinos» (1915), Freud comenta que «El objeto es aportado primeramente al yo [...] por los instintos de conservación, que lo toman del mundo exterior, y no puede negarse que también el primitivo sentido del odio es el de la relación contra el mundo exterior, ajeno al yo y aportador de estímulos»³⁶. El odio se dirige a aquellos objetos que dispensan sensaciones desagradables, independientemente de que el displacer tenga que ver con la frustración de una satisfacción en el área sexual o en el área de las necesidades de supervivencia. Puede decirse que se trata de un sentir dirigido a objetos que en mayor o menor grado afectan o amenazan la posición existencial. De hecho, «el verdadero prototipo de la relación de odio no procede de la vida sexual, sino de la lucha del yo por su conservación y mantención»³⁷. En la medida que el odio condensa los ánimos destructivos para con un objeto en presencia del cual se han de soportar situaciones de molestia y tormento, el yo busca su alejamiento o distanciamiento, cuando no logra hacerlo desaparecer definitivamente. El amor tendría que ver con la motilidad del yo para acercarse a todo aquel objeto que se presenta como fuente de placer. Así, cuando del objeto emanan sensaciones agradables, el sujeto busca su compañía y también hacerlo parte integrante del yo. Observamos entonces que la agresión es planteada por Freud, en 1915, como una reacción ante las frustraciones, que emerge, según él, para alejarse del objeto odiado al mismo tiempo que para alcanzar y mantener la relación con el objeto de amor (dispensador de gratificaciones).

Por otra parte, en *Más allá del principio del placer* (1920), Freud defiende la

siguiente tesis: «*La meta de toda vida es la muerte*»³⁸. En todo organismo vivo habría una fuerza intrínseca que pugna por lograr su propia desaparición; se trataría de la tendencia hacia lo inorgánico, la nada. El hecho de tomar como premisa de estudio la pulsión de muerte trae consigo postular un masoquismo primario, un masoquismo que sería anterior a cualquier tipo de ataque contra algo o alguien, de tal manera que la pulsión destructiva vendría a ser la vuelta hacia fuera de cierta cantidad, no en su totalidad, de la pulsión de muerte. Alguna cuantía de la misma quedaría siempre inmanente al sujeto, dentro de sí, como residuo inextinguible que no puede ser externado y que actuaría subrepticia y silenciosamente contra él. Como lo comenta el propio Freud, en *El malestar en la cultura* (1930), al sintetizar sus ideas de 1920:

Las manifestaciones del Eros eran notables y bastante conspicuas; bien podía admitirse que el instinto de muerte actuase silenciosamente en lo íntimo del ser vivo, persiguiendo su desintegración; pero esto, naturalmente, no tenía el valor de una demostración. Progresé algo más, aceptando que una parte de este instinto se orienta contra el mundo exterior, manifestándose entonces como impulso de agresión y destrucción. De tal manera, el propio instinto de muerte sería puesto al servicio del Eros, pues el ser vivo destruiría algo exterior, animado o inanimado, en lugar de destruirse a sí mismo³⁹.

Cuando se adopta como hipótesis válida de trabajo la pulsión de muerte, se corre el riesgo de explicar un sinnúmero de conductas destructivas y autodestructivas tan solo en función de su intervención y fuerza con que operaría. Es así que en ocasiones, pasándose por alto el contenido psicológico (el significado que cada acto puede tener para el sujeto en cuestión, y que finalmente es lo que nos permite adentrarnos en su subjetividad), se ofrecen respuestas huecas y vacías. No hemos de olvidar que toda conducta humana, otra cosa es que lleguemos a descifrarla o no, es comprensible a la luz del lenguaje del inconsciente. Incluso el ánimo de matar en sus diversas modalidades, con unas armas u otras, con ensañamiento o no para con la víctima, y aun cuando esta no le haya desafiado ni hecho nada anteriormente al victimario; en este caso, la ausencia de provocación puede serlo desde la dimensión real, pero a nivel inconsciente el victimario se considera llamado a actuar contra la víctima, por lo que ella personifica y le manifiesta verbal o físicamente, directa o sutilmente. Ya se trate la víctima de un familiar, amigo o desconocido, siempre representa algo para el victimario. A decir verdad, no hay prácticamente ninguna persona que nos resulte totalmente extraña, puesto que solemos relacionarla o vincularla con ciertos objetos internos, objetos pobladores del universo psíquico. Por consiguiente, aferrarse a la cuestión biológica de manera prematura no implica otra cosa que soslayar un análisis psicológico que nunca ha de estar ausente. Dicho de otra manera, la pulsión de muerte no debería utilizarse para dar por zanjado el estudio sobre la violencia, como si sobraran otras explicaciones, sino que, en todo caso, debería ser el punto de partida para conocer el mundo fantasmático de quien en determinado momento es dominado o poseído por la tendencia a lastimar al otro y/o a sí mismo.

I.6. Acerca de la naturaleza humana

Con la concepción de la pulsión de muerte, Freud sostiene la existencia de una tendencia destructiva que es primaria, innata y cuyo primer destinatario u objeto es el

propio sujeto, el cual, para poder escapar, por lo menos temporalmente, de la amenaza interna de ser aniquilado, se ve en la necesidad de atentar contra el mundo exterior, «como si tuviéramos que destruir otras cosas y a otros seres para no destruirnos a nosotros mismos»⁴⁰. Y ello entronca con la noción de que el hombre es un lobo para el hombre. ¿Pero es todo ser humano una amenaza real para el prójimo? ¿Es siempre así? Entonces, ¿por qué hay una gran variabilidad en la frecuencia de las manifestaciones destructivas entre los individuos de una misma comunidad o entre los diferentes grupos sociales o culturales? ¿Por qué unos individuos o grupos son generalmente pacíficos mientras que otros son habitualmente violentos? ¿Por qué en bastantes ocasiones quien resulta muy dañino con los demás lo es también consigo mismo?

He ahí varias preguntas.

Como contrapunto a la formulación antropológica freudiana, y como ejemplo de una lectura diferente acerca de los fenómenos violentos, resulta interesante el planteamiento de Wilhelm Reich. Consideremos al respecto algunas de las frases referidas por él:

Freud descubrió que el contenido del inconsciente en los neuróticos, es decir, en la inmensa mayoría de personas en nuestra civilización, es esencialmente de impulsos infantiles crueles y antisociales. Es exacto. Pero, así se dejaba en la sombra el hecho de que el inconsciente contiene también impulsos que representan exigencias biológicas naturales⁴¹.

La experiencia clínica de análisis individual nos enseña que la renuncia duradera a un impulso antisocial es posible solo si la vida sexual está en orden, es decir, si no hay represiones sexuales que presten sus fuerzas a los impulsos que se han de reprimir⁴²; [...] esos *impulsos asociales que colman el inconsciente son malignos y peligrosos solo en la medida en que está bloqueada la descarga de energía a través de una vida natural de amor*⁴³.

[Freud] consideraba que el instinto destructivo —al igual que la sexualidad— era un instinto biológico *primario*. Mientras tanto yo había demostrado que la *intensidad de los impulsos destructivos depende del grado de estasis sexual*⁴⁴. Cada tipo de *acción destructiva es por sí mismo la reacción del organismo a la ausencia de gratificación de alguna necesidad vital, especialmente la sexual*⁴⁵.

La perversión llamada «sadismo» (el impulso a satisfacerse hiriendo o destruyendo el objeto) es [...] una mezcla de impulsos sexuales primarios e impulsos secundarios destructivos⁴⁶. *El masoquismo es la expresión de una tensión sexual que no puede ser descargada. Su causa inmediata es la angustia de placer, es decir, el temor a la descarga orgásmica*⁴⁷; muchos pacientes desarrollaban *secundariamente* una actitud masoquista de deseos de ser castigados, de dañarse a sí mismos o de adherirse a su neurosis⁴⁸.

Por otra parte, en el suicidio observamos «una venganza inconsciente contra otra persona con la cual el paciente se identificaba, o una manera de escapar a la presión de situaciones vitales demasiado complicadas»⁴⁹.

*Nunca pude encontrar en mi trabajo clínico una voluntad de morir, un instinto de muerte como impulso primario, correspondiendo al instinto sexual o a la necesidad de alimento. Todas las manifestaciones psíquicas susceptibles de interpretarse como «instinto de muerte» demostraban ser producto de la neurosis*⁵⁰.

¿Sabe usted lo que son los pantanos? Agua paralizada, degradada, que no fluye, que no experimenta metabolismo alguno [...]. Freud trataba de captar esa cualidad [...]. *Así halló el término «instinto de muerte». Esto era un error. Porque no es algo que quiera el organismo. Es algo que sucede al organismo. Por tanto, no se trata de un «instinto»*⁵¹.

En síntesis, lo que Freud atribuye a la operatividad de un supuesto instinto de muerte, en opinión de Reich, no sería otra cosa que la manifestación de la degradación del Eros, de la energía vital que ha sido objeto de una represión enfermante. Y en este sentido, de acuerdo con la concepción de Reich, la destructividad, en cualquiera de sus formas (hacia los otros o hacia uno mismo), es indicativa de que algo anda mal en el ser humano, constituye una formación neurótica o secundaria, y no una tendencia primaria o natural, que emergería de la imposibilidad para satisfacer las necesidades vitales.

I.7. La herida narcisista

Anteriormente hemos revisado sucintamente dos formulaciones freudianas sobre la agresión (la primera de ellas relacionada con lo displacentero, como respuesta emitida ante agentes frustrantes, y la segunda relacionada con la pulsión de muerte), lo que ha propiciado desde 1920 el desarrollo de un debate apasionante en el mundo psicoanalítico. No son pocos los autores que rehúsan concebir una pulsión que tenga que ver con la autodestrucción, planteando que si bien la muerte supone el inevitable desenlace de la vida, no porque eso sea cierto tiene que ser buscado. Sobra decir que se hace difícil, por no decir imposible, salir de este atolladero que se ubica en lo filosófico y en lo antropológico. Quizá no podamos tener la plena seguridad de que la verdad esté en un lugar u otro y tan solo nos quede la opción de posicionarnos a favor o en contra de la pulsión de muerte como si tal posicionamiento fuera un producto marcadamente ideológico. Pero aun cuando ignoremos si la agresión va asociada o no con la necesidad de desviar sobre otra persona la pulsión de muerte, lo que sí podemos decir es que el victimario proyecta sobre la víctima los sentimientos y aspectos negativos de su ser por no poder hacerse cargo de los mismos. En tanto que es incapaz de soportar el sufrimiento, se vería precisado de trasladárselo a otro. La agresión se pone en marcha cuando irrumpe algo que es perturbador, que se presenta como impedimento de gratificaciones y que coarta la posibilidad de expresión o supervivencia en el sujeto. Por consiguiente, la conducta destructiva estaría orientada a desterrar temporal o definitivamente el peligro que se cierne sobre la existencia propia, además de poder utilizarse para apuntalar la vivencia narcisista y la correspondiente fantasía de omnipotencia a la cual va ligada. Con la idea de triunfar sobre lo que es temido. Con la ilusión de vivir una vida que sea dadora exclusivamente de lo bueno, sin ningún indicio de malestar. Es el ensueño de poder disfrutar de experiencias cumbres sin cortapisas. Goce absoluto. Es el mandato del superyó salvaje.

Ya hemos visto que cuando el yo se muestra incapaz para expresar libremente las pulsiones, no cumpliría totalmente con la función gratificadora que le demanda el superyó salvaje y, por consiguiente, el sujeto podría sentirse desasosegado, incluso culpable por no haber gozado lo suficiente. Para aclarar esta cuestión vale la pena considerar que, a juicio de Javier Rosado, la comisión del crimen remitía a una «necesidad elemental» que él se había propuesto colmar como quien cumple con un «deber», con una especie de responsabilidad para consigo mismo, por encima de la voluntad y los deseos ajenos, de tal modo que una vez consumado el crimen, convencido de haber dado un giro radical y significativo a su vida, se enorgullecería y

sentiría sumamente satisfecho por haber experimentado la descarga pulsional sin cortapisas, en su caso, el placer sádico sin ningún tipo de atadura social.

La violencia ejercida sobre la víctima puede contemplarla el victimario como un supuesto remedio para curar su incapacidad de sentir, para emerger de la depresión existencial y acceder así a un nuevo existir, abriendo los poros a la excitación y a la adrenalina. Por la violencia se sueña con la conquista de la vida y su esplendor (el éxtasis), considerándose el sujeto agente de la misma inserto en un nivel existencial superior. Así, al haber degustado el sabor de una transgresión destructiva (el asesinato sádico), Javier y Félix creen haber dejado atrás la vida «repugnante» y absurda que les caracterizaba. Se sintieron ambos «realizados» mediante el crimen sanguinario cometido, por lo menos mientras se encontraban libres. Precisarían ellos estar fuertemente estimulados para sentirse vivos. Huida de la rutina. Arrebato de destructividad en busca de un estado experiencial cumbre. Tal vez en busca de la vida, y su sentido, a través de la muerte. En este punto me parece oportuna la siguiente cita de Fromm:

La verdad es que todas las pasiones humanas, tanto las «buenas» como las «malas» pueden entenderse solamente como el intento por una persona de que la vida tenga sentido, y de trascender la existencia trivial [...]. El hombre más sádico y destructor es humano, tan humano como el santo. Podrá decirse de él que es un hombre enfermo y torcido que no ha podido hallar una solución mejor al problema de haber nacido humano, y así es; también podría decirse que es un hombre que tomó un camino equivocado en busca de su salvación⁵².

El victimario niega la existencia diferenciada y peculiar del otro, sobre el cual dirige y actúa sus proyecciones. No puede tolerar que el otro se exprese y se presente tal cual es. No lo respeta sino que abusa de él, lo violenta. El otro es forzado a ser recipiente de sus angustias y actuaciones. Todo esto tiene que ver con el hecho de que el victimario transita por el camino del empobrecimiento yoico, debido al uso excesivo del mecanismo proyectivo, en lugar de tratar de reconocer los aspectos no gratos de sí mismo y sus limitaciones como ser humano que es. Se muestra incapaz de aceptar la imperfección, la herida narcisista que es irremediable e imposible de colmar. Y al no poder contactar con sus propias debilidades, no hace otra cosa que inhibir su capacidad de sentir.

La pretensión en el victimario de sentir lo máximo, lo que está más allá de la cotidianidad, no es malsana como tal sino porque va ligada a la destructividad y supone una huida de sí mismo. Sueña con trasladarse a otra dimensión ignorando y negando lo que en primera instancia debería aprender a asumir, y sin cuya asunción nunca llegará a sentir otra cosa que angustia de vacío existencial. El victimario debería bucear en sus miedos y sentimientos, que es lo que realmente le puede ayudar a activar y/o aumentar la capacidad de sentir. Su pasión por tratar de sentir lo máximo a través de la violencia es indicadora de huida hacia delante, y no de superación o elevación sobre sí mismo. Vive alienado de su ser, amputado emocionalmente. Sin contacto consigo mismo ni con los otros. Se coloca de esa manera en situación prácticamente permanente de defensa, cuando no es de ataque. No ve en la interacción humana una oportunidad para el encuentro y el crecimiento personal sino un campo de rivalidad y lucha para determinar quién es el superior frente al que quedaría en un plano inferior.

El victimario no se da cuenta de que para poder vivir plenamente y disfrutar de la existencia es necesario reconocer y abordar los inevitables momentos de frustración y sufrimiento, los miedos y las debilidades, como si se encarnara o portara una incurable herida, la cual tan solo puede encontrar alivio, pero no remedio, en las relaciones con los otros. Mientras uno no asuma la angustia de ser humano, no hay posibilidades de acceder a la vida plena, que no quiere decir vida sin carencias sino vida de apertura al sentir completo, tanto de lo que nos resulta placentero como de lo displacentero, en una labor de búsqueda orientada a la detección e integración de un sinnúmero de parcelas del *self*, algunas de ellas difíciles de aceptar, pero sin las cuales nos alienamos de nuestro ser, imperfecto y mortal. Es el camino del crecimiento personal, un camino que por cierto es interminable y que pasa por el reconocimiento de la imposibilidad de alcanzar la condición sobrehumana.

[14](#) S. Freud (1930), *El malestar en la cultura*, en *Obras Completas*, tomo 3, Madrid, Biblioteca Nueva, 2007, pág. 3.046.

[15](#) *Ibid.*, pág. 3.046.

[16](#) J. D. Nasio (1992), *Cinco lecciones sobre la teoría de Jacques Lacan*, Barcelona, Gedisa, 1993, pág. 51.

[17](#) J. Lacan (1975), *Aun*, en *El seminario*, vol. 20, Buenos Aires, Paidós, 1981, pág. 11.

[18](#) J. D. Nasio (1988), *Enseñanza de 7 conceptos cruciales del psicoanálisis*, Barcelona, Gedisa, 1989, pág. 185.

[19](#) *Ibid.*, pág. 193.

[20](#) J. Urra (1997), *Violencia. Memoria amarga*, Madrid, Siglo XXI, pág. 82.

[21](#) *Ibid.*, pág. 82.

[22](#) *Ibid.*, pág. 84.

[23](#) *Ibid.*, pág. 86.

[24](#) *Ibid.*, pág. 86.

[25](#) *Ibid.*, pág. 86.

[26](#) *Ibid.*, pág. 87.

[27](#) *Ibid.*, pág. 87.

[28](#) *Ibid.*, pág. 87.

[29](#) *Ibid.*, pág. 88.

[30](#) F. Peregil (1996), «...Y mato porque me toca», en VV. AA., *Los sucesos*, Madrid, *El País*, pág. 221.

[31](#) M. Marlasca y L. Rendueles (2002), *Así son, así matan*, Madrid, Temas de Hoy, pág. 95.

[32](#) *Ibid.*, pág. 95.

[33](#) *Ibid.*, pág. 96.

[34](#) E. Fromm (1974), *Anatomía de la destructividad humana*, México, Siglo XXI, 1997, pág. 22.

[35](#) *Ibid.*, pág. 254.

[36](#) S. Freud (1915), «Los instintos y sus destinos», en *Obras Completas*, tomo 2, Madrid, Biblioteca Nueva, 2007, págs. 2.049-2.050.

[37](#) *Ibid.*, pág. 2.050.

[38](#) S. Freud (1920), *Más allá del principio del placer*, en *Obras Completas*, tomo 3, Madrid, Biblioteca Nueva, 2007, pág. 2.526.

[39](#) S. Freud (1930), *El malestar en la cultura*, en *Obras Completas*, tomo 3, Madrid, Biblioteca Nueva, 2007, pág. 3.050.

[40](#) S. Freud (1933), *Nuevas lecciones introductorias al psicoanálisis*, en *Obras Completas*, tomo 3, Madrid, Biblioteca Nueva, 2007, pág. 3.160.

- [41](#) W. Reich (1945), *La revolución sexual*, Barcelona, Planeta-Agostini, 1985, pág. 44.
- [42](#) *Ibíd.*, pág. 43.
- [43](#) W. Reich, *La función del orgasmo*, en *Obras Escogidas*, Barcelona, RBA, 2006, pág. 652.
- [44](#) *Ibíd.*, pág. 645.
- [45](#) *Ibíd.*, pág. 639.
- [46](#) *Ibíd.*, págs. 638-639.
- [47](#) *Ibíd.*, pág. 713.
- [48](#) *Ibíd.*, pág. 616.
- [49](#) *Ibíd.*, pág. 637.
- [50](#) *Ibíd.*, pág. 637.
- [51](#) W. Reich (1967), *Reich habla de Freud*, Barcelona, Anagrama, 1970, pág. 94.
- [52](#) E. Fromm (1974), *Anatomía de la destructividad humana*, México, Siglo XXI, 1997, pág. 24.

Capítulo II

Entrevistas en profundidad con un recluso

Cuando oigo y leo relatos de crímenes, rara vez tengo la sensación de que, llegado el caso, no sería capaz o no me sentiría inducido a hacer algo parecido. El hombre no es bueno ni malo, sino que alberga en sí todas las posibilidades para ambas cosas, y ya es mucho si su razón y su voluntad se inclinan al lado de lo bueno; aun entonces siguen viviendo en él, bajo la superficie, todas las pasiones primitivas y pueden llevarle a lo imprevisto.

Hermann Hesse, *Cartas*

II.1. Las parcelas del «self»

La sociedad actual nos arroja a una existencia en la que estamos expuestos a ser objeto de los más diversos ataques y, por otra parte, a la posibilidad de cometerlos, siendo imprevistas en cierta forma las reacciones tanto de la víctima como del victimario. Nadie sabe qué le puede deparar un asalto, pues dependiendo de la personalidad del agresor en cuestión, de su estado anímico o de sus necesidades momentáneas, tal acción pudiera ir acompañada de consecuencias mayores. Pensemos en los delincuentes que, frustrados por no conseguir una mínima cantidad de dinero, arremeten contra sus víctimas o en aquellos otros que buscan gratificarse con la provocación de dolor, por lo que en ocasiones la comisión de un delito (por ejemplo, el robo) es tan solo el estímulo inicial para entrar en una espiral de violencia. Puede ocurrir también que la víctima, conducida por el ánimo de sobreponerse al ataque, emita una respuesta que implique lesiones graves e incluso la muerte para quien inició la agresión; el cazador cazado.

En tanto que las situaciones precipitantes de una inminente agresión, buscadas o no, nos estarían aguardando en distintos tramos de nuestro tránsito por la vida, pareciera ser que tarde o temprano es inevitable enfrentarse, quién sabe cómo y en calidad de qué (si de víctima o de victimario), a la fuerza empujadora de la violencia, anclada esta según Freud en la pulsión de muerte (Tánatos). Cabe destacar al respecto que es característico de toda pulsión (independientemente de su componente erótico y/o destructivo) la búsqueda de un fin que no es otro que la descarga o supresión de la excitación corporal y que, en función de los mecanismos defensivos empleados por el yo, dicha descarga puede demorarse, compensarse, desplazarse o sublimarse. Todo depende del nivel de articulación y desarrollo del yo para dar respuesta a las exigencias que se le plantean. Bien es verdad que la capacidad en ciertos sujetos para ejercer gobierno sobre sus necesidades e impulsos es mínima mientras que, por otra parte, hay individuos que presentan un óptimo desarrollo emocional y autocontrol y que parecieran estar a salvo de ciertas actuaciones. Pero lo irascible y más primitivo del ser humano también habita en quienes se muestran cotidianamente prudentes, ponderados y equilibrados. Lo que diferencia moralmente a unas personas en comparación con otras es su actitud y forma de reaccionar ante la barrera censora por la cual determinados actos se señalan como prohibidos. Pero, a fin de cuentas, toda censura puede franquearse si la fuerza con que irrumpen las pulsiones es

desmesurada o bien cuando la capacidad de resistencia ante las mismas, en función de determinadas características y circunstancias personales y ambientales, es o se convierte en pequeña o factible de ser engañada.

Hasta cierto punto la conducta humana es impredecible. No se puede asegurar de nadie, ni siquiera de uno mismo, que no vaya a cometer alguno o varios crímenes. El conocimiento del ser humano nunca es completo. Nos conocemos en el proceso de relación con los otros, al desplegar las potencialidades o parcelas del *self* que se han activado y que en algunos casos durante mucho tiempo estuvieron en estado latente. Unas parcelas, a veces tenebrosas, que son tan intrínsecas del ser humano como aquellas que son producto de la socialización, que hablan de lo que nos gobierna. Eso significa que, aun cuando en el juego de las interacciones humanas acostumbremos a mostrarnos con ciertas parcelas del *self*, portamos otras posibilidades yóicas que esperan irrumpir desde el fondo del inconsciente para regir nuestro vivir. Así pues, ante determinadas circunstancias y problemáticas vitales, nadie está a salvo de incurrir en unas conductas que en principio podrían ser incluso insospechadas para sí mismo y/o para quienes lo tratan habitualmente.

¿Quién no ha tenido (movido por la ira, los celos, la envidia o la rivalidad) la pretensión de infligir un grave perjuicio al otro, hasta el punto de ensañarse con él y torturarlo? ¿Quién no ha experimentado acaso el deseo de matar alguna vez? ¿Hasta qué punto nos permitimos tener ese tipo de fantasías? ¿Las podemos tolerar o reconocer? Estas preguntas nos llevan a considerar que aquello que encontramos ejemplificado de manera predominante en algunos individuos, en mayor o menor medida, está presente en el resto de los mortales. Nadie nos resulta completamente ajeno por los pensamientos, sentimientos o actos que lo caracterizan. Todo lo que hace cualquier ser humano se nos muestra como consubstancial a las posibilidades del existir. Es por eso que la ausencia de fronteras cortantes o absolutas entre los criminales y los que no lo son, conlleva reconocer que todos somos potenciales ladrones, violadores, homicidas.

II.2. Análisis del discurso y subjetividad

Los investigadores de las ciencias humanas no podemos soslayar el problema de la violencia y la criminalidad, precisamente porque nos afecta, nos incumbe, nos interroga sobre nuestra propia naturaleza. Una manera de hacerlo es a partir del contacto directo con los propios victimarios, estudiando el discurso que refieren y acercándonos a la forma de ser y de actuar que les caracteriza, lo cual nos permite ahondar, arrojar luz sobre la conformación psíquica criminal. Pero antes de nada, a la hora de realizar una investigación es necesario desprenderse de juicios apriorísticos. Hemos de tener en cuenta que los comportamientos antisociales suelen generar entre la gente una reacción de atracción, por el interés que despierta todo aquello que forma parte de lo prohibido, y de rechazo, por la necesidad de alejarse de lo que es considerado abominable. Esta ambivalencia también puede darse entre los investigadores, con el temor consiguiente a ser contaminados. Por eso, hay quienes prefieren articular una teoría que los oculte y los separe de los victimarios, creyendo conocerlos, antes que acercarse a ellos con el ánimo de desvelar la verdad. No se trata, sin embargo, de teorizar en el vacío sino de ejercitar el pensamiento a partir de

la realidad abordada. Los investigadores de la conducta criminal debemos analizar tanto las palabras como las pautas de relación que son desplegadas por los propios victimarios cuando son entrevistados. Conocimiento a través del otro, de su mente, de su cristal. Estudio de la subjetividad, la cual integra lo consciente y lo inconsciente, lo descifrado y lo que está por acceder al registro de lo cognoscible. En consecuencia, el entrevistador no debe presuponer un entendimiento sino, al contrario, tratar de alcanzarlo a partir del análisis del discurso referido por el victimario en cuestión y que remite a su particular universo de significados.

Como parte de mi labor docente e investigadora me he enfocado al estudio psicológico de la actuación delictiva violenta, llevando a cabo entrevistas en profundidad con internos en diferentes penitenciarías. El método que utilizo en mis encuentros con los sujetos seleccionados es el de las historias de vida, con una orientación psicoanalítica. En la primera entrevista suelo proceder de la siguiente manera: antes de nada me presento, informándole al recluso acerca de mi nombre, formación académica y motivo de visita; le digo que estoy realizando una investigación psicológica sobre la conducta criminal a partir de las vivencias y relatos que tiene la oportunidad de expresar a lo largo de sucesivas sesiones. Me parece menester ser franco desde el primer momento. Ni siquiera cuando pudiéramos camuflar nuestro motivo de visita con alguna propuesta que tenga todos los indicios de verosimilitud (por ejemplo, pretendiendo ubicar las entrevistas como si fueran parte de la rutina carcelaria), no es admisible ni conveniente ningún tipo de engaño. No es admisible en tanto que se da un golpe mortal a aquello que debe sostener la actuación del entrevistador: la honestidad. Y no es conveniente por dos motivos: porque se hace difícil, prácticamente imposible, engañar a quien puede ser un maestro en tal arte y porque constituye una renuncia a la praxis ética que debe guiar al entrevistador.

Por otra parte, ha de comunicársele al recluso que dispone de plena libertad para responder (desde la aceptación o, por el contrario, desde el rechazo) a la propuesta de llevar a cabo las entrevistas. No hay ninguna presión ni obligación al respecto. Y aun cuando él decidiera participar en la investigación, en el momento que lo deseara tendría derecho a abandonarla. La libertad es el requisito primordial para una participación productiva y una interacción que permita el descubrimiento del *self*. El entrevistador ha de mostrar un respeto escrupuloso por todas las decisiones que pudiera tomar el entrevistado, que es lo que le permitirá estar en condiciones de ganar su confianza. Con respecto a las preguntas que le formule, el patrón que envuelve las entrevistas es también de completa libertad, ya sea para contestar (con la extensión que se quiera) o ya sea para callar. No se trata de un interrogatorio sino de un diálogo. Así como el entrevistado dispone de sus propios criterios de actuación, sin deberes para con el investigador, por parte de este no hay ninguna obligación hacia el entrevistado, más bien, no puede ni debe haberla. En consecuencia, tiene que quedar claro para el entrevistado que su participación en la investigación no le va a suponer ningún tipo de privilegio como tampoco recibirá castigo alguno en caso de no colaborar. El propósito que guía al investigador es el conocimiento, de tal manera que la única cosa, y no es poca, que le puede brindar al entrevistado es la escucha, su ánimo de entender.

Se ha de hacer patente al entrevistado que no hay asuntos poco interesantes o intrascendentes, que todo su decir es importante, en la medida que nos remite a su personalidad y su forma de relacionarse con el mundo. El investigador, por tanto, no deberá marginar ninguna faceta del entrevistado, tratando de conocer aspectos vitales que hasta entonces estaban ocultos o inconscientes. Mientras tanto, la vida del entrevistador para el entrevistado permanece ignota, con lo cual la relación en esta dimensión dista de ser equilibrada. Acerca de esta situación es procedente el siguiente comentario: «He de decirle que no puedo suministrarle datos personales ni detalles de mi vida, todo ello con el objetivo de favorecer la neutralidad necesaria a la hora de realizar la investigación». A este respecto, puede aparecer en el entrevistado la fantasía de ser desnudado psicológicamente y como consecuencia de ello la reticencia a compartir la vida íntima con alguien que no lo hace o bien la avidez de querer lograr datos de quien se presenta como un extraño. Bueno, en parte desconocido, con respecto a la biografía, pero no en cuanto a la condición humana y las características de personalidad, bastantes de las cuales se ponen al descubierto en el proceso de interacción, y que con gran intuición y perspicacia las detectan ciertos sujetos.

Las reacciones de los reclusos ante la propuesta de investigación psicológica son diversas. Hay quienes manifiestan confianza plena desde un principio en el entrevistador y disposición a colaborar, gustosos de poder expresarse con entera libertad acerca de todo lo que les preocupa, interesa e inquieta. En otros casos surge la suspicacia, la ansiedad persecutoria, con la sospecha de que lo dicho durante las sesiones pudiera ser conocido por otras personas y utilizado en su contra. Una reacción hasta cierto punto frecuente es la petición de diversos privilegios y/o del pago por las confesiones, ante lo cual el entrevistador ha de presentar su escucha y tiempo como bienes muy preciados, haciéndole ver al entrevistado que se le está ofreciendo un marco de atención impagable donde explorar sus vivencias.

El número de sesiones para ahondar en una historia de vida es muy variable, dependiendo tanto de lo que pueda exponer el entrevistado como de su motivación para continuar en el proceso de investigación con el entrevistador. Aun cuando una sola entrevista es muy significativa y valiosa, nos dice bastante de alguien, es lógico pensar que estaremos en condiciones de saber mucho más si contamos con el tiempo necesario para ir consolidando una relación de confianza, a partir de la cual el entrevistado pueda desvelarse en su plena autenticidad y desnudez. A medida que se progresa en la relación, y si esta se basa en la consideración del entrevistador como objeto bueno, se disponen de varias oportunidades para tocar el núcleo psicológico-existencial del entrevistado. Si así fuera, el investigador podrá acceder a un tipo de experiencias que sobrepasa la capa epidérmica o superficial. Es evidente que el tiempo es un aliado a la hora de adentrarnos en el conocimiento sobre el otro, y no me refiero con ello a la mera recopilación de los datos que este refiera sino al descubrimiento del cristal que utiliza, al punto de vista por el cual se abre al mundo.

En la experiencia cotidiana de mi investigación psicológica, a lo largo de numerosas entrevistas, suelo abordar con el recluso todo tipo de temas. Hablamos sobre la infancia, la juventud, la etapa adulta, la escolaridad, el trabajo, las relaciones humanas, la sexualidad y la carrera delictiva, tratándose estas y otras cuestiones desde la óptica del propio entrevistado, de tal manera que yo como investigador pueda

adentrarme todo lo posible en su mente. Así pues, la información como tal se hace reveladora al conectarla con el significado que tiene a los ojos del entrevistado. Es por eso que en una investigación de este tipo han de tomarse en cuenta los pensamientos, los sentimientos y las fantasías que mediatizan todos y cada uno de los hechos. En otras palabras, aparte de lo acontecido (lo externo) hemos de pulsar la subjetividad (el mundo fantasmático) que configura y estructura lo vivido. Así, aplicando la entrevista biográfico-psicoanalítica, se puede aprehender cómo el propio entrevistado recuerda, tergiversa, camufla e interpreta los hechos, debiendo considerarse que la historia objetiva como tal no existe y que los datos por sí solos no explican mucho. No son algo externo sino extensión del individuo en cuestión, sin el cual no pueden entenderse, no tienen sentido. Del mismo modo que no existe la historia objetiva, siendo todo relato de carácter subjetivo, tampoco existe la historia única. Más bien, lo que ocurre es que en el momento de contar algo desplegamos una determinada parcela del *self*, entre todas las existentes. Y ello afecta a la visión y valoración del evento referido o evocado. El sujeto *es* en interacción, dependiendo del momento histórico que vive, de las personas con las que se relaciona, de las áreas de su ser que se activan, etc. Quiero dejar claro que los datos biográficos constituyen una extensión del individuo en cuestión y que este es mucho más que su actuación en un contexto específico o por lo que resulte conocido para ciertas personas. La subjetividad es como un universo con infinidad de encrucijadas e intersecciones. Es de tal complejidad y dinamismo que no puede abarcarse en su totalidad; está en movimiento y en renovación continua. A lo sumo podemos escudriñar varias o incluso muchas parcelas, pero no todas; la subjetividad es tan plural como dinámica.

El encuadre de la entrevista tiene que propiciar en el entrevistado el despliegue del mayor número de posibilidades del *self*, para lo cual es menester que el entrevistador facilite dicha apertura. Se precisa la asociación libre, la libertad para vagar de un tema a otro y hacer enlaces de carácter inconsciente. Es por eso que muchas de las preguntas formuladas por el entrevistador son abiertas. No hay respuestas adecuadas ni incorrectas; tampoco es necesario contestar de manera puntual o precisa, pues las preguntas son ante todo vías de partida a la comunicación, sendas que impulsan al descubrimiento. En caso de utilizarse un cuestionario se debe tener en cuenta que constituye un simple instrumento de exploración, una guía; no es una camisa de fuerza que delimite el transcurso y las fronteras de la conversación. El cuestionario es limitado y, en cambio, vasto el arte de entrevistar y de adentrarse en la relación. No hay carriles sino mapas, y a veces ni siquiera eso, cuando se realiza una entrevista. En este sentido, no debe haber impedimentos para navegar de un tema a otro, pues todo apunta al conocimiento psicológico del entrevistado, lo que requiere por parte del entrevistador que sepa manejarse en los momentos de incertidumbre y angustia. Es importante reconocer que lo que pasa y es relatado tiene como eje la relación, dándonos esta una idea aproximada de las pautas de expresión mostradas por el entrevistado en otros contextos y con otras personas. Aunque pueda efectuarse una revisión de las preguntas contestadas, para saber qué cuestiones han sido abordadas y cuáles no, eso no debe impedir regresar a temas ya revisados, teniendo en cuenta que cada relato supone un nuevo ejercicio de elaboración o interpretación de lo vivido que puede ilustrar novedosos aspectos o ángulos del sujeto con respecto al

acontecimiento que refiere.

Cabe destacar que no hemos de quedarnos en los supuestos, prejuicios o generalidades que se asocian con las palabras sino que intentemos saber lo que para el entrevistado representan y las particularidades de las experiencias que describe con ellas. Intentemos «tocar» las palabras, los discursos, para llegar a palpar las vivencias. Lo que pensamos o intuimos acerca de lo que siente y quiere decir el sujeto, debe confirmarse que es aquello que realmente nos trata de transmitir. El propósito consiste en conocer lo que subjetivamente designan las palabras utilizadas, de tal modo que se desvelen los distintos significados del decir sin que el entrevistador imponga sus propias interpretaciones. Sumergiéndose en la mente del entrevistado, trasladándose a su universo imaginario y afectivo. A este fin van destinadas las preguntas de exploración, mediante las cuales se intenta acceder a los escenarios y las atmósferas que envuelven las fantasías, los recuerdos y las vivencias. Para que la labor de recreación sea vívida, el entrevistador debe aproximarse a lo que pudiera sentir el entrevistado, meterse en su piel, en su mundo emocional y seguir las ramificaciones del existir y del recordar. Han de captarse lo más fielmente posible los estados anímicos y vitales del entrevistado, sus experiencias, para que este se sienta comprendido. El entrevistador, al traspasar su individualidad para adentrarse imaginariamente en el universo psíquico del entrevistado, se ubica en un terreno insólito, borrándose hasta cierto punto los límites de su *self* con respecto a los del otro con el que está en relación.

Cuando estudiamos la criminalidad y la violencia no estamos juzgando nada sino tratando de entender qué pasó, cómo lo vivió el victimario, y bajo qué circunstancias y motivaciones actuó, al mismo tiempo que nos interesamos por sus percepciones, interpretaciones y valoraciones desde el aquí y el ahora. Hemos de tener en cuenta que las vivencias, los sentimientos y los pensamientos se van recreando en el proceso de relación. Con cada entrevista realizada vamos conociendo mejor al sujeto en cuestión, pero nunca completamente, ya que siempre existirán ciertas parcelas inaccesibles. El análisis psicológico como tal es interminable, pudiendo asomar nuevas aristas y dimensiones en la vida y personalidad de alguien cuando ya creíamos saberlo todo. El conocimiento no deja nunca de constituirse. Es movimiento. Se ve sometido a la transición, al cambio de lo que permanece. Y es eso lo que tenemos que esclarecer. Teniendo en cuenta lo dicho, es el propio entrevistador quien debe tener la intuición para determinar cuándo ha alcanzado un nivel de entendimiento suficiente sobre el entrevistado, pues el conocimiento completo de algo o alguien no tiene fin, es inagotable, si no son las circunstancias las que obligan a interrumpir las entrevistas antes de lo que uno había pensado. Pero además de los criterios que tenga el entrevistador, es conveniente consultar con el entrevistado (que en último término ha propiciado la aventura del conocimiento) para continuar o no con la relación, pues la separación deseable tendría que darse por decisión mutua. Cabe destacar que el propósito de este tipo de investigación es el conocimiento por sí mismo, sin la intención de cambiar al entrevistado; si el cambio psicoterapéutico se produce no es porque se haya constituido en una meta, no por buscado, sino porque ha emergido como valor añadido.

II.3. Caso Oruan⁵³

En el presente apartado voy a referirme a un victimario que tiene en su haber varios homicidios, un gran número de violaciones y otros delitos. A él lo entrevisté durante dos años (desde julio de 1998 a julio de 2000), dedicándole a lo largo de ese período unas 200 horas. Con objeto de acceder a su forma de percibir y de relacionarse con el mundo, considero pertinente que nos apoyemos en el discurso del victimario en cuestión, al que, para ocultar su verdadera identidad, he decidido llamarle Oruan. Solamente debo decir, para ubicarlo en ciertas coordenadas espacio-temporales, que es de nacionalidad mexicana y que nació en el año 1954. Las citas por las que se recogen sus palabras, para mejor entendimiento del lector, han sido retocadas levemente, eliminando algunas repeticiones y errores gramaticales que son comunes en la lengua hablada, sin que ello afecte en ningún momento a la esencia y el mensaje del relato. Aun cuando las citas aparezcan ligadas las unas con las otras en un mismo párrafo, a veces pertenecen a fechas muy diversas. Mi intención radica en acercar al lector, a través de una serie de ejes temáticos que he delimitado arbitrariamente, al mundo experiencial de este victimario.

II.3.1. *Doble personalidad y efectos del alcohol*

Oruan siempre ha sido una persona valerosa, agresiva y fascinada por sortear el mundo de lo prohibido. Intrepidez y placer irían íntimamente entrelazados con la transgresión, tal como él lo comenta:

Yo era intrépido; yo lo malo lo hacía como un juego, no por necesidad. Cuando delinquía era como una diversión, como un reto a mi hombría, como un desafío. Una relación forzosa, como lo es una violación, es muy atractiva, muy convincente, muy emocionante. Va la emoción unida con el peligro, con el suspenso, con lo desconocido.

No obstante, el estado placentero o gratificante podría estar ligado a actos que son moralmente antagónicos, lo cual queda ejemplificado de la siguiente manera:

Disfrutar de un café con crema sabe muy exquisito como disfrutar de un chocolate sabroso. Al hacer el bien se siente muy bien y al hacer el mal también. Así como me gusta hacer el bien, también me gusta hacer el mal. Lo malo lo asimila muy bien mi mente, queda grabado, no así lo bueno, que no lo asimilo y menos lo grabo.

La diferencia residiría, a fin de cuentas, en el grado de esfuerzo para aprender y ejecutar determinadas conductas. Podemos suponer que eso se debe al hecho de que el mal va ligado a la descarga automática o directa mientras que el bien precisa de una fase previa de trabajo, de mediación o elaboración. Y también se debería al hecho de que algunos individuos tienen más argumentos o motivos para dañar al ser humano que para interactuar solidaria o amorosamente con él.

Oruan se deja conducir por la fuerza que, según él, es dominante y avasalladora: el mal. Considera que «El hombre se inclina más a hacer el mal que el bien». Aparece la noción de que hacer el mal es más fácil que hacer el bien, puesto que de esa manera se expresarían los impulsos arraigados en el ser humano y contra los cuales habría que luchar para que no se manifiesten. En toda la gente, ya sea en pensamiento o en acción, de manera encubierta o desnuda, rechazándolo de la conciencia o reconociéndolo sin temor, habitarían los deseos de robar, violar y matar. En este

sentido, el criminal no haría más que manifestar y expresar lo que muchos se niegan a reconocer, aun cuando disfrutan del espectáculo violento. Este es el discurso justificador que se puede argüir, estructurado y persuasivo, hasta cierto punto verdadero, siempre y cuando se reconozca la diferencia sustancial existente entre la posibilidad de vivir algo imaginariamente y la circunstancia de llevar a cabo lo fantaseado, materializándolo. Parece que para Oruan no es relevante tal distinción y que quienes cometen los actos ilícitos, además de ser audaces, muestran la desnuda faz del ser humano.

Tomando en cuenta que la capacidad para hacer el bien cohabita en todo ser humano junto con la capacidad para hacer el mal, podría hablarse de doble personalidad, de dos esferas o niveles de relación diferentes desde donde estaríamos convocados a actuar. En función de este planteamiento, aquel delincuente que no domina su doble personalidad es muy probable que fracase a la hora de delinquir, con el consiguiente riesgo de ser aprehendido, tal como le pasó a Oruan. Así pues:

Esa doble personalidad hay que saberla trabajar y hay que saber actuar de acuerdo con la personalidad que se tiene. Por ejemplo, cuando uno está atracando, asaltando, haciendo lo incorrecto, lo malo, cuando uno está actuando como delincuente, hay que ser inmisericorde, in-mi-se-ri-cor-de. Fuera de ese oficio, con la otra personalidad o como padre de familia, como buen vecino, el hombre es amoroso.

Tengo dos personalidades, dos caras. No son las caras que solamente yo tengo; en este aspecto soy igual que mis semejantes.

Para activar y ejercer con pleno dominio la «personalidad» criminal, insensible e intrépida, Oruan recurría a la ingestión de bebidas alcohólicas.

El alcohol despierta mis instintos sexuales y criminales, instintos que todos tenemos sin excepción alguna. Yo bebía adrede; con un poco que bebiera era más que suficiente, me encendía. Se transformaba mi mentalidad, mi manera de pensar buena con la negativa; o sea, yo sin alcohol no sirvo para hacer lo malo. En estado etílico estaba yo dispuesto a violar, a matar, a pelear.

Me echaba a caminar tal como el cazador sale en busca de una liebre, en mi caso una víctima. A veces caminaba bastante y en el trayecto se me cortaba el efecto. Conforme se me cortaba el efecto, iba pasando de malo a bueno hasta que definitivamente se esfumaba el alcohol, se me pasaba el efecto y empezaba a reaccionar positivamente.

Hasta cierto punto el estado anímico de Oruan, la «personalidad» imperante en él, se alza como elemento crucial. El estado de ebriedad era aprovechado para cometer los crímenes, pues de otra manera, en pleno uso de su juicio crítico no podía superar o sortear la censura que pesaba sobre todo acto incorrecto. Con el alcohol circulando por sus venas emergería súbitamente la intrepidez, tal como queda expresado a continuación:

Cuando yo iba a robar porque me invitaban mis amigos, iba con mucho temor. Casi pedía a Dios, a Jehová, que mis compañeros se retractaran. Bebido era diferente. Esos temores y supersticiones se esfumaban. Mis sentidos se agudizaban y desaparecía por completo la misericordia.

II.3.2. *Proyección de la culpa*

Después de provocar daño y sufrimiento a la gente muchos victimarios son dominados o abatidos por el sentimiento de culpa, el cual los atormenta durante gran parte de la vida, como si la agresión dirigida hacia la víctima se volteara contra el emisor originario de la misma. Eso no le sucede a Oruan, en tanto que él consigue

mantener a raya y fuera de su esfera anímica a la culpa. Así lo explica:

Tú sabes cómo se siente el remordimiento cuando una persona hizo algo incorrecto. Yo lo siento, pero conforme lo siento, lo desecho. Los difuntos nunca los he soñado ni trato de evocarlos; a veces los evoco, me acuerdo, pero los veo algo así como si estuviera viendo una película. No tengo ningún mal recuerdo. Todo lo malo que yo hice lo recuerdo. No me lamento; ya pasó, tenía que pasar. A los difuntos no los sueño. No tengo pesadillas, remordimientos. No siento nada; simplemente pasó.

Oruan intenta defenderse tanto del sentimiento de culpa como de otras manifestaciones displacenteras o molestas, en la medida que visualiza el impacto de todo tipo de dolor psíquico como algo perjudicial para la supervivencia personal, algo de lo cual habría que desprenderse de manera similar a lo que acontece cuando alguien ha sido herido con una daga que ha penetrado en su cuerpo y conforme siente su impacto desearía arrancar para evitar que siga agravando su estado físico, con el riesgo incluso de conducirlo a la muerte. Quedaría a merced de cada quien reaccionar mediante la que Oruan considera como estrategia defensiva (repeliendo el agente del dolor y su recuerdo) o mediante la que considera como estrategia autodestructiva (instalándose en el dolor). De hecho, Oruan se desentiende del sufrimiento indefinido en que se ven inmersas sus víctimas sobrevivientes. Así, con respecto a las secuelas emocionales que afectan a las mujeres violadas, afirma: «Eso es problema de ellas. Sus sentimientos no me van ni me vienen. Si se quedan traumatizadas es porque tienen una mente endeble o no le echan sentido. Ya pasó».

Esta argumentación no es otra cosa que una modalidad defensiva para tratar de alejar el sentimiento de culpa, aunque a veces puede fallar si aflora la «personalidad» que es sensible y por la cual se siente uno responsable del dolor provocado. En otras ocasiones, el sentimiento de culpa se asocia con la decepción que suscita el victimario en sus seres queridos, afectados también por las consecuencias a pagar frente a la ley y la sociedad. En cierta forma, incapaz de asimilar toda la catarata de padecimientos derivados de los actos delictivos, el victimario se preocupa más de su mundo de relaciones que del de la víctima. Para esclarecer esta cuestión, es oportuno considerar cierto fragmento de una sesión que tuve con Oruan.

—¿Cómo es posible que le haya fallado tanto a mi esposa, que le haya hecho sufrir? Eso me hace sentir mal, porque la quiero. Veo cómo me quiere, que me acepta tal como soy. Entonces me hace sentir mal; me hace sentir arrepentido por haber actuado como actué.

—¿Nunca piensa en las víctimas y sus familiares?

—No. Están fuera de mi mente. No pienso para nada en ellos; están fuera de mi jurisdicción.

—¿Nunca ha sentido culpa por el daño cometido a las víctimas?

—No, en lo más mínimo. Si lo llego a lamentar es porque estoy pagando las consecuencias en carne propia.

Cuando el victimario se niega a asumir la responsabilidad de sus actos, sin importarle el dolor provocado, lo hace activando distintos recursos defensivos: 1. Evitando recordar a la víctima, con lo cual evita pensar y sentir sobre algo que teme; 2. Contemplando lo realizado a la víctima como la secuencia de una película, esto es, de manera un tanto irreal; 3. Concibiendo a la víctima como depositaria de la culpa. En definitiva, estos tres recursos o mecanismos defensivos sirven para escapar de aquello que se supone displacentero y dañino para la propia psique.

En los asaltos y violaciones Oruan tenía como finalidad la gratificación material o sexual, según el caso, constituyendo la agresión una respuesta a la oposición

mostrada por la víctima, a la cual se le responsabilizaría del trato recibido. En cuanto a la forma de proceder durante los asaltos, comenta lo siguiente:

Quando le corro el cerrojo a la pistola es el mensaje de la muerte. Conforme se oye el «trass», «trass», la víctima se queda de una pieza, se pone tan nerviosa que antes de que ella hable yo le digo: no te va a pasar nada. Lo único que quiero es tu reloj, tu cartera. Pero si te resistes, yo no te voy a matar; tú solito te vas a matar. Tú le vas a jalar el dedo al gatillo.

Yo llegaba y encañonaba. ¿Sabes qué? Yo nada más quiero esto; tu vida no la quiero. Si me quieres dar tu vida, eso es cosa tuya.

Al tratar de resistirse al asalto, la víctima pondría al victimario en una situación delicada, como aquel que acorrala a un tigre que lucha por sobrevivir, mostrándose, a juicio de Oruan, como una persona estúpida o miserable, nada inteligente, que valora en mayor grado el dinero que la vida misma. De manera semejante evalúa Oruan a la mujer que es objeto de la violación y no se muestra colaboradora: «Yo agarraba fuerte a la víctima. Conforme la agarraba, le decía: nada más te voy a hacer el amor. De ti depende que no te haga daño».

Observamos que el victimario de características psicopáticas traslada a los demás su responsabilidad. Cuando atenta contra alguien se justifica diciendo que lo tiene merecido. Y además sostiene que, en caso de no haber cometido él determinada acción criminal, la hubiera protagonizado otro sujeto. A este respecto es muy significativo el siguiente comentario: «¡¿Cómo es posible que una mujer ande sola en el campo?! Si no la violo yo, la va a violar otro».

Parece que Oruan tiene la necesidad de atribuir a todos los seres humanos sus propias necesidades e intenciones. No significa esto que no emerja el sentimiento de culpa, pero es relativamente fácil de erradicar. En la medida que se guía por el principio del placer, lanza fuera de sí todo aquello que le produce malestar. Intenta, en todo momento, proyectar la culpa. Considera que la víctima, por imprudencia o egoísmo, le pide que se le apliquen unas medidas determinadas. En definitiva, si el victimario no muestra sentimiento de culpa, ello no es debido a su inexistencia sino al hecho de estar operando un mecanismo defensivo. Como el propio Oruan lo confiesa:

Si yo fuera de una mente débil, endeble, mis remordimientos me matarían o me volverían loco. La mente todo lo que tiene de poderosa, también lo tiene de endeble, de frágil. Esa compasión, esa pena, esa lástima, ese arrepentimiento sí me lacera, me llega a mi corazón, pero conforme yo siento que se va a apoderar de mí, me lo jalo, lo desecho. Ya lo hice y ya estuvo, así de sencillo.

II.3.3. *Percepción del hombre y labor de desenmascaramiento*

A pesar de los delitos cometidos y la maldad que reina dentro de sí, Oruan no se ve muy distinto de los demás, argumentando que:

Todos pensamos cosas malas; nada más que no todos tienen la capacidad para llevarlas a cabo, ni el valor, ni la decisión, ni la determinación, ni la voluntad. En cambio, yo reúno todo eso. Tengo la decisión, la voluntad, el coraje, la determinación. Ellos lo piensan, pero al pensarlo, en ese instante, me imagino que le piden perdón a Dios por el mal pensamiento. Yo no. Conforme lo estoy pensando, lo estoy disfrutando. Todos violamos, todos robamos, todos matamos, de una manera u otra.

En ciertos casos, el criminal se propone llamar la atención sobre los deseos sexuales y destructivos que anidan en el ser humano y que claman por su realización sin cortapisas. Es algo de lo que cree tener pleno conocimiento y de lo que quisiera

dar a conocer a partir de su experiencia. Vemos así que Oruan se empeña en desvelar aquello que el otro trataría de reprimir. De alguna manera, se presenta como una especie de demonio tentador. Funcionaría como un aparato de rayos x que pone al descubierto los deseos reprimidos. Como él comenta:

Al hablar de mí estoy hablando en general del hombre. Así es el hombre; nada más que yo soy claro, sincero y honesto en lo tocante a este tema. El hombre en lo tocante a este tema es hipócrita, oculta su verdadera identidad. Me gusta ser abierto; desenmascaramme es como desenmascarar al hombre en general.

Oruan es un experto de las máscaras, pues a menudo él las utiliza al comportarse como la gente espera que lo haga, siempre y cuando le convenga o tenga la intención de lograr algún objetivo, aunque también en otras ocasiones le gusta darse a conocer en su vertiente descarnada, desnuda, sin disimulos. Quizá el sujeto de características psicopáticas, como lo es Oruan, emplea sus máscaras sabiendo el papel que está representando en determinado momento y considere que los demás confunden habitualmente la forma o presentación exterior con el fondo de la vida psíquica. Desde este punto de vista, tan solo se precisaría rascar un poco en la fachada del ser humano para descubrir sus deseos criminales, aun cuando bastantes sujetos rechacen tal realidad o se sientan sumamente perturbados cuando esa parcela del *self* asoma a la conciencia. Lo que un psicópata refiere acerca de los otros y sus máscaras puede ser cierto, pero, por otra parte, hemos de considerar que, aquel que presume de saber mucho o prácticamente todo acerca de la psique acusando a los demás de ignorancia psicológica, tal vez no sepa tanto o incluso bastante menos de lo que cree, precisamente él que se ve en la necesidad de proyectar gran cantidad de contenidos psíquicos y que por consiguiente desconoce de sí mismo. Así pues, el conocimiento que dispone el sujeto de características psicopáticas acerca del ser humano es muy parcial y fuertemente contaminado por sus contenidos inconscientes.

Según Oruan, «el hombre por naturaleza siempre ha sido enemigo del hombre; siempre ha buscado el mal, jamás el bienestar de su semejante». «El hombre es peligroso, ya que en todo el globo terráqueo no existe un animal tan letal como él. ¿Por qué? Porque miente y traiciona constantemente». Con una concepción tal del ser humano, Oruan justifica su forma de proceder como una respuesta «lógica» en la lucha por la supervivencia.

No soy algo especial, algo sin igual, algo único, algo fuera de serie. Si no los atacas, te atacan. Si no la violo, la violan. Si yo no levanto ese paquete, otro lo va a levantar. Hay que ver lo que es una lógica. Si yo no les violo a sus mujeres, ellos violan a mi mujer; si no les violo a sus hijas, van a violar a mis hijas; si no les pongo en la madre, ellos me van a poner en la madre. Si tú no traicionas, vas a ser traicionado; eso es un hecho. Aunque sea a la larga, vas a ser traicionado.

Todo el mundo hace cosas incorrectas, crímenes, violaciones, robos, secuestros. Lo que yo hice no es nada nuevo bajo el sol; todo el mundo lo hace. Si no es el 90, es el 80, como mínimo el 70 por 100 de los seres humanos hace lo que yo hice. Viola, mata, extorsiona, golpea, roba, comete adulterio, bebe, se droga. ¿Quién no ha matado, quién no ha violado, quién no ha robado? El mismo gobierno ha hecho el mal, ha cometido muertes y no como las mías; ha cometido muertes en masa, no un homicidio.

Oruan sostiene que él hace lo que hace porque con el ser humano no tendría sentido actuar de otra manera, con el riesgo añadido de que si alguien es confiado y bueno, fácilmente pueden llegar a agredirlo y aniquilarlo. Pero al mismo tiempo se vislumbra su lamento, queja y pesar por ser como es. Así lo expresa: «La mayoría de los hombres practica lo malo y lo muy malo; somos, pues, mentes dañadas». «Me

decía a mí mismo que me estaba excediendo, que era incorrecto lo que estaba haciendo, pero me gustaba».

Oruan reconoce estar psicológicamente dañado, consciente de que el uso de la agresión no defensiva constituye un modo patológico de interacción con los otros, algo que habla de lo mal que se vive la relación con el mundo. Y aunque el uso de la agresión no defensiva se acompañe de cierta cuota de placer, en la medida que supone la descarga energética, ello no conlleva ninguna solución satisfactoria sino la prolongación y perpetuación de los conflictos.

Ya hemos visto anteriormente que el criminal puede mostrar cierta habilidad para poner al descubierto el inconsciente del otro, para dar a conocer parte de «la verdad» acerca de la naturaleza humana. Pareciera que quisiera enseñarle a la gente cómo liberarse del superyó, aquella instancia que coartaría la total libertad de expresión. Ahí radica fundamentalmente su capacidad de seducción y manipulación. Porque sabe que a veces todos los seres humanos estamos confundidos con respecto a lo que creemos ser, y que algunos lo condenan tan intensamente como lo envidian. Paradójicamente, siguiendo con el caso que nos ocupa en este capítulo, Oruan no quiere ser el que es; anhela conquistar las características de alguien que sea virtuoso para poder manifestarse predominantemente de acuerdo con su «personalidad» sensible y amorosa. Lo que ocurre es que se encuentra desesperanzado y sin objetos de anclaje que le permitan la identificación positiva. Así lo manifiesta:

Siempre quise ser una persona de bien, siempre fue esa mi idea, nada más que yo no contaba con la masturbación, el cigarro, la marihuana, el alcohol, mi falta de dominio de mí mismo, mi falta de dominio en lo tocante a mi naturaleza. Eso fue lo que me echó a perder. Ser una persona respetable, admirada por la ciudadanía, es muy bonito.

II.3.4. *Autoridad no reconocida*

A lo largo de la vida, hay sujetos que prácticamente en todo momento sienten la necesidad de mostrarse por encima de los demás, lo cual vemos ejemplificado en el presente caso de la siguiente manera: «Siempre me ha gustado ganar. Yo fui el más agresivo de toda mi familia. Siendo el quinto de la familia a todos les he pegado, a todos los he enfrentado y no pudieron conmigo». El dominio ejercido sobre los familiares se habría dado porque nadie fue capaz de controlarlo, ni siquiera su padre de crianza, del que Oruan dice:

Mi padre de crianza no me supo criar, no me supo educar, no tenía carácter, no se preocupaba por mis estudios, no se preocupaba por mi educación. Las veces que él quiso reprender a sus hijos mi madre se ofendía, se molestaba, se enojaba. A mi padrastro o padre de crianza mi madre jamás le permitió que me llamara la atención. Me crié sin el tono altisonante, brusco o grueso de un padre.

El padrastro no es reconocido por la madre; de hecho, ella no deja que ejerza la autoridad sobre sus hijos, lo anula o castra psicológicamente en presencia de los otros. Eso trae como consecuencia que Oruan se comporte de manera semejante a un potro salvaje, sin que nadie lo pueda gobernar. Los hermanos tampoco habrían sido objeto de respeto o temor, siendo contemplados como sujetos dominados, faltos de carácter, al igual que el padrastro. La tarea de corregir y guiar competía a la figura femenina, ya fuera la madre o la abuela. Una figura que, según Oruan, aun cuando se lo propusiera, tendría poca capacidad para hacerle sentir el dolor y, por tanto, para

intimidarle. Desde su perspectiva, el sexo es determinante en la aplicación del castigo físico.

La reprimenda de una madre es muy diferente al correctivo de un padre. La madre mientras más recio te pegue, más siente el dolor por pegarte. El correctivo del padre es diferente, lleva energía, lleva coraje, lleva fuerza, lleva definitivamente dolor. La mano del padre yo nunca la he sentido, pero la sentí a través de mis hijos; cuando yo les pegaba, yo sentía que iba coraje, fuerza, energía. A la madre se le destroza su corazón en miles de pedazos, se le hace añicos, al pegarte. Los golpes que me daba mi abuela no me calaban.

Nunca se vio Oruan amenazado o atemorizado por la acción disciplinaria de la figura femenina, contra la cual podía incluso rebelarse fácilmente y faltarle al respeto. «Cuando mi madre me llamaba la atención, yo me sentía mal y me hacía irrespetuoso. Yo falté mucho al respeto a mi mamá». Queda claro que su madre no pudo ejercer la autoridad sobre él y, por otra parte, llama la atención la forma en que ella reaccionaba ante los actos ilícitos cometidos, hacia los cuales solamente habría mostrado sorpresa o cierta indignación. Simplemente dejó que su hijo hiciera su voluntad, lo dejó ser. Las palabras que así lo expresan son las siguientes: «Mi madre nunca me ha discutido mi manera de ser. Nunca me lo ha discutido. Tal como yo soy, ella me acepta. Nada más dice: ¡¿cómo es posible que hayas hecho esto?!».

Oruan hubiera deseado tener como figura paterna a una persona investida de autoridad, que además se preocupara por su educación, para así disponer de una guía u orientación. A su modo de ver, su madre tendría que haber apoyado a su padrastro en la labor educativa en lugar de cuestionarlo y negarlo. Y no habiéndose dado el entendimiento entre sus padres, es palpable su lamento por la inadecuada formación que padeció. Considera él que con unos padres que hubieran sabido tratarlo su vida hubiera discurrido de otra manera.

Yo necesitaba una educación especial de acuerdo con mi carácter, con mi manera de pensar, cosa que mis padres no supieron. Con una buena educación hubiera sido la persona que yo quería ser. Quizás me hubiera desarrollado en lo que yo quería ser: cantante, compositor, intérprete o arquitecto. Me hubiera gustado ser un profesionista. No estoy nada contento con lo que yo soy.

II.3.5. *Crítica de los otros y castigo*

Un aspecto a considerar en Oruan es su necesidad de arrogarse la facultad de desvelar o desenmascarar al ser humano. No puede dejar de denunciar las fallas o incorrecciones que percibe. Es comprensible entonces que experimente gran malestar ante las personas que se le oponen, que no aceptan «la verdad» que les refiere y que, en definitiva, se harían pasar por lo que no son. Asegura que:

Si esa persona está actuando mal, yo no me quedo sin llamarle la atención. Le tengo que decir: eso que haces es incorrecto. Cuando a una persona le dices la verdad, es algo similar a lo que ocurre cuando un hombre saca deliberadamente su miembro genital y se lo enseña a una niña de doce años; la niña se espanta, se escandaliza. Así es el hombre al que le dices la verdad; se espanta, se escandaliza, se enfurece. A los individuos que les hablas con la verdad es como si los sentaras en el falo. Al sentarlos les está doliendo y a mí me gusta mucho decirles su verdad, restregarles la verdad en su cara.

En las comparaciones establecidas las relaciones interpersonales aparecerían mediatizadas por los pares antinómicos dominancia/sumisión y masculinidad/feminidad. Como si en todo momento estuviera en juego el ejercicio de

la autoridad y, a fin de cuentas, la posesión del pene-poder. Oruan manifiesta su necesidad de poner especialmente en evidencia a determinados hombres:

No sé por qué, pero yo a las personas que dicen ser lo que no son me gusta hacerles ver lo que verdaderamente son. Me gustaría utilizar la tortura en uno de esos supuestamente muy hombres, hombres violentos, hombres agresivos, hombres que no conocen el miedo, hombres que se pasan de listos con su semejante, hombres prepotentes, orgullosos, vanidosos, altivos; a esos hombres me gusta verlos llorar, pedir perdón.

Con el paso del tiempo me he llegado a dar cuenta que soy un depredador de depredadores. Los depredadores me caen mal. O sea, una persona que hace lo malo me cae mal, porque yo sé que cuando lo tenga en mis manos no va a ser lo que él dice que es.

El que se porta mal, actúa mal, me despierta mis instintos criminales, inclusive empiezo a forjar en mi mente cómo voy a derribarlo, cómo lo voy a atacar.

Oruan no tolera la prepotencia, el orgullo. No acepta que alguien quiera mostrar una actitud que no puede sostener. Reprueba la maldad, la violencia, características que paradójicamente comparte. Además, se siente defraudado de las relaciones humanas, ya que pasado un tiempo descubre que el supuesto amigo, bondadoso y solidario, no lo es. Un rasgo que no acepta de ningún modo es la avaricia, la renuencia a compartir, considerando a quien se comporta así como un miserable. También reprueba la suciedad y la utilización de palabras groseras, entre otros malos hábitos. Para entender las críticas realizadas por Oruan a la gente, es ilustrativo lo que comenta acerca de su padrastro:

Mi papá de crianza era un hombre muy trabajador, pero muy miserable en lo tocante a darle el gasto a mi mamá. Toda la semana llegaba a buena hora y comía tranquilo, bien chambeador, muy trabajador, pero el sábado, que era cuando cobraba, conforme lo hacía se iba a emborrachar. Nada más se portaba bien de lunes a sábado; el sábado llegaba borracho y por una cosa u otra le pegaba a mi mamá.

El reproche de «miserable» referido a su padrastro es coincidente con lo que piensa de aquellos que arruinan las relaciones de compañerismo y amistad. Otra crítica que hace a la gente (la vulgaridad u ordinariez) la contemplamos también dirigida a su padrastro, como así queda reflejado en las siguientes frases:

Mi padre de crianza ofendía a mi madre injustamente; es muy hocicón, muy grosero, muy vulgar, tiene un vocabulario muy ordinario. Desde hace unos quince años mi mamá ya no vive con él porque es un hombre muy sucio, sucio en el aspecto de que bebe y es mugroso, no se asea, y mi madre es bien pulcra, es bien limpia. Siempre ha sido un hombre muy ordinario, vulgar, y en la familia de nosotros no se usan palabras groseras. A mi mamá siempre le ha molestado, inclusive a mí también.

En cierta ocasión que su padrastro iba a golpear a su madre, Oruan salió en su defensa, lo que le convirtió en blanco del ataque. De ese suceso, ocurrido cuando tenía unos diecisiete años, dice:

Se me vino con un cebollero que agarró de la mesa. Entonces yo agarré un tabique y «prass», se lo puse aquí; le rompí la ceja y el pómulo. Como al medio año, otra vez volvimos a discutir. Ya entonces él discutía conmigo por defender yo a mi mamá. Se me vino otra vez. Entonces agarré una raja de leña y «prau»; metió la mano y se la quebré.

En cuanto a estas dos peleas, destaca el hecho de que Oruan arremetiera contra su padrastro una vez que este lo atacara, en ningún caso agrediendo él primero, que es tal como procede con sus adversarios, es decir, pagándoles con la misma moneda. Así consta en esta explicación: «Yo soy un hombre muy agresivo, pero tengo un gran dominio sobre mi agresividad. Yo sé cuándo debo atacar; no ataco a menos de que yo

sea agredido». Podría afirmarse que, inconscientemente, toda pelea en que se halla inmerso supone para Oruan un enfrentamiento con el padrastro al que desprecia. A sus oponentes o adversarios, igual que a este, les critica tanto la avaricia como el comportamiento sucio y grosero. Además les atribuye la prepotencia, la tendencia a la traición y una naturaleza depredadora. En general, el hombre es percibido como alguien que carece de capacidad para sostener la ley, invalidado pues para poner límites y regular los impulsos, lo deseos, por lo que su autoridad es burlada, despreciada y no reconocida.

Al mismo tiempo que lucha contra la figura paterna, Oruan lo hace contra la parte de sí mismo ligada a dicha figura. En sus contiendas se deja arrastrar por el mandato de la madre para eliminar las características malsanas que serían señaladas en el padrastro y que él no quiere absorber. En otras palabras, cuando trata de corregir al ser humano, Oruan se identifica con su madre en la tarea de desautorizar al padrastro. En varios aspectos (irritabilidad, impulsividad, determinación, etc.) se considera una réplica de ella.

Así como soy yo, así es mi jefecita, igualita. Mi madre también con suma facilidad se irrita, se molesta, se sale de sus casillas. Mi mamá es muy agresiva, muy impulsiva. Mi madre y mi abuela son de un carácter firme, determinante.

Oruan se halla atrapado en un proceso identificatorio en el cual las características de su madre las vive como incompatibles con aquellas que emanan de su padrastro y que, en contra de su voluntad, también impregnan su personalidad. Lucha contra lo que es su padrastro, sin dejar de ser como él. De este conflicto referente a su identificación paterna da cuenta el siguiente extracto:

Hoy estoy preparado para actuar como una persona humilde siendo una persona altiva, arrogante, orgullosa, prepotente. No soy vulgar, no tengo un vocabulario obsceno sino que yo soy vulgar, soy ordinario y hablo palabras obscenas a la persona que se ha atrevido a desafiarme, a retarme.

El victimario de características psicopáticas sufre o padece la persecución implacable y perturbadora procedente de una parte de su yo que ejerce la censura, del superyó para ser más precisos si utilizamos la terminología psicoanalítica. Su modo de defenderse radica en hallar un objeto depositario de la agresión como sustituto de sí mismo. La víctima es contemplada para proyectar y alejar lo que él teme, lo que no es capaz de mantener dentro de sí mismo. El sujeto sometido y despreciado, por lo menos de manera circunstancial, pasa a ser el otro o también es el otro. Además, acusando a la víctima trata de corregirse y controlarse él mismo, prohibiéndose y castigando las conductas que considera intolerables. Es por eso que, en cierta ocasión, cuando le indiqué a Oruan que al criticar los defectos ajenos estaba luchando contra sus propias desviaciones, aceptó como correcta mi interpretación, añadiendo lo siguiente: «Yo me digo a mí mismo: esto es para que tú no lo hagas. Son cosas que ya no debo hacer; son cosas que yo hice, son errores que yo cometí».

Oruan refiere acusaciones y admoniciones hacia las conductas de la mayoría de la gente. Utiliza la recriminación con la pretensión de «educar» a los otros y también a él mismo, reprobando unas debilidades que, a pesar o quizá por el hecho de compartir, no puede tolerar.

Controlando a la víctima, el victimario pretende poner a raya los aspectos intolerables y rechazados de sí mismo, todo aquello que le haría asumirse como un

ser sufriente, débil o común. Por una especie de inversión de roles, anhela fungir como transmisor del dolor en lugar de ser receptor o víctima. Y por tal motivo teme que el otro no se asuma como objeto depositario, que le devuelva lo que él le ha proyectado, lo que le situaría como portador único de los ataques superyoicos. Aunque el victimario no consigue desplazar por completo todo el monto de persecución y sufrimiento experimentados, por lo menos, a través de la agresión, intenta hacer partícipe al otro de semejante trato, desviando parte de la carga agresiva emanada del superyó. En consecuencia, el victimario siente la necesidad de repudiar a la víctima, tratando de marcar diferencias con ella, aunque por otra parte no deja de dirigirse a cierta parte de sí mismo que condena y que al mismo tiempo impregna su personalidad. En el fondo se siente tremendamente mal consigo mismo; recurre a la agresión para tranquilizarse transitoriamente, defendiéndose desesperadamente de sí mismo a través del otro. La necesidad de recriminar al otro habla tanto del superyó severo que ha sido proyectado como de la parte yoica que queda asociada con él.

El caso de Oruan es sumamente ilustrativo, justificando él las más diversas agresiones (incluso acompañadas de gran crueldad y sadismo) contra el prójimo:

Me gustaba pagar a las personas con su misma moneda. Me gustaba y deseaba hacerlas sufrir, o sea, que pagaran por sus errores, que pagaran cruelmente por su manera de pensar negativamente. El 90 por 100 de los seres humanos merece el infortunio. Por ejemplo, cuando hay un huracán a mí me parece fabuloso. El ser humano te da uno y miles de motivos para que te vengues de él. Te da motivos para que violes a su hija, para que lo asaltes, para que le saques un ojo, para que le moches una mano, para que le arranques la lengua, o sea, se la jalas con unas pinzas y mientras estás jalando se la cortas con unas tijeras. El ser humano te da motivos, te insta a pensar de él sádicamente.

De acuerdo con el planteamiento de Oruan, la víctima es merecedora de la agresión tan solo por formar parte del género humano y ser sospechosa de maldad o negatividad. Sus características malsanas justificarían que fuera objeto de la violencia, en contra de la intención original del victimario de entablar relaciones positivas. Las siguientes palabras transmiten esta peculiar forma de pensar:

Si no me siento mal es porque simple y sencillamente yo le pago al hombre con su misma moneda. Todos somos así; de una u otra forma hacemos el mal, perjudicamos a nuestro semejante. La persona te está diciendo cómo quiere que la trates, mal o bien. No me gusta perjudicar a mi semejante; sin embargo, siento placer al hacerlo porque él se lo merece.

Cuando yo le pago a la gente con su misma moneda hago un esfuerzo en contra de mi voluntad, o sea, esa reacción negativa va en contra de mis principios, en contra de mis buenas costumbres, de mis buenos sentimientos, pero si él es así, pues yo también lo soy, si él se porta mal conmigo, pues yo también me puedo portar mal con él. El mal lo practico en contra de mis buenos hábitos, de mis buenas costumbres. A mí no me gusta robar, a mí no me gusta matar, a mí no me gusta esto, pero lo tengo que hacer.

Según Oruan, el ser humano es el mayor depredador existente sobre la tierra, un ser ruin, hipócrita y sumamente egoísta y malvado que merece ser implacablemente castigado. Su valoración moral acerca de diversas conductas (ordinariedad, avaricia, soberbia, traición, etc.) es tan severa y rígida que llega a plantear el homicidio como una respuesta idónea o conveniente y a presentarse él como una especie de salvador social, como una especie de agente que contribuiría con sus acciones en la tarea de «limpieza moral». Percepción persecutoria y perversa. En palabras de Oruan: «Soy como un vengador de Jehová. Yo soy un vengador de Jehová porque me gusta eliminar el mal».

II.3.6. Cadena de violaciones y relaciones con las mujeres

Oruan sostiene que su vida (criminal) está marcada por el mal ejemplo que ha recibido del ser humano y que, por consiguiente, su forma de proceder con los otros, considerada por él mismo como incorrecta, hasta cierto punto le fue impuesta. Eso le lleva a sentirse diferente de quienes habitualmente cometen crímenes: «No me creo un delincuente nato, ni un asesino nato ni un violador. Yo creo que todos esos defectos me nacieron porque adquirí malos ejemplos». Al plantear que no hace otra cosa que repetir o poner en marcha las enseñanzas adquiridas, Oruan se desvincula de la culpa mediante un discurso justificador.

Yo no inicié esta cadena de violaciones. El hombre me dio la pauta a seguir; violaron a mi primera mujer siendo yo un joven de diecisiete años. Si ellos pudieron hacer eso, yo también lo puedo hacer. Eso, lo de quitarle una mujer a un individuo, no lo había practicado yo nunca. Como al año se me presentó la oportunidad; fue mi primera violación y me gustó. Al violar a las señoras les estaba pagando a ellos con su misma moneda.

Los violadores de su mujer le habrían indicado a Oruan la pauta que debía seguir mediante un tipo de práctica que, en su opinión, inevitablemente resulta placentera para la víctima.

Una violación para la mujer no supone dolor; lo que le proporciona es placer. Yo no lo veo como una humillación. El hacerle el sexo a una mujer, el violarla, es para ella algo muy agradable. Después de que la víctima ve que lo único que quieres con ella es tener una relación sexual, empieza a disfrutar del sexo, de la relación, del coito, porque no está muerta, está viva. Obviamente, se le van a despertar sus sensaciones, sus instintos sexuales.

El hecho de pensar que la víctima de una violación goza es una forma de ahuyentar el sentimiento de culpa al mismo tiempo que le permite al victimario fantasear con la idea de ser alguien poderoso, valorado. Relación sexual obligada, violenta, sobre la que Oruan habla con cruel ironía.

Cuando me encontraba con mujeres solas, conforme les estaba haciendo el amor les decía yo: ¡¿pero cómo se te ocurre caminar sola mamacita?! ¡¿Cómo se te ocurre?! Eso es incorrecto. No me lo tomes a mal. Si no te lo hacía yo, te lo iba a hacer otro. Si no iba a ser hoy, iba a ser mañana o uno de estos días, qué se yo, pero te lo iban a hacer. Después de esta violación que he hecho contigo sigue saliendo igual y vas a ver que te van a volver a violar. Te recomiendo que para la próxima vez, si es que insistes en caminar sola, uses una navaja o unas tijeras.

Desde este punto de vista, si la víctima sale viva del ataque, tendría que darle gracias al victimario. Este le habría enseñado una gran lección, para que en lo sucesivo tome más precauciones. Y si no es la víctima quien aprende la lección, otras personas podrían hacerlo a partir del conocimiento de las circunstancias en que se ha producido el terrible suceso.

Para entender en profundidad el significado de las violaciones, no se puede soslayar ni considerar de manera independiente o aislada la percepción que el victimario tiene acerca de la figura femenina en sus relaciones cotidianas. A este respecto llama la atención el hecho de que Oruan no pueda sentir placer y amor con una misma mujer, quedando ambas cuestiones disociadas, como si pretendiera alejar de su conciencia el contenido edípico e incestuoso. La idea de disfrutar sexualmente con la mujer amada le parece insultante.

Proponerle algo indecoroso a mi esposa sería como ofender a mi madre. No le puedo decir a mi

esposa: lo que pasa es esto. La voy a ofender, la voy a comparar con una prostituta. A mi esposa no la deseo, nada más la amo. La relación sexual la llevo a tener como un cumplido, como un deber, como una obligación de un marido hacia su mujer. Cuando tengo la relación sexual con ella es una relación pura, de amor, no de sexo. Mi esposa no me excita; en cambio, con mi querida es diferente. Conforme la veo, me excita.

El hecho de que Oruan sea incapaz de disfrutar sexualmente con su esposa, no solamente se debería a la escisión (mujer santa/mujer prostituta) que opera en su mente sino también al temor inconsciente de ser castrado. Es indicativo de ello lo que podemos leer a continuación:

Mi esposa es más masculina que femenina. Mi esposa en el acto sexual me desconcentra. Hay una diferencia muy grande en que el hombre posea o, mejor dicho, que el hombre coja a la mujer a que la mujer coja al hombre. Al principio de mi matrimonio yo tomaba a mi esposa y ahora es al revés, mi esposa me toma a mí. La mujer me ve muy pendejo porque no me acepta tal como soy. No acepta mi mando. Ocupa mi lugar. Pasa a ocupar mi lugar. Son así todas las mujeres con las que he vivido. Me usurpan mi lugar; me quitan mi poder.

Oruan, como podemos advertir, se siente despreciado por una figura femenina que le remite a su primer objeto de amor: la madre. A lo largo de su vida ha anhelado el afecto de su madre, quien le ha resultado distante y fría, cuando no menospreciadora, nada amorosa, con un «carácter firme, determinante», irritable, «muy agresiva, muy impulsiva». Así pues, el acto de violar pudiera interpretarse, en su caso, como el intento de acercamiento a una madre que percibe con rasgos predominantemente masculinos. Durante tal acto, sintiéndose dominador y regulador de la relación, Oruan trataría de afirmarse en la hombría cuestionada por la mujer-madre (fálica) al llevar a esta, representada en la víctima, a la condición pasiva. De esa manera lograría simultáneamente dos objetivos: acceder al contacto con la persona deseada y hacer gala de su fuerza viril. Por consiguiente, a través de la violación el victimario pretende capturar de la víctima una mirada confirmadora acerca de su masculinidad; la violación se le presenta como una vía para ocultar y compensar las dudas sobre su hombría.

Oruan teme ser dominado sexualmente por las mujeres, pues el pene, órgano de valoración narcisista, habría sido desdeñado o minusvalorado. Y cuando un hombre se siente rechazado en lugar de seducido por la figura femenina, puede llegar a creer que ella es plenamente autosuficiente y de carácter andrógino. En este sentido, emergería la envidia a la madre plenamente autosuficiente, una madre que no precisaría de nadie para vivir, ni siquiera de quien en cierto momento pudo haber sido señalado como hijo salvador, como libertador ante la violencia ejercida por el padre. Oruan trataría entonces de hacer ver a la mujer-madre que todavía lo necesita; buscaría ansiosamente el modo de hacerle bajar de su pedestal de diosa omnipotente. Necesita imponerse a ella, ya sea mediante la violación u otras manifestaciones de fuerza, para llegar a visualizarse como alguien digno de respeto.

A la mujer de vez en cuando hay que darle sus madrazos, con el puño cerrado, para que sienta, para que se acuerde del día que nació. Para que no se te vuelva a subir a las barbas. La mujer siempre tiene que estar a este nivel, no más arriba. Hay que golpearla siempre que ella lo amerite, no como lo hacía mi padre de crianza con mi jefa.

Oruan critica a su padrastro por haber maltratado a su madre mientras que en su caso considera justificado el maltrato hacia las mujeres. En el fondo es como su

padrastró, un ser inseguro de su masculinidad y autoridad, aunque no quiera reconocerse en dicha figura.

II.3.7. *Vulnerabilidad, carencia afectiva y depresión*

Oruan se refiere a sus víctimas y a la gente en general de la siguiente manera:

Las víctimas no me interesan en lo más mínimo. Yo nací para ser su verdugo, su ejecutor, su golpeador, su violador, su atracador, su secuestrador, su pesadilla. Los sentimientos de mis semejantes no me interesan en lo más mínimo, porque tampoco a ellos les interesan los míos. Así de sencillo. ¿Por qué me voy a preocupar yo por el dolor de mis semejantes si ellos no se preocupan por mi dolor?

La falta de interés por los sentimientos ajenos se acompaña del ánimo vengativo y despreciativo, de acuerdo con la faceta insensible de Oruan, que es la que suele mostrar ante los demás.

Piensan que soy una persona insensible, pero no soy insensible. Es una fachada, es un escudo nada más. Eso es lo que yo trato de hacer ver, que soy inmune al dolor, inmune a los sentimientos de mis semejantes, inmune a muchas cosas que a ellos les hacen vulnerables. Mi felicidad es una pantomima nada más. Detrás de esa fachada está mi dolor, mi sufrimiento, mi vergüenza, mi pecado.

Una vez más, como sucede con la culpa, el mecanismo defensivo frente al dolor y a la depresión consiste en la expulsión o proyección.

No me dejo abatir por el dolor. Lo siento, pero conforme lo siento, lo expulso, porque eso me mataría. Cuando siento la depresión, la trato de aventar. Es como si se te parara una abeja. Tratas de quitártela, es algo molesto. Eso es lo que hago yo con la depresión, la aviento, y vuelvo a ser ufano, versátil, accesible, alegre.

Oruan oculta ante los otros su sensibilidad, su vulnerabilidad. Se ve solo con su dolor, desamparado, sin nadie en quien apoyarse.

Exteriormente me ves bien, pero interiormente estoy podrido; no hay una parte de mí en mi interior que no tenga llagas. Aunque aparentemente soy insensible, realmente soy muy cariñoso, muy amoroso, muy sensible, incluso susceptible. A mí me hieren con los desprecios. No me gusta que la gente me vea decaído, derrotado, vencido, humillado, desalentado. No me gusta que vean mi dolor, que se den cuenta de que sufro.

Una de las cuestiones que más afecta a Oruan es el sentimiento de abandono.

Me estoy muriendo por falta de amor, por falta de mis seres queridos. Siento que mis seres queridos han decidido abandonarme y me siento mal. Cuando viene, por ejemplo, mi esposa, me inyecta una inyección de ánimo, de esperanza, de vida, de ilusión, me siento muy bien. Tanto quiero yo a mi esposa que su ausencia me mata, me deprime, me convierte en un hombre melancólico, me hace pensar que soy un hombre insignificante.

Yo pienso que mi esposa ya no me quiere ver, como que ya no le intereso, como que he perdido el valor que yo tenía para ella, como que se ha dado cuenta de que soy una persona sin valor.

La relación con los familiares se presenta como algo necesario y vital para Oruan, teniendo en la esposa a un referente (maternal) imprescindible. Sin su amor se siente vacío, insignificante. Cabe señalar que anteriormente tuvo otra esposa que tomó la decisión de abandonarlo, lo que le provocó una severa depresión: «Me dejó dolido 8 meses y 4 días. Dejó de venir a verme. Después de ese lapso vino y me dijo que todo había acabado. Fue cuando yo sentí morirme, me sentí muy abatido, pensé en suicidarme».

La falta de amor iría de la mano del desprecio, de una mirada rechazadora que

emanaría tanto de la mujer como del hombre, del ser humano en general, como se trasluce de la siguiente declaración: «Mi semejante me menosprecia. ¿Sabes cómo me considera mi semejante? Como un hombre muy pendejo». En el fondo, pues, Oruan se siente decepcionado por no obtener respuesta a un lamento que calla, que no confía en expresar, que se lo guarda para sí. Desearía conseguir afecto y aprecio de las personas con que interactúa, especialmente de sus familiares, pero lo que teme, y trata de evitar, es que descubran su situación de debilidad y que además disfruten con ello.

Mi familia no responde a mi queja, a mi dolor. Me gusta parecer ante mis familiares como una persona insensible, sin sentimientos, sin emociones. Ellos quieren que se los exprese, pero a mí no me gusta expresárselos. No me agrada verles su rostro de alegría, de satisfacción. No me gusta que crean que me tienen sujeto a ellos. No me gusta que digan: ahora con esto se va a rendir.

La clave de su actitud defensiva ante los otros nos la proporciona el propio Oruan cuando confiesa:

Mi madre es así. Ella me quiere, pero aparenta no quererme. Mi madre se interesa por mi bienestar, pero no se preocupa por mis sentimientos. Yo entiendo a mi madre porque soy igual que ella. Por ejemplo, si ella ve que me estoy muriendo, que estoy en muy mal estado, ella permite que ese malestar avance en mí, pero lo permite con el dolor de su corazón. Ella no puede hacer nada por mí; se desliga del sentimiento. Ese sentir de mi madre es el mismo sentir que siento yo. Mi madre me da lo que ella tiene, lo que está a su alcance. Mi madre jamás ha hecho lo imposible ni está dispuesta a hacer imposibles por ayudarme.

Oruan se siente afín a su madre en su inclinación a desligarse de los sentimientos, lo cual habla de su poca confianza en la posibilidad de obtener y ofrecer amor. Ha aprendido a no comprometerse ni implicarse afectivamente. La carencia afectiva tiñe la relación con su madre. Es por eso comprensible que siempre tratara de estar a su lado, inseguro como estaba de su amor: «Yo no me podía separar de mi madre; dependía mucho de ella. Lejos de mi madre, me sentía temeroso, inseguro». En el caso de Oruan se cumple la formulación de que no puede brindar amor quien no lo ha recibido. De ahí que le resulte una labor titánica hacer el bien. Se ve interiormente «podrido», lleno de «llagas», prácticamente imposibilitado para cambiar y convencido de que la mayoría de la gente es malvada, malsana, de que el estado de pobreza moral caracteriza a la población en general, por lo que se siente aquejado por la desesperanza y arrastrado al pozo de la depresión. Son significativas, a este respecto, las siguientes declaraciones:

Por mi mente ha pasado muchas veces la idea del suicidio. A temprana edad me di cuenta que esta vida no vale la pena vivirla; la gente está muy corrompida en todos los aspectos. En su mayoría la gente es miserable, codiciosa, prepotente. Esto es una basura, una escoria; este mundo está mal. Considero la muerte como un bálsamo para todos mis males, para todas mis enfermedades, para todos mis daños, para todo lo malo de mi persona. La considero como algo muy bueno, como lo mejor que me puede suceder en la vida; la muerte es lo que siempre he anhelado con vehemencia. A temprana edad me di cuenta de la corrupción existente en el mundo. Toda la gente está mal, está enferma de éxito, de poder, de riqueza, de lujuria, de esto y de lo otro; el que no tiene una cosa tiene la otra. Me gustaría exhalar, ya que al exhalar se acabaría todo para mí. Ya no vería tanta hipocresía, tanta injusticia, tanta indisciplina, tanto soborno, tanto chantaje, tanta prostitución, tanta delincuencia.

En opinión de Oruan, la mayoría de la gente es malvada, indigna y moralmente depravada, y la sociedad en su conjunto está putrefacta. Miseria humana, mundo infernal, falta de amor. Deseo de huir de todo, inclusive de la propia vida. Anhelos de muerte. Un discurso que gravita en último término en torno a la decepción

existencial, como queda condensado en esta frase: «Yo quisiera dejarme amar, pero la gente no sabe amar, está fría».

II.4. Un callejón sin salida

El ser humano está gobernado desde una dimensión inconsciente que le configura o estructura. Nadie elige ser el que es; más bien, es elegido a tener una forma particular de percibir, de sentir y de relacionarse consigo mismo y con los demás. La violencia, desde una aproximación psicológica, hemos de contemplarla como una conducta a descifrar a partir del discurso del victimario en su más completa extensión, esto es, abarcando tanto lo nombrado como lo que se esconde tras el decir. En el discurso se revela la conformación psíquica del sujeto, su posición subjetiva, lo que a él le da existencia y le marca su vivir.

Los que nos dedicamos a la producción de conocimiento en el campo de la psicología hemos de interrogarnos por el sentido que toda conducta tiene y por la manera en que los otros se inscriben en la mente. En cuanto a la problemática que nos ocupa, la de la violencia, he aquí una pregunta: ¿A quién o quiénes representa el sujeto depositario de la agresión, además de señalar al victimario mismo que no se quiere reconocer en él? Es preciso saber qué significan para el victimario las relaciones humanas y cómo los otros han respondido a sus demandas y necesidades a lo largo de su vida, independientemente de que ello esté sustentado o no en la realidad, pero siendo, en todo caso, su verdad subjetiva.

El victimario se siente impelido, convocado o llamado a actuar, aun a su pesar. Necesita emitir un mensaje, hacer patente su posición. La violencia constituye su respuesta frente a una situación existencial que le resulta insatisfactoria; habla de malestar, disconformidad e infelicidad, de la necesidad de protestar ante las frustraciones experimentadas. El victimario trata de defenderse de los sinsabores que el otro le podría dispensar o ya le habría dispensado. A la víctima se le considera culpable del castigo (humillación, burla, agresión física, tortura o muerte) que se le inflige. Se le exige convertirse en lo que no es o que por lo menos propicie el advenimiento de una nueva forma de relación. Por medio de la violencia el victimario pretende impactar en el medio, lograr un cambio en quienes le rodean y también en sí mismo, con la idea de sustituir la maldad imperante en el mundo por un vivir reconfortante y gozoso. Es un ser demandante de afecto y reconocimiento que se equivoca en el camino elegido; la apuesta por la violencia lo conduce a un callejón sin salida por el cual se adentra en la perpetuación y el agravamiento de los conflictos. Aunque apele a un cambio en la forma de ser o de relacionarse, la violencia lo impide, es el elemento que trastoca malsanamente cualquier intento de superación de sus dificultades psicológico-existenciales. Porque mientras el victimario no sea capaz de visualizar que la violencia constituye un mal y no un remedio, sus fuerzas se agotarán en una huida hacia delante impregnada de quejumbre y abocada al fracaso relacional. Si consigue algo, ello no tendrá nada que ver con el verdadero amor ni con las interacciones plenas o satisfactorias. La apuesta por la violencia, y sobre todo si se hace con ceguera, no vislumbrando otros caminos, dejará al victimario encerrado en un mundo infernal que él mismo ha colaborado a cimentar. Y en tal caso, la decepción impregna su existencia. ¿Cómo salir de

semejante atolladero? ¿Qué puede hacer? La única forma de luchar contra su fatal destino, la única forma de cambiar el mundo infernal en que se ve inmerso el victimario es comenzando por el cambio de sí mismo, y eso pasa por la renuncia a la violencia. Ha de aprender a optar por un callejón con salida, un callejón con acceso a la comunicación y al encuentro con los otros.

[53](#) A la información facilitada en el presente capítulo sobre Oruan se añaden las viñetas del capítulo 7.

Capítulo III

Los delincuentes violentos también son seres humanos

A menudo os he oído hablar de quien comete una mala acción como si no se tratara de uno de vosotros, sino de un extranjero entre vosotros e intruso en vuestro mundo. Pero yo os digo: Igual que el santo y el justo no pueden elevarse más arriba de lo que hay de más elevado en vosotros, igual el perverso y el débil no pueden caer más abajo de lo que hay de más bajo en vosotros.

Gibran Khalil Gibran, *El profeta*, 1923

III.1. Sentimiento de venganza

El ser humano es capaz de hacer grandes cosas y lograr grandes proezas. Las conquistas en las diversas parcelas del conocimiento, de las artes, en el mundo laboral, de la aventura, etc., así lo atestiguan. No solo eso; el ser humano es capaz de sacrificar ciertos proyectos y el desarrollo personal, o incluso arriesgar y/o dar la propia vida, para que la existencia de los otros sea cada día mejor. Esta capacidad de entrega al prójimo (ya sea en situaciones cotidianas que suelen pasar desapercibidas o ya sea en situaciones en que emerge el heroísmo propiamente dicho) nos deslumbra por momentos con tanta intensidad que no podemos dejar de maravillarnos. Pero así como el ser humano es capaz de luchar *por* los otros, también es capaz de luchar *contra* los otros, como queda patente cuando la realidad nos salpica con graves y terribles injusticias, con torturas, violaciones y muertes.

¿Cómo es posible que una persona sea capaz de maltratar a un niño con tal saña que lo lleve a la muerte? ¿Cómo es posible que un padre sea capaz de abusar sexualmente de su hija? ¿Cómo es posible que alguien pueda violar a innumerables mujeres y tener el descaro de decir que la culpa es de ellas? ¿Cómo es posible que se llegue a matar a la víctima de un asalto porque esta no llevara dinero o bien porque no quiso entregar lo que portaba? ¿Cómo es posible que alguien sea capaz de secuestrar, no importándole mutilar al secuestrado con tal de aumentar la presión sobre los familiares de la víctima a la hora de negociar el rescate? ¿Cómo es posible que alguien pueda sentir placer en provocar daño al otro, deleitándose con el sufrimiento ajeno, con los gritos de desesperación, con las lágrimas derramadas?

Estas preguntas nos remiten a ciertas situaciones en que el ser humano nos ofrece su lado más salvaje y antisocial. Situaciones en las que no se puede dejar de pensar en la víctima y sus allegados. Cuánto dolor, cuánta desesperación, cuánto horror, cuántas existencias destrozadas. La vida deja de ser lo que era. Brota el rencor, el odio vengativo, tanto individual como colectivo. Todos hemos oído comentarios como los siguientes: «muerte al asesino», «que violen y castren al violador», «a ese delincuente le deberían torturar y hacerle sufrir al máximo para que pague todo el daño que ha hecho». Llegan a emerger contra el victimario ciertas imágenes («justicieras», violentas, incluso sádicas) que hasta entonces podían permanecer ignotas para la conciencia. Es así que tras la comisión de determinados crímenes los corazones de la gente palpitan con ánimo de venganza, con el deseo de ejercer la violencia contra quien ha actuado violentamente. Con el ánimo de resarcirse de lo hecho, puesto que

el sentimiento de venganza, se reconozca o no, sea consciente o inconsciente, surge como reacción frente a las conductas antisociales y delictivas. «Esa respuesta es tan vieja como el hombre: se llama el talión. Quien me hizo mal debe recibir mal; el que me reventó un ojo, debe quedarse tuerto; en fin, el que mató debe morir. Se trata de un sentimiento, y particularmente violento»⁵⁴. Es «la justicia del hombre salvaje» (Epicuro).

III.2. De la venganza a la justicia

En una comunidad en que cada uno se tomara la justicia por su mano, esto es, donde la actuación vengativa fuera cotidiana, la vida estaría constante y perpetuamente amenazada. Sin posibilidad de proyectarla o vivirla en paz, debido al encadenamiento sin fin en que se insertaría la venganza, al mismo tiempo que disminuiría la capacidad para discriminar entre el acto criminal propiamente dicho y el acto vengativo. «No existe una clara diferencia entre el acto castigado por la venganza y la propia venganza. La venganza se presenta como represalia, y toda represalia provoca nuevas represalias [...]. Así, pues, la venganza constituye un proceso infinito e interminable»⁵⁵. Un proceso que colorea la relación social de sospecha, recelo y amenaza constantes, caracterizándose además por las permanentes afrentas y contra-afrentas de los unos para con los otros. El acto vengativo prolonga y perpetúa la violencia. No cabe esperar otra cosa de esa forma de responder.

No es extraño entonces que el ser humano haya buscado la manera de sortear un círculo vicioso con connotaciones claramente perturbadoras. A este respecto, Girard refiere que a lo largo de la historia se han contemplado tres fórmulas o modalidades, con distinto nivel de éxito, para alejar la amenaza de la venganza: 1. *El sacrificio (religioso)*, mediante el cual se trata de desviar la venganza hacia un ser que sustituya al culpable de un determinado crimen o mal; 2. *Los arreglos, duelos, etc.*, por los que se intenta dar respuesta puntual a los conflictos que pudieran surgir entre determinados sujetos o colectivos; 3. *El sistema judicial*, el cual, debido a su independencia y soberanía, sin sumisión a persona o grupo en particular, estaría al servicio de toda la sociedad y ante cuyas decisiones todos los ciudadanos deberían inclinarse.

En opinión de Girard, estas tres modalidades estarían ordenadas en la dirección que va de una menor a una mayor eficacia, de tal manera que el sistema judicial procedería con un éxito inigualable en su cometido de poner freno al proceso infinito e interminable que supone la venganza. Sin embargo, «No la suprime: la limita efectivamente a una represalia única, cuyo ejercicio queda confiado a una autoridad soberana y especializada en esta materia. Las decisiones de la autoridad judicial siempre se afirman como la *última palabra* de la venganza»⁵⁶. Por consiguiente, «el sistema judicial *racionaliza* la venganza, consigue aislarla y limitarla como pretende; la manipula sin peligro»⁵⁷; «la venganza ya no es vengada»⁵⁸.

Tomando en consideración lo ya dicho, se hace evidente que la venganza no puede eliminarse sino que en todo caso puede atemperarse por medio del sistema judicial. De hecho, los jueces, en calidad de administradores de la justicia, tienen asignada la

tarea de contener y expresar los sentimientos de venganza que ha suscitado determinado delito entre la población. Es más, podría decirse que no hay delito que no provoque la reacción vengativa así como tampoco hay justicia que no descansa en la venganza encubierta (o si se prefiere decir, venganza racionalizada), pues de lo contrario no podría disuadirse a la población en general de actuar violentamente contra el delincuente.

III.3. Cuando el criminal es excluido del registro humano

La autoridad pública está destinada a contener la violencia, haciendo cumplir y cumpliendo la ley y, consecuentemente, castigando (legalmente) a quien la quebranta. El delincuente, en este sentido, aparece como un ser humano que, habiendo violado las normas, ha de ser sancionado conforme a su infracción por el sistema judicial. Esto puede parecer una obviedad, algo elemental en una sociedad que se declare respetuosa con los derechos humanos, pero a veces la autoridad pública lo olvida u oculta por medio de mensajes tergiversadores. Así, por ejemplo, en la campaña electoral de 1999 a la presidencia de uno de los estados de México, cierto político (con el ánimo de transmitir a la población su disposición a utilizar mano dura en el combate contra la delincuencia) se apoyó en el siguiente eslogan: «Los derechos humanos son para los humanos, no para las ratas». No voy a entrar aquí en consideraciones de *marketing* o propaganda política, ni en el efecto que pudo tener el eslogan en el voto. Mi propósito es otro. Radica en verlo desde una perspectiva psicológica, desde una perspectiva que recoja las repercusiones que una determinada atribución metafórica pueda tener en la percepción así como en la forma de sentir y de actuar de la ciudadanía.

En el mencionado eslogan se articula la idea de que el ser humano, dependiendo de las acciones cometidas, podría dejar de serlo y quedar excluido del registro humano, en una especie de destierro ontológico-existencial. Un ser prescindible, despreciable, desechable, al que se podría torturar o incluso matar impunemente, sin consecuencia jurídica alguna, porque el homicidio (como responde a su etimología) consiste en matar a un hombre y no a una «rata». De acuerdo con esta propuesta, aquel que tratara violenta y despiadadamente al que quedara excluido del registro humano (y consecuentemente del registro de la ley) no sería culpable de cometer un crimen. Más bien, y en la medida que estaría actuando contra un no-humano (o, mejor dicho, contra un enemigo del ser humano), colaboraría en el propósito de «limpiar» o «purificar» la sociedad.

Quisiera señalar que la idea de convertir a una persona en no-persona (ya se trate de transfigurarla, como en este caso, en rata o, en otros casos, en un «estorbo», una «basura», etc.) da cuenta de una visión parcial, primitiva, una concepción purificadora-perseguidora por la cual la sociedad quedaría polarizada y seccionada por el vector humano/no-humano. Todo ello provocado y promocionado por un deslizamiento lingüístico (en el caso que nos ocupa el que va del ser humano a la rata) que impide la reivindicación de sí mismo a todo aquel que ha sido excluido del registro humano. Porque este sujeto estaría perversa y destructivamente etiquetado, ubicado en una posición de inferioridad social, sin opciones de defensa legal. Su vida y su muerte, toda su existencia quedaría en manos del poder social que lo nombra, en

manos de una autoridad pública que procedería despóticamente. Y entonces cabría preguntarse en qué casos y quiénes podrían ser considerados como seres humanos por la autoridad pública. No solo el criminal o determinado tipo de criminal sino que cualquier otra persona podría pasar a la condición de no-humano. Bastaría extender un manto de sospecha sobre su conducta, como mucho tiempo atrás se hacía en los procesos por brujería, para que la justicia, de ningún modo concebida para esos casos o esos seres, quedara al margen. Y en tales circunstancias, la autoridad pública quedaría eximida de toda responsabilidad o falla en su forma de conducirse, justificando lo injustificable, pues toda violación de los derechos humanos podría excusarse con la consideración de que no es humano determinado ser humano.

III.4. Caso Arizmendi

El martes 18 de agosto de 1998 fue capturado Daniel Arizmendi, hasta el momento de su detención el criminal más buscado y sanguinario de México. Él confesó haber obtenido entre 150 y 160 millones de pesos mexicanos como pago por la comisión de 21 secuestros (aunque se le atribuyen entre 40 y 200 secuestros) y que su banda mató a dos de los secuestrados por no haber pagado el rescate y a una tercera persona durante el intento de secuestro. Arizmendi fue conocido como «El Mochaorejas» porque a los secuestrados él mismo les cortaba con tijeras de pollero una de las orejas o a veces ambas, que luego enviaba a los familiares, para presionar a estos en el pago del rescate. Además se declaró autor de la muerte de tres de sus cómplices. A continuación se adjunta un fragmento de la entrevista que se le realizó para el programa «Chapultepec 18», emitido el 22 de agosto de 1998:

—¿No está usted arrepentido de haber asesinado?

—No señor, no lo siento en el corazón decirlo porque no lo siento, es la verdad.

—¿No está arrepentido de haber causado tanto daño a tantas familias?

—Pues hasta ahorita, como se dice entre la gente del barrio, todavía no me cae el veinte. No he sentido eso.

—¿Se dio cuenta de lo que iba haciendo cuando secuestraba, cuando cortaba una oreja, cuando mató a alguien?

—Pues sí, porque sé lo que estoy haciendo, pero no capto que es tan malo como verdaderamente lo es; para mí es como algo normal [...]. Hacia las personas que maté, que mutilé, que secuestré y hacia sus familias no siento ningún remordimiento. Siento mucho remordimiento por mi familia, por haberla dejado en esta situación, ahí sí soy un cobarde, pero respecto a las demás cosas, no señor, no me duele.

Las declaraciones vertidas por Arizmendi nos descubren a un sujeto sin escrúpulos, capaz de secuestrar y matar con total tranquilidad. La empatía (esto es, la capacidad de ponerse en el lugar del otro) brilla por su ausencia, por lo menos con respecto a la mayoría de las personas, pues no se puede descartar la posibilidad de que realmente le importe su familia, la gente más cercana de su entorno. Pero, fuera de su círculo más próximo, no hay lugar para los sentimientos. Se muestra implacable, despiadado, insensible.

Da la impresión de que alguien como Arizmendi está impelido a comportarse violenta y cruelmente, como si se tratara de un destino prácticamente inevitable, debido a unas patológicas características de personalidad y unas perversas fantasías que probablemente tienen su origen en experiencias infantiles sumamente nocivas, aunque también es verdad que para entender su trayectoria delictiva, así como la de

otros sanguinarios y peligrosos criminales, hay que conocer, entre otros elementos, el contexto político-social en el que ha vivido y del que ha formado parte. Sabido es que los secuestros en México, durante el período de la actividad criminal de Arizmendi, así como en los años posteriores a su detención, se han dado en una cantidad sumamente elevada y en una gran variedad de modalidades (secuestro tradicional o clásico, secuestro exprés, secuestro virtual, etc.), acompañándose en bastantes casos de una violencia (a través de mutilaciones, violaciones y/o muerte) que se suma a la que ya de por sí supone la retención obligada. El nivel de inseguridad o alarma social es tal que cualquier ciudadano (tenga poco o mucho dinero, sea anónimo o famoso) corre el riesgo de ser secuestrado. Las bandas de secuestradores han proliferado por doquier, numerosos delincuentes que anteriormente se dedicaban a otros menesteres se han reconvertido o adaptado en su carrera delictiva, algunos de los policías y agentes de los comandos antisequestradores (¡vaya ironía!) se han dedicado a secuestrar o a colaborar con los secuestradores y no pocos políticos son recompensados con una «segunda nómina», con dinero ensangrentado, por el hecho de guardar silencio, cerrar los ojos y dejar hacer. El secuestro se ha convertido en un gran negocio, con muchos y diversos «empleados», descomponiendo de manera semejante a como lo hace un cáncer gran parte del tejido social, tejido social contaminado, que hasta cierto punto forma parte del paisaje cotidiano en el que los ciudadanos tratan de aprender a malvivir. Lo mismo cabe decir de otros negocios delictivos (por ejemplo, el de las drogas), cuyos índices aumentan exponencialmente en ambientes de corrupción e impunidad, sabedores los delincuentes que solamente una mínima parte de los delitos cometidos serán esclarecidos y en menor porcentaje los culpables aprehendidos y castigados por la justicia.

Llegados a este punto, y sin que ello signifique atenuar la responsabilidad o culpa individual del criminal en cuestión, pues cada cual tiene que responder de los actos realizados, surgen los siguientes interrogantes: ¿Cabe pensar que la tasa de secuestros en México⁵⁹ fuera elevada si verdaderamente funcionara el sistema judicial, esto es, si la mayoría de los delitos cometidos fueran esclarecidos y castigados? ¿Hubiera incurrido Arizmendi en tantos crímenes en un contexto sociopolítico en que las instituciones y los cuerpos de seguridad del país gozaran de fortaleza y reconocimiento popular?

En ausencia de prejuicios e intereses políticos, ambas preguntas se responderían con un «No». Sin embargo, hay quienes rechazan incluso la idea de que se planteen este tipo de cuestiones; en su lugar, se esfuerzan en incentivar toda la animadversión popular para dirigirla hacia los delincuentes.

Cuando un político designa como no-personas a los delincuentes está expresando, sin ánimo de contener, el ánimo vengativo que anida en la población. Opera así guiado por un principio elemental: no se puede privar a la ciudadanía (especialmente cuando está siendo amenazada, atacada, violentada y fustigada por el sufrimiento extremo) de una respuesta o salida, de algo con que calmarse. A partir de ese momento, y en la medida que no solo participa de la comunión de la violencia vengativa sino que es el impulsor de la misma (el maestro de ceremonias), el político puede dar la impresión de ser alguien que verdaderamente se preocupa por la población, que la entiende y le responde adecuadamente. Eso en parte es cierto (al

brindarle a la población el plato de la venganza), pero en parte también es falso (al sustraerle a la población el plato del conocimiento), en la medida que dicha propuesta puede ser el resultado de un ocultamiento y hasta de una manipulación, pues no hemos de ignorar que la delincuencia no solo es responsabilidad de sus autores directos (los delincuentes) sino también de los gobernantes, quienes han de emplear todos los recursos político-sociales disponibles para atajarla o reducirla en la medida de lo posible. No quisiera que se me malinterpretara. De ningún modo digo que el criminal sea inocente de los delitos cometidos. Lo que digo, y sostengo como tesis, es que la responsabilidad del criminal no excluye otras responsabilidades.

Cuando el político plantea un discurso vengativo está dando a entender a la población que los delitos pueden llegar a eliminarse a partir del momento en que se tome la decisión de atentar y exterminar a los seres que los cometen. Como si la disposición a la transgresión fuera consustancial a unos determinados sujetos, unos seres demoníacos, en tanto que los demás integrantes de la sociedad hubieran sido conformados mediante otra pasta o naturaleza. Esa concepción del mundo, evidentemente, es simplista, polarizada, ajena al análisis de la problemática de la violencia desde las distintas vertientes que la afectan. De hecho, la capacidad para abordar racionalmente la problemática de la violencia disminuye o queda en suspenso cuando opera la fuerza gravitacional del discurso vengativo. Un discurso que, por cierto, se apuntala y halla gran eco entre la población en situaciones en que, por falta de autoridad política, la delincuencia va ganando terreno y diseminándose por la sociedad.

III.5. Consecuencias jurídicas y control interno

No cabe duda de que «cada miembro de la sociedad queda afectado por el hecho de que otro pueda hacer impunemente algo que está prohibido a las personas decentes»⁶⁰, planteándosele el siguiente dilema: «si [el delincuente] escapa al castigo que ha merecido, ¿por qué voy a estar yo obligado a renunciar a mis instintos»⁶¹.

En un contexto de gran impunidad, el ciudadano puede sentir que sus impulsos quedan completamente libres para descargarse, lo cual genera incertidumbre sobre sí mismo y angustia ante la posible pérdida de control interno. En gran medida, el ciudadano necesita tener constancia de que no conviene delinquir, que esa forma de proceder sale cara (incluso, con la cárcel), para que así el camino tomado por el delincuente no se antoje atractivo sino todo lo contrario, como un gran error existencial. Para que la barrera que se alza contra la tentación de cometer actos ilícitos y/o violentos se mantenga firme y eficaz. En guardia contra uno mismo. Porque no hay ser humano del que pueda negarse su disposición criminal.

Todos y cada uno de nosotros, lo reconozcamos o no, participamos de un lado sombrío que, en determinadas circunstancias, puede convocarnos a cometer todo tipo de actos, aun cuando estén muy alejados de lo que normalmente aceptamos y consideramos adecuado. Tal vez por eso el ser humano tiene la sensación de que no es aconsejable dejar desamparada a la conciencia moral en su labor de control e inhibición de las tendencias antisociales, y se anhela en cierto modo para ella, en una labor que continuamente debe realizar, la compañía de la vigilancia social. No vaya a

ser que en algún momento la conciencia moral se relaje o pase por dificultades. Además, debemos tener en cuenta que en algunos casos la conciencia moral por sí sola se doblga con relativa facilidad al empuje de las tendencias antisociales y en otros casos puede mudar sus consideraciones o valoraciones sobre determinados actos. A fin de cuentas, tal como lo plantea Freud,

nuestra conciencia no es el juez incorruptible que los moralistas suponen; es tan solo, en su origen, «angustia social», y no otra cosa. Allí donde la comunidad se abstiene de todo reproche, cesa también la yugulación de los malos impulsos, y los hombres cometen actos de crueldad, malicia, traición y brutalidad, cuya posibilidad se hubiera creído incompatible con su nivel cultural⁶².

Por todo esto, hemos de contemplar que el castigo, si bien habla de la necesidad de protección que tiene la población en general contra el delincuente, es decir, contra aquel que ha demostrado con los hechos ser un peligro para la comunidad, remite simultáneamente a la necesidad que cada individuo tiene de protegerse contra el delincuente potencial que habita en su interior. Y esa pretensión de control interno puede analizarse a la luz de los esfuerzos y las energías que cada quién dedica a recriminar y castigar al delincuente. ¿A qué se debe tanto rencor y tantos epítetos admonitorios contra el que ha usado la violencia? ¿No será acaso que, entre otras variables, opera el ánimo de controlar y castigar a uno mismo a través del otro? A este respecto, podemos considerar que la relación psicológica establecida entre quien pretende vengarse y quien aparece como diana de su odio puede llevar al primero a hacer aflorar y actuar contenidos reprimidos de su psique.

El ánimo vengativo, cuando es incontenible, arrastra y traslada al sujeto al lugar del perseguidor o victimario mismo, independientemente de que no fuera él sino el otro quien hubiera hecho uso inicialmente de la violencia. Porque al responder desde la venganza surge o nace un nuevo victimario. No puede negarse que todo aquel que padece el impacto de la violencia se enfrenta ante el riesgo de ser gobernado por aquello mismo que le ha impactado. Se es proclive, especialmente, a convertirse en victimario cuando se ignora el potencial destructivo que habita en uno mismo, un aspecto que a veces llega a concretarse o mostrarse a partir de la focalización atencional y emocional en cierto victimario. A pesar de que ese victimario sea odiado y detestado con toda su alma, o precisamente por eso mismo, porque en último término el rechazo visceral del otro puede remitir, en el fondo, al rechazo de un aspecto tan desconocido como incontrolable del psiquismo. En suma, lo que pretendo transmitir es la idea de que el monto de odio o deseo vengativo para con el delincuente o victimario en cuestión puede ser directamente proporcional al grado de inconsciencia sobre la faceta transgresiva que le es consustancial a uno mismo.

Hasta constituye una señal diagnóstica de fuertes tendencias antisociales no dominadas el hecho de que una persona mantenga con excesivo fervor este principio de la expiación. La frecuente y curiosa *afinidad subterránea entre el mundo criminal y sus perseguidores oficiales* se puede explicar por este mecanismo psíquico. El hombre, y en especial el perseguidor ferviente de los criminales, se encuentra, en un sector de su aparato anímico, al lado del criminal. Simpatía inconsciente que no se deja prosperar y llegar al terreno de la conciencia, mediante la actuación de la instancia inhibitoria y la supercompensación de perseguir al criminal⁶³.

III.6. La inclusión de (todo) lo criminal en el registro humano

No podemos exigir que las víctimas y/o sus allegados reclamen justicia en lugar de venganza. Si lo hacen, será debido a que albergan alguna esperanza en el género humano. En cualquier caso, esta respuesta nunca es exigible sino digna de alabarse. Otra cuestión distinta es lo que debe exigirse al Estado, el cual debe estar preparado para contener y sortear el ánimo vengativo que anida en las víctimas y su entorno, respondiendo a la violencia desde la ley y la protección de los derechos humanos.

Si abogamos o apostamos por una sociedad que se rija por la justicia, y no por la venganza, se han de considerar las conductas criminales (incluso las más perversas y violentas) como pertenecientes al registro humano, como parte de lo que desgraciadamente es capaz de hacer el ser humano, de tal forma que el delincuente sea siempre contemplado y castigado, en función de los actos cometidos, desde el interior del sistema judicial, desde la consideración de una ley que sea respetuosa con los derechos humanos de todos los seres humanos. Se ha de llamar la atención, a este respecto, sobre la evidencia, a menudo ignorada o negada, de que todos los seres humanos somos y seguimos siendo seres humanos durante toda la vida. Se es un ser humano por la simple razón de haber nacido como tal. Y se es un ser humano para siempre. Esto significa que ningún delincuente, por más despiadado o perverso que se haya mostrado, deja de ser un ser humano. Solamente así se puede entender la labor realizada a favor del fortalecimiento del sistema judicial, y en último término a favor del fortalecimiento del Estado de Derecho, por parte de las comisiones de derechos humanos, las cuales tienen el cometido de defender a los seres humanos, a todos ellos (incluso a los delincuentes violentos), de la acción abusiva o excesiva del Estado. Pero, como bien se indica con los términos «abusiva» o «excesiva», en ningún caso se trata de apartar a los delincuentes de la acción del Estado o de la sociedad misma, sino de que dicha acción se realice conforme a una ley respetuosa con los derechos humanos, de acuerdo con una justicia derivada del sistema judicial.

El hecho de visualizar al delincuente (violento) dentro del registro humano supone un recuento y una distribución de responsabilidades, de tal manera que el gobernante, en lugar de dar carnaza a la población con sed de venganza, ponga en marcha mecanismos para revertir la situación de inseguridad pública (hasta cierto punto estructural, cimentada en la corrupción y en la mala gestión política) en una situación de seguridad, donde la criminalidad (que es imposible erradicar por completo, pues los seres humanos estamos tentados a transgredir la ley) se dé en un porcentaje relativamente bajo y sea contemplada por la población como una acción disruptiva con respecto al medio y no como un estilo de vida.

En definitiva, lo que quisiera apuntalar en este capítulo es la siguiente idea: la incitación que puede hacer un gobernante a la violencia vengativa, un síntoma de su desconfianza en el funcionamiento del sistema judicial, lejos de ayudar a la población a ser más eficaz y exitosa en la lucha contra la delincuencia, implica un retroceso, dar pasos en la dirección contraria. Pues cuando el Estado abandona el camino de la ley y responde a la violencia con violencia, a la barbarie con barbarie, eso no puede tener otro efecto que erosionar los cimientos de la vida en sociedad.

Es así que la labor de todo político (aunque algunos de ellos, inmersos en la corrupción, participan del acoso, debilitamiento y derribo de las instituciones) y de todo ciudadano que quiera colaborar en la lucha contra la delincuencia debería ir en el

sentido de apoyar y fortalecer el sistema judicial, tratando de sortear y superar la venganza, tratando de canalizarla, en lugar de caer en sus redes. Si la sociedad civilizada se caracteriza por algo es por dejar la venganza en manos del sistema judicial. Como ya planteara Epicuro: «La justicia es la venganza del hombre social, como la venganza es la justicia del hombre salvaje». Seamos conscientes de lo que supone cada opción; sepamos lo que realmente queremos.

[54](#) A. Camus, «Reflexiones sobre la guillotina», en A. Koestler y A. Camus, *La pena de muerte*, Buenos Aires, Emecé, 1972, pág. 134.

[55](#) R. Girard (1972), *La violencia y lo sagrado*, Barcelona, Anagrama, 1983, pág. 22.

[56](#) *Ibíd.*, pág. 23.

[57](#) *Ibíd.*, pág. 29.

[58](#) *Ibíd.*, pág. 23.

[59](#) México ocupa el segundo lugar en el mundo, solamente superado por Colombia, en cuanto al número de secuestros denunciados. Así lo señala José Antonio Ortega Sánchez (Presidente de la Comisión de Seguridad Pública de Coparmex y Secretario Ejecutivo del Consejo Ciudadano para la Seguridad Pública y la Justicia Penal) en el artículo «El secuestro: la nueva forma de tortura del siglo XXI», publicado en *Entorno*, año 16, núm. 191, México, julio de 2004.

[60](#) F. Alexander y H. Staub, *El delincuente y sus jueces desde el punto de vista psicoanalítico*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1961, pág. 232.

[61](#) *Ibíd.*, pág. 233.

[62](#) S. Freud (1915), «Consideraciones de actualidad sobre la guerra y la muerte», en *Obras Completas*, tomo 2, Madrid, Biblioteca Nueva, 2007, pág. 2.104.

[63](#) F. Alexander y H. Staub, *El delincuente y sus jueces desde el punto de vista psicoanalítico*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1961, págs. 235-236.

Capítulo IV

Integración psicológica y relaciones interpersonales

La vida de cada hombre es un camino hacia sí mismo, el intento de un camino, el esbozo de un sendero. Ningún hombre ha llegado a ser él mismo por completo; sin embargo, cada cual aspira a llegar, los unos a ciegas, los otros con más luz, cada cual como puede. Todos llevan consigo, hasta el fin, los restos de su nacimiento, viscosidades y cáscaras de un mundo primario. Unos no llegan nunca a ser hombres; se quedan en rana, lagartija u hormiga. Otros son mitad hombre y mitad pez. Pero todos son una proyección de la naturaleza hacia el hombre.

Hermann Hesse, *Demian*, 1919

Toda persona se aproxima al otro a partir de unas determinadas nociones, expectativas y fantasías que se enlazan con lo que aún no es conocido ni reconocido. La incursión en nuevas experiencias de la vida no puede hacerse vía *tabula rasa* o vacía de contenidos psíquicos, aunque bien es cierto que debemos tratar de poner entre paréntesis dichos contenidos, o por lo menos percatarnos de que existen, porque de otra manera interferirán en nuestra aproximación al otro. Es interesante, a este respecto, plantearse hasta qué punto lo que imaginamos y decimos acerca de alguien tiene que ver o no con lo que verdaderamente este siente y piensa; es interesante comprobar hasta qué punto somos capaces o incapaces de captar, tolerar y aceptar la presencia del otro. He aquí una cuestión crucial que, como veremos a continuación, remite a la relación materno-infantil.

IV.1. Uso del objeto

Winnicott estudia la dialéctica existente entre lo interno y lo externo, entre el objeto (el otro) que es percibido subjetivamente y el objeto que es reconocido como alguien independiente o separado de uno mismo, fuera pues de la mente. Es precisamente este objeto, que asoma en su condición de exterioridad, el que otorga un beneficio psicológico a quien lo usa (en el mejor sentido de la palabra). Porque lejos de sus connotaciones peyorativas, cuando Winnicott habla de «uso del objeto» no se refiere a su explotación o manipulación sino al provecho que se deriva de descubrir al objeto como alguien en quien puede confiarse, como alguien que está presente desde su disposición a asistir y auxiliar en las necesidades que puedan surgir. No significa otra cosa que estar en condiciones de reconocer la fuente de ayuda para acudir a ella.

Puesto que para poder usar el objeto, «es forzoso que el objeto sea real en el sentido de formar parte de la realidad compartida, y no un manojito de proyecciones»⁶⁴, en tanto en cuanto ya está operando el proceso de diferenciación entre lo externo y lo interno, entre lo objetivo y lo subjetivo, eso da cuenta de una indudable progresión en el desarrollo psicológico del individuo. Ahora bien, ¿cómo o de qué manera es posible acceder al reconocimiento del otro? Respuesta de Winnicott: «el impulso destructivo es el que crea la exterioridad»⁶⁵. La consideración del objeto en su condición de exterioridad, y no como proyección, sería consecuencia de haber sobrevivido frente al ataque destructivo que se le ha dirigido.

He ahí la tesis formulada que trataré de explicitar. Veámosla con detenimiento.

Winnicott llama la atención sobre la necesidad del niño de agredir, atentar o destruir a un objeto al que se le exige asumir y ser depositario del malestar. Un objeto que es puesto a prueba. No obstante, a partir de la destrucción, puede acontecer que sobreviva o no. Y en la medida que logre sobrevivir a la destrucción, el objeto (el otro) se vuelve usable. La supervivencia del objeto provoca alegría, satisfacción en el niño, la tranquilidad de saber que los ataques destructivos no conducen a la venganza. Porque si el objeto (el otro), habiendo sido sometido a prueba, sobrevive, habría mostrado y demostrado con ello su resistencia, su permanencia, su valía para ser usado. Dicho de otra manera, el acceso al reconocimiento del objeto depende de la capacidad de la madre (o de quien desempeña su rol), a quien van dirigidos los ataques, para sobrevivir, para seguir existiendo sin que responda con medidas vengativas. Es importante tener en cuenta que «sobrevivir», en el contexto que lo emplea Winnicott, significa no tomar represalias.

Una vez que ha sobrevivido a la destrucción, el objeto puede ser reconocido como un ente externo que ayuda a liberar o aliviar la tensión psicológica. Pero si el objeto (la madre o quien desempeña su rol) no sobrevive, queda el niño a merced de sus malos sentimientos, de su angustia, de su desesperación, atrapado en su mundo interno. La realidad es engullida por la dimensión fantasmática, no pudiendo verse al otro de otra forma que no sea como alguien vengativo, persecutorio. Además, cuando fracasa el reconocimiento del otro, no se puede acudir a él para lograr información novedosa que pueda modificar, transmutar o codificar lo que hay o habita en uno mismo. A fin de cuentas, la única vía para elaborar los contenidos psíquicos es a partir de la relación con el otro (como ser real, externo, reconocido como tal), sin el cual se produce el hundimiento en el mundo subjetivo, la escenificación cerrada de fantasías u objetos internos.

El objeto usable, ante los problemas y la angustia que alguien le pueda transmitir, responde desde la comprensión y el amor. Permite ser afectado sin ser aniquilado, sin tomar represalias. Y en ese caso, funge como una especie de colchón entre el niño y la realidad, en el sentido de que sabe adaptarse a la capacidad que tiene el niño para procesar y soportar las experiencias a las que se enfrenta.

Se necesita a la madre como a alguien que sobrevive cada día, y que puede integrar los diversos sentimientos, sensaciones, excitaciones, rabias, penas, etc., que constituyen la vida de un bebé pero que este no puede sostener [...]. La madre sostiene al niño, al ser humano que se está formando [...]. Ella comprende⁶⁶.

Por su parte, Bion se refiere a la madre contenedora como aquella figura que acepta, digiere y transmuta las emociones y los sentimientos que el niño no tolera.

Un desarrollo normal tendrá lugar si la relación entre el niño y el pecho permite a aquel proyectar un sentimiento, por ejemplo, que se está muriendo, en la madre y reintroyectarlo después que su estadía en el pecho lo ha tornado tolerable para la psiquis del niño. Si la proyección no es aceptada por la madre, el niño siente que a su sentimiento de que se está muriendo le es arrancado su significado. Por lo tanto, lo que reintroyecta no es un miedo de morir que se ha tornado tolerable, sino un terror sin nombre⁶⁷.

Cuando la figura materna es capaz de contener los contenidos psíquicos que le resultan inabordables al niño para después devolvérselos de una forma distinta, ya procesados, este se encuentra en condiciones de introyectar algo que poco antes no

podía. La intervención de la figura materna ha reconvertido las experiencias (intolerables), las ha hecho digeribles. Y así, poco a poco, con auxilio del adulto, el niño podrá ir reconociendo y asumiendo como propias cada vez más vivencias y singularidades, más parcelas de su ser, con lo que disminuye su necesidad de proyectar, para ir incorporando al mismo tiempo la capacidad transformacional. Por el contrario, si el adulto no asume o no desempeña adecuadamente la función de contención y transformación de las experiencias (intolerables), el niño se verá impelido a seguir proyectando y evacuando una y otra vez, adentrándose por el camino del paulatino empobrecimiento psíquico.

IV.2. La alteridad

Tanto desde el planteamiento de Winnicott como desde el de Bion, lo que se pone de relieve es el papel fundamental de la figura materna para que el niño pueda ir haciendo suyas las experiencias (tanto placenteras como displacenteras) en que participa en el proceso de relaciones interpersonales. Cabe destacar, a este respecto, que las interacciones del niño, de cualquier persona, con los otros, tarde o temprano, en mayor o menor medida, están abocadas a producir desencuentros, frustraciones, expectativas truncadas. Y eso es algo inevitable, incluso con el objeto de amor. Hemos de tener en cuenta que la madre más preocupada por su hijo, aun cuando haga sus mejores esfuerzos para gratificarlo, no puede colmarlo por completo ni en todos los momentos, como tampoco puede evitar a veces responder inadecuadamente a sus demandas. Por mucho que lo intente. Son inevitables las fallas en la atención de la figura materna para con el niño, e incluso necesarias, para que a través de ellas el niño vaya reconociendo que existe algo (el mundo de la realidad y la realidad de los otros) que está más allá de sí mismo. La madre suficientemente buena (Winnicott), pero no totalmente buena (inexistente si no es como elemento idealizado), si por algo se caracteriza es por auxiliar al niño en aquellas mediaciones con el mundo para las que no está todavía preparado. Podría afirmarse que las cotidianas frustraciones que experimenta el niño lo preparan y empujan para la conquista progresiva de la objetividad. Una objetividad que pasa por reconocer que el otro con su presencia marca un límite a aquello que no puede domeñarse ni formar parte de uno. El otro es sinónimo de la exterioridad, la alteridad, lo ajeno, lo no-yo, lo que hace tambalear la complementariedad narcisista que tanto se anhela.

La complementariedad narcisista se presenta como lo que es, como un sueño, cuando hay posibilidades de soñar, cuando las interacciones con el otro son esporádicas o aparecen marcadas por la distancia física o relacional (por ejemplo, cuando por su belleza, talento, conocimiento o poder se lo considera inalcanzable), mientras se mantienen los resortes de la idealización, pero ese mismo sujeto (o grupo), pasado un tiempo, siempre y cuando se establezca una relación suficientemente estrecha o cercana con él, podrá ser descubierto como un ser real. Aparecerán entonces para con él las reclamaciones, las protestas, el rencor, el odio mismo, unos elementos que estaban subsumidos, ocultos, tras el manto de la idealización. No cabe duda de que ante la nueva situación deberá realizarse todo un trabajo de elaboración psíquica que implica duelo, desinversiones y nuevas ligaduras para con el otro, tratando de reconocerlo en sus necesidades y peculiaridades, como

alguien que con su presencia pone en evidencia la realidad de los desencuentros, los conflictos y las frustraciones inherentes a toda relación interhumana. Eso no quita para que en determinados momentos podamos conseguir con él un alto grado de acuerdo y sintonía, pero no en todos los casos ni en todas las situaciones de la vida. Por algo uno y otro somos singulares, diferentes. Es así que habitualmente los desencuentros van alternándose con los encuentros, y los afectos con los desafectos, porque todo eso forma parte de lo que podemos experimentar en presencia del otro.

IV.3. Lo peligrosamente próximo

Ya he puesto de manifiesto que el otro se hace realidad en la cercanía, cuando en su condición de ajeno o extraño se siente su perturbación, su rechazo a ser complemento narcisístico. Es entonces cuando uno mismo tiene que abrirse a los sentimientos que emergen como consecuencia del encuentro con el otro, con alguien cuya forma de entender la vida y cuyas costumbres pueden ser muy diferentes a las propias. Es a partir del momento en que el otro se hace presente con sus demandas y planteamientos peculiares, cuando por su presencia nuestra existencia es afectada, que asoma la posibilidad de entrar en conflicto identitario (por ejemplo, la inmigración puede empezar a considerarse como un fenómeno problemático cuando en un país se disparan las tasas de desempleo, cuando aquellos inmigrantes que anteriormente habían sido reclamados para realizar los trabajos más penosos y peor pagados pasan a percibirse como sujetos que rivalizan con los autóctonos para repartirse o conseguir los escasos puestos de trabajo o las ayudas sociales si las precisaran en caso de desempleo o precariedad económica). Se entiende así que «El racismo no existe mientras el otro es Otro, mientras el extranjero sigue siendo Extranjero. Comienza a existir cuando el otro se vuelve diferente, o sea, peligrosamente próximo. Ahí es donde se despierta la veleidad de mantenerlo a distancia»⁶⁸.

Lo «peligrosamente próximo» lo pone en evidencia Freud cuando habla del narcisismo de las pequeñas diferencias. «Conforme al testimonio del psicoanálisis, casi todas las relaciones afectivas íntimas de alguna duración entre dos personas —el matrimonio, la amistad, el amor paterno y el filial— dejan un depósito de sentimientos hostiles, que precisa, para escapar de la percepción, del proceso de la represión. Este fenómeno se nos muestra más claramente cuando vemos a dos asociados pelearse de continuo o al subordinado murmurar sin cesar contra su superior. El mismo hecho se produce cuando los hombres se reúnen para formar conjuntos más amplios. Siempre que dos familias se unen por un matrimonio, cada una de ellas se considera mejor y más distinguida que la otra. Dos ciudades vecinas serán siempre rivales, y el más insignificante cantón mirará con desprecio a los cantones limítrofes. Los grupos étnicos afines se repelen recíprocamente; el alemán del Sur no puede aguantar al del Norte; el inglés habla despectivamente del escocés, y el español desprecia al portugués»⁶⁹.

Los individuos y pueblos vecinos son los que habitualmente muestran mayor rivalidad, por la necesidad que tienen de diferenciarse los unos con respecto a los otros. Es así que las pequeñas diferencias pueden llegar a elevarse a la categoría de

diferencias absolutas, irreconciliables, como abismo que separa, partiéndose de la premisa de que *cuando uno es* (auténtico, justo, bueno, etc.) *el otro no es*. Habría antagonismo, cara y cruz, cielo e infierno, autenticidad y falsedad. Como si por el hecho de que el otro fuera valorado, uno mismo quedara cuestionado y viceversa. La disimilitud, la alteridad, lo ajeno se presenta en tal caso como elemento amenazador para la conquista y/o el mantenimiento de la propia identidad, puesto que el otro (ya se trate de un individuo o grupo) es percibido como aquel que porta predominantemente características negativas, como enemigo.

El enemigo cumple con la función redentora de limpiar o absorber los «pecados» de la gente con quien entra en contacto o con quien está en relación; otorga al que lo ataca la ilusión narcisista de sentirse superior, bueno, libre de responsabilidades y culpas. A decir verdad, todos en mayor o menor medida necesitamos construir o encontrar a alguien que ocupe ese lugar. Es precisamente el enemigo (y no el amigo) a quien recurrimos para desahogarnos desafortunadamente, para que nos libere de nosotros mismos, es él quien finalmente sufre nuestros ataques más fuertes, mientras que el amigo nos exige que lo soportemos. El enemigo se convierte en la válvula de escape para poder arrojar fuera de nosotros mismos aquellos aspectos que por momentos nos sobrepasan y no podemos elaborar.

Para ciertas personas se hace imposible vivir de manera continuada sin el enemigo, lo necesitan para poder nombrarse en su contra, dependen de él para asumirse en la imagen idealizada que sueñan. Es por eso que la ausencia (temporal) del enemigo, puede resultar intolerable, desorganizadora, buscándose con urgencia su regreso o sustitución. En cierta forma esto es lo que les pasa a algunos soldados que acabada la guerra experimentan un gran vacío en sus vidas, como si añoraran lo realizado en combate. Pareciera que la guerra se hubiera convertido en una especie de droga y la paz los precipitara al síndrome de abstinencia. En tiempos de paz se sienten desamparados, tristes, abatidos, privados como están de la posibilidad de seguir conviviendo con aquel que les dicta el lugar al cual dirigir sus proyectiles (y proyecciones). Es necesario, en estos casos, construir, erigir o idear un nuevo enemigo, sustituir al anterior por otro, cuanto antes, como quien lo hace para resarcirse y olvidar la separación de un objeto de amor. Aquí, en el caso del enemigo, como en el del ser amado, es pertinente la aplicación del siguiente dicho: un clavo saca otro clavo. Un enemigo sirve para olvidar a otro enemigo. De lo contrario, se descubrirá cómo asoma el enemigo desde el interior de uno mismo.

«La construcción del enemigo» obedece a la necesidad de alejarse del intercambio a que aboca el contacto (la proximidad) con el otro, pudiendo surgir entonces el ánimo de mantenerlo a raya, dentro de una frontera, fuera de la cual el creador del enemigo considera que hay que combatirlo, expulsarlo, cuando no exterminarlo. Para remarcar y seguir manteniendo las diferencias. Para evitar una apertura que inevitablemente impactaría sobre los patrones identitarios existentes, cuando no se quieren modificar o se teme hacerlo.

El rechazo al otro (y la violencia ejercida contra él) se sustenta en la visión de que el otro representa un peligro de intrusión y/o contaminación; surge como respuesta ante una amenaza, ya sea real o imaginaria. Así pues, cuando alguien hace uso de la violencia (irracional), pretendiendo ocultar, está señalando cuál es su herida: la

angustia-de-no-ser, su inseguridad a flor de piel, tratando denodadamente de obstruir el agujero por el que se desgarró y extravió su personalidad. En ese sentido, la violencia constituye la vía para ocultar el vértigo al vacío de identidad. A partir de la cual sentirse seguro, estructurado, sostenido. Pero la violencia sirve de soporte identitario al igual que el manantial producto de un espejismo sirve para saciar la sed.

IV.4. Discurso colonizador

Para el sujeto violento el otro aparece como la imagen en espejo que no se puede tolerar. Es el doble. Aquel que arrastra los ecos (perturbadores) y que llega a cuestionar lo que uno cree (y anhela) ser. En último término, el otro obstaculiza e impide la perfección narcisista. Es por tal motivo que en un intento por romper el espejo que ofrece el otro, se trata de anularlo en su autonomía o subjetividad. En eso radica, precisamente, la violencia, en la imposibilidad de tolerar el límite ofrecido por el que es ajeno. El otro no es percibido como tal sino como prolongación o extensión de uno mismo, como alguien a quien tendría que imponerse una determinada posición en la vida, una cosmovisión, los contenidos a pensar, sentir y actuar, sin aceptarse por parte de este ningún cuestionamiento.

El sujeto violento es intolerante, dogmático, se cree en posesión de la razón, la verdad, la cual, desde su punto de vista, debería ser entendida, aceptada y compartida por la gente; por tanto, en una especie de misión mesiánica, se dedica a transmitir «la verdad», de modo que aquel que la ignorara tendría que ser adiestrado, incluso castigado, para ser merecedor y descubridor de ella. El otro, sin derecho a rechazar aquello que se le estaría dando a conocer, se constituiría, en tal caso, en el reverso de «la verdad», en el agente contaminante e impuro que debería domeñarse, limpiarse o purificarse.

El sujeto violento se guía por un discurso plagado de convicciones incuestionables acerca de los otros y de sí mismo, dictando quién es quién y cómo ha de comportarse, un discurso, pues, cerrado, acabado, totalizador, a partir del cual pretende hacer tambalear la personalidad de la víctima hasta el punto de que esta se asuma culpable por ser quien es y por sentir lo que siente. A fin de cuentas, el sujeto violento está convocado a colonizar la mente del otro, por lo que no desistirá de su empeño hasta convencerle, por las buenas o por las malas, a la víctima de que su único y mejor destino es dejarse hacer, convertirse en recipiente de quien supuestamente detenta «la verdad».

El sujeto violento se propone construir, después de destruir, el psiquismo del otro. Pretende alzarse como autoridad para el otro. Si logra su propósito, si llega a debilitar y anular el discurso del otro para imponerle el suyo propio, la víctima ya no tiene escapatoria, lo es por invasión mental, pasando a ser lo que el victimario dice que es. El grado de destrucción psíquica al que puede conducir la invasión o colonización mental lo podemos ver ilustrado en la siguiente viñeta:

En el tiempo de su soberanía, los alakaluves se llaman los «Hombres». Después los blancos los designan con el mismo nombre con que ellos designaban a los blancos: los Extranjeros. Así pues, se llaman a sí mismos «Extranjeros» en su propia lengua. Finalmente, en los últimos tiempos, se llamarán «Alakaluves», que es la única palabra que siguen pronunciando delante de los blancos, y que significa «Dame, dame» —ya solo son designados con el nombre de su mendicidad—. Al comienzo ellos

mismos, después extranjeros de sí mismos, después ausentes de sí mismos: la trilogía de los nombres refleja el exterminio⁷⁰.

La víctima que es designada y queda atrapada en el discurso del victimario, por parte de aquel que le dice quien es y le impone lo que ha de pensar, sentir y desear, es una víctima en toda su extensión, tanto por fuera como por dentro, que ha sido intimidada en su identidad, que ha sido empujada a desear su propia muerte psíquica. Aun sin la presencia externa del victimario sigue sometida a él, porque el victimario domina su interior, gobierna su mente. Sus criterios para definirse a sí misma y para definir a los demás han sido anulados y sustituidos por los que le son impuestos. En tal caso, la víctima cree que todo lo que haga y diga el victimario responde a una razón justificable, considerando que el infortunio que a ella le afecta, todo lo que le ocurre, se lo tiene merecido. Por el contrario, cuando la víctima reconoce en el victimario al culpable del maltrato y se reconoce a sí misma como persona inocente, diríamos que es víctima circunstancial, porque una vez alejada del victimario, fuera del entorno violento, está en condiciones de entablar relaciones sustentadas en el respeto.

IV.5. Integración del sí mismo

El sujeto violento actúa como actúa para evitar el dolor de enfrentarse consigo mismo, porque incapaz de contener las fallas y debilidades que le caracterizan, las proyecta y hace su pasaje al acto. Al agredir o violentar al otro no deja de dirigir la agresión contra sí mismo, claro está que sin reconocerse en las partes yoicas proyectadas. Porque el desafecto, o incluso el odio, que manifiesta el sujeto violento por el otro remite al desafecto u odio que siente por sí mismo, persiguiendo en el afuera lo que no quiere aceptar en su interior. A modo de máxima podría plantearse lo siguiente: dime cómo tratas a los demás y te diré, en el fondo, cómo te tratas.

El sujeto violento confunde (todo o gran parte de) lo proyectado en el otro con el otro, y creyendo saber lo fundamental sobre el otro, no se pregunta cuánto de verdad puede haber en sus afirmaciones. Su discurso, basado en la certeza y no en las dudas ni en los interrogantes, es impermeable a la experiencia (relacional), sin poder aprehender o registrar, si no es más que en grado mínimo, la singularidad del otro y lo que de nuevo y peculiar puede vivirse con él.

El sujeto violento, para dejar de serlo, ha de darse cuenta de que vive inmerso en un discurso de mentiras, de fábulas interesadas, de creencias; ha de aceptar que sus «verdades» sobre el otro, el enemigo, apuntan hacia sí mismo. Solamente así podrá llegar a tomar conciencia de lo que previamente había rechazado y arrojado fuera de sí mismo para ponerse, a partir de entonces, en el camino de la conquista personal o integración, un camino o proceso que, por cierto, por mucho que lo transitemos, es imposible llegar a culminar. A este respecto, Melanie Klein asegura: «La experiencia me demuestra que nunca existe una integración completa, pero cuanto más uno se acerca a ella mayor será la comprensión de los impulsos y las angustias, más fuerte será el carácter y mayor el equilibrio mental»⁷¹.

Las proyecciones sobre el otro, en mayor o menor medida, es inevitable que sigan operando. Porque si bien es cierto que el exceso de proyecciones impide reconocer y

aceptar al otro, siempre hay una parte de la relación interhumana, como productora inagotable de contenidos inconscientes que es, que se presenta irreducible al develamiento consciente. En cualquier momento pueden emerger nuevos contenidos inconscientes, puede aflorar la necesidad de proyectar contenidos psíquicos sobre el otro y la disposición a creer que lo proyectado es la realidad. Y en tanto en cuanto la integración del sí mismo nunca es completa, hablaríamos de patología (en contraposición a salud) cuando un sujeto hace uso excesivo de la proyección, cuando se niega a aceptar que del otro pueda derivarse una función informadora e incluso transformacional de las experiencias propias. Pues cuando habitualmente contempla al otro como objeto de uso, exterior a sí mismo, aunque en ocasiones lo viva como producción intrapsíquica, el sujeto se encontraría en la senda de la salud mental.

Hemos de tener en cuenta que el ser humano, en opinión de Winnicott, «puede satisfacer el principio de realidad aquí y allí, en un momento y otro, pero no en todas partes a la vez; es decir que conserva áreas de objetos subjetivos, junto con otras áreas en las cuales hay una relación con objetos percibidos objetivamente, u objetos “no-yo”»⁷². Del planteamiento winnicottiano puede deducirse que el mundo interno o fantasmático y el mundo externo, cuando están suficientemente diferenciados, operan de manera alternante, participando de un proceso dialéctico sin fin. La diferenciación de ambos mundos permite transitar del uno al otro y, en definitiva, lo que temporalmente no se puede dirimir en la realidad se tramita a nivel fantasmático. Por ejemplo, la posibilidad de ver a alguien como malo en la fantasía (sintiendo para con él la destructividad imaginaria) ayuda a aceptarlo en la realidad como el que es, ni tan malo ni tan bueno en comparación con los objetos internos. En este sentido, la posibilidad de fantasear contribuiría a un nuevo y renovado acercamiento a la realidad, de tal modo que lo que hasta entonces era impensable, inabordable, intolerable, deja de serlo. Así pues, a veces el sujeto estaría inmerso en sus fantasías, proyectando en el otro determinados contenidos, pero en otras ocasiones podría reconocer que sus fantasías no son más que eso, fantasías, y que más allá de las mismas hay un otro que espera ser descubierto o reconocido. Huelga decir que la capacidad para reconocer la existencia (singular) del otro se daría siempre y cuando se haya introyectado (formando ya parte de los recursos psíquicos propios) la función sostenedora o transformacional de la madre (o de quien desempeña su rol).

El victimario, para quien el mundo real queda subsumido en su mundo interno, es incapaz de considerar al otro como agente auxiliador en la asimilación de las experiencias. Le resulta así imposible elaborar, catalizar o pensar los contenidos psíquicos (intolerables). Todo lo que sufre y padece es atribuido a la presencia (perturbadora, frustrante) del otro, sin poder discernir lo que de subjetivo (proyectivo) hay en tal consideración o evaluación. Porque en la medida que lo subjetivo-proyectivo lo envuelve todo, no hay manera de advertir su influencia. Y en ese caso, los intentos del otro en su labor transformadora son interpretados como ataques o sobrecargas de ansiedad.

Para aquel que puede advertir la influencia de lo subjetivo-proyectivo, y se esfuerza en retirar del otro lo proyectado, sus proyecciones, descubrirá al hacerlo lo propio o peculiar del otro. El conocimiento del otro pasa por el hecho de darse cuenta de que las afirmaciones que hacíamos acerca de él así como las nuevas afirmaciones

pueden ser desacertadas y provisionales, constituyendo una limitación a la inmersión relacional que implica todo encuentro. Pero para llevar a cabo tal inmersión se precisa cierta dosis de valentía y tolerancia a la frustración, puesto que lo que se descubre no suele coincidir con lo que se sueña o anhela. A decir verdad, el encuentro con el otro supone una operación difícil, indigesta. Al reconocer al otro desde la diferencia o singularidad que lo caracteriza contactamos con el malestar, con la frustración, con el odio incluso, que resulta de tener que responder a las exigencias de reacomodo y cambio que plantea con su presencia. El otro es aquel que nunca puede ser yo, aquel que con su presencia arremete contra la pretensión ilusoria de la completud y señala el horizonte de la muerte o desaparición propia. No hay, pues, reconocimiento del otro que no sea a partir de la asunción de los límites de uno mismo y del correspondiente dolor psíquico que ello conlleva. Como bien dice el poeta Gabriel Celaya en *Marea del silencio*:

[...] lo real es una herida de luz que nos duele,
quisiéramos ser ciegos, ignorarla.

Para poder abrir los ojos ante la luz debe realizarse un esfuerzo por asumir, en lugar de rechazar, lo que preferiría dejarse en la sombra, alejado de la conciencia. Por último, y como conclusión, quisiera señalar que de la capacidad para portar y procesar el dolor psíquico depende la posibilidad de aceptar la realidad del otro y de uno mismo; porque «la integración siempre implica dolor»⁷³.

⁶⁴ D. W. Winnicott (1971), *Realidad y juego*, Buenos Aires, Gedisa, 1982, pág. 119.

⁶⁵ *Ibid.*, pág. 125.

⁶⁶ D. W. Winnicott (1954), «Necesidades de los niños menores de cinco años en una sociedad cambiante», en *El niño y el mundo externo*, Buenos Aires, Hormé, 1993, págs. 16-17.

⁶⁷ W. R. Bion (1962), «Una teoría del pensamiento», en *Volviendo a pensar*, Buenos Aires, Hormé, 1996, pág. 160.

⁶⁸ J. Baudrillard (1990), *La transparencia del mal*, Barcelona, Anagrama, 1991, pág. 139.

⁶⁹ S. Freud (1921), *Psicología de las masas y análisis del yo*, en *Obras Completas*, tomo 3, Madrid, Biblioteca Nueva, 2007, pág. 2.583.

⁷⁰ J. Baudrillard (1990), *La transparencia del mal*, Barcelona, Anagrama, 1991, pág. 145.

⁷¹ M. Klein (1960), «Sobre la salud mental», en *Obras Completas*, tomo 3, Barcelona, Paidós, 1994, pág. 278.

⁷² D. W. Winnicott (1962), «La integración del yo en el desarrollo del niño», en *Los procesos de maduración y el ambiente facilitador*, Barcelona, Paidós, 1993, pág. 74.

⁷³ M. Klein (1960), «Sobre la salud mental», en *Obras Completas*, tomo 3, Barcelona, Paidós, 1994, pág. 278.

Capítulo V

Padre protector *versus* padre persecutorio

El mal surge siempre cuando no hay bastante amor.

Hermann Hesse, *Cartas*

V.1. Desobediencia y proceso de individuación

El niño necesita de condiciones suficientemente buenas para poder explorar el entorno al mismo tiempo que pone a prueba, y va desplegando, sus capacidades. Ha de tener la posibilidad de expresarse libremente, de acuerdo con sus peculiaridades y sentimientos, sin miedo a que lo rechacen, sin tener que renunciar a ser quien es. Porque lo aman, lo aceptan y le ayudan a crecer saludablemente, desarrollando su verdadero *self*. Pero cuando no es así, cuando vive en un ambiente en el que se condena su espontaneidad y personalidad, el niño, disponiendo todavía de un yo frágil e inmaduro, no tendrá otra alternativa que la de ser como los otros le fuerzan a ser.

Es importante tener en cuenta que sin el concurso de los otros no hay posibilidad de relatar la historia individual, que es una historia de relaciones interpersonales que nos sostienen y estructuran, como tampoco hay posibilidad de acceder a la mismidad, pues la conciencia identitaria no deja de darse en un proceso de interacción social. Los otros influyen positiva o negativamente en nuestras existencias, en nuestro modo de ser y de relacionarnos, dependiendo de la calidad en el trato que nos dispensan y de la consideración en que nos tienen, y pueden dejar una marca indeleble que incida más allá de lo que representa el momento de la interacción.

Es indudable que las personas con las que hemos convivido y el modo en que nos han tratado, así como nuestras vivencias al respecto, condicionan nuestra actitud y postura ante el mundo. Lo vivido sigue vivo, cuenta, y en ocasiones más de lo que uno se imagina. No podemos decir que sea baladí, sino altamente significativo, el impacto que sobre el sujeto tienen los vínculos en que participa, especialmente durante la infancia.

Es conocida la relevancia que tiene la madre (o quien desempeña su rol) para la conformación psíquica infantil. Ella lo es prácticamente todo para el niño durante el primer año de vida: es la piel, la envoltura, el yo auxiliar en las interacciones y en los intercambios con el ambiente. El niño, como ser dependiente que es, precisa de la mediación maternal para procesar y elaborar las experiencias que son precipitadas por los estímulos, tanto exteriores como interiores. Sin la figura materna el niño no podría sobrevivir ni tampoco evolucionar psicológicamente. Por otra parte, y esta es la cuestión medular que debemos abordar en el presente capítulo, hemos de destacar la influencia que tiene el padre (o quien desempeña su rol), como transmisor de la ley y a su vez como referente de la identidad masculina, en el desarrollo psicológico.

«El niño manifiesta un especial interés por su padre; quisiera ser como él y reemplazarlo en todo. Podemos, pues, decir que hace de su padre su ideal»⁷⁴. La

figura paterna tendría que constituirse en nutriente narcisístico, en soporte del yo, en alguien a quien el niño necesita admirar y amar, porque de lo contrario no podría cimentarse la idea de ser en un futuro aquel que todavía no se es, como tampoco podría contemplarse con atractivo la posibilidad, por el momento lejana, de ejercer la autoridad; «crecer significa ocupar el lugar del padre. *Y lo significa de veras*. En la fantasía inconsciente, el crecimiento es intrínsecamente un acto agresivo»⁷⁵. «Si se quiere que el niño llegue a adulto, ese paso se logrará por sobre el cadáver de un adulto»⁷⁶. Tanto es así que en la medida que el niño va creciendo, el adulto va sintiendo el peso de los años. Mientras uno camina hacia la plenitud, el otro lo hace hacia la decadencia, hacia la muerte.

Ante esa circunstancia, de trascendencia psicológica, la reacción del padre será adecuada si deja que el hijo pueda expresar el anhelo de desplazarlo, eliminarlo, e incluso matarlo (simbólicamente). Debe transmitírsele al niño confianza en las acciones que lleva a cabo y, a medida que va creciendo, el reconocimiento de que va a reemplazar o sustituir al padre en el rol que este desempeña. El niño necesita ser narcisizado por el padre (también por la madre) para que así pueda llegar a sentirse competente y eficiente, capaz de hacer realidad sus sueños, confiando en que puede encarnar «su ideal».

A lo largo de su proceso de crecimiento, tratando de labrar su camino y poner en práctica su propia moralidad, el niño se topará con la ley sustentada por la figura paterna, una ley que si bien se le presenta como barrera contenedora o protectora ante sus impulsos, por otra parte, coarta su libertad y lo precipita a la frustración. A este respecto quisiera compartir con el lector mi siguiente reflexión:

Independientemente de los criterios morales que se tengan, todos estamos abocados a infringir la ley. Aunque sea de vez en cuando. Y aunque sea cometiendo pequeñas infracciones. En mayor o menor grado desobedecemos. Algo nos impele a ello. A pesar de que el castigo se cierna sobre nosotros. Así les habría ocurrido, de acuerdo con el relato bíblico, a Adán y Eva, que hicieron caso omiso a la exigencia dispuesta por Jehová de no probar el fruto del árbol prohibido. Esa primera falta, el pecado original, supuso el destierro del paraíso. La vida terrenal se convirtió en un valle de lágrimas. Sufrimiento y muerte. Todo por sucumbir Adán y Eva a la curiosidad de deleitarse con aquello que había sido designado como proscrito. Tentación insalvable. Destino humano. Porque el campo que hay fuera de la ley se antoja atractivo. Y los frutos prohibidos parecen ser más apetitosos que los conocidos.

Si nos propusiéramos vivir sin caer nunca en la tentación, con un control absoluto y continuado sobre los impulsos, no tardaríamos mucho en percatarnos de que se trata de una empresa imposible y hasta inhumana en su planteamiento. No podemos soportar el peso de la rectitud moral sin tregua. Además, resultaría muy aburrido vivir todo el tiempo obedeciendo, acatando todo tipo de exigencias y normas. El paraíso de la obediencia permanente resulta ser psicológicamente asfixiante, inmisericorde con el ser humano, el cual está inclinado a probar, a curiosear y a ir más allá de lo conocido y establecido.

Es evidente que necesitamos explorar los límites y bordes de la ley. Si no, no seríamos libres ni tampoco responsables, pues tanto la bondad como la maldad se hacen conscientes, se concretan, en cuanto uno es sabedor del impacto de sus actos.

Hasta cierto punto la transgresión se hace necesaria para reafirmar la condición vital y el libre albedrío. En la medida que desacatamos la voluntad o propuesta moral del otro, apostamos por descubrirnos como personas singulares. En otras palabras, al desobedecer a quien parece mostrarse, o se muestra realmente, con afán de conquista y dominio sobre uno mismo, perfilamos y fijamos los contornos de nuestra identidad.

V.2. Articulación con la ley

Las acciones perturbadoras, turbulentas, escandalosas o rebeldes que el niño protagoniza constituyen un intento para hacer asomar su singularidad, en lo que serían muestras de autoafirmación, aunque también pueden responder a la necesidad de convocar la contención. La capacidad de autorregulación conductual todavía no está a su alcance y la ausencia absoluta de gobierno, en lugar de producirle satisfacción, lo empuja hacia el abismo de la angustia desbordante, en cuyo caso puede llegar a sentirse terriblemente zarandeado por el ímpetu y la intensidad de sus emociones e impulsos. Es por eso que en no pocas ocasiones el niño comete travesuras, e incluso desafía al adulto, para que este le ayude a emerger del caos pulsional y, por consiguiente, a restituir el control sobre sí mismo.

Un ejemplo de lo dicho anteriormente es el siguiente. Cierta día, un niño de cuatro años que había cometido reiteradamente una determinada falta, fue castigado por su padre con la prohibición de meterse en la piscina de la casa, en la que estaban chapoteando y jugando dos primos suyos. Y realmente ¡qué bien se lo estaban pasando!, en un día soleado, muy bonito, en que se festejaba un encuentro familiar. El padre no tardó en sentir lástima de que su hijo no participara de la diversión, por lo que fue a su encuentro, quien se hallaba en una habitación de la casa en compañía del abuelo materno. Sentado en la cama, el niño se mostraba bastante enfadado. El padre le dijo: «Ya puedes ir a la piscina». Y el hijo le contestó: «No puedo, porque estoy castigado». El padre siguió diciendo: «Ya estás perdonado; te retiro el castigo». Y el hijo respondió: «No puedo; estoy castigado». Así se expresaba una y otra vez, insistentemente, por más intentos que hiciera su padre para convencerle de que tenía la oportunidad de jugar con sus primos en el agua. El abuelo intervino con la siguiente reflexión: «Parece que necesita que le mantengas el castigo».

¿Cómo es posible que rechazara ser perdonado? ¡Qué reacción más extraña! ¡Es algo ilógico!, pensará más de uno. Pues no. Si tomamos en consideración lo que estaba en juego, la situación deja de ser absurda; se aclara. Podemos deducir que el niño defendía la conveniencia de que el padre se mantuviera firme en la decisión que había tomado, como si sintiera que la aplicación y el mantenimiento del castigo le resultara útil como medida protectora ante sus deseos de quebrantar las normas, como si temiera que por el hecho de que el padre le perdonara, debilitara en este la autoridad con que el niño precisaba investirlo, en cuyo caso el padre dejaría de ser fuerte y el niño perdería el asidero a partir de quien poder controlar sus impulsos y estructurarse como individuo.

«La subjetivación debe atravesar por el doloroso pero fecundo encuentro con el límite —bajo la forma del castigo, la amenaza, la advertencia o la palabra admonitoria— que impone el padre en el ejercicio obligado de la dignidad de su función»⁷⁷. En lo que respecta al castigo propiamente dicho, cabe señalar que su finalidad radica en hacer reflexionar acerca de las faltas cometidas y poner en marcha acciones que permitan acceder a la reconciliación. Contribuye a forjar la constitución de un sujeto consciente, responsable de sus actos y respetuoso con los demás. Pero para que el castigo devenga en educativo es preciso que, durante el tiempo de su aplicación, la autoridad correspondiente no obtenga gratificación pulsional y que sea, por tanto, capaz de inhibir su tendencia vengativa. «Castigar supone actuar en nombre de la Ley, más allá del posible “plus de goce” que —bajo la forma del sadismo—

puede embargar al agente de la ley. Se debe producir un necesario y saludable vaciamiento de goce en la acción punitiva»⁷⁸.

La actuación sádica o vengativa no debería contemplarse como acompañante del castigo, porque de otra forma, en lugar de presentarse como herramienta educativa, se tornaría en práctica destructiva. Bien es cierto que, a veces, quien comete la infracción busca (mediante actitudes provocadoras y ofensivas) la manera de que el agente de la ley deje de serlo, y caiga en la tentación de la venganza.

En los conflictos inevitables que surgen entre padre e hijo, el primero demostrará ser una persona madura siempre y cuando sea capaz de soportar los actos (agresivos) con que su hijo le pone a prueba. Sin que eso suponga pasividad sino comprensión y ayuda. Se trata de ofrecer «una contención que no posea características de represalia, de venganza»⁷⁹. El padre ha de *estar-ahí*, señalando el motivo de su presencia, mostrándose fuerte, pero no vengativo, con lo cual está reconociendo al hijo su derecho a ser y vivir de manera auténtica, singular, diferenciada. El padre que desempeña adecuadamente su función, esto es, aquel que es protector, el que está preocupado por ofrecer cuidado y auxilio, incluso en circunstancias difíciles y momentos angustiosos, es consciente de que el receptor de sus acciones está necesitado de guía y orientación. Se percata de que su hijo lucha por lograr cierta posición en el mundo.

Así como resulta malsano o pernicioso que el padre responda vengativamente, también lo es que no responda, que abdique de la autoridad, en cuyo caso deja al niño sin la presencia necesaria del antagonista, del que ocupa otro lugar, a partir del cual poder vivir y elaborar los conflictos inherentes al desarrollo psicológico y al hecho de ser hijo.

El padre (como representante que es de la ley, aunque no es la ley, pues esta lo trasciende) cumplirá con su función si en el ejercicio de la autoridad se incluye el límite a su propia descarga pulsional, en la medida que demuestre, con hechos, poder vivir bajo la ley que intenta transmitir al hijo; de esa manera propiciará en el hijo su articulación con la ley.

Un padre que cree o pretende ser la ley está incapacitado para reconocer sus limitaciones, su herida, su complejo de castración. No admite restricciones a sus impulsos, a su capacidad de goce. La consecuencia de todo ello es nefasta. Porque un padre que se cree omnipotente, con derecho a hacer lo que le plazca, finalmente no consigue constituirse en pilar para el desarrollo psicológico del niño. Es un padre persecutorio. Un padre dominado por el afán castrador o anulador para con el hijo. Alguien que no logra sentar otras bases que las de la perpetuación de la violencia.

V.3. Caso El Hombre de Hielo

Richard Kuklinski⁸⁰ es un asesino a sueldo que está cumpliendo varias condenas de cadena perpetua en la cárcel de Trenton, Nueva Jersey. Llegó a matar a más de cien personas de maneras diversas: con armas, por estrangulación, mediante veneno, etc. Trabajó para un jefe mafioso, el cual ordenaba los asesinatos y Kuklinski los realizaba sin hacer preguntas, a sangre fría. Muchos creen que por eso fue apodado como «El Hombre de Hielo», pero la policía tenía otra razón para llamarle así, pues

en cierta ocasión, después de tener durante dos años en el congelador a uno de los sujetos asesinados, lo sacó y lo dejó en un lugar donde fue hallado. Era una jornada calurosa de verano. Cuando el forense procedió con la autopsia, encontró hielo. Y dijo: «Aquí hay algo raro; este tipo no murió en los últimos días».

Richard Kuklinski nació el 11 de abril de 1935 en una unidad habitacional de bajos recursos en Jersey City; su madre trabajaba en una empacadora de carne mientras que su padre era guardafrenos del ferrocarril. De él comenta:

Odiaba a mi padre. Si hubiera podido, quizá lo habría matado. Y creo que me habría sentido bien al hacerlo. Mi padre me pegaba tan solo por mirarlo. El sembró en mí un sentimiento impersonal que hacía que no sintiera nada cuando alguien moría frente a mí, en especial cuando eran fanfarrones. Los fanfarrones me recordaban a mi padre. Me encantaba cuando un fanfarrón se metía conmigo; era la única excusa que necesitaba.

Hasta los dieciséis años, Kuklinski fue un adolescente tímido y delgado, blanco fácil de las bandas callejeras.

Cuando era un muchacho descubrí que si los lastimas, te dejan en paz. Los buenos siempre acaban perdiendo. Cuando no me metía con nadie, todos me lastimaban. Hasta que un día decidí que ya era suficiente. Subí y tomé una barra en la que se colgaba la ropa. Luego bajé. Había unos seis muchachos afuera. Pensaban que podrían jugar con mi cabeza. Y hubo una guerra. Para su sorpresa, yo no recibí la paliza. Yo la di. Ahí aprendí que es mejor dar que recibir.

Su hermano menor, Joey, que también cumple cadena perpetua en la misma prisión, fue condenado por violar y asesinar a una niña de doce años. Es significativo, a este respecto, lo que Kuklinski comenta:

—¿Quieres hablar sobre tu hermano?

—¿Qué quieres saber? Tiene largo tiempo metido aquí. Creo que ya lleva veinticinco años.

—¿Está aquí por homicidio?

—Sí.

—¿Qué edad tenía cuando vino a este lugar?

—Era un joven. Creo que tenía entre veinte y treinta años.

—¿Qué crees que le pasó? ¿Crees que está aquí por las mismas causas que tú?

—Venimos del mismo padre.

Ante quienes se comportaban como fanfarrones, Kuklinski sentía un odio tal que su reacción fue, en muchos casos, la de matarlos. A otros los liquidó simplemente porque alguien se lo pidió. Uno, dos, tres..., quince..., veinte..., cuarenta..., suma y sigue. Hasta más de 100 sujetos asesinados.

Para con las víctimas que iba dejando en el camino, no sentía nada, su capacidad de sentir estaba anulada o embotada, como si se sumergiera en una experiencia en la que no participara como persona, como si se tratara de algo impersonal, lo que da cuenta de su disposición o facilidad para matar, por la que habría llegado a convertirse en un gran depredador de seres humanos. La forma de ser y de comportarse de Kuklinski, desde su perspectiva psicológica, sería consecuencia de estar viviendo o, mejor dicho, sobreviviendo en una jungla humana. Rodeado de numerosos enemigos, para los cuales el único lenguaje conocido y utilizable, con el que debería responderseles, sería el de la violencia. Percepción persecutoria, fatalidad inevitable.

Cuando alguien piensa y defiende la idea de que irremediablemente la violencia se convierte en destino humano, de tal modo que tan solo habría dos únicas alternativas,

ser víctima o ser victimario (decantándose en el caso de Kuklinski por la segunda opción, pues «es mejor dar que recibir»), eso puede deberse al hecho de haber conocido, y haber padecido, a lo largo de la vida a muchas personas, entre las que se encuentran a veces las figuras parentales, con intenciones y actuaciones malsanas y destructivas. La respuesta de Kuklinski acerca del padre que comparte con su hermano, si no supiéramos que la ha brindado él mismo, podría pensarse que corresponde a un experto en psicología que emite un dictamen sobre dos biografías marcadas por la violencia. Dicha respuesta revela que se ha dado una identificación con el agresor, con un progenitor que los lastimó y traumatizó cuando eran niños en lugar de tratarlos y guiarlos a partir del respeto y del amor.

Hemos de tener en cuenta que un individuo cuyo padre se ha hecho presente como perseguidor, malvado o inicuo, está herido de identificación, con alta probabilidad de personificar o encarnar aquello que repudia y odia. De hecho, en el relato que Kuklinski hace de su vida se desliza la convicción de que, en caso de haber dispuesto de un referente paterno distinto al que tuvo, los hechos protagonizados por él hubieran sido otros.

V.4. Elaboración «versus» repetición

No suele resultar fácil escapar del círculo víctima/victimario. En algunos casos, aun cuando los primeros maltratadores no tengan la fuerza ni el poder para ejercer la influencia perniciosa de antaño, o aun cuando dichos maltratadores hayan desaparecido de su vida, bien porque ya han fallecido o bien porque vive alejado de los mismos, puede ocurrir, por muy sorprendente que parezca, que se prolongue la condición de víctima, entablándose una y otra vez relación con nuevos abusadores, en búsqueda permanente de castigos y humillaciones, sin sentirse el sujeto merecedor de nada bueno. En otros casos, puede ocurrir que, hastiado de padecer burlas, continuo sometimiento e impotencia, tal como ocurre con Kuklinski, la víctima se convierta en victimario hacia el interior de su familia y/o hacia la sociedad. Es lo que se conoce como identificación con el agresor. En cualquiera de los casos, ya sea como víctima o como victimario, su vida seguirá atravesada por la violencia.

El hecho de que alguien imite la conducta de quien fue su victimario tiene que ver con la necesidad de asirse a una forma de actuar que le brinde seguridad y control sobre el entorno. Se ha producido una inversión de roles: de haber sido alguien dominado o maltratado ha pasado a ser un individuo dominador. Claro está que a costa de marginar y condenar al niño que fue, que porta todavía dentro de sí, huyendo de un pasado teñido de vergüenza y sufrimiento.

Surge entonces un interrogante: ¿cómo pueden dejar de repetirse las prácticas de los maltratadores? Para contestar a esta pregunta me permitirá el amigo lector basarme en las formulaciones de Alice Miller, que dice: «El miedo a culpabilizar a los padres refuerza el *status quo* y asegura la ignorancia y la perpetuación de los malos tratos a los niños. Es necesario romper ese peligroso círculo vicioso»⁸¹. En opinión de la mencionada autora, el maltrato infantil solamente puede combatirse en la medida que sea develado, a partir de su cuestionamiento, lo que va implícito con la idea de brindar a la víctima condiciones ambientales óptimas que le ayuden a

reconocer el dolor que los padres, «educadores» o adultos en general le han infligido. Haciendo duelo en torno a una imagen infantil que, portando dentro de sí, está fragmentada, dañada. Por culpa y acción de unos adultos hacia los cuales necesita dirigir su rabia y resentimiento. Para reconocerlos como lo que son (victimarios) y asumirse por su parte como alguien completamente inocente, que no es culpable de ningún modo del trato recibido.

El sujeto maltratado, para llegar a sanarse, ha de revisar su historia personal.

El objetivo de la terapia es hacer hablar y sentir al niño que hay en nosotros y que un día enmudeció. Poco a poco se ha de revocar la proscripción que pesa sobre su saber, y en el curso de ese proceso, al hacerse visibles los tormentos sufridos en el pasado y las rejas de la cárcel en la que aún se halla, el paciente ha de descubrir, a un tiempo, su propio yo y su sepultada capacidad de amar⁸².

De entre quienes habiendo sufrido maltrato no se han convertido en victimarios ni siguen siendo víctimas, cabe pensar que se han salvado de tal destino porque en algún período de sus vidas han podido procesar o elaborar el daño psíquico experimentado. La asunción del dolor pondría al sujeto en el camino para sanarse y relacionarse satisfactoriamente con el entorno. A partir de entonces tendrá la posibilidad de conocerse mejor, contactar con sus sentimientos y también con los sentimientos de los demás. Hemos de tener en cuenta que para salir del círculo víctima/victimario resulta de gran ayuda encontrar a una persona suficientemente buena que sea empática. A través de la cual poder sanar las heridas, revirtiendo el desprecio para con el otro y para con uno mismo en tolerancia y reconocimiento.

Volviendo a Kuklinski, podemos decir de él que si no ha logrado salir del círculo víctima/victimario es debido a que no ha tenido ocasión de afrontar y elaborar el dolor padecido. Niño maltratado y humillado. Anulado, despreciado. Empujado por su padre a sufrir y a hacer sufrir. En definitiva, el victimario no cesará en sus agresiones hasta que no reconozca su condición de víctima reprimida y silenciada, hasta que no se dé cuenta del padecimiento que porta dentro de sí y que se ve en la necesidad de traspasar a otros. La insensibilidad ante los otros estaría delatando la insensibilidad ante uno mismo.

V.5. La actitud desafiante de un niño

Con objeto de reflexionar sobre la incidencia (favorable en este caso) de la figura paterna en el destino del individuo, resulta interesante adentrarnos en el siguiente relato:

En cierta ocasión me encontraba en casa de un amigo, jugando con él al ajedrez. Su hijo (de poco más de dos años y medio) estaba con nosotros, primero pendiente de la partida y luego correteando y jugando con distintos objetos: con una pelota grande, desmontando una matrioska, y prendiendo y apagando reiteradamente el ventilador. En determinado momento corrió hacia su padre, muy asustado. Había escuchado unos ruidos que le atemorizaron sobremanera; eran producto de los golpes dados por unos trabajadores que estaban revisando y reparando el material impermeabilizante del tejado. En otro momento, mientras jugaba con los distintos objetos, arrojó al suelo con fuerza y cerca de nosotros un cenicero. Mi amigo le recriminó lo realizado:

—*¡Luisito! ¡Eso no se hace! ¡No tienes que tirar las cosas al suelo!*

—*¿Por qué?*

—*Porque son valiosas y se rompen.*

Luisito no parecía sentirse muy molesto con las palabras de autoridad de su padre, dando la impresión de que lo retaba con su actitud. De todas maneras, desistió de seguir tirando cosas al suelo. Y

se calmó. Mi amigo y yo pudimos seguir jugando al ajedrez.

Ese mismo día, una vez que regresé a mi casa, le comenté a mi esposa lo observado acerca de Luisito. Le dije que me invitaban a la reflexión dos conductas: *a)* La del susto provocado por los ruidos. *b)* Y la consistente en haber arrojado el cenicero al suelo. No recordaba qué episodio había ocurrido en primer lugar, lo cual, dependiendo del orden, daría lugar al planteamiento de diferentes explicaciones.

Si la primera conducta hubiera sido la del objeto arrojado al suelo y posteriormente la del susto, podríamos deducir que, aunque el niño aparentemente no se hubiera mostrado atemorizado por la recriminación de su padre, interiormente habría sentido tal nivel de angustia que, ante unos ruidos no muy fuertes, se habría sobresaltado exageradamente, como si esperara ser castigado por el hecho protagonizado poco antes. Por tanto, considerando esta secuencia, cabe suponer que el niño asumió la culpa.

Si la secuencia fuera la inversa, esto es, que primero se hubiera dado el susto y posteriormente la conducta de arrojar el objeto en cuestión, podríamos colegir que se había activado la angustia persecutoria y que entonces Luisito habría provocado a su padre con la finalidad de comprobar si este era realmente tan severo y punitivo como se imaginaba eran las figuras investidas de autoridad. Y en tanto que la recriminación recibida no fuera desmesurada, el niño se tranquilizaría e iría ganando dominio sobre sí mismo.

Días después de lo acontecido, volví a ver a mi amigo y le comenté acerca de lo observado por mí y las hipótesis en las que había pensado dependiendo de cuál fuera el orden de los actos. Él me dijo que primero ocurrió el episodio del susto y posteriormente la conducta de arrojar el cenicero al suelo. También me dijo que su hijo lo consideraba culpable de que la próxima semana le fueran a meter en una escuela infantil. Lo cual apunta en la dirección de la lucha mantenida por el niño frente a la autoridad y en la estrategia empleada para defenderse de lo que le resultaba temible.

V.6. La incidencia de la paternidad

A modo de síntesis del presente capítulo quisiera referir las siguientes ideas o consideraciones:

1. Las vivencias del niño, y las repercusiones de las mismas en su desarrollo psicológico, dependen en gran medida del modo en que es tratado por las personas significativas de su entorno, sin que esto signifique, ni mucho menos, atribuir toda la causalidad a elementos ambientales o externos, negando la dimensión intrapsíquica. En consecuencia, el desarrollo psicológico infantil se verá favorecido cuando las figuras parentales desempeñan adecuadamente sus funciones.

2. Cuando el padre (o quien desempeña su rol), a través de sus comportamientos y expresiones de afecto, demuestra capacidad de contención frente a las reacciones turbulentas y perturbadoras protagonizadas por su hijo, este estará en condiciones de hacer suya, e ir incorporando, la capacidad autorreguladora de los impulsos. Por el contrario, cuando el padre (o quien desempeña su rol) responde a través del maltrato, lejos de enseñar a su hijo a relacionarse saludablemente con la gente y consigo

mismo, le priva de la posibilidad de reconocer la ley como elemento estructurante y regulador de las relaciones humanas, propiciando al mismo tiempo la identificación con el agresor.

3. Un padre persecutorio y con la creencia de ser omnipotente, ignorando sus limitaciones así como la herida de existir, no es capaz de identificarse con su hijo y, en lugar de ayudarlo a desplegar sus capacidades, le va a hacer sentir impotente, insignificante. A este respecto, tengamos en cuenta que la impotencia tiene en la violencia una forma de ocultamiento y que es precisamente la negación del sentimiento de impotencia lo que lleva a ciertos sujetos a adoptar una conducta persecutoria y destructiva.

4. Un padre protector es aquel que acepta a su hijo como la persona que es, como alguien singular, diferenciado, que por momentos le va a desobedecer, contradecir y retar.

5. Cuando el padre es capaz de soportar los ataques del hijo (lo que significa no-ser-vengativo) y de renunciar a sus deseos narcisistas de moldearlo a su antojo, como si se tratara de una extensión de sí mismo, el hijo dispondrá de las condiciones necesarias para llegar a distinguir o diferenciar dos niveles: por una parte, la existencia del padre como realidad externa y, por otra parte, el fantasma del padre (persecutorio, castrador), producto de su realidad psíquica. Distinción que denota conocimiento y reconocimiento del otro y de uno mismo.

6. El niño reta y provoca al padre para que este ponga límites a sus impulsos, pero también para saber hasta qué punto le va a responder vengativamente o no, para comprobar si es como aquel que necesita que sea (un padre protector) y no como el que teme que sea (un padre persecutorio).

7. Con un adulto que es capaz de brindar contención, el niño dispondrá de condiciones favorables para ir liberándose de sus temores, mientras que si el adulto es vengativo, lo más probable es que se apuntele o refuerce la angustia persecutoria.

[74](#) S. Freud (1921), *Psicología de las masas y análisis del yo*, en *Obras Completas*, tomo 3, Madrid, Biblioteca Nueva, 2007, pág. 2.585.

[75](#) D. W. Winnicott (1971), *Realidad y juego*, Buenos Aires, Gedisa, 1982, pág. 186.

[76](#) *Ibíd.*, pág. 187.

[77](#) J. E. Milmaniene (1995), *El goce y la ley*, Buenos Aires, Paidós, pág. 61.

[78](#) *Ibíd.*, pág. 55.

[79](#) D. W. Winnicott (1971), *Realidad y juego*, Buenos Aires, Gedisa, 1982, pág. 193.

[80](#) La información acerca de este caso, que también en parte aparece reflejada en tres viñetas del capítulo 6, la he entresacado de dos entrevistas realizadas por Arthur Ginsberg (la primera de ellas en 1992 y la segunda en 2001) para el programa de televisión *America Undercover*, de HBO.

[81](#) A. Miller (1988), *El saber proscrito*, Barcelona, Tusquets, 1998, pág. 31.

[82](#) *Ibíd.*, pág. 211.

Capítulo VI

Los psicópatas

¡No digas de ningún sentimiento que es pequeño, ni indigno! Cada uno es bueno, muy bueno; también el odio, la envidia, los celos y la crueldad. No vivimos de otra cosa que de nuestros pobres, hermosos y magníficos sentimientos, y cada uno de ellos contra el que cometemos una injusticia es una estrella que apagamos.

Hermann Hesse, *Klingsor*

VI.1. Empatía

Somos seres sociales. Estamos destinados a interactuar con la gente, a convivir, y al hacerlo tratamos de sondear a quien está con nosotros para así intentar predecir cómo pueden ir transcurriendo los términos de la relación. Con mayor o menor discernimiento, todos realizamos una especie de evaluación psicológica del otro al mismo tiempo que somos objeto de dicha evaluación. Y en la medida que vamos conociendo a alguien y dándonos a conocer, nos vamos implicando afectivamente, las fronteras psíquicas se desdibujan, somos capaces de detectar lo que siente y padece, y participar de ello. La empatía se expresa generalmente con familiares, amigos o sujetos con los que nos sentimos aceptados y queridos. Las alegrías de alguien cercano pueden resultarnos contagiosas y sus desgracias impactarnos enormemente y apesadumbrarnos. Pero incluso las informaciones acerca de personas desconocidas pueden llegar a conmovernos cuando nos enteramos que han sufrido o están siendo afectadas por enfermedades, tragedias o muertes. Nos ponemos en su lugar. El sufrimiento ajeno nos suele estremecer, que el otro se sienta mal nos hace sentir mal, aunque sea por un tiempo breve, y nos hace tomar conciencia de la fragilidad de toda existencia humana, con la preocupante posibilidad de que en cualquier momento uno mismo sea el destinatario del infortunio. Esa capacidad por la que podemos contactar con el sentir del otro, la empatía, se supone consustancial a todos los seres humanos, aunque hay algunos que no se conmueven prácticamente por nada ni por nadie y que no tienen reparos en que sus actuaciones puedan hacer sufrir a la gente, mostrándose insensibles y desalmados; son los psicópatas.

En el ámbito interpersonal, por ejemplo, los psicópatas son presuntuosos, arrogantes, insensibles, dominantes, superficiales y manipuladores. En la manifestación de sus afectos son irritables, incapaces de establecer fuertes vínculos emocionales y carentes de empatía, sentido de culpa o remordimientos. Estos rasgos interpersonales y afectivos están asociados con un estilo de vida socialmente desviado, que incluye comportamientos irresponsables e impulsivos y una tendencia a ignorar o violar las convenciones y normas sociales⁸³.

VI.2. Psicopatía y criminalidad

Debido a los rasgos predominantes de su personalidad (narcisismo patológico, insensibilidad afectiva, impulsividad, ausencia de sentimiento de culpa, etc.) son elevadas las probabilidades de que los psicópatas actúen antisocialmente. La psicopatía constituye, en verdad, un factor de riesgo de la criminalidad, aunque eso no significa que sea un concepto sinónimo de criminalidad o delincuencia. No todos

los psicópatas son delincuentes ni todos los delincuentes son psicópatas. «Es más, la mayoría de los criminales no son psicópatas»⁸⁴. El diagnóstico de psicopatía no remite necesariamente a la comisión de actos ilícitos sino especialmente a unos rasgos de personalidad determinados; «si tomáramos como punto de referencia únicamente el comportamiento antisocial y excluyéramos los rasgos interpersonales y afectivos como la insensibilidad, narcisismo, tendencia a mentir, falta de empatía, etc., se diagnosticarían demasiados casos de psicopatía en poblaciones criminales y pocos en poblaciones no criminales»⁸⁵. De hecho, hay psicópatas que nunca llegan a tener problemas con la ley, que se relacionan con la gente con aparente normalidad, claro está que de modo superficial, sin comprometerse ni vincularse seriamente. Algunos de ellos pueden llegar a ser prestigiosos empresarios, políticos y profesionales, reconocibles por su falta de escrúpulos y porque únicamente buscan su propio beneficio.

Para muchos, su conducta antisocial consiste en llevar a cabo negocios cuestionables, prácticas profesionales poco éticas, abusar de sus esposas o hijos, etc. Muchos otros hacen cosas que, no siendo ilegales, son inmorales o dañan a los demás: son mujeriegos, engañan a su esposo/a, niegan a su familia el mínimo bienestar físico o psíquico, o hacen un uso irresponsable de los fondos de su empresa, por citar algunas⁸⁶.

En cualquier caso, ya sea desde dentro o desde fuera de la ley, acatándola o no, el psicópata pone en evidencia su deficiencia para contactar con los sentimientos de la gente. Porque lo que fundamentalmente le interesa de los otros es su valor de utilización o explotación y no el valor que puedan tener como personas. El psicópata «no puede mostrar simpatía o genuino interés por los demás; los manipula y utiliza para satisfacer sus propias conveniencias, y muchas veces incluso sabe convencer a los mismos que ha utilizado, de su inocencia y de sus propósitos de enmienda»⁸⁷.

A modo de aclaración, quisiera referir la existencia de dos tipos de delincuentes que presentan características psicológicas diferenciales con respecto al delincuente psicópata o psicópata criminal:

— *El delincuente neurótico*: Es aquel individuo que experimenta remordimientos por haber cometido actos antisociales y que puede «mantener relaciones afectivas, llenas de contenido significativo, con los demás»⁸⁸. Los actos antisociales «están motivados por conflictos y tensiones neuróticos»⁸⁹.

— *El delincuente subcultural*: Es aquel individuo que presenta un comportamiento antisocial, agresivo, no porque sea psicópata o emocionalmente anormal sino porque ha crecido «en medio de una subcultura de delincuencia o en un ambiente que favorece o incluso premia tal conducta, la cual, aun siendo censurada por las normas sociales, está perfectamente de acuerdo con la de su propio grupo, pandilla o familia»⁹⁰. A diferencia del psicópata, este sujeto es capaz de «guardar una inquebrantable fidelidad y de mantener unas cálidas relaciones con los demás miembros de su grupo»⁹¹. El delincuente subcultural está adaptado al interior de su grupo, con unas normas y reglas de actuación que son contrarias a las del macrogrupo o entorno social.

VI.3. Sadismo

Cuando la insensibilidad afectiva y la ausencia de sentimiento de culpa se conjugan en alguien con la dimensión del sadismo (necesidad de dominar, humillar y/o provocar dolor) tenemos a un sujeto sumamente inquietante y peligroso, capaz de provocar tal grado de sufrimiento y además de complacerse por ello, que va más allá de lo que una persona común puede llegar a concebir o imaginar sin sobrecogerse por el horror o sin quedar presa de un mayúsculo estupor.

Caso Brady

Uno de los asesinos en serie más conocidos de Inglaterra, Ian Brady, grabó los gritos de los niños mientras los estrangulaba; luego escuchaba estas grabaciones antes de tener relaciones sexuales con su amante, Myra Hindley⁹².

*Caso Bittaker*⁹³

En 1983 [un hombre] fue sentenciado a muerte en Estados Unidos por raptar y asesinar a cinco niñas adolescentes [...]. Por horas y días violó a las jóvenes y se entregó a todo tipo de actos sodomitas con cada una de ellas, a veces delante de una cámara de vídeo. Pero esto no fue todo. Las torturó salvajemente arrancando sus pezones con tenazas y clavando un punzón de romper hielo en sus oídos mientras grababa sus gritos y quejidos en una cinta magnetofónica. La última víctima fue estrangulada con una percha de alambre, sus genitales mutilados y su cuerpo arrojado a un jardín. Según explicó a la policía más tarde, Bittaker hizo esto para poder observar «las caras de horror de quienes descubrieran el cadáver».

El sádico busca ejercer el control e impartir castigos. Es dominante, intimidador, malicioso, irritable y cruel, disfruta con el sufrimiento ajeno, pudiendo limitarse en un principio a la deleitación a través de unas fantasías que no llega a actuar. No obstante,

a medida que las fantasías se desarrollan y ya no generan suficiente excitación sexual por sí solas, el delincuente empieza a «ensayar», por ejemplo, sigue a una mujer por un callejón oscuro o finge tropezar con ella para tocarle sus partes íntimas. Luego incorpora elementos de su «ensayo» en las fantasías que utiliza al masturbarse; de este modo se forma un círculo vicioso de delincuencia cada vez más extrema⁹⁴.

VI.4. Crimen psicopático «versus» crimen delirante

Los psicópatas saben que ciertas conductas contravienen los mandatos normativos y/o morales de una sociedad y que por tanto son objeto de sanción o castigo. Saben lo que hacen y que sus actos tienen diversas repercusiones. Saben discernir entre el bien y el mal. Si atentan contra alguien, saben que han hecho algo considerado malo y censurable, aun cuando parece no importarles. Los psicópatas dicen no sentirse culpables, no sentirse conmovidos por el sufrimiento provocado a sabiendas.

Otra cosa muy distinta les sucede a los esquizofrénicos, quienes suelen padecer una ruptura del contacto con la realidad cuando están inmersos en los delirios. Y en función del contenido de las ideas delirantes (en las que el sujeto en cuestión se instala y vive, para quien son incuestionables, impermeable a los argumentos y las pruebas que en su contra pudieran presentarse, plenamente convencido de que su discurso está totalmente apegado a los hechos) ocurre en ocasiones que la violencia se presenta como una respuesta o acción necesaria. Veamos al respecto un ejemplo:

Caso Elva

09/09/2009. Una joven mató a golpes a su hijo de cuatro años, la pasada noche en un barrio de Asunción, Paraguay, porque, según ella, estaba «poseído». «Hasta las doce del mediodía era mi hijo, después ya no era él; su mirada cambió», dijo a la prensa Elva, una mujer de veinticinco años que lee la Biblia, va a misa, reza y comulga los domingos.

La mujer, que fue puesta a disposición de la Fiscalía, relató que trató de exorcizar a su hijo con oraciones, agua bendita y la ayuda de dos hermanas menores para que «salga [el mal]». «Pero me di cuenta que no iba a salir y se llevó a lo que yo más amo», afirmó. «Hay gente que me va a entender», expresó la joven, que no se manifestó arrepentida, al declarar que no hizo nada malo y que el niño, cuyo cadáver fue encontrado sobre la imagen de una figura sagrada, «murió por ustedes».

La paciente de este caso tiene la sensación de haber cumplido con un deber y de haber respondido a un mandato sobrenatural. La fatal decisión de matar a su hijo la toma creyendo que está matando o eliminando a un ser que ya no es su hijo. No sabe lo que hace, no es responsable de sus actos.

VI.5. ¿Ausencia de sentimiento de culpa?

Muchos individuos cometen actos antisociales y delictivos en situaciones de crisis existencial, movidos por la ira, la pasión desbordada o la desesperación, pero una vez que están en condiciones de reflexionar y analizar sosegadamente las consecuencias de sus acciones, sienten la necesidad de reparar el daño causado. Se sienten muy mal por lo que han hecho, el pasado les persigue y les tortura, viven atormentados o abatidos por la culpa, algo que no les ocurre a los psicópatas, quienes se muestran distantes, fríos, cuando no cínicos y burlones con respecto al sufrimiento provocado. Veamos dos casos:

Caso Oruan⁹⁵ (1.ª viñeta de 2)

Cuando le corro el cerrojo a la pistola es el mensaje de la muerte. Conforme se oye el *trass, trass*, la víctima se queda de una pieza, se pone tan nerviosa que antes de que ella hable yo le digo: no te va a pasar nada. Lo único que quiero es tu reloj, tu cartera. Pero si te resistes, yo no te voy a matar; tú solito te vas a matar. Tú le vas a jalar el dedo al gatillo. Si me quieres dar tu vida, eso es cosa tuya.

Yo agarraba fuerte a la víctima. Conforme la agarraba, le decía: nada más te voy a hacer el amor. De ti depende que no te haga daño.

Las víctimas no me interesan en lo más mínimo. Yo nací para ser su verdugo, su ejecutor, su golpeador, su violador, su atracador, su secuestrador, su pesadilla.

—¿Nunca piensa en las víctimas y sus familiares?

—No. Están fuera de mi mente. No pienso para nada en ellos; están fuera de mi jurisdicción.

Caso El Hombre de Hielo⁹⁶ (1.ª viñeta de 3)

Richard Kuklinski llegó a matar a más de cien personas y se considera a sí mismo «un exterminador muy trabajador o algo parecido». Antes de dedicarse al asesinato como forma de vida trabajó en un laboratorio de revelado; pirateaba cintas pornográficas y las vendía a gente de los Gambino, una familia de la mafia. Este contacto lo llevó a otros crímenes. Cuando tenía veinticinco años quería que le pagaran por matar, pues los asesinatos por contrato dejaban mucho dinero. A fin de promocionarse, puso a prueba su sangre fría y falta de escrúpulos en presencia del jefe mafioso Roy DeMeo.

«Me dijo que si iba a trabajar con él, tenía que matar a cualquier persona que me señalara sin hacer ninguna pregunta. Le dije que era posible que le hiciera esos trabajos y me preguntó: ¿es posible o puedes hacerlos?; ¿te crees capaz de hacerlos? Y le dije que sí era capaz de hacerlos. Entonces le dijo a Freddy que buscara el auto. Vino con el auto, subimos al asiento posterior y Freddy se quedó conduciendo. Fuimos a un lugar que no conocía en Nueva York. Llegamos al lugar que íbamos y nos quedamos sentados allí hasta que vimos a un hombre que estaba paseando a su perro. Entonces me dijo: Muy bien. Mata a ese tipo. Entonces le pregunté que a quién se refería. Me dijo que al hombre que

paseaba al perro. Me bajé del auto, comencé a caminar hacia el hombre. El hombre paseaba al perro como cualquier persona normal. Después de pasar junto a mí, me voltee y le disparé. Así fue como comencé a trabajar con Roy».

Oruan y Kuklinski no se conmueven ni se sienten consternados por el sufrimiento causado. Al contrario, parece que estuvieran satisfechos con lo realizado, con la forma de proceder que les caracteriza, como verdugos, ejecutores o exterminadores.

Suele decirse que «El psicópata siente muy poca culpa o ninguna. Puede cometer los actos más espantosos y contemplarlos sin remordimiento»⁹⁷. ¿Pero es posible eso? A primera vista todo parece indicar que ciertas personas ignoran lo que es el sentimiento de culpa, que viven ajenas a dicho fenómeno psicológico, aunque más bien lo que sucede es que su vivencia de la culpa (usualmente oculta ante los demás) es un tanto peculiar.

Caso Oruan (2.ª viñeta de 2)

No tengo ningún mal recuerdo. Todo lo malo que yo hice lo recuerdo. No me lamento; ya pasó, tenía que pasar. A los difuntos no los sueño. No tengo pesadillas, remordimientos. No siento nada; simplemente pasó.

Tú sabes cómo se siente el remordimiento cuando una persona hizo algo incorrecto. Yo lo siento, pero conforme lo siento, lo desecho.

Si yo fuera de una mente débil, endeble, mis remordimientos me matarían o me volverían loco. La mente todo lo que tiene de poderosa, también lo tiene de endeble, de frágil. Esa compasión, esa pena, esa lástima, ese arrepentimiento sí me lacera, me llega a mi corazón, pero conforme yo siento que se va a apoderar de mí, me lo jalo, lo desecho. Ya lo hice y ya estuvo, así de sencillo.

Caso El Hombre de Hielo (2.ª viñeta de 3)

Nada me acosa. Ningún asesinato. Nada. No pienso en eso. Por eso me es difícil contarlo. Para poder decirles cuándo maté a alguien tengo que pensarlo y si lo pienso acabaré haciéndome daño. Así que no pienso en eso.

El control continuado y exitoso con respecto al sentimiento de culpa puede hacernos pensar que no existe. Pero hemos de entender que la defensa pertinaz y férrea ante la culpa denota el poder que se le asigna y se le reconoce. Hasta tal punto es así que, en opinión de Oruan, en el supuesto de que tuviera él una «mente débil», esto es, una estructuración psíquica impresionable, se vería abocado a la autodestrucción o a la locura. Su salvación psíquica pasaría por disponer de una mente poderosa. Su autodomínio constituye su respuesta ante una instancia que imagina cruel y con capacidad de exterminio. En el caso de Kuklinski observamos que la modalidad defensiva para evitar hacerse daño radica en no pensar, en poner en suspenso el pensamiento. En definitiva, tanto Oruan como Kuklinski se ven en la necesidad de erigir un baluarte que los proteja de una culpa que temen quiera darse a conocer fatalmente. Si no la sienten no es porque no la puedan llegar a sentir sino porque hacen todo lo posible para que eso no ocurra, porque logran mantenerla a raya, a distancia, quedando alejados de su impacto. Ambos huyen del encuentro con la culpa.

Cuando actúa violentamente contra alguien, el psicópata se justifica diciendo que la víctima lo tiene merecido, que es ella quien por imprudencia, egoísmo o resistencia, entre otros motivos, lo conduce o fuerza a adoptar unas medidas determinadas. El psicópata juzga y castiga severamente al prójimo, haciéndole

responsable del destino o fin que le ha tocado, lo cual delata la forma en que él mismo teme ser tratado. Además, aparece como disculpa el planteamiento de haber atentado contra seres devaluados o malvados y de que en el mundo en que vivimos no quedaría otro remedio que utilizar la violencia para poder sobrevivir.

Todos reaccionamos en determinadas circunstancias tal como lo hace habitualmente el psicópata, esto es, considerando a los otros como enemigos o como seres prescindibles, marginando o anulando así la posibilidad de que opere el sentimiento de culpa. En cierta forma, el psicópata está prácticamente siempre en pie de guerra, sumergido en un mundo persecutorio, mientras que la «persona normal» puede llegar a conducirse así en ocasiones puntuales y excepcionales.

Cuando el psicópata confiesa sentirse arrepentido es bastante probable que su arrepentimiento no esté conectado con el hecho de haber provocado sufrimiento a las víctimas y sus respectivas familias sino con el hecho de haber sido capturado y privado de sus fuentes de placer, con el temor de que puedan derivarse severas penas, castigos o incluso venganzas, y/o con el hecho de haber puesto en evidencia su nivel de inteligencia y de control.

El psicópata trata de desoír o sortear una conciencia que, portadora de acusaciones terribles, amenazaría su integridad psíquica. Desde su perspectiva, la culpa sería similar a una flecha que tan pronto como impacta en el cuerpo debería arrancarse y lanzarse fuera de sí, con el propósito de evitar la continuidad o progresión de un sufrimiento (psicológico) que es contemplado insano y perjudicial.

La culpa es la manifestación de que la ley existe. De que la ley tiene un lugar. Aunque se luche denodadamente para rechazarla o negarla. Sin la ley (moral) nadie es. Incluso el psicópata reclama una ley y a alguien que la sostenga. Anhela una autoridad respetable.

VI.6. Vida afectiva

Suele decirse del psicópata que manifiesta insensibilidad afectiva y ausencia de sentimiento de culpa, lo cual es cierto como rasgos de comportamiento en general, en lo que respecta a su forma de relacionarse con la mayoría de la gente, con la mayoría de unas personas que para él no lo son, que aparecen cosificadas (que, según Oruan, estarían fuera de su «jurisdicción» emocional, fuera del corazón), aunque eso no significa que no pueda albergar afecto hacia determinadas personas y sentirse culpable en caso de dañarlas o afectarlas negativamente. Veamos un ejemplo:

Caso El Hombre de Hielo (3.^a viñeta de 3)

Nunca lamenté lo que hice, salvo lastimar a mi familia. Es lo único que lamento. No busco perdón y tampoco me arrepiento. ¡No! Me equivoco. Me equivoco. Sí quiero el perdón de mi familia. ¡Cielos! No voy a lograrlo esta vez —respira hondo—. ¡Rayos! Yo no soy así. No soy así. Quiero a mi familia. El «Hombre de Hielo» está llorando. No suena muy macho. He lastimado a la gente que significa todo para mí. A los únicos que significan algo para mí.

Kuklinski parece conmoverse cuando reconoce el daño provocado a sus familiares. Es por ellos únicamente que sufre, padece y, en último término, se muestra sensible, vulnerable, humano. Hemos de entender que sin un mínimo grado de vinculación amorosa, aunque tan solo lo sepa uno mismo y se niegue a confesarlo a los otros, por

miedo a ser atacado o ridiculizado, sería inconcebible la existencia. Es indudable que los sentimientos se dan en todos los seres humanos. Lo que le ocurre al psicópata es que pocas veces se permite o se atreve a vivenciarlos y explorarlos, presentándose como alguien desalmado, carente de humanidad. Lo que le ocurre es que hace un gran esfuerzo por controlar y negar sus debilidades y necesidades. Oculta su vida afectiva, su humanidad, que a costa de reprimirla ha llegado a empequeñecerla sobremanera, para protegerse de la gente, pues tiene la idea de que vivimos entre depredadores humanos, en cuyo caso supondría un craso error mostrarse con la faceta sensible y amorosa. En consecuencia, la frialdad o insensibilidad afectiva del psicópata no constituye otra cosa que una defensa férrea para ocultar su vulnerabilidad.

[83](#) R. D. Hare (2000), «La naturaleza del psicópata: algunas observaciones para entender la violencia depredadora humana», en A. Raine y J. Sanmartín, *Violencia y psicopatía*, Barcelona, Ariel, pág. 17.

[84](#) *Ibid.*, pág. 19.

[85](#) *Ibid.*, pág. 20.

[86](#) R. D. Hare (1993), *Sin conciencia*, Barcelona, Paidós, 2003, pág. 96.

[87](#) R. D. Hare (1970), *La psicopatía*, Barcelona, Herder, 1984, pág. 15.

[88](#) *Ibid.*, pág. 18.

[89](#) *Ibid.*, pág. 18.

[90](#) *Ibid.*, pág. 19.

[91](#) *Ibid.*, pág. 19.

[92](#) D. J. Cooke (2000), «La psicopatía, el sadismo y el asesinato en serie», en A. Raine y J. Sanmartín, *Violencia y psicopatía*, Barcelona, Ariel, pág. 196.

[93](#) L. Rojas Marcos (2004), *Las semillas de la violencia*, Madrid, Espasa, 2008, págs. 122-123.

[94](#) D. J. Cooke (2000), «La psicopatía, el sadismo y el asesinato en serie», en A. Raine y J. Sanmartín, *Violencia y psicopatía*, Barcelona, Ariel, pág. 197.

[95](#) Las viñetas sobre Oruan son fragmentos de la revisión en extenso que hago de ese caso en el capítulo 2.

[96](#) La información acerca de este caso, ya facilitada en parte en el capítulo 5 y que aparece reflejada en tres viñetas del presente capítulo, la he entresacado de dos entrevistas realizadas por Arthur Ginsberg (la primera de ellas en 1992 y la segunda en 2001) para el programa de televisión *America Undercover*, de HBO.

[97](#) W. McCord y J. McCord, *El psicópata*, Buenos Aires, Hormé, 1966, pág. 37.

Capítulo VII

Sadomasoquismo *versus* sadismo

Y ahora os preguntáis en vuestro corazón: ¿Cómo distinguiremos lo que es bueno en el placer de lo que es malo? Id, pues, a vuestros campos y a vuestros jardines y, ahí, aprenderéis que el placer de la abeja es chupar la miel de la flor. Y que también es placer de la flor entregar su miel a la abeja. Pues, para la abeja, una flor es una fuente de vida. Y para la flor, una abeja es una mensajera de amor. Y para ambas, la abeja y la flor, dar y recibir placer es una necesidad y un éxtasis.

Gibran Khalil Gibran, *El profeta*, 1923

VII.1. Lo social en la sexualidad

Es indudable que en los países occidentales van superándose progresivamente los prejuicios en torno a la sexualidad, pues a diferencia de lo que ocurría hasta no hace mucho tiempo, y todavía sucede en algunas sociedades, hemos dejado atrás un modelo único (circunscrito a lo vivido entre un hombre y una mujer que, después de gratificarse con besos y caricias en determinadas partes corporales, proceden a efectuar el coito vaginal, a veces casi por obligación o compromiso, y en bastantes casos adoptando siempre la misma postura) para asistir al surgimiento de un universo plural de relaciones eróticas. Actualmente, junto a la práctica heterosexual se asume con normalidad la práctica homosexual (hombre/hombre, mujer/mujer). Y las opciones reconocidas y admitidas para disfrutar del cuerpo se han ampliado considerablemente. Las consecuencias que estos cambios culturales suponen para el bienestar de la gente son fácilmente reconocibles, tanto para los integrantes del colectivo heterosexual (que pueden vivir con gran apertura y creatividad su sexualidad) como para los integrantes de las minorías sexuales. Especialmente para estos últimos, puesto que la oportunidad de participar de un amplio espectro cultural de la vida sexual les da la posibilidad de mostrarse abiertamente como personas singulares, con derecho a poner en práctica sus preferencias y gustos sexuales, en lugar de ser objeto de reclusión o exterminio, que es como se les trata en las sociedades intolerantes.

¡Cuántas falacias no se han ideado en torno a ciertos comportamientos sexuales, calificados como «vicios», «pecados» o «crímenes», con el pretexto de proteger los valores de la familia, de la sociedad o incluso de la civilización misma, provocando pánico moral entre la población en general y marcando las pautas para una estigmatización (y persecución) de los disidentes sexuales! ¡Qué reto, qué heroicidad constituye la lucha por ser feliz y por defender la propia identidad, siendo minoría, en semejantes condiciones socioculturales! ¡Qué bendición, qué alivio, qué liberación para aquellos que, víctimas en su momento, han visto cómo la sociedad ha transitado de la represión a la tolerancia!

Sobra decir que en las comunidades cuyos ciudadanos apuestan por un universo plural de la sexualidad, hay algunos comportamientos, sean sexuales o no, que, en tanto en cuanto suponen violentar la libertad del otro o su capacidad de ejercerla (para lo cual es menester contar con una edad legal mínima, con un nivel suficiente en las

aptitudes de juicio y razonamiento, y estar libre de amenaza), son censurados. Y es a la luz de este postulado, el de la actitud para con el tercero, que voy a acercarme al estudio del masoquismo y del sadismo, dos modalidades sexuales que fueron bautizadas así por Krafft-Ebing, en 1886, con la publicación de la primera edición de *Psicopatía Sexual*, para referirse a las escenas eróticas relatadas en sus novelas por Sacher-Masoch y el Marqués de Sade, respectivamente.

VII.2. La dominación regulada

El masoquista desea verse completamente sometido por alguien que, aupado a la condición de amo, le humille e incluso le pueda maltratar físicamente, mediante una o varias de las siguientes acciones:

1. *Sumisión física* (por ejemplo, a través de la restricción o inmovilización de movimientos, o siendo encerrado en algún lugar).
2. *Sumisión sensorial* (por ejemplo, a través de un vendaje en los ojos).
3. *Humillaciones* (mediante insultos, o siendo obligado a realizar o a padecer determinados actos que lo ponen a uno en situación de burla, ridículo, menosprecio o utilización, como por ejemplo cuando un sujeto es «forzado» a arrastrarse y ladrar como un perro, cuando es tratado y vestido como un niño pequeño, cuando es «obligado» a vestirse con ropas del sexo opuesto o bien cuando sobre su cuerpo el dominante orina y/o defeca).
4. *Daños físicos* (latigazos, golpes, descargas eléctricas, quemaduras, cortes, pinchazos y perforaciones, intentos de estrangulación, mutilación, etc.).

El masoquismo, también denominado sadomasoquismo, hace referencia a un vínculo sexual en el que uno de los integrantes adopta el papel de dominante y el otro de masoquista o sumiso. Una desigualdad o asimetría relacional que, no obstante, es escenificada por expreso deseo de ambos participantes en la interacción. El sadomasoquismo opera con personas libres que supuestamente saben qué hacen y a qué juegan. A este respecto, cabe destacar que en cualquiera de las acciones de dominación-sumisión anteriormente señaladas el masoquista queda en una situación de relativa indefensión, a merced de las decisiones de quien está en la posición de dominante. Imaginémos, por ejemplo, que acepta ser acostado y amarrado en una cama, con los ojos vendados, y que a continuación su compañero empieza a realizarle algunos cortes y a verter cera en distintas zonas de su cuerpo, para luego practicar la asfixiofilia. El dominante tiene el poder de decidir sobre la intensidad de sus acciones, además de jugar con los silencios que envuelven en el misterio los nuevos pasos a dar; el suspense y la incertidumbre son ingredientes de la dominación mental que ejerce sobre el masoquista, con el objetivo de hacerle cimbrar sus barreras y defensas psicológicas, para penetrar y bucear en sus miedos. Son momentos intensos. La adrenalina mana a borbotones. Las emociones están a flor de piel en un tipo de juego erótico que suele culminar en la mayoría de las ocasiones, por no decir en todos los casos, con un final feliz, siempre y cuando el dominante sepa lo que hace y sea consciente de que el placer que está en juego es cosa de dos y para los dos.

La confianza es un ingrediente primordial en el sadomasoquismo. Debido a los riesgos que comporta la posición de entrega o sumisión, el masoquista necesita que se

le responda adecuadamente, esto es, desde el conocimiento suficiente, tanto en lo que respecta a los utensilios a utilizar, cuya gama es muy variada (pinzas, agujas, fustas, pezoneras, collares, esposas, grilletes, mordazas, arneses, sogas, cadenas, etc.), como en lo que respecta a los efectos que la dominación produce en el cuerpo y la mente, y desde la transgresión consensuada y responsable. Necesita de su pareja el compromiso de atenerse a las reglas de un juego erótico en el que, a modo de contrato, se estipulan cuestiones tales como quién es el amo y quién el esclavo, los límites de la escenificación en los roles a desempeñar, el contexto (pues fuera del sadomasoquismo cada uno de los integrantes tiene su propia vida privada y su mundo de relaciones) y el tiempo de vigencia, todo ello pensado para que cada uno de los integrantes tenga la posibilidad de poder vivir y disfrutar sensaciones placenteras en lo que sería un viaje por misteriosos senderos mentales. Sirva como ejemplo lo que aparece acordado a continuación:

*Contrato entre la señora Fanny von Pistor y Leopold von Sacher-Masoch*⁹⁸

El señor Leopold von Sacher-Masoch se compromete, bajo palabra de honor, a ser el esclavo de la señora Von Pistor y a cumplir incondicionalmente, durante un período de seis meses, cada uno de sus deseos y órdenes.

La señora Fanny von Pistor no deberá exigir, por su parte, del señor Leopold von Sacher-Masoch nada que vaya contra su honor (que lo deshonor como ser humano y como ciudadano). Además tendrá que concederle seis horas al día para sus trabajos y no mirará jamás sus cartas y papeles. Por cada infracción o negligencia, o delito de lesa majestad, le es lícito a la dueña (Fanny Pistor) castigar a su esclavo (Leopold Sacher-Masoch) según su leal saber y entender. En resumen, su súbdito Gregor ha de tratar a su dueña con sumisión de esclavo, tomar sus muestras de bondad como una gracia encantadora, no hacer valer ningún derecho como amante de ella; Fanny Pistor, por su parte, promete ponerse un abrigo de pieles tantas veces como sea hacadero, en especial cuando sea cruel con él.

Pasados los seis meses, ambas partes tendrán por inexistente este *intermezzo* de esclavitud y no aludirán en serio a él. Olvidarán todo lo ocurrido y volverán a la anterior relación amorosa. [*Este párrafo fue tachado posteriormente.*]

No es preciso que los seis meses sean seguidos; pueden sufrir grandes interrupciones, empezar y terminar a capricho de la dueña.

Ratifican este contrato con su firma

Fanny Pistor Bagdanov.

Leopold, caballero de Sacher-Masoch.

Comienzo, el 8 de diciembre de 1869.

Habiendo cedido el masoquista su voluntad y gobierno, el dominante se congratula de ejercer un poder que podría considerarse prácticamente absoluto si no fuera porque está mediado y contenido por los epígrafes contractuales. Y aun cuando a primera vista el masoquista no hace otra cosa que obedecer, la verdad es que todos los caprichos y requerimientos del dominante pasan por él. Todo ha de ser finalmente aceptado y asumido por el masoquista, que es quien traza los linderos por los que transita la relación y sobre quien gravita el universo imaginario que ha sido creado. Él tiene la última palabra, aquella que le permite decidir sobre la finalización o suspensión del juego erótico de dominación-sumisión.

Para que no haya dudas o confusión ha tenido que convenirse de antemano que cierta palabra o formulación es clave, una especie de alarma, por la cual el masoquista da a conocer de manera inequívoca que el sufrimiento que está padeciendo en determinado momento le resulta insufrible, intolerable, no aportándole nada positivo a su vivencia fantasiosa, por lo que solicita, de manera urgente, que el

dominante suspenda o rectifique la acción que está ejerciendo. Un dolor que poco antes le sumergía al masoquista en el placer, de repente ha cambiado de tonalidad, bien porque el dominante ha aumentado la intensidad o bien porque ha desbordado la zona corporal en que estaba confinado su padecimiento gozoso. Así, por ejemplo, a un sujeto le puede entusiasmar que le azoten en determinada parte del trasero, y un poco más allá de esa zona el dolor le resulta agónico. A decir verdad, «A ningún sadomasoquista le gustan todos los tipos de dolor»⁹⁹.

Cuando el sumiso o masoquista pronuncia la palabra clave, indicadora de haberse sobrepasado los umbrales del juego erótico, el dominante (en caso de continuar con la práctica sexual en lugar de darla por terminada) tendrá que recular o rectificar, debiendo incorporar a continuación otras acciones que resulten aceptables y tolerables. Necesita contar con capacidad de entendimiento y buen juicio para estar en disposición de calibrar acertadamente el grado de su intervención. Ha de estar pendiente para valorar cuándo, de qué manera y con qué intensidad actuar, si no quiere apartarse de su cometido. «Resulta difícil encontrar el punto justo en la dominación sexual: si llegas demasiado lejos, tu pareja se puede sentir avasallada; si no llegas lo bastante lejos, se sentirá engañada. La dominación es menos popular de lo que se suele creer porque implica demasiadas responsabilidades»¹⁰⁰. Es por eso que los masoquistas «aprecian a los compañeros sofisticados que saben exactamente cómo actuar dentro de las reglas del juego, al mismo tiempo que —con matices exquisitos— aparentan violar sus límites»¹⁰¹. Es en ese contexto que se hace comprensible lo comentado por cierta mujer: «una vez que usted me teme, quiero que se sienta a salvo y seguro de que no voy a hacerlo sangrar si no quiere, o que si *yo* quiero que sangre, no habrá nada malo en eso. Que si *yo* hago que sangre, está bien»¹⁰².

Al hablar del dominante y del masoquista lo hago de manera genérica, sin que ello suponga referencia a un sexo determinado, dando por supuesto que entre ambos individuos pueden darse combinaciones de tipo heterosexual (mujer dominante/hombre sumiso u hombre dominante/mujer sumisa) y homosexual (hombre dominante/hombre sumiso o mujer dominante/mujer sumisa).

Quisiera comentar también que el término sadomasoquismo hace referencia en una segunda acepción a la coexistencia de sadismo y masoquismo en un mismo individuo.

VII.3. A los pies de una diosa

El masoquista trata de colmar y gratificar al dominante en su necesidad de autoafirmación narcisista. Se convierte en esclavo (voluntario), en lo que se le solicita que sea, en su recipiente a medida. Pero todo ello con un objetivo: asegurar la presencia del otro. En este sentido, la entrega total es la tela de araña que el masoquista teje para capturar y mantener al otro en su universo imaginario. Alguien que en muchos casos ha sido seducido o convencido para protagonizar conductas tiránicas y arbitrarias. El dominante castiga al masoquista no solo por lo que este haya hecho o dejado de hacer sino que, a veces, incluso sin importar lo que haya

hecho. Y también puede recompensarlo y tratarlo con dulzura cuando le plazca. Un reinado déspota que, curiosamente, provoca deleite en quien sufre su impiedad e injusticia. Gozosa servidumbre.

Es innegable que el sumiso o masoquista busca a alguien que personifique todo aquello que lo rebasa en sus limitaciones, alguien que pueda encarnar atributos sobrehumanos, alguien a quien poder adorar o venerar, tal como lo refiere Sacher-Masoch a través de un personaje de ficción:

[...] si bien un matrimonio solo puede basarse en la igualdad, en la coincidencia, las grandes pasiones brotan, en cambio, de las antítesis [...]. No puedo ser feliz mirando a mi amada desde arriba. Quiero poder adorar a una mujer y solo puedo hacerlo si ella es cruel conmigo¹⁰³.

*Solo podemos amar de veras aquello que está por encima de nosotros, una hembra que nos somete, que se convierte en nuestra déspota por su belleza, por su temperamento, por su inteligencia, por la fuerza de su voluntad*¹⁰⁴.

Lo que el masoquista pretende vivir a través del sadomasoquismo no es un simple episodio amoroso sino la consagración del amor sublime, el amor con mayúsculas, la posibilidad de contactar y entrar en relación con una figura mítica, con una especie de diosa en el relato que hace Sacher-Masoch.

Al masoquista le excita la sensación de estar encadenado a un gran poder, estar a merced de un ser superior a cuanto él pudiera lograr o actuar por sí mismo. Y para que así sea cumple con su papel. Porque lo que da pie o pone en juego el poder supremo del otro, su entronización, es la humillación o degradación de aquel que desempeña el rol de sumiso. En otras palabras, el advenimiento de una figura mítica se da gracias a la infravaloración que protagoniza y reclama para sí el masoquista. Es un juego de polaridades, muy bien ilustrado, por cierto, por un poeta bohemio, al que en cierta ocasión que caminaba yo por las ramblas de Barcelona escuché formular lo siguiente: «¿Qué es lo que permite visualizar las estrellas en el cielo?». Y a continuación él mismo dio la respuesta: «La oscuridad. Mucha oscuridad». En consecuencia, sin la una no destacarían las otras, no las podríamos reconocer en su esplendor. Las estrellas brillan en la oscuridad. Pero cuando en el espacio se hace la luz, esto es, cuando surge el fenómeno de la otredad y el poder del que también está ahí, tienden a difuminarse. La condición de su excelsa presentación o manifestación es la asimetría, la desigualdad complementaria. No sería desacertado decir, entonces, que ciertas personas se adentran en la sumisión con la ilusión de estimular o hacer asomar la imago divina del *partenaire*, por ejemplo, convirtiendo imaginariamente a una mujer en la Gran Mujer, en una especie de diosa, irradiada plenamente de poder y gloria.

VII.4. La transmutación del dolor en placer

Los masoquistas presentan ciertas conductas de flirteo con el dolor (tales como los latigazos, los cortes, las quemaduras o las perforaciones) que, debido a su gran intensidad, pueden causar asombro, incomprensión en sumo grado, cuando no rechazo entre la gente ajena al masoquismo. De todas formas, entre quienes no se consideran masoquistas es relativamente habitual la producción de dolor poco intenso (los pellizcos, los pequeños mordiscos en los pezones, los leves tirones de cabello o

vello, las palmadas en el trasero, los arañazos en la espalda, etc.).

Tal como sucede con lo experimentado a través de otras sensaciones corporales, ciertos niveles de dolor (ya sean de gran o poca intensidad, dependiendo del momento y del sujeto en cuestión) pueden ser fuente o vehículo de excitación sexual. Sabido es, por ejemplo, que algunas personas necesitan ser azotadas para conseguir la erección o para aumentar su fogosidad. Pero eso no significa que el dolor por sí mismo sea apetecible; «los latigazos son cualquier cosa menos placenteros. No son sino un requisito previo para el contacto sexual que se espera para después [...]. Una vez recibido el castigo, el cuerpo estará vivo para la sensación, completamente abierto a la receptividad y ansiando una sensualidad positiva»¹⁰⁵. El dolor o sufrimiento experimentado posibilita el acceso al gran gozo, a lo sublime. Y en tanto que aparece como acompañante o catalizador del placer, tiene una finalidad, un sentido, como así lo plantea en el programa *Sexo en secreto*¹⁰⁶ una masoquista:

Yo no aguanto. Yo disfruto. En el momento en que aguanto o solo aguanto, se acaba la sesión, la corto. Porque yo no vengo a aguantar dolor; yo vengo a disfrutar, a gozar. El dolor *per se* no me gusta. El dolor *per se* no tiene sentido.

En palabras de otro masoquista:

[...] me gusta el dolor cuando este, a su vez, me produce placer, y eso no es tan sencillo como ir al bar de la esquina, provocar al primer borracho que se te cruce y dejar que te ponga la cara como un mapa¹⁰⁷.

En el sadomasoquismo se evita el dolor no erotizable, de tal manera que una jaqueca o un golpe en la espinilla puede resultar para el masoquista tan molesto y lamentable como para cualquier persona. Ante tal tipo de dolor se busca tratamiento, remedio. El masoquista se acerca exclusivamente al dolor que cree que le puede reportar alguna satisfacción, en cuyo caso es enfrentado o abordado en circunstancias favorables y con una persona que sea digna de confianza. Con un buen dominante, con un compañero que sea capaz de ayudarle a transitar por el dolor, a reconducir o convertir el dolor en algo que llegue a causarle placer, en una vivencia dichosa. Se trata de trabajar el dolor, de procesarlo psíquicamente. Hay ocasiones en que el dolor es fundamentalmente una vía de liberación mental.

El sadomasoquismo, en opinión de Stoller, constituye un intento por dominar determinado episodio problemático infantil; «el comportamiento erótico adulto *contiene* el trauma precoz. Ambos encajan: los detalles del guión adulto cuentan qué le pasó al niño»¹⁰⁸. Dicho trauma se reproduciría en la vida erótica adulta, pero con la particularidad de que en esta ocasión el desenlace es favorable, puesto que la producción del dolor no supone un dolor intolerable así como tampoco la representación de la humillación provoca verdadera humillación. Todo está bajo control, dentro de los límites de un guión. Es así que la imitación del trauma (que incluye dolor y/o humillación) no es traumática. Al contrario, implicaría un intento de superación o elaboración.

Y hablando de acontecimientos del pasado y de su incidencia en el devenir de la sexualidad humana, quisiera mencionar una aportación especialmente relevante. Corresponde al creador del psicoanálisis, a Freud. Él estudia la fantasía de fustigación

o paliza a un niño que le es relatada por seis pacientes adultos (cuatro mujeres y dos hombres) y que, acompañada de sentimientos placenteros, remite a lo acontecido en la infancia. Con respecto a los pacientes del sexo femenino, la mencionada fantasía sería el producto o resultado de las siguientes etapas:

— *Primera fase:* La niña se encuentra «fijada con ternura al padre», pero los hermanos de edades similares a la suya le obligan a compartir el amor. Es por tal motivo que esos hermanos, en tanto que rivales, son odiados. «*El padre pega al niño (que yo odio)*»; «*El padre no ama a ese otro niño, me ama solo a mí*». Cabe destacar que el término «niño» es empleado por Freud en sentido general, sin determinar el sexo.

— *Segunda fase:* El odio para con los hermanos así como el amor incestuoso generan sentimiento de culpa. Y como consecuencia de ello «*El padre me ama*», entendido en un sentido genital, se transforma por medio de la regresión a la etapa sádico-anal en una fantasía masoquista: «*El padre me pega*».

— *Tercera fase:* Aparece la formulación «Pegan a un niño», relacionada aparentemente con el sadismo, aunque «solo la forma de esta fantasía es sádica; la satisfacción de ella extraída es masoquista»¹⁰⁹, en tanto que la parte libidinal reprimida («*solo me ama a mí*») y la conciencia de culpa buscan la gratificación. De hecho, los numerosos niños (casi siempre son muchos niños en lugar de uno) que son golpeados por una figura paterna o de autoridad no dejan de ser elementos sustitutos de la propia persona fantaseadora.

Con respecto a la fantasía de fustigación referida por los pacientes del sexo masculino, la madre aparecería como la figura que azota. Pero este contenido, que es o puede ser consciente, en opinión de Freud, estaría asociado con otro («*Yo soy azotado por el padre*»), por lo general inconsciente. Así pues, y al igual que en los pacientes del sexo femenino, la relación sexual reprimida en los varones, camuflando el amor incestuoso en golpes, tiene que ver con una actitud de entrega hacia el padre.

La formulación freudiana vincula el masoquismo con el sentimiento de culpa; y en este sentido, «la experiencia necesaria de dolor, sumisión y humillación para obtener gratificación sexual es el castigo inconsciente por las implicaciones edípicas prohibidas de la sexualidad genital»¹¹⁰. Dicho de otro modo, el masoquista necesitaría padecer un cierto grado de sufrimiento o castigo con objeto de aliviar el sentimiento de culpa que se interpone ante la posibilidad de disfrutar de la relación sexual. Acepta los golpes como el peaje a pagar por el placer, como una expresión de amor («*Me pega porque me ama*»), como el indicador de que subsiste la ligazón con la persona amada, con aquella que arrastra los ecos de la relación edípica.

VII.5. El buen hacer del dominante

Existe un chiste muy apropiado para el tema que nos ocupa. Un masoquista le pide con apremio a un sádico: ¡Pégame! ¡Pégame! ¡Pégame! Y el sádico contesta sarcásticamente: ¡No!, con lo cual deja al masoquista tocado en el alma, sumido en un estado de desasosiego. Al rechazarlo rechazándole de una posible relación se echa por tierra una demanda que tiene que ver con la necesidad de ser rechazado en el marco

de una relación. Lo que el masoquista espera del otro es que se ocupe de él. Que acepte jugar su juego. Necesita que alguien entienda su propuesta, que la acepte y que la pueda protagonizar con éxito. El masoquista busca un *partenaire* adecuado con el cual poder vivir o escenificar sus fantasías sexuales. Y cuando alguien se convierte en su amo, estaría dando cuenta de su interés o dependencia para con él. Además, el hecho de encontrar a alguien que lo maltrate puede resultar tremendamente tranquilizador para el masoquista, pues a partir de ese momento dispone de la oportunidad para ligar la angustia con una determinada escena erótica así como para expiar la culpa que le tiene atado de pies y manos.

La tarea de ocupar el lugar o rol de «maltratador a medida» no es fácil. No se trata de ejercer cualquier tipo de «maltrato», de vez en cuando aderezado con ciertas recompensas. No. Es algo más, por no decir mucho más. Tal como relata una dómina en el programa *Sexo en secreto*: «Hay que estrujarse la cabeza»¹¹¹. El rol de dominante exige mucha responsabilidad y también mucha imaginación, creatividad, para poder satisfacer al otro con los niveles, matices y tipos de humillación y/o dolor que necesita. Hay que saber corresponder al acto de entrega; «el sumiso desea libremente depositar su voluntad en el Dominante, quien, a su vez, debe hacer méritos suficientes y demostrar, así, ser digno de esa entrega que se le ofrece, merecedor de hacerse cargo de las necesidades del sumiso»¹¹².

El dominante puede exigir al sumiso o masoquista, como muestra de entrega, someterse al dolor y/o a ciertos tipos de humillación; y aunque no le agrada hacer lo que se le pide, si el sumiso accede a ello, es porque el dominante sigue dando cuerpo y ocupando un rol que se adecua a las pautas cinceladas en el juego erótico establecido entre ambos. Una vez terminada la sesión de sadomasoquismo, el sumiso evaluará si le ha merecido la pena o no participar en tal experiencia; si resulta que sí, no solamente se debe al hecho de haberse probado que ha llegado hasta donde se le exigía llegar, o por haber dado todo lo que se le pedía dar, sino probablemente también porque el dominante ha conseguido doblegarle la voluntad con «sabiduría». Tal como comenta un practicante del sadomasoquismo:

Bajo ciertas circunstancias —sobre todo si estoy excitado—, ahora soy capaz de aguantar bastantes azotes; e incluso en una ocasión, no hace mucho, una Dómina amiga de mi mujer me vendó los ojos y me clavó agujas en los pezones, mortificación que en ningún otro caso hubiese aceptado, pero que en aquel momento y ejecutado como fue con maestría, me excitó mucho¹¹³.

Otro participante informa que:

Me hizo suyo, fui un juguete en sus manos. Soporté el dolor como nunca lo había soportado... Me hizo desear las pinzas, el látigo... Y hubiera conseguido de mí lo que hubiese querido si hubiera dispuesto de más tiempo. Sin un grito, sin una palabra más alta que otra. Ni siquiera eyaculé aquella noche. Y, sin embargo, jamás he sentido un placer semejante, un goce que trascendió la simple descarga y que se prolongó hasta la madrugada¹¹⁴.

El buen dominante sabe cómo proceder para que el dolor que provoca sea soportable, para que su *partenaire* saboree un dolor delicioso. Un dolor que, como podemos ver en las dos viñetas anteriores, el sumiso agradece haber experimentado y disfrutado. Por su parte, para el dominante el hecho de saberse merecedor del sacrificio del *partenaire*, comprobar que ha logrado someterlo a sus pruebas y

caprichos, le hace sentirse todopoderoso, exultante. Poder embriagador, placer inefable.

Contemplar cómo la persona que tienes enfrente se despoja de sí misma y te cede el bien más valioso que posee, sentir que te brinda su entrega, su voluntad, es una de las sensaciones más intensas y plenas que es posible experimentar, y más difícil de explicar con palabras¹¹⁵.

De todas maneras, conviene subrayarlo, la entrega no es indiscriminada ni pasiva. No hemos de perder de vista que el dominante del sadomasoquismo disfruta del poder con que se le ha asignado. Y el hecho de que el masoquista ceda su voluntad, para ser incorporado en la voluntad del otro, ya es en sí mismo un acto de voluntad. Podríamos decir que el masoquista hace uso de la voluntad de no tener voluntad. Juega a no tener poder ni iniciativa. Es el dominante quien debe estar a la altura de las circunstancias y responder a lo que se espera de él. Es él quien tiene que demostrar su valía, su competencia, su desempeño, mientras que el sumiso o masoquista disfruta de la condición de haber sido liberado de responsabilidades, dejándose llevar, gozoso de no tener que demostrar nada.

La sumisión erótica no se acompaña necesariamente de la sumisión social, pues si bien es cierto que hay sujetos que en todos los contextos (ya sea dentro del sadomasoquismo como fuera del mismo) se comportan como sumisos, hay otros que en sus relaciones cotidianas o sociales se desempeñan de manera asertiva, dominante o triunfadora, en cuyo caso el sadomasoquismo constituye una oportunidad para desprenderse de las obligaciones y responsabilidades con que se les conoce habitualmente.

A veces el masoquista llega en su capacidad de entrega más allá de lo que en principio imaginaba poder hacer. También puede ocurrir que, bajo el disfraz de la degradación con que es investido durante la escenificación sadomasoquista, oculte el orgullo de ir tan lejos como se propone.

Si bien es cierto que en bastantes ocasiones es el dominante quien plantea al masoquista someterse al dolor, en otras ocasiones es el propio masoquista quien lo demanda, porque lo necesita como si de oxígeno se tratara, para estar en condiciones de enfrentarse a la vida. En cualquier caso, como ya lo he apuntado antes, la tarea del dominante radica en ayudar al masoquista a transmutar el dolor en placer, en un sufrimiento gozoso. Y cuando el masoquista disfruta sufriendo, habría que decir del dominante que está haciendo bien su tarea, que está comportándose como un buen amante, si se me permite la expresión. A decir verdad no es propio del buen dominante provocar dolor gratuito, pues «De lo que se trata es de causar daño de la forma adecuada y en el momento justo, dentro de un escenario sofisticado y sumamente artificial»¹¹⁶. El buen dominante ha de estar pendiente de que sus acciones sintonicen con las necesidades y el deseo del *partenaire*.

Hay dominantes que reconocen tener una parte sumisa, la cual aflora en unas pocas y determinadas ocasiones. Otros practicantes del sadomasoquismo, a los que se les conoce con el término de «switch», presentan gran facilidad para protagonizar los dos roles, tanto el de dominante como el de sumiso.

Así como ocurre en otro tipo de relaciones o prácticas sexuales, también en el sadomasoquismo se requiere la compenetración y el intercambio entre sus

participantes. Se trata de una relación en la que el dominante ha de saber conectar con la mente de su *partenaire*, observando las reacciones de este y si lo que está aconteciendo en determinado momento le agrada o no. El buen dominante muestra sensibilidad y empatía para con el masoquista o sumiso. Ha de saberle conducir por episodios humillantes y dolorosos con conocimiento y buen criterio, con maestría. Ha de entender que el masoquista no busca ni vivencia el sufrimiento por el sufrimiento sino como vía o vehículo para algo más: para sumergirse en la entrega y acceder al placer.

VII.6. La dominación desbordante, sin cortapisas

Aunque el sadomasoquismo sea un tipo de relación sexual que se asienta en la desigualdad o asimetría, el poder del que goza el dominante no le da derecho a hacer lo que le da la gana. Es por eso que los masoquistas aprecian a los dominantes eficientes y responsables, y se apartan de aquellos que no tienen escrúpulos o que tan solo buscan su propio placer. El «maltrato» ha de llegar como mucho hasta donde el masoquista lo permite, con lo cual cualquier acción que rebase los límites señalados por él denota abuso. Y así como es pertinente la aplicación del término violación cuando un hombre fuerza sexualmente a su mujer o un cliente a una prostituta, también lo es cuando el masoquista ve vulnerada su decisión de no participar en una determinada acción, aun cuando, y eso no vale como excusa para el dominante, en una sesión anterior o con respecto a otras acciones hubiera otorgado el consentimiento. Considérese que, independientemente de los contenidos que caracterizan una determinada práctica o fantasía erótica, lo que la adscribe al plano de la «relación sexual» es el consentimiento mutuo de sus participantes y, por tanto, que la entrada en los límites territoriales (corporales y/o psíquicos) del *partenaire* sea por invitación, y no por intrusión.

Cuando los actos de dominación son gustosamente aceptados por la persona a la que van dirigidos, hablaríamos de sadomasoquismo. Pero dicho término no podría utilizarse cuando los actos de dominación son impuestos. Cuando alguien no desea participar de la situación en que se encuentra. Y no puede sustraerse a ella. Cuando está atrapado. Cuando es obligado, en contra de su voluntad, a sufrir o padecer lo que el dominante en exclusiva decide y quiere hacer con él, pues en tal trance los actos de dominación, lejos de reportarle placer, le provocarían un sufrimiento intolerable, traumático. «La diferencia es elocuente, hasta el punto de que puede compararse con la existente entre relación sexual y violación»¹¹⁷. Estoy refiriéndome al sadismo, que consiste en el placer sexual que acompaña a la provocación de dolor y humillación sobre un sujeto por el que no se siente respeto ni consideración.

A diferencia del dominante del sadomasoquismo, que para seguir disfrutando de su posición de poder ha de contar con el favor del masoquista, el dominante del sadismo (esto es, el sádico) no quiere saber nada de dependencias ni de poderes recortados o limitados por el otro. Leamos al respecto algunas argumentaciones del Marqués de Sade:

¿Qué se desea cuando gozamos? Que todo lo que nos rodea se ocupe exclusivamente de nosotros, que no piense más que en nosotros, que cuide solo de nosotros. Si los objetos que nos sirven gozan,

desde ese momento los tenemos probablemente más ocupados de ellos que de nosotros, y nuestro goce por lo tanto resulta perturbado¹¹⁸.

[...] no hay comparación posible entre lo que sienten los demás y lo que nosotros sentimos; la dosis más fuerte de dolor en los demás debe ser para nosotros nada, y el más leve cosquilleo de placer experimentado por nosotros nos conmueve; por tanto debemos preferir, al precio que sea, ese ligero cosquilleo que nos deleita a esa suma inmensa de desgracias de los demás, que no podría afectarnos¹¹⁹.

El sádico reniega del contrato. Si lo acepta, tan solo es temporalmente, porque así le conviene, porque sabe que de esa forma se hace con una víctima que desconoce en qué aventura se ha metido, para luego romper las reglas y dar rienda suelta a sus deseos y caprichos. Para el sádico lo único importante son las sensaciones de placer y de displacer que él mismo, y no otro, pueda sentir, porque aquello que no se vive en carne propia o que no le afecta a uno directamente no le pertenece ni le tendría que comprometer afectivamente en modo alguno.

Con el propósito de ejemplificar la falta de sensibilidad con que se conduce el sádico, nos basaremos en lo que Oruan¹²⁰ (un recluso confeso de varios homicidios y múltiples violaciones) me relató en cierta ocasión:

En el futuro voy a sentar a un individuo en una parrilla caliente. A su mujer la sentaría en una cuña de acero. También he llegado a pensar en la mutilación, en cercenarle el cuello a la mujer mientras mi socio le esté haciendo el amor. Cuando él sintiera que ella está en pleno orgasmo juntamente con él, yo le agarraría a ella y con una motosierra le cortaría el cuello.

Y en otra ocasión:

Mi socio le estaría haciendo el amor a la mujer durante unos 30 o 45 minutos. Así él la va a calentar, la va a encender; la va a hacer sentir mujer, amada, para que disfrute de la relación y al mismo tiempo de la violación. A los 30 o 45 minutos de estar penetrando a la mujer, y gozando, se le va a agarrar de las greñas y se le va a cercenar el cuello, quedando la cabeza en manos de nosotros, que se la vamos a mostrar a los familiares. Yo me imagino incluso el cuerpo decapitado, pero penetrado por mi cómplice. ¿Te imaginas el placer que va a sentir el individuo? Mi cómplice va a estar sintiendo las convulsiones, los estertores, los movimientos ya involuntarios del cuerpo cercenado. Tú te das una idea.

En la primera viñeta Oruan habla en un inicio de las acciones sádicas, a ejercer sobre un hombre y sobre su mujer, centradas en la zona corporal del trasero. Provocación de dolor, erotismo sádico-anal, fantasías de penetración anal. Posteriormente, en una segunda parte de la primera viñeta y también a lo largo de la segunda viñeta, relata la fantasía de violación sexual a la mujer, a quien en determinado momento se decapitaría. Coito vaginal y provocación de traumatismo psicológico. Y muerte.

Oruan sostiene que la violación es en sí misma placentera para la víctima, como si resultara inevitable disfrutar de las sensaciones corporales que se derivan de toda penetración vaginal, independientemente o más allá de que esta sea voluntaria o forzada y de su correspondiente connotación psicológica, tal vez porque necesita creer que la mujer siempre responde favorablemente (desde el placer) a quien da muestras evidentes de potencia viril. De todas formas, el supuesto placer que al sádico le interesa provocar en la víctima no tendría otra finalidad que servir de soporte para incrementar el placer personal, lejos de la intención de compartir placer o de anhelar la dicha para el *partenaire*. El destino del otro, su vivir, su sufrir, le resulta irrelevante.

El sadismo es una práctica sexual inscrita en la órbita narcisista. El dominante del sadismo no quiere para el *partenaire* más placer que el que sirve para reforzar o apuntalar el suyo propio, no importándole ni retrayéndose ante la posibilidad de que su cota de placer sea a costa de hacer desaparecer el placer del otro o de trocarlo en un sufrimiento tan insoportable como indeseable. El sufrimiento ajeno, en lugar de alejarlo o frenarlo en su objetivo de realización erótica, supondría un mayor nivel de excitación y de acercamiento al orgasmo, como así se vislumbra en Oruan que, dando por hecho que yo podía imaginarme el grado de placer al que accedería el violador de su fantasía sádica, trataba abiertamente de contagiarme su entusiasmo por la dominación absoluta.

El sádico no evita hacer sufrir al otro si con ello se divierte y satisface. Ese es su planteamiento. Empuja al otro a ir más allá de sus límites de procesamiento físico y psíquico, lo lanza al abismo del sufrimiento insufrible, insoportable, a un verdadero infierno. Se congratula de poder doblegarlo y utilizarlo a su antojo. Placer unipersonal, sin ataduras, despiadado. Insensibilidad afectiva y omnipotencia. En definitiva, el sádico vive la pasión de ignorar los límites del *partenaire*.

VII.7. Por la tolerancia hacia las diferentes prácticas sexuales consensuadas

A continuación voy a señalar, a modo de síntesis, algunas de las grandes diferencias existentes entre sadomasoquismo y sadismo:

1. El dominante del sadomasoquismo toma en consideración a su *partenaire*, mientras que el dominante del sadismo pasa por encima de él, desestimando sus límites, ignorando sus necesidades, desoyendo su voz.

2. El sadomasoquismo es una práctica sexual donde es visible la comunicación, la confianza y el intercambio mientras que el sadismo remite a un universo unipersonal, narcisista.

3. El dominante del sadomasoquismo sumerge a su *partenaire* en un sufrimiento soportable, también gozoso, delicioso, mientras que el sádico sumerge a su víctima en un sufrimiento insufrible, insoportable.

4. El masoquista se siente afortunado de contar con la compañía de un dominante, a quien rinde adoración y entusiasta entrega (de lo cual dan cuenta expresiones muy significativas: «Me postro ante usted»; «Pongo mi cuerpo a su disposición para que haga conmigo cuanto desee», «Soy suyo»; «Desearía poder servirle de cojín», «Permítame besar el suelo que pisa»), mientras que la víctima del sadismo no quiere otra cosa que escapar de un dominante que se le presenta como figura terrorífica y encarnación de lo inhumano.

5. La dominación del sadomasoquismo se desarrolla en el orden de la simulación o representación del trauma mientras que la dominación sádica tiene que ver con la provocación del trauma.

El sadomasoquismo es una escenificación erótica de las relaciones de poder, pero eso no significa, ni mucho menos, que los participantes en el mismo justifiquen o promuevan las relaciones abusivas en la vida real. «Deberíamos distinguir a quienes hacen daño de quienes, al tratar de anular los efectos del daño sufrido en los primeros

años de su vida, juegan a provocarlo»¹²¹. Tal como les sucede a algunas víctimas de violación, que en ciertos casos y ante determinadas personas se ven obligadas a demostrar que no son culpables de lo que les ha ocurrido, los practicantes del sadomasoquismo pueden verse comprometidos, para desterrar las sospechas o falsas acusaciones que operan en contra de ellos, a manifestar públicamente su indignación ante los abusos de poder. ¿Pero acaso por fantasear o jugar a la provocación de un trauma se es más proclive a provocar el trauma que quien no tiene tales fantasías o no se las puede permitir?

Si nos despojamos de prejuicios infundados, podemos convenir que el practicante del sadomasoquismo no está más cerca, ni más lejos, que una persona cualquiera del ejercicio de la violencia sexual como tampoco aquel que participa en juegos de guerra está más cerca, ni más lejos, que una persona cualquiera de llegar a matar a alguien. Entendamos que el sadomasoquismo es un peculiar juego erótico que implica la búsqueda consensuada de placer, mediatizada por la dominación y/o el dolor, para todos y cada uno de los integrantes de la relación. Seamos capaces de ver que existen muchas y diversas prácticas sexuales para compartir, para estar y ser con el otro, tan respetables como la que es predominante en una determinada sociedad. No reprimamos ni condenemos ninguna práctica sexual que haya sido consensuada por sus participantes. Seamos capaces de apostar por la diversidad, por una cultura donde sean posibles diferentes fórmulas de convivencia e interacción. Sirvan de reflexión al respecto las siguientes palabras:

Un brahmán se pone verde cuando nos ve comer una hamburguesa. ¿Cuál de los estómagos secreta la verdad: el suyo o el nuestro?¹²²

- ⁹⁸ L. Sacher-Masoch (1870), *La Venus de las pieles*, Barcelona, Tusquets, 2006, págs. 185-186.
- ⁹⁹ R. J. Stoller (1991), *Dolor y pasión*, Buenos Aires, Manantial, 1998, pág. 29.
- ¹⁰⁰ A. Phillips (1998), *Una defensa del masoquismo*, Barcelona, Alba, pág. 183.
- ¹⁰¹ R. J. Stoller (1991), *Dolor y pasión*, Buenos Aires, Manantial, 1998, página 32.
- ¹⁰² *Ibíd.*, pág. 97.
- ¹⁰³ L. Sacher-Masoch (1870), *La Venus de las pieles*, Barcelona, Tusquets, 2006, págs. 48-49.
- ¹⁰⁴ *Ibíd.*, pág. 49.
- ¹⁰⁵ A. Phillips (1998), *Una defensa del masoquismo*, Barcelona, Alba, pág. 183.
- ¹⁰⁶ J. Gordon (2006), *Sexo en secreto*, en *Documentos TV*, Televisión Española.
- ¹⁰⁷ F. Sáez y O. Viñuales (2007), *Armarios de cuero*, Barcelona, Bellaterra, pág. 32.
- ¹⁰⁸ R. J. Stoller (1991), *Dolor y pasión*, Buenos Aires, Manantial, 1998, pág. 39.
- ¹⁰⁹ S. Freud (1919), «Pegan a un niño», en *Obras Completas*, tomo 3, Madrid, Biblioteca Nueva, 2007, pág. 2.472.
- ¹¹⁰ O. Kernberg (1995), *Relaciones amorosas*, Buenos Aires, Paidós, 1997, pág. 218.
- ¹¹¹ *Documentos TV* del 18 de diciembre de 2006.
- ¹¹² F. Sáez y O. Viñuales (2007), *Armarios de cuero*, Barcelona, Bellaterra, pág. 38.
- ¹¹³ *Ibíd.*, pág. 147.
- ¹¹⁴ *Ibíd.*, pág. 202.
- ¹¹⁵ *Ibíd.*, pág. 38.
- ¹¹⁶ A. Phillips (1998), *Una defensa del masoquismo*, Barcelona, Alba, pág. 29.
- ¹¹⁷ *Ibíd.*, pág. 97.

[118](#) Marqués de Sade (1795), *La filosofía en el tocador*, Madrid, Valdemar, 2004, pág. 223.

[119](#) *Ibíd.*, págs. 145-146.

[120](#) Las viñetas sobre Oruan del presente capítulo se suman a la información ya facilitada en extenso en el capítulo 2.

[121](#) R. J. Stoller (1991), *Dolor y pasión*, Buenos Aires, Manantial, 1998, pág. 35.

[122](#) *Ibíd.*, pág. 35.

Capítulo VIII

El hombre machista y maltratador

No hay nadie más presente que el enemigo. No solamente por la necesidad del control que el peligro que encarna supone (aunque sea a causa de la proyección de la hostilidad), sino por la profunda dependencia que el sujeto tiene respecto al objeto odiado [...]. En ocasiones el odio es la única forma de retener un objeto que se siente inseguro y evanescente.

Rafael Cruz Roche, *Algunas consideraciones sobre la agresividad humana*, 1996

VIII.1. La violencia de pareja

En el devenir y fluir de las relaciones sociales, con relativa frecuencia conocemos a ciertas personas que, debido a sus atributos físicos y/o de personalidad o por los recursos materiales de que disponen, nos resultan atractivas, gente que despierta nuestros deseos y que nos puede hacer fantasear o suspirar con un encuentro sexual, a veces con una aventura amorosa que dure lo que dura el verano, el tiempo de estancia en el lugar de vacaciones o lo que tenga que prolongarse, pero sin propósito alguno de constituir una relación estable o sólida; en ocasiones creemos o tenemos la certeza de haber hallado a nuestra media naranja, aquella persona por quien dar nuestra vida y que nos inunda de amor por la vida; hay quienes nos atraen como amigos, por la motivación de compartir con ellos determinadas inquietudes y experiencias vitales, y otra gente nos parece la idónea para llevar a cabo propósitos laborales, profesionales o deportivos, a veces con el interés mundano de participar de los contactos de que disfrutan. En tales casos podemos tomar la decisión de iniciar un acercamiento hacia la persona que por un motivo u otro nos resulta atractiva, tratando de conseguir lo que anhelamos, o bien nos contentamos con dejarnos impactar o fascinar privadamente, jugando desde la fantasía con la conquista del objeto de deseo.

Cuando en el proceso de seducción, desplegando nuestros recursos personales, aceptamos que nuestro deseo se colmará tan solo en la medida que se coaliga al deseo del otro, esto es, cuando asumimos que el otro nos dé lo que decida darnos, estamos hablando de una relación mediatizada por el respeto y la tolerancia. Pero si en lugar de ello, lo que pretendemos y hacemos es forzar al otro, con el fin de obtener lo que no quiere darnos libremente, estamos hablando de una conducta violenta, del intento por ejercer pleno dominio, dando respuesta exclusivamente a una única voluntad, no a una comunión de voluntades, ignorando a la otra persona en su libertad y dignidad.

La violencia puede darse en diferentes contextos relacionales (hacia personas desconocidas, hacia personas con las que nos une algún tipo de vínculo, por parte de los padres en contra de sus hijos, hacia los ancianos, etc.). En este capítulo voy a referirme a la violencia machista, al trato vejatorio (maltrato psicológico, maltrato físico, aislamiento, abuso sexual, etc.) que en una relación de pareja el hombre dispensa a la mujer, provocando gran sufrimiento y consecuencias dramáticas. La violencia de pareja, que en un sentido genérico consiste en el maltrato que cualquiera de los dos miembros ejerce sobre el otro, tratando de anular o doblegar su voluntad, la puede protagonizar un hombre en contra de una mujer, una mujer en contra de un

hombre o también un compañero en contra del otro en una pareja homosexual. Ningún ser humano está a salvo de la posibilidad de actuar violentamente. De todos modos, en la gran mayoría de los casos el victimario es un hombre y la víctima es una mujer.

La violencia puede acontecer:

1. Circunstancialmente, en un momento de máxima tensión que resulta inabordable o incontrolable.
2. En función de un patrón conductual duradero.

La violencia que se ejerce de manera sistemática y prolongada en el tiempo, y mediante la cual trata de recuperarse o mantenerse el poder abusivo sobre la pareja, da cuenta de una relación totalmente asimétrica o desigual, y es eso especialmente lo que la diferencia de la aparición circunstancial de la violencia en la pareja, en cuyo caso fuera del episodio violento el respeto para con el otro es una realidad, en una relación que podría estar fundamentada en la igualdad.

Modalidades de violencia en contra de la mujer

1. Maltrato psicológico. *Consiste en el ataque dirigido a minar la confianza y autoestima de la mujer, tratando de hacerla completamente vulnerable y dependiente psicológicamente de los mandatos del hombre. Mediante actitudes, palabras y gestos el hombre denigra y humilla a la mujer.*

2. Maltrato físico. *Consiste en el ataque que repercute en la integridad física o corporal de la mujer, adoptándose para ello acciones diversas: patadas, bofetadas, puñetazos, pinchazos, cortadas, intentos de estrangulamiento, etc.*

3. Aislamiento. *Consiste en ir apartando progresivamente a la mujer de las actividades propias de su vida social (amistades, trabajo, aficiones, etc.), de tal manera que la vida de pareja gire exclusivamente en torno a las actividades del hombre. El hombre, a través de prohibiciones, va limitando cada vez más la libertad de movimientos de su mujer, supervisando y controlando prácticamente todo lo que ella hace.*

4. Abuso sexual. *Consiste en obligar a la mujer a mantener relaciones sexuales cuando no lo desea o a realizar actividades sexuales que le resultan indecentes y degradantes.*

VIII.2. El machismo

A la hora de abordar la violencia que un hombre ejerce sobre la mujer hemos de destacar como variable primordial, de primer orden, la variable social o cultural. Cada uno de nosotros, a lo largo de nuestra vida, participamos de un proceso de socialización en el que las normas y costumbres, los juicios y prejuicios existentes van impactando e influyendo en nuestra forma de ser y de relacionarnos, van configurando nuestra personalidad, la cual obviamente también depende de circunstancias individuales.

Entre los contenidos característicos de una sociedad puede encontrarse (todavía,

por desgracia, en bastantes países y grupos de población) el machismo, en cuyo caso la condición masculina es ensalzada mientras que la condición femenina es rebajada, por no decir pisoteada. En las sociedades machistas los roles están patentemente diferenciados para cada uno de los sexos; más bien, son radicalmente antagónicos, considerándose al hombre como un ser activo que debe demostrar valor, capacidad para tomar decisiones, poder y agresividad, situado con respecto a la mujer en un plano de superioridad y asignándosele el espacio público (la calle, los bares, la política, etc.), mientras que la mujer, situada en un plano de subordinación con respecto al hombre, es obligada a ocuparse del espacio privado (la casa) y a mostrarse obediente y complaciente.

En las sociedades machistas se le atribuye al hombre el derecho a adoptar medidas disciplinarias con su mujer (incluso llegando a los golpes) si esta incurre en algún gesto insolente o acto de insumisión. Algunas de las conductas por las cuales se aplica el castigo o maltrato son las siguientes:

- No cumplir adecuada o eficientemente con las tareas del hogar (limpieza, comida, etc.).
- No educar o atender a los hijos como el hombre lo desea.
- No responder satisfactoriamente a las necesidades o demandas del hombre.
- Salir de casa sin haber pedido permiso.
- Dar muestras de desobediencia.
- Negarse a mantener relaciones sexuales cuando se le solicita.

El hombre machista cree que ha de valerse de todos los recursos disponibles para «domar» o gobernar a su pareja; por ejemplo, puede defender la idea de que «a la mujer hay que darle unos golpes de vez en cuando para que así no olvide quién manda, para recordarle quién lleva los pantalones en casa». O como se recoge en un proverbio árabe: «Pégale a tu mujer, que si tú no sabes por qué lo haces, ella sí lo sabe». Los preceptos que impone la cultura machista son asumidos por algunos hombres como un acto de fe, al pie de la letra, tratando de ajustarse escrupulosamente al perfil de masculinidad que se espera de ellos.

Ideas machistas

- *El hombre tiene derechos sobre la mujer.*
- *La mujer tiene que atender bien al hombre.*
- *La mujer tiene que ocuparse de las tareas del hogar.*
- *El lugar de una mujer es la casa.*
- *La mujer debe obediencia al hombre.*
- *La mujer, si quiere iniciar un proyecto o plan, debe pedir permiso a su esposo.*
- *La mujer debe complacer sexualmente al hombre siempre que este se lo requiera.*
- *La mujer debe comprender y perdonar las infidelidades del hombre.*
- *La mujer que es infiel merece la muerte.*
- *Si el hombre se pone celoso con su mujer, es porque la quiere.*
- *Si el hombre pega a la mujer, tendrá sus motivos para ello.*
- *El hombre tiene derecho a pegar a su mujer si esta se opone a su autoridad.*

— *El hombre es superior a la mujer.*

Estando diferenciados los espacios y las conductas para cada uno de los sexos, el hombre machista trata de mantenerse firme en su propósito de mostrarse y demostrarse superior a la mujer. No puede tolerar una relación simétrica con la mujer, pues cree que eso cuestionaría su condición masculina.

Cuando en una sociedad resulta cotidiana la violencia machista se debe en gran parte a que el hombre se siente respaldado y legitimado en sus acciones abusivas contra la mujer. Lejos de sentirse amenazado por la posibilidad de ser sancionado y criticado, su conducta es presentada como la ideal para sostener y perpetuar la desigualdad entre los sexos. El hombre machista justifica su agresión diciendo que es la mujer quien le ha obligado a comportarse como lo ha hecho. En otras ocasiones minimiza el daño infligido.

VIII.3. La adscripción al ideario machista

Los valores machistas en una sociedad fomentan y refuerzan el maltrato del hombre para con la mujer. Son caldo de cultivo para que la violencia se instale y perpetúe, pues en lugar de criticarse la conducta del hombre suelen cuestionarse las reacciones y contestaciones de la mujer. Se voltea la mirada hacia la víctima y se formulan preguntas como las que siguen: ¿Qué habrá hecho?! ¿Cómo se habrá comportado para que su esposo le tuviera que golpear?! En una sociedad machista, y como parte del guión o discurso establecido, se justifica y alienta la violencia con objeto de sostener el dominio del hombre sobre la mujer.

Sin embargo, aun cuando una sociedad se conduzca por el machismo, no puede afirmarse que todos los hombres sean machistas ni que todos los hombres machistas lo sean en el mismo grado. Además del condicionamiento social, hemos de preguntarnos por las diferencias individuales, pues hay quienes se aferran a los valores predominantes que respaldan la dominación machista mientras que otros, aunque pudieran hacer lo mismo, no se sienten inclinados a dominar a la mujer. Al contrario, experimentan un rechazo moral por tal modo de proceder, muestran su oposición y disconformidad. Se ubican en la tolerancia y no en la violencia. Entonces, ¿por qué entre los hombres de una misma sociedad con valores machistas hay quienes se comportan violentamente con las mujeres mientras que otros son partidarios de establecer relaciones basadas en el respeto y el amor? ¿Por qué, habiendo sido educados bajo el mandato de los mismos valores, hay hombres que asumen la transmisión de la ideología colectiva predominante mientras que otros no lo hacen, se desentienden de esa misión o incluso la cuestionan y luchan para poder erradicarla o sustituirla por otra?

Habría que considerar un componente psicológico por el cual determinados sujetos comparten el criterio normativo y otros, en cambio, no. Además de la presión cultural recibida para comportarse de forma agresiva y dominante, el hombre que accede a ello lo hace porque hay algo en él de orden psíquico (en parte agravado por la presión cultural misma) que, disfrazado de normalidad, denota sus tremendas dificultades para relacionarse afectivamente con el género femenino. En el fondo subyace un gran temor. Por eso, en la medida que está amparado y protegido en su problemática

psicológica, y conector de los privilegios de que disfruta, se mostrará vehementemente a favor de perpetuar los preceptos sociales imperantes. El hombre machista se fusiona con el ideario machista de su sociedad porque de esta manera logra un soporte sin el cual se vería precipitado a una crisis existencial.

VIII.4. El miedo a la mujer

A continuación, partiendo de la premisa de que el machismo, fenómeno en el que se entremezcla lo psicológico con lo sociocultural, remite en el fondo a la inseguridad del hombre acerca de su propia condición o masculinidad, voy a referir y aplicar algunas de las tesis de Freud, Reich, Horney y Winnicott.

El niño, según Freud, transita a través de tres etapas o fases psicosexuales (oral, anal y fálica), en cada una de las cuales es predominante una determinada zona erógena como fuente de excitación, con el surgimiento o la irrupción de vivencias y fantasías peculiares. Durante la etapa oral, cuando la zona erógena es la boca, el niño vive prácticamente fusionado con la madre, el primer objeto de amor, de relación e identificación. Su placer y su mundo fantasmático tienen que ver con el acto de succionar y morder. Posteriormente, en la etapa anal, cuando el ano aparece como fuente de excitación, cuando se va desarrollando el control de esfínteres, el placer y el mundo fantasmático del niño tienen que ver con la expulsión y la retención de las heces. Más adelante, en la etapa fálica, cuando el placer está ligado predominantemente al pene, el niño se exhibe, pregunta por las diferencias sexuales, quiere ser reconocido en su poder viril y hace lo posible para seducir a la madre, tomando conciencia al mismo tiempo de que el padre pugna por el mismo amor.

Durante la etapa fálica y el complejo de Edipo (amor a la madre y rivalidad con el padre), el niño cree que las diferencias de los sexos son el resultado de haber sido castrado o no. Cree que las niñas han sido desposeídas del pene como castigo por algo malo que han hecho. Y enfrentado como está con el padre por el amor de la madre, y llevando todas las de perder (pues el padre es más grande, más fuerte y sexualmente desarrollado), hace una maniobra defensiva para evitar la castración, el castigo temido. En lugar de rivalizar con el padre, se aproxima afectivamente a él, lo toma como objeto idealizado, como la persona en que sueña convertirse, y deja para más adelante, para cuando sea mayor y poderoso, la satisfacción de sus deseos amorosos. Renuncia temporal. Sueño para el futuro. La identificación con el padre (la identificación masculina) implica la internalización de los preceptos que de él emanan, la resolución del complejo de Edipo. El niño reprime sus fantasías incestuosas y parricidas (desde aproximadamente los seis años hasta la pubertad); es el período de latencia. Y ya en la pubertad, etapa en la que se desarrollan los atributos sexuales, aparece con fuerza la sexualidad, se reactivan los conflictos edípicos y se plantean no pocos interrogantes sobre la identidad sexual que generan cierto grado de inquietud, especialmente si desde el ámbito familiar y social se espera y exige la manifestación de una masculinidad notoria, evidente, que vaya de la mano de la orientación heterosexual.

Pongamos por caso lo que ocurre con el hombre machista que, para ser aceptado familiar y socialmente, hace exhibición de rudeza, orgullo, prepotencia, intrepidez y poder. En su patrón conductual y relacional no tienen cabida sentimientos y actitudes

que culturalmente se asocian con la feminidad (ternura, afectividad, dependencia, pasividad, etc.), pues lo femenino, que es reprimido y escindido, es atribuido y ubicado en aquellos seres que aparecen devaluados y tachados de inferiores (la mujer y el homosexual). El verdadero macho sería aquel que no tiene nada de femenino, ya que cualquier contacto con la feminidad traería consigo el riesgo de desmasculinizarse, supondría un punto de erosión a la virilidad u hombría.

El hombre machista está pendiente de que los otros constaten y confirmen su virilidad, su condición de «verdadero macho». El problema es que no basta una sola ocasión para acceder definitivamente, por siempre, a la hombría sin fisuras, de la que quedarían excluidos algunos hombres, puesto que, en la medida que la masculinidad ha de mostrarse y demostrarse, existirían infinidad de pruebas y ocasiones que pueden suponer su inhabilitación. Por eso reacciona como reacciona. Por eso, una y otra vez, el hombre machista lucha por el reconocimiento. Por eso trata de disminuir y aplastar la capacidad de cuestionamiento que teme de la mujer. Por ejemplo, el hecho de que en las relaciones sexuales se ignore el placer femenino es una forma de evitar la posibilidad de que la mujer, en caso de no alcanzar el orgasmo, cuestione y desinfe, de la misma manera que le ocurre al pene tras la eyaculación, su reconocimiento narcisista. Pero en su interior, con su forma de presentarse y relacionarse, el hombre machista oculta (y no hay que rascar mucho en su psique para descubrirlo) una gran inseguridad.

En aquel hombre cuyas relaciones sexuales con las mujeres se ven perturbadas por el desprecio que siente hacia estas, que en la tipología aportada por Reich podría clasificarse como carácter fálico-narcisista, «el pene no está al servicio del amor; por el contrario, es un instrumento de agresión y venganza»¹²³. El carácter fálico-narcisista (o en el caso que nos ocupa el hombre machista) lucha contra sus tendencias pasivo-homosexuales a través de la agresión. Se da en él la búsqueda ilusoria de una masculinidad omnipotente que le salvaguarde de sus ansiedades y conflictos inconscientes.

A muchos hombres les asustan las mujeres dotadas de gran inteligencia y/o poder. Ante una mujer que se muestra activa e inteligente, que toma sus propias decisiones y tiene sus propios criterios, que incluso da la impresión de saber en todo momento lo que quiere y no quiere, el hombre puede llegar a sentirse inseguro, mermado en su poder, incluso poco dotado sexualmente o castrado, como si por el hecho de que la mujer apueste por sus opciones de realización personal, caminando con actitud confiada y segura, le privara de un fondo de mediocridad u oscuridad sobre el cual brillar. Pues el poder de la mujer, su suficiencia, supondría la antítesis del ser débil que el hombre machista necesita. Y temeroso él de ser confrontado con su propia pequeñez, insuficiente hombría o masculinidad, recurriría a la violencia como recurso por el cual afirmarse a sí mismo. Podría considerarse, entonces, que el maltrato hacia la mujer representa una huida ante la sensación de pánico que el hombre machista no se atreve a reconocer o enfrentar. Eso nos lleva a entender por qué muchos hombres aceptan de buen grado, incluso anhelan, ser gobernados por un sujeto del mismo sexo y en cambio rechazan ser gobernados por una mujer.

Horney sostiene que el hombre mantiene una actitud ambivalente para con la mujer, pues si bien es cierto que por una parte se siente poderosamente atraído por

ella, por otra parte teme que durante la relación a establecer sea arrastrado por ella a la perdición o, peor aún, a la muerte. El miedo a la mujer que, por razones estratégicas evidentes, el hombre intenta disimular y negar, aparecería reflejado en numerosos mitos y leyendas, como así ocurre, entre otros ejemplos, con Ulises tratando de escapar de la fascinación de las sirenas, con aquellas personas que pagan con su vida el hecho de no resolver el enigma de la Esfinge o con Sansón cuando es desposeído de su fuerza por Dalila. Para ocultar su temor, el hombre se valdría principalmente de dos mecanismos defensivos: la exaltación y el menosprecio. A través de una actitud de adoración y amor, el hombre se diría a sí mismo que no tendría nada qué temer de un ser hermoso, maravilloso y bondadoso. Y mediante la actitud de menosprecio, trataría de convencerse a sí mismo que es ridículo temer a una criatura que es poca cosa. Así encontramos que en las sociedades machistas la mujer como madre es ensalzada y reverenciada, elevada a los altares, y que la condición femenina como tal es objeto de desvalorización.

Al hablar de la identidad masculina, Horney señala una sensación de insuficiencia genital que, hiriendo el amor propio, puede ponerse de manifiesto en cada nueva relación heterosexual. «Según mi experiencia, el miedo a ser rechazado y puesto en ridículo es un ingrediente típico del análisis de todo hombre, cualquiera que sea su mentalidad o la estructura de su neurosis»¹²⁴. Téngase en cuenta que el hombre se ve expuesto a demostrar su potencia viril, si quiere consumir las relaciones sexuales; «tiene que *hacer* algo para satisfacerse»¹²⁵ mientras que la mujer «no tiene una necesidad equivalente: aunque sea frígida puede realizar el acto sexual, concebir y tener hijos. Para desempeñar su papel le basta con *estar*, no tiene que *hacer*»¹²⁶. La mujer puede fingir sus orgasmos y aún así posibilitar que su compañero llegue al orgasmo, pero en el caso del hombre, cuyo grado de excitación e implicación se hace evidente, tendría que demostrar eficiencia para posibilitar que la mujer alcance el orgasmo durante el coito vaginal. Es por la visibilidad de la capacidad amoratoria del hombre que este puede albergar el temor de no disponer de un miembro viril lo suficientemente grande o que la erección de su pene no dure lo suficiente como para colmar de placer a la mujer; «esta clase de temor tiene su origen en la infancia, cuando el niño, sintiéndose hombre, pero viendo su galanteo infantil tomado a risa y escarnecido, tuvo miedo de que su masculinidad fuera ridiculizada y con ello herida su confianza en sí mismo»¹²⁷. En este mismo sentido se expresa Reich cuando aborda la etiología del carácter fálico-narcisista.

La historia infantil revela casi siempre serias decepciones en el objeto del otro sexo, decepciones que ocurrieron precisamente en momentos en que se hacían intentos de conquistar ese objeto mediante la exhibición fálica. En los hombres, encontramos a menudo que la madre era la más fuerte de los dos progenitores, o que el padre había muerto prematuramente o había desaparecido de alguna manera del cuadro familiar¹²⁸.

Winnicott llama la atención sobre la gran dependencia que durante la infancia (y especialmente durante el primer año de vida) el niño tiene de su madre; de ahí que la contribución de la figura materna en la estructuración psicológica de todo individuo es fundamental. Nunca otra relación podría acercársele en su significación y alcance. «La relación con el padre jamás exhibe esa cualidad»¹²⁹. Es una contribución de

primer orden, sin la cual es impensable que el sujeto pueda adentrarse por la senda del desarrollo o crecimiento saludable, que deja como huella psíquica un temor específico. «En la labor psicoanalítica y en otros campos afines, se comprueba que todos los individuos (hombres y mujeres) experimentan cierto temor a la *mujer*. Algunos individuos experimentan este temor en mayor medida que otros, pero puede afirmarse que es universal»¹³⁰.

«Si no hay un verdadero reconocimiento del papel de la madre, quedará siempre un vago temor a la dependencia. Ese temor asumirá a veces la forma del temor a las mujeres o a una mujer en particular, y otras veces formas más difíciles de reconocer, pero que siempre incluyen el miedo a la dominación»¹³¹. Y el miedo a la dominación puede derivar en la necesidad de ejercer la dominación. «Sin duda, si se estudiara la psicología del dictador se encontraría por cierto que, en su propia lucha personal, el dictador trata de controlar a la mujer cuyo dominio teme inconscientemente, de controlarla circundándola, actuando por ella y exigiendo, a su vez, total sometimiento y “amor”»¹³². El dictador, y por extensión todo victimario, exige obediencia incondicional y también el más alto reconocimiento, que se le vea como a un dios.

VIII.5. El afán de posesión y control

El hombre machista apela a un amor exclusivo y absoluto. Aspira a que la mujer sea todo para él y él todo para la mujer, amor idealizado que lo colme, sin fisuras, sin falla alguna. La declaración amorosa está atravesada por la posesión psicológica y corporal («eres mía», «me perteneces», «lo eres todo para mí», «no puedo vivir sin ti»), con mensajes rotundos, categóricos y fascinantes, que en ciertos casos tienen el efecto de penetrar en la mente de la mujer y de hacerla creer que ha accedido a una relación maravillosa. Por haber sido la elegida entre muchas, un ser único y especial. Agraciada con un amor absoluto, un amor extremo y posesivo, que puede costarle la vida.

El hombre machista es un individuo enormemente dependiente, pues necesita de su mujer para ser calmado y satisfecho, para sentirse querido y reconocido. Desde su punto de vista, ella tiene que estar presente y satisfacerlo siempre que él así lo requiera. Su mujer prácticamente no podría estar disponible para otra persona que no sea él mismo; toda su vida giraría en torno a él, teniendo que seguir sus dictados y deseos e incluso teniendo que adivinarlos o anticiparlos para así evitarle la espera que supone formular lo que necesita. El hombre machista pide tanto, pide tal grado de sumisión y complacencia, que las frustraciones y las decepciones están a la orden del día. Reclama a su mujer que ocupe un lugar imposible, el de madre totalmente buena, madre conjuradora de todo malestar. Y en esas circunstancias surge la violencia física, de la que por cierto no se hace responsable: «Mi intención no era hacerle daño; lo único que quería es que me entendiera», «Le pego porque no me entiende». El hombre machista se queja de que en ocasiones su mujer no está a su disposición. Le exige la subordinación total y convertirse en un complemento ideal. La falla, el error y también la responsabilidad cree que proceden del exterior: «Ella me provocó. Se lo merecía». El hombre machista culpa a la mujer de los golpes recibidos; considera que

ella, por no haber sabido calmarlo o satisfacerlo, lo ha conducido a tomar unas medidas extremas.

El hombre machista habla muy mal de su pareja, tachándola de todo tipo de males y defectos. La denigra y la desprecia. La insulta y la golpea. Pero curiosamente no puede vivir sin ella, no puede prescindir de su presencia. A pesar de manifestar que su mujer no sirve para nada, que es insoportable, la oportunidad de proyectar sobre ella, con la idea de inocularle, contenidos psíquicos intolerables constituye para él una vía de descarga sumamente valiosa.

No podemos ignorar que en todas las relaciones (de manera reconocida o no, consciente o inconscientemente) el amor se acompaña del odio como contraparte, que ninguna persona está a salvo de los sentimientos ambivalentes, ni como objeto destinatario ni como sujeto sufridor de los mismos. El hecho de sentir y vivir imaginariamente el odio de vez en cuando para con el objeto de amor es «normal», podría contemplarse incluso como un ejercicio necesario o saludable, pero no es saludable el escenario de vivir sumergido o atrapado en el odio, en tanto que ello conlleva, entre otras cosas, un proceso de evacuación, y no de integración, psíquica; esto se observa en las personas que odian y expresan el odio reiteradamente, cotidianamente, personas que precisan asirse a un objeto odiable, porque de lo contrario se sumen en la angustia derivada de no poder traspasar a alguien lo que no soportan en sí mismas.

La mujer que necesita el hombre machista es aquella que se sacrifica totalmente para y por él, hasta el punto de defender y justificar el trato que se le dispensa. Eso requiere por parte del hombre machista y maltratador hacer un trabajo sistemático, a lo largo del tiempo, de colonización mental sobre su compañera, asegurarse que ella no intente desprenderse o desasirse de la atadura relacional que él le ofrece. Vínculo perturbador y también contradictorio, porque por momentos el hombre machista se entrega a su mujer con dulzura y afecto, como si encarnara a un verdadero príncipe azul. Es fundamental para el hombre machista poder disponer de su compañera a su antojo, ya sea como mujer digna del amor o, por el contrario, como mujer odiable, para poder expresar y descargar sobre ella todo lo que siente. No sabe ni quiere contenerse. Necesita que la mujer sea sumisa, servil, sacrificada y sufridora, que esté a merced de sus impulsos, estados emocionales y caprichos, lo cual da cuenta de que la relación establecida es unidireccional, aparece centrada exclusivamente y permanentemente en él. Hay afán de posesión y control. Y el dominio sobre la mujer es total cuando esta se muestra incapaz de escuchar y reconocer su propia voz, su singularidad, incapaz además de reconocer al victimario como tal, llegando a pensar que ella es culpable del maltrato recibido.

El hombre machista busca quebrar la iniciativa y la voluntad de la mujer, trata de aleccionarla, pretende convertirla en un ser a su medida. No puede soportar que ella tenga vida diferenciada, la necesita como extensión de sí mismo. La necesita como objeto calmante y adivinador de sus deseos y demandas, como objeto depositario de su malestar. Necesita que ella solamente viva y sea para él, que esté atada a su destino, a su vida. Si la mujer se vuelve autosuficiente o independiente, dejaría de ser lo que él necesita que sea, y él dejaría de ser lo que hasta entonces había sido para ella: el único y exclusivo foco de su existencia.

Después de ejercer la violencia física, hay ocasiones en que, viendo peligrar su relación, el hombre machista se disculpa y promete no volver a incurrir en ese tipo de conductas. Llega incluso a hablar a su mujer con lágrimas en los ojos, se arrodilla e implora por su amor. Le dice que la necesita, que no puede vivir sin ella, que la ama con locura. Da muestras de dulzura y afecto, de cariño y atención, con la finalidad de seducir nuevamente, por enésima vez, a una mujer que quiere creer que por fin su pareja está en el camino del cambio. Y este hombre quiere creer que su mujer ya no volverá a darle más motivos para agredirla.

El hombre machista pretende hacer dependiente a la mujer para ocultar su propia dependencia con respecto a la figura femenina y que entronca con la relación vivida con el primer objeto de amor, la madre. Ella lo es todo para él, aunque él quiera hacer ver (y en bastantes ocasiones parece alcanzar su propósito) que él lo es todo para la mujer. Ambos pueden llegar a necesitarse y a depender mutuamente sin espacio para la libertad, debiendo considerarse entonces que el vínculo amoroso que han establecido es patológico. La mujer se engancha en este vínculo porque, captando que es necesaria e imprescindible para el hombre, con ello consigue un gran monto de gratificación narcisista. Siente que es alguien por ser algo (o todo) para alguien, quizá porque no sabe vivir para sí misma ni nombrarse por sí misma, y tal vez antes de la relación actual de maltrato ya había sido maltratada o dominada. Habría vivido para servir, para ayudar y complacer. Su identidad y soporte narcisista se habrían fundamentado en la subordinación.

El hombre machista trata de demostrar que es un «verdadero macho», que tiene una mujer que le pertenece y obedece. Anhela ser el conquistador, el dominador en la relación, penetrar y habitar en la mente de la mujer, colonizarla psíquicamente, constituirse en su voz, para así acabar con todo atisbo de cuestionamiento frente a la posición de amo que intenta cimentar. El control que el hombre machista ejerce sobre la mujer lo vive él como algo vital para su existencia; porque sin la atención exclusiva de ella para con él se ve confrontado con su desvalimiento emocional, su sentimiento de minusvalía. Tanto es así que la posibilidad de perder a su mujer le puede sumergir en la angustia más terrible.

Si la mujer empieza a dar pasos encaminados a una separación, el hombre machista trata de retenerla por todos los medios: la amenaza, la acosa por teléfono, la vigila y la persigue. Si no consigue retenerla, angustiado, desesperado y alterado, puede verse inundado por el odio destructivo y acabar con ella, la persona que hasta entonces había estado a su disposición y que le resultaba tan odiable como necesaria para su supervivencia psíquica. El hombre que mata a su mujer puede manifestar lo siguiente: «La maté porque era mía» (lo que en realidad significa: «La maté porque no quería ser mía»), alarde de omnipotencia, afán de posesión y control llevado al extremo, para evitar que su mujer se relacionara con otros hombres o rehiciera su vida afectiva. «Si no te quedas conmigo, tampoco dejaré que otro te posea». Expresión de rechazo de la libertad para la mujer, negación de su existencia diferenciada.

En todo ser humano, tal como lo apunta Winnicott, la dependencia con respecto a la figura materna es inevitable y los lazos que se han forjado con ella tendrán consecuencias futuras de cara a las relaciones a establecer. En unos individuos más que en otros se da el miedo a verse dominados, atrapados y manipulados. Pero todos

sin excepción (incluso las mujeres) tendrán que enfrentarse con ese temor, que es universal. A este respecto, a la hora de realizar un análisis personalizado, habría que considerar cómo ha utilizado la madre (o quien haya desempeñado su rol) su gran poder e influencia, si ha actuado de forma absorbente y dominadora, hasta el punto de crear patología psíquica en su hijo, o bien, preocupada por detectar sus necesidades y tratando de ponerse en su situación, le ha ayudado a procesar sus estados de ansiedad, de desasosiego o de inquietud. Habría que explorar cómo han podido afectar, para bien y para mal, las vivencias asociadas al período infantil de mayor dependencia, en qué medida se ha padecido de manera puntual o continuada la figura de una madre amenazadora, nociva, y en qué medida se ha disfrutado de una madre auxiliadora y amorosa.

Hemos de tener en cuenta que la identificación con el padre, la identificación masculina, permite al niño desligarse o separarse de su madre, por lo que todas aquellas situaciones que dificultan la identificación masculina (padre ausente, padre débil y/o cuestionado, padre persecutorio) refuerzan la dependencia del niño con su madre, una dependencia que puede llegar a ser asfixiante, con el consecuente incremento del temor hacia la figura materna (Horney y Winnicott), y empujan a la adopción, entre otras posibles modalidades defensivas, de un patrón conductual y relacional de tipo machista o fálico-narcisista (Reich).

Algunos de los elementos que favorecen la superación de la dependencia hacia la figura materna (no eliminando nunca, pero sí mitigando, el temor para con ella), y por tanto la posibilidad de realizar una aproximación exitosa a lo femenino, son los siguientes:

1. Tanto el padre como la madre (o quienes desempeñan sus roles) son estimados en la familia, reconocidos en su autoridad y en sus recursos personales.
2. El hombre cuestiona y desacredita el discurso machista, rechaza la idea de que la mujer sea objeto de dominación.
3. El hombre refiere con palabras y actitudes que la relación con su mujer está fundamentada en la igualdad, la comunicación y la colaboración.
4. El padre (o quien desempeña su rol) da muestras de su amor y respeto por la madre (o por quien desempeña su rol).
5. El padre acepta los deseos hostiles del hijo para con él. Y le ayuda a procesarlos.
6. La madre (o quien desempeña su rol) da muestras de su amor y respeto por el padre (o por quien desempeña su rol), propiciando que el niño quiera ser como él.
7. La madre otorga al hijo el reconocimiento narcisista que este necesita; le hace sentirse amado y confiado en sus capacidades físicas y mentales, y tolera sus intentos de querer seducirla y conquistarla sexualmente.
8. La madre se preocupa por el sentir de su hijo y hace lo posible por ayudarlo en sus dificultades emocionales, a transitar de una etapa a otra. Se desempeña como yo auxiliar del niño. Madre sostenedora y amorosa.

VIII.6. Por una relación simétrica y respetuosa

El hombre machista teme quedar atrapado en la dependencia materna. Cualquier indicio de independencia y avance en la mujer, cualquier conquista de esta en el

terreno sexual, laboral o social lo asusta tremendamente. Es como si el poder femenino fuera en detrimento de su propio poder, o dejara en evidencia su fuerza, su virilidad, por lo que necesita a la mujer en una posición de inferioridad y subordinación. Para el hombre machista es importante remarcar las distancias, pues desde la visibilidad de las diferencias cree saber quién es. La lejanía emocional con respecto a la mujer le tranquiliza. En cambio, las distancias cortas, la intimidad, la posibilidad del encuentro y el intercambio con ella no van con él. Desde su perspectiva psicológico-existencial, eso conlleva el peligro de des-masculinización, temiendo que pueda dejar de ser quien cree ser. Pero lo que en verdad le sucede es que, incapaz de asumir e integrar las identificaciones femeninas, debido a la desvalorización con que impregna el universo de la mujer, su personalidad queda parcialmente amputada, claramente empobrecida.

Hemos de tener totalmente claro que el intento por adentrarnos en la problemática del hombre machista y maltratador no significa de ningún modo justificar su conducta ni que se le exima de culpa. Es más, para que él cese en su comportamiento violento hay que hacerle ver el daño que provoca. Si el victimario asume su responsabilidad, si su arrepentimiento es sincero, estará en disposición de poder transitar a una posición subjetiva que le permita elaborar sus conflictos psicológicos y dificultades relacionales.

Es sabido que aquel hombre con antecedentes de violencia de género que se halla inmerso en una crisis (por ejemplo, una separación) está en gran riesgo de atentar contra su mujer. Asomado al abismo de ver quebrar todo su soporte machista-narcisista-ilusorio, temiendo que la consideración de «gran macho» se desdibuje y la pierda si no reacciona a tiempo, gobernado por las más intensas emociones y por las más oscuras y tenebrosas fantasías, por la ira extrema, por la desesperación más desesperante y por la honda angustia, precipitado en consecuencia a una especie de colosal terremoto psíquico, suele mostrarse incapaz de procesar psíquicamente lo que está viviendo, sintiendo o padeciendo. Es como una bomba de relojería a punto de explotar, por lo que, ante el peligro que supone para otros y para sí mismo, no podemos quedarnos de brazos cruzados; debemos tratar de salvar o solucionar, con medidas de diversa índole, la situación que nos plantea. Además de recurrir a medidas judiciales, intentando alejar al ya reconocido e identificado victimario de su mujer (y que a veces resultan en un sonoro fracaso al no lograr frenarse en su determinación a quien está dispuesto a todo, incluso a acabar con su propia vida), es especialmente conveniente y necesario dispensarle ayuda psicológica. Tal vez de esa manera logremos desactivar la bomba a punto de explotar en que se convierte un sujeto que, no sabiendo enfrentarse por sí solo a sus crisis psicológico-existenciales, es proclive a estallar emocionalmente, impactando dolorosa y dramáticamente sobre la gente.

Cuando el hombre machista y maltratador acepta ser ayudado psicológicamente, y dedica tiempo suficiente a trabajar en los conflictos que padece, puede llegar a sentirse mejor consigo mismo, con lo cual conseguiríamos un doble beneficio, el que opera directamente sobre su persona y el que opera de manera indirecta sobre las mujeres con las que se relacione a partir de ese momento, tal vez salvando a estas del riesgo de ser víctimas de maltrato o incluso de homicidio por violencia de género.

Es necesario fomentar (a través de propuestas políticas y sociales, campañas de información y concienciación, talleres educativos, etc.) el trato igualitario y respetuoso, lo cual pasa por desmontar, desacreditar y desactivar el discurso machista. Ante afirmaciones claramente discriminatorias y ofensivas (por ejemplo, cuando se sostiene que las mujeres vestidas con minifalda van buscando que alguien las viole o cuando se asegura que a las mujeres les corresponde atender adecuadamente a sus maridos para así evitar el maltrato) el ciudadano no debe callar. Hay que cuestionar todos los prejuicios machistas y educar a los hombres desde niños en el respeto a las mujeres. Para que la sociedad no sea reino del machismo.

Se ha de plantear la relación simétrica, igualitaria. Se ha de luchar para que la mujer, al igual que el hombre, pueda participar en todos los ámbitos de la sociedad. Que el espacio público (la calle, la política, el trabajo, etc.) y el espacio privado (la casa) sean lugares de encuentro, de colaboración y de participación entre hombres y mujeres, y que la rigidez de los roles dé paso a la asunción flexible de los mismos.

La vida en pareja ha de constituirse en función de la reciprocidad y del intercambio, de tal manera que cada uno de los integrantes trate de darse y entregarse al compañero, sin dejar de ser en esa interacción el que es. Si bien es cierto que la vida en pareja implica compromiso y cierta dependencia para con el otro, eso no debería ir en detrimento de poder mantener y desarrollar la identidad personal. Resulta necesario que el hombre reconozca a la mujer como un ser del que puede descubrir y aprender muchas cosas, con quien puede participar y colaborar, en condiciones de igualdad, en todo tipo de proyectos.

Tenemos que apostar decididamente por la igualdad, para posibilitar que la mujer acceda a puestos y espacios que le habían sido vedados, y al mismo tiempo reclamar la creación de las condiciones sociales necesarias para que todos los seres humanos, independientemente del sexo, podamos explorar y manifestar libremente tanto los componentes «masculinos» como los componentes «femeninos» de la personalidad, porque ello, lejos de suponer en el hombre la pérdida de la masculinidad y en la mujer la pérdida de la femineidad, nos permitirá caminar hacia el crecimiento personal. Deberíamos asumir cierto grado de bisexualidad, puesto que «ni desde el punto de vista psicológico, ni desde el biológico, es posible hallar [...] la pura masculinidad o la pura femineidad»¹²³. Para terminar, y como idea directriz de este capítulo, quisiera referir lo siguiente: es importante que el hombre reconozca y elabore el miedo a la mujer, acercándose a ella e integrando en su persona la «parte femenina» que activó y desarrolló en su relación intensa con la figura materna durante la infancia, y que luego más adelante se ha podido ver obligado a reprimir o silenciar. La integración de su femineidad le enriquecerá como ser humano, le hará más sensible y comunicativo, y le ayudará a relacionarse con las mujeres desde el respeto y el amor. Trabajemos y colaboremos todos en la erradicación del machismo. Todos saldremos beneficiados.

¹²³ W. Reich (1949), *Análisis del carácter*, en *Obras Escogidas*, Barcelona, RBA, 2006, págs. 237-238.

¹²⁴ K. Horney (1932), «El miedo a la mujer», en *Psicología femenina*, Madrid, Alianza, 1986, págs. 163-164.

¹²⁵ *Ibíd.*, pág. 165.

¹²⁶ *Ibíd.*, pág. 165.

[127](#) K. Horney (1932), «Problemas del matrimonio», en *Psicología femenina*, Madrid, Alianza, 1986, pág. 145.

[128](#) W. Reich (1949), *Análisis del carácter*, en *Obras Escogidas*, Barcelona, RBA, 2006, pág. 238.

[129](#) D. W. Winnicott (1950), «Algunas reflexiones sobre el significado de la palabra “democracia”», en *Obras Escogidas*, vol. 3, Barcelona, RBA, 2007, pág. 503.

[130](#) *Ibíd.*, págs. 502-503.

[131](#) D. W. Winnicott (1957), «La contribución de la madre a la sociedad», en *Obras Escogidas*, vol. 3, Barcelona, RBA, 2007, pág. 393.

[132](#) *Ibíd.*, pág. 393.

[133](#) S. Freud (1905), *Tres ensayos para una teoría sexual*, en *Obras Completas*, tomo 2, Madrid, Biblioteca Nueva, 2007, pág. 1.223 (nota de 1915).

Capítulo IX

El cultivo de la salud mental

Educad a los niños y no será necesario castigar a los hombres.

Pitágoras

IX.1. Dependencia infantil

Prácticamente todos los animales son capaces de moverse y desplazarse por sí mismos al poco tiempo de haber nacido, y en un período corto de vida llegan a presentar pautas conductuales semejantes a las que exhiben los adultos, de tal modo que su proceso de aprendizaje y de desarrollo tendente a la autonomía avanza rápido. No ocurre así con el ser humano que, si bien en la adultez es capaz de innovar y plantear nuevas alternativas de existencia, capaz de ir mucho más allá de lo que los demás animales puedan realizar o lograr en sus interacciones con el medio ambiente, se muestra indefenso, dependiente y a merced de los congéneres adultos durante bastantes años, en un camino hacia la maduración o autonomía que resulta sumamente largo.

La vida del niño, y sus posibilidades de desarrollo psicológico, va ligada a la actuación de los adultos. Si los adultos le ayudan en todos y cuantos procesos sobrepasan sus capacidades de asimilación o elaboración, funcionando como un yo auxiliar, paulatinamente podrá ir asumiendo y haciendo suyas las funciones de intercambio y regulación con el entorno. El niño necesita que le ayuden y que le concedan mucho tiempo para llegar a ser autónomo. Y no pensemos que por tratar de enseñarle o instruirle desde muy temprano en algo lo vaya a aprender antes y mejor. En algunas cuestiones pudiera suceder que sí, en otras no. Dependerá de lo que en determinado nivel de desarrollo psicológico sea capaz de asimilar. Cuando los padres o educadores obligan al niño a un prematuro desempeño de cierta destreza, el aprendizaje se torna inconsistente, inseguro, fallido, acompañado además de una conflictividad, ansiedad o tensión palmariamente perniciosas.

Las exigencias excesivas asfixian psicológicamente al niño, que se ve afectado por no poder responder como los otros esperan que lo haga. Es por eso que al forzar la aparición de una respuesta o escala conductual, a menudo ocurre que la consecuencia no es otra que la inhibición, coartación o distorsión de las posibilidades de desarrollo. Los padres y educadores deberían estar atentos a lo que el niño puede y no puede hacer por sí mismo, sin presionarlo malsanamente. Han de captar cuáles son sus necesidades y hasta qué punto puede tomar la iniciativa para satisfacerlas. Hemos de entender que la adquisición de la autonomía (la posibilidad de gobernarse por sí mismo) requiere de un conocimiento básico de los contenidos psíquicos y de las correspondientes fuerzas o energías que a uno le caracterizan, de la misma manera que para pilotar un coche es necesario conocer los mecanismos y las fuerzas fundamentales que lo ponen en movimiento y lo guían.

El ser humano no puede ejercer su autogobierno hasta pasado un largo tiempo desde su nacimiento, de tal manera que mientras tanto precisa la protección por parte

de congéneres expertos, personas confiables y responsables que se hagan cargo de él, que se ocupen de contener sus impulsos y emociones. Como bien comenta Winnicott:

Un niño normal, si tiene confianza en el padre y en la madre, actúa sin ningún freno. Con el correr del tiempo, pone a prueba su poder para desintegrar, destruir, atemorizar, agotar, desperdiciar, trampear y apoderarse de lo que le interesa [...]. Si el hogar es capaz de soportar todo lo que el niño hace por desbaratarlo, este puede ponerse a jugar, no sin haber hecho antes toda suerte de verificaciones, sobre todo si tiene alguna duda en cuanto a la estabilidad de la relación entre los padres y del hogar (entendiendo por hogar mucho más que la casa). Al principio el niño necesita tener conciencia de un marco para sentirse libre, y para poder jugar, hacer sus propios dibujos, ser un niño irresponsable¹³⁴.

El niño necesita sentirse libre de la responsabilidad de tener que gobernarse a sí mismo, delegando en los padres esa tarea. Asignando su responsabilidad a quienes son responsables de él. Cuando golpea y trata de desbaratar el marco familiar lo que viene a hacer es ponerlo a prueba, observando si aquellos que le cuidan son lo suficientemente fuertes para frenar y contener el impacto de sus impulsos. Si asumen tal tarea, el niño se tranquiliza al verificar que él es una persona gobernable. Comprobando que es gobernado cuando no puede gobernarse podrá ir conociendo las claves que le ayuden a ejercer su autogobierno. Gracias al control externo logrará el control interno. Para ello, para poder llegar a ser responsable de sus actos, necesita pasar por una fase en la que se le permita ser irresponsable;

el niño pequeño no ha aprendido todavía a tolerar y manejar los instintos. Puede llegar a manejar estas cosas, y muchas más, si lo que lo rodea es estable y personal. Al comienzo, necesita indispensablemente vivir en un círculo de amor y fortaleza (con la consiguiente tolerancia) para que no experimente demasiado temor frente a sus propios sentimientos y sus fantasías y pueda progresar en su desarrollo emocional¹³⁵.

IX.2. Sostenimiento y aplicación racional de límites

«El niño debe aprender a dominar sus instintos»¹³⁶. La cuestión radica en el cómo, en qué hacemos para que alcance dicha meta, y si es por su salud o a pesar de su salud. No olvidemos que hay niños que, habiendo carecido de la oportunidad para poder expresarse libremente, muestran un control excesivo e insano sobre sus impulsos y que, temerosos de sí mismos, renuncian a prácticamente toda expresión de sentimientos y emociones. Estos niños viven coartados, inhibidos, reprimidos y suelen presentarse como lo que no son, con un falso *self*, con tal de ganarse la aprobación personal, con tal de conseguir de sus padres o cuidadores un afecto que está condicionado a determinados cumplimientos.

No podemos negar que el cómo se enseña es tan importante como lo que se enseña, que la influencia ejercida por el adulto sobre el niño durante el proceso educativo es trascendental. El niño necesita que alguien le enseñe, desde la comprensión y el afecto, a regular y atemperar sus impulsos, alguien que de forma racional ponga límites a sus acciones y pretensiones mientras él no sea capaz de hacerlo. Unos límites que suponen una obturación a su narcisismo, que le informan de la existencia de la realidad y de los otros, a quienes ha de aprender a respetar. Claro está que este aprendizaje no se produce de la noche a la mañana, ni sin dificultades, pues no es fácil renunciar a la fantasía omnipotente de tener el mundo a los pies. El niño puede incurrir reiteradamente en ciertas faltas. Puede presentar conductas inconvenientes,

peligrosas o atentatorias para otros y/o para sí mismo, ya sea por inconsciencia o ya sea por encontrarse afectado anímicamente. Y en esos casos es preciso que el adulto intervenga, tratando de ayudarlo en lo que él no sabe o no puede hacer por sí solo. Así, por ejemplo, cuando un niño ha golpeado a un compañero sin ninguna justificación defensiva, su instructor debería llamarle la atención, tratar de entender porqué se ha comportado de tal manera y explorar con él fórmulas de comunicación no violentas.

Los adultos deben ayudar al niño a entender que la libertad de uno termina donde comienza la libertad de otro, que el otro es alguien con derecho a contrariarnos y contradecirnos, alguien con quien los conflictos son inevitables, con el que hay que aprender a convivir, alguien que tiene una existencia diferenciada y propia, y que por eso mismo es otro y no yo. A decir verdad, estas «lecciones» acerca de la vida y de la existencia más allá de uno mismo se van aprendiendo desde la más temprana infancia, cuando el bebé empieza a darse cuenta de que la figura materna no puede complacerlo en todo ni en todo momento, teniendo que enfrentarse con la espera, con la inquietud e incluso con el dolor. Además, durante las etapas y vivencias cruciales del desarrollo psicológico (destete, adiestramiento en el control de esfínteres, rivalidad con los hermanos, fantasías incestuosas y parricidas, angustia de castración, separación e individuación), el niño se ve inmerso en diversas situaciones conflictivas. Por eso, aunque quisiéramos, resulta imposible aislar al niño de todo sufrimiento en una especie de burbuja protectora. Siempre hay dificultades. Siempre hay desajustes entre nuestros requerimientos y la capacidad y disponibilidad del otro para satisfacerlos. Ciertas frustraciones son inevitables, aparecen ya desde el comienzo de la vida misma y a lo largo de las distintas fases del desarrollo y, en mayor o menor medida, en todo tipo de relación, pues no hay nadie que pueda complacer por completo y siempre a alguien. La persona perfecta solamente existe en la imaginación, no es más que una creación de nuestra mente. Así mismo, la imagen de la infancia como un período idílico y de plena felicidad es una fantasía gestada por la mente adulta en su ánimo por olvidar o ignorar las dificultades del pasado.

Para que el niño progrese saludablemente en su desarrollo emocional es necesario que se enfrente a ciertas frustraciones, pero es sabido también que las frustraciones muy intensas pueden provocarle daño psicológico. Los adultos tienen que ayudar al niño a procesar las frustraciones que le resultan inabordables y, por otra parte, deben dejar que él afronte aquellas situaciones para las que ya está preparado o cuando está muy cerca de poder manejarlas. Hemos de tener en cuenta que hay un nivel de tensión, el que es capaz de contener y asumir el niño, que resulta productivo y le permite adentrarse en una cada vez mayor y mejor regulación de sus impulsos. En este sentido, la aplicación de límites debe entenderse como una labor por la que los adultos, conscientes de que el niño necesita ser auxiliado y gobernado a lo largo de determinados períodos de su vida, le brindan a este una forma de relación y de protección que irá evolucionando con el transcurso del tiempo hasta que sea realmente autosuficiente.

La contención, la aplicación de límites, por momentos le resulta frustrante al niño, le produce malestar, aunque por otra parte le alivia de la angustia de verse precipitado a una libertad para la que no está preparado. El buen ejercicio de la autoridad es

reconocido por el niño, que advierte el esfuerzo realizado por los adultos para enseñarle, desde el respeto y el amor, a controlarse y a cuidarse. Gracias a un control externo, que poco a poco, progresivamente, podrá ir haciendo suyo, el niño irá ganando conocimiento y capacidad de regulación sobre sí mismo. Es evidente que la dejación de la autoridad por parte de los adultos sobre el niño, la falta de límites, tiene como consecuencia en el niño su incapacidad para gobernarse, con lo que esto supone, no saber relacionarse con el prójimo ni saber hacer frente a las frustraciones cotidianas e inevitables de la vida.

El buen ejercicio de la autoridad, elemento esencial de la educación, consiste en poner límites con amor, con la finalidad de que el educando pueda avanzar en la conquista de sí mismo. Algo muy distinto es el autoritarismo, donde no se apuesta por la autonomía sino por el sometimiento. La aplicación de límites ha de implicar en quien ostenta el poder que se preocupe e interrogue acerca de cómo puede estar afectando con su conducta a quien está gobernando.

Si [el niño] sufre por culpa nuestra, excusémonos ante él, concedámosle derecho a gritar o a llorar [...]. Reconozcamos nuestros errores. Y si vemos que indirectamente nos hace objeto de una pequeña venganza, cerremos los ojos, o mejor, reconozcamos ante él que nos lo hemos merecido un poco. A todos los padres les sucede que son injustos¹³⁷.

Nadie está a salvo de cometer errores en el ejercicio de la autoridad.

Los padres deben entender que el hijo proteste y se rebele al no poder hacer lo que quiere, que los critique o cuestione, especialmente a determinadas edades o en determinadas circunstancias. Pero aun cuando los padres puedan estar cargados de razones no deben pretender, a fin de convencerse a sí mismos lo justos que son, que el hijo acepte siempre de buen grado los límites que se le imponen. Sería preocupante que esto ocurriera, porque aquel que no se permite criticar a sus padres es un sujeto psicológicamente afectado, imposibilitado para expresar libremente sus sentimientos y emociones, y bloqueado en el desarrollo de su individualidad y autonomía.

IX.3. Intervenciones nocivas

Los trastornos y problemas psicológicos tienen su origen en gran medida en las graves y/o reiteradas fallas ambientales a que se ha visto expuesto un sujeto a lo largo de la infancia, debido a que sus padres y/o cuidadores, lejos de ayudarlo a procesar la ansiedad derivada de las frustraciones inevitables, se la han incrementado o ahondado, y a veces incluso le han sometido a experiencias de carácter traumático. Son padres y/o cuidadores que no cumplen con la función sostenedora que debería caracterizarles. Están perturbados y son productores de perturbaciones porque «la atmósfera psíquica» en que introducen y mantienen al niño está muy contaminada.

En la medida que seamos conscientes de la influencia determinante que, para bien y para mal, un adulto puede tener sobre un menor, la educación debería guiarse en bastantes ocasiones no tanto por lo que ha de hacerse sino por lo que ha de evitarse. Se trataría de apartar al niño de ciertas experiencias que no le aportan nada bueno, sino todo lo contrario, que son inequívocamente perjudiciales y patógenas.

Se puede afirmar que: 1) conviene evitar que los niños sean testigos de escenas de carácter sexual entre mayores; 2) conviene reducir, en lo posible, las seducciones de parte de mayores o de niños de

más edad; 3) conviene evitar las amenazas directas de castración; 4) conviene ejercitar a los niños en los hábitos de limpieza en una forma apropiada: ni demasiado temprano, ni demasiado tarde, ni en forma demasiado estricta ni demasiado emocional; 5) es conveniente preparar a los niños con bastante tiempo para los acontecimientos extraordinarios, pero inevitables, tales como el nacimiento de un hermanito, una operación, etc.; 6) es mejor comprender las necesidades del niño en vez de usar normas rígidas de disciplina¹³⁸.

A continuación voy a referirme a ciertas medidas que, pretendiéndose pasar por educativas, son causantes de sufrimiento estéril y perturbador:

IX.3.1. *Insensibilidad ante el llanto*

En opinión de Dolto,

el recién nacido no tendría que quedar inútil y peligrosamente aislado de los suyos, en la sala llena de aullidos, con otros recién nacidos angustiados¹³⁹; es una aberración dejar gritar a un bebé¹⁴⁰. Se oye decir a todas las madres: «Cuando no sea la hora del biberón no lo tomes en brazos, déjalo llorar, si no, lo vas a acostumar mal». ¡No es verdad! E incluso es justo lo opuesto. El niño al que la madre, por su presencia humana, sonriente, haya dado el sentido de lo que pasa en torno suyo, será por el contrario un bebé muy tranquilo en las semanas venideras¹⁴¹.

El bebé que llora lo hace porque se siente mal, porque sufre, debido al dolor, al miedo, al hambre, a ciertas molestias o a la necesidad de contacto físico; con su llanto reclama la presencia tranquilizadora de un ser amado. Reclama que le protejan y traten con afecto. Es por eso que cuando su llanto no produce el efecto esperado (el acercamiento empático del objeto de amor) queda él completamente desconcertado, ignorado en la única forma para solicitar ayuda y amparo que conoce, con la sensación de que no puede confiar en la capacidad de respuesta del entorno. Este bebé, si se ve expuesto a la ineficacia reiterada de su llanto, viendo que no se le dispensa atención, es probable que renuncie a llorar, en cuyo caso la ausencia de llanto no es un indicador de satisfacción o tranquilidad. Se trata de un bebé abandonado a sí mismo, resignado, que puede haber optado por desconectarse de sus necesidades y desoír o ignorar su sufrimiento.

IX.3.2. *Uso del miedo*

Hay adultos que

se sirven del miedo del niño como medio educativo y también en profundidad como mecanismo de defensa personal contra su propia angustia. Las madres de estructura fóbica son las que con más gusto utilizan el miedo al lobo feroz para protegerse contra sus tendencias agorafóbicas. Otro modo de reacción ante el miedo de los niños es la tendencia sádica a meter al niño a la fuerza en las situaciones que le provocan temor, lo cual crea entre los padres y los hijos una relación sadomasoquista muy erotizada¹⁴².

De hecho, la convicción que guía a algunos adultos de exponer al niño a reiteradas situaciones conflictivas, problemáticas o frustrantes con la finalidad de hacerlo fuerte y generar en él grandes recursos defensivos, muchas veces, por no decir siempre, responde a un acto de sadismo inconsciente. Otra variante en la utilización del miedo es provocar deliberadamente la angustia de separación en el niño para conseguir que este obedezca, a veces haciendo uso de amenazas leves, generando un nivel de

angustia que es puntual y procesable (por ejemplo, cuando el adulto dice que se va a otra parte o que ya es tarde y no puede esperar más) o en otros casos recurriendo a amenazas graves (por ejemplo, cuando el adulto dice: «me voy para siempre»; «no me volverás a ver nunca más» o cuando se esconde durante mucho tiempo simulando haberse ido). De todas formas, es importante comentar que, dependiendo de las circunstancias y del psiquismo infantil, las amenazas leves de separación pueden ocasionar en algunos niños un nivel de angustia comparable al que en otros niños causan las amenazas graves de separación.

IX.3.3. *Prohibiciones perjudiciales*

Si bien es cierto que hay prohibiciones útiles y necesarias, las referidas a conductas que hacen peligrar la vida de los otros y/o de uno mismo y/o que van en contra del respeto y de la dignidad, hay otras prohibiciones que, dirigidas a ahogar todo indicio de satisfacción erótica en el niño, no aportan otra cosa que sufrimiento psíquico, siendo en sí mismas perjudiciales además de ineficaces. Como ya nos advierte Freud, «La represión violenta de instintos enérgicos, llevada a cabo desde el exterior, no produce nunca en los niños la desaparición ni el vencimiento de tales instintos, y sí tan solo una represión, que inicia una tendencia a ulteriores enfermedades neuróticas»¹⁴³. Según Dolto,

tanto las niñas como los niños están sometidos, desde los tres años de edad y hasta los siete u ocho (edad en que la sexualidad experimenta una fase de eclipse hasta la pubertad) a sensaciones precisas y conmovedoras en la región genital. La actitud de los padres, y sobre todo de la madre para el hijo, y del padre para la hija, que tiende a reprimir como si el descubrimiento inocente y espontáneo de esas emociones naturales fuera culpable, puede obstaculizar el desarrollo de la sexualidad de los niños para toda la vida. Las amenazas y descripciones castradoras son muy destructivas¹⁴⁴.

Hay padres, comenta Wilhelm Reich, que «ven en todo impulso instintivo un fenómeno patológico o un síntoma de perversidad congénita, y lo que consiguen con sus medidas disciplinarias es desarrollar en el niño un carácter inhibido de tipo patológico»¹⁴⁵. Así pues, cuando determinadas manifestaciones espontáneas e inofensivas del niño se catalogan como insanas, es la consideración o evaluación realizada por parte de los adultos y los medios que ponen para erradicarlas lo que verdaderamente resulta patológico, y además patógeno. Estos adultos temen no poder seguir manteniendo operativa la represión sobre sus propios deseos infantiles, por lo que, tratando de conjurar el peligro que supone para ellos verse confrontados con la conducta (y los deseos) del niño, exhiben la idea de someterlo a base de órdenes y prohibiciones, en lo que supondría, en términos de Reich, «la compulsión a educar».

IX.3.4. *Maltrato «educativo»*

Con la finalidad de que el niño presente unas determinadas conductas, ciertos padres y/o supuestos educadores son partidarios de aplicar una rígida disciplina, un método férreo de control y gobierno, recurriendo rápidamente, si no es como primer y único recurso, a gritos, golpes, humillaciones y privaciones. Al niño se le sustrae su voz y dignidad, su derecho a protestar o cuestionar, ya que es percibido como un

subordinado que ha de limitarse a obedecer. Estos padres y/o «educadores» no contemplan otra alternativa que doblegar la voluntad del niño, como si este fuera un enemigo o tuviera propósitos perversos, como si portara un halo de maldad que debe extirparse. Llama poderosamente la atención el hecho de que unas prácticas violentas se quieran hacer pasar por educativas y que además se justifiquen diciendo que se aplican por el bien del propio niño, por merecerse él ese tipo de trato, por su culpa, con el propósito de ayudarlo a enmendarse o encauzarlo en la vida. Hasta que finalmente en muchos casos el niño así lo cree y se nombra como lo que le han dicho que es, como un ser malo que debería «domarse» con el uso de la fuerza.

Entre quienes fueron objeto de maltrato infantil hay bastantes que en la adultez, aun cuando no sean plenamente conscientes de ello, siguen asumiendo como verdaderas las etiquetas y evaluaciones negativas que los padres y/o «educadores» les dispensaron, de tal modo que el niño que todavía habita en sus psiques no ha modificado significativamente su autopercepción por no haber sido atendido adecuadamente o suficientemente en su daño emocional. Cuando un adulto mantiene con su «niño interior» una relación semejante a la que en el pasado mantuvieron con él sus maltratadores, es probable que haga con otros niños lo que le hicieron, convencido además de que ese es un excelente método. La otrora víctima llega a justificar la «educación» recibida, pudiendo argumentar que de no haber actuado sus padres y/o «educadores» con severidad, hubiera sido un niño irresponsable, irrespetuoso y holgazán, con el riesgo consiguiente de convertirse en una persona antisocial y criminal. Y en tanto en cuanto las prácticas de maltrato, padecidas en uno mismo, se consideran apropiadas para «educar» a las generaciones sucesivas de niños y jóvenes, se asientan las tesis del discurso violento y se perpetúa el círculo vicioso por el cual la víctima se convierte en victimario. (Véase al respecto el apartado 4 del capítulo V.)

El maltrato «educativo» solamente puede ser combatido en la medida que sea develado, a partir de su cuestionamiento, censurándose socialmente, comprometiéndonos los ciudadanos en su erradicación. Hemos de tener muy claro que la verdadera educación no tiene nada que ver con el maltrato sino con la tutela, guía u orientación; la verdadera educación se sustenta en el respeto y el amor para con el niño, en la facilitación de condiciones apropiadas para su crecimiento personal.

IX.4. Intervenciones saludables

Tomando en consideración la trascendental influencia que un adulto puede tener sobre un menor, condicionando no solamente su niñez sino también su adultez, pues el destino humano depende en gran medida del trato recibido durante el período de mayor vulnerabilidad e influjo, en la infancia, cuando se trazan las líneas maestras del desarrollo psicológico, voy a mencionar algunas de las intervenciones que, en mi opinión, son constituyentes de una buena práctica educativa:

1. *Sostenimiento y aplicación racional de límites.* (Véase al respecto el apartado 1 del capítulo IV y el apartado 2 del presente capítulo.)

2. *Educación en la convivencia.* Enseñemos a los niños que todos, independientemente de nuestra raza, religión, sexo, estatus, procedencia o posición

económica, merecemos ser tratados con respeto y dignidad.

3. *Estimulación de la autonomía.* «Enseñemos a nuestros hijos a estar contentos de sí mismos independientemente de nuestra aprobación e incluso algunas veces a pesar de nuestros reproches. Que se sientan libres de pensar, de sentir y de juzgar de modo diferente a nosotros mismos»¹⁴⁶.

4. *Enseñanza de la autodefensa.* Enseñemos a los niños que aquellos que los cuidan, y les piden obediencia, no tienen derecho a pedirles obediencia en todo, que hay ciertas conductas que van más allá de lo que es exigible. Enseñémosles cuáles son los límites que los adultos no pueden sobrepasar con ellos. Enseñémosles que ellos no están para complacer los deseos o los caprichos de nadie, que quien les pide obediencia tiene que ser respetuoso con ellos. Enseñémosles a ser autónomos antes que correctos con la autoridad, porque de lo contrario es probable que adquieran el hábito de obedecer por obedecer, que no es otra cosa que sometimiento, quedando a merced de la suerte, de lo que el otro crea que puede hacer o no hacer, sin que ellos sepan defenderse o ni siquiera sepan que han de defenderse cuando un adulto decide maltratarlos, seducirlos o abusar de ellos. Enseñemos pues a los niños a diferenciar entre obediencia respetuosa y obediencia ciega o sumisión, y a reconocer y a actuar ante las situaciones que son indignantes y aberrantes.

5. *Afecto y sensibilidad.* Cuando un bebé llora tomémoslo en brazos para consolarlo, sentirlo y atenderlo en su reclamo. Démosle afecto y seguridad, hagámosle saber que nos ocupamos de él. Intentemos estar en los momentos difíciles y de angustia que a lo largo de su desarrollo afectan al niño y tratemos de confortarlo y apoyarlo en todas las adversidades; «no le reprochemos jamás que sufra, no nos burlemos nunca de sus penas»¹⁴⁷. No ignoremos ni minimicemos lo que siente el niño.

6. *Conocimiento personal.* Estemos dispuestos a escuchar lo que el niño nos informa sobre sí mismo, cuando dice estar enojado, hambriento, saciado, molesto, contento, triste, etc. No neguemos su capacidad de discernimiento ni lo confundamos sobre lo que dice que siente o padece.

7. *Amor incondicional.* Amemos al niño por ser quien es, que se sienta aceptado y reconocido en su personalidad, con libertad para expresarse de acuerdo con sus emociones, sentimientos y vivencias. Reconozcamos su libertad para desarrollarse en función de cómo se siente consigo mismo, y ofrezcámosle las condiciones para que pueda desplegar sus recursos personales.

8. *Reconocimiento del potencial.* Sepamos valorar los esfuerzos y las intenciones del niño por aportar cosas positivas. Y aun cuando se halle inmerso en la desesperación y en los conflictos, consideremos sus recursos personales y su capacidad para progresar, pues de lo contrario, si lo etiquetamos como malo, descarriado o intratable no hacemos otra cosa que perjudicarlo gravemente, desatendiendo su necesidad de ser ayudado.

9. *Valoración del esfuerzo.* Hagamos entender al niño que muchas cosas no pueden conseguirse en el momento y sin esfuerzo. Enseñémosle a perseverar en sus objetivos y a superar los obstáculos con el espíritu de lucha necesario, lo que contribuye a otorgar valor a lo conseguido.

10. *Respuesta a la curiosidad infantil.* Démosle libertad al niño para preguntar, que

tenga la sensación de que no hay temas tabúes, que no hay ningún campo del conocimiento que sea motivo de censura o por el que sea objeto de crítica su persona. No enterremos ni bloqueemos su placer por aprender. Para aquel que se ocupa de la educación infantil he aquí un consejo: «responda a todas las curiosidades del niño con algo cierto, nunca con un “Eso no te importa”. Si no lo sabe, responda la verdad. En el dominio del saber, nada está prohibido [...]. Son los límites de nuestra propia naturaleza humana tal como los sentimos los únicos que hemos de encontrar»¹⁴⁸.

11. *Oportunidades para la reparación.* Cuando el niño comete errores o se comporta incorrectamente, démosle la oportunidad de rectificar y de conseguir la reconciliación; démosle la oportunidad de sentir que está haciendo algo para saldar sus cuentas con la autoridad. Una autoridad que ha de saber cuál es su lugar, sin dejarse arrastrar por el autoritarismo ni por la extrema indulgencia. Cuando el niño es sabedor de haber hecho algo incorrecto, que va en contra de las normas establecidas, y no es sancionado o amonestado por ello, puede sentirse angustiado, apesadumbrado consigo mismo, con el deseo de que sobrevenga un castigo que le alivie frente a su sentimiento de culpa y que le permita poner en marcha sus mecanismos de reparación. Ante un adulto con tendencia a la extrema indulgencia y ecuanimidad, en opinión de Fenichel, «el niño se forma la impresión de que la agresividad es una cosa terriblemente prohibida; cada vez que se siente agresivo se ve obligado a reprimirlo, y la suavidad de la conducta externa engendra, por dentro, una mayor severidad del superyó (por lo menos, severidad con respecto a la agresividad) hasta el punto de que el niño puede llegar a anhelar, a guisa de alivio, una severa autoridad exterior»¹⁴⁹.

12. *Reconocimiento de la agresividad.* Todo ser humano, y especialmente en determinadas circunstancias en que está en juego el proceso de constitución identitaria, necesita expresar su malestar frente a ciertas figuras a quienes considera responsables de su situación, y luchar frente a ellas, con ánimo de afirmarse a sí mismo, por la consecución de sus objetivos. Además, en ocasiones es preciso hacer uso de la agresividad para poner un alto a aquel que pretende vulnerar nuestros derechos o también para defendernos de los intentos de alguien por someternos o por mantenernos en una relación que ya no nos gusta o no nos conviene. Así pues, la agresividad (entendida esta como la acción de iniciar o acometer algo, o de dirigirse a una meta) resulta imprescindible para tratar de conseguir ciertos objetivos así como para defender o tratar de conseguir ciertos derechos.

13. *Derecho a fantasear y jugar libremente.* Hay padres que se muestran muy preocupados y hasta angustiados de que sus hijos jueguen a la guerra o a policías y a ladrones, temiendo que el contenido del juego impregne la psique infantil y que lo que en principio forma parte de la fantasía adquiera tal fuerza que irrumpa en la realidad a modo de comportamiento. Estos padres suelen sancionar y prohibir el juego de contenido violento, ignorando o no queriendo ver por qué el niño necesita jugar a determinado juego. No entienden estos padres que el juego de contenido violento constituye una escenificación imaginaria que le puede ayudar al niño a sobrellevar mejor ciertas problemáticas ante las que se siente vulnerable. A este respecto son esclarecedoras las siguientes palabras de Dolto: «vemos a niños que juegan con un fusil o un revólver y “dan muerte” a todo el mundo [...]. Los niños tienen necesidad de esos fantasmas de dominio de la vida y de la muerte [...]. Para

lograrlo el niño se introduce en un mundo imaginario. Gracias a esos juegos soporta la realidad, la restricción a la libertad que nos es impuesta a todos por la naturaleza de las cosas, por el sufrimiento, por las leyes sociales, por la muerte. Si los niños no pudieran jugar, se encontrarían sin defensa ante esta horrible matanza que se desarrolla en el mundo. Lo imaginario les sirve para defenderse del drama de la realidad»¹⁵⁰.

IX.5. Los cultivadores

Según Freud, «la educación tiene que buscar su camino entre el escollo del dejar hacer y el escollo de la prohibición. Y si el problema no es insoluble, será posible hallar para la educación un camino óptimo, siguiendo el cual pueda procurar al niño un máximo de beneficio causándole un mínimo de daños»¹⁵¹. Pero siempre perjudicando algo, pues toda labor humana está afectada por diversas imperfecciones, aunque bien es cierto que dependiendo de los conflictos infantiles del adulto o educador en cuestión y sus características de personalidad, y dependiendo también de la propuesta educativa que emplee y de su posición y consideración en su entorno, entre otros factores, el perjuicio que suele cometerse es mayor o menor. Sobra decir que lo deseable es la combinación resultante de un mínimo perjuicio y óptimas condiciones de relación y atención.

Los padres o educadores suficientemente buenos se preocupan por el bienestar del niño, por el impacto que sus acciones tienen en este, y son sensibles a lo que él siente. La autoridad con empatía, arraigada en la ternura y la comprensión, es la combinación clave de la educación, puesto que, tal como sostiene W. Reich, «una educación sin amor nunca podrá conseguir otra cosa que una adaptación artificial, falsa, a la realidad»¹⁵².

El ser humano precisa de ciertas condiciones (protección, afecto, estimulación, confianza, comprensión, etc.) para crecer saludablemente.

Desde los primeros instantes, si las necesidades biológicas y emocionales se satisfacen, el pequeño comienza a desarrollar el sentido de seguridad, la confianza en sí mismo y en los demás [...]. Por el contrario, bajo condiciones perjudiciales de abandono, inseguridad, privación, falta de afecto y abuso físico o psicológico, las criaturas tienden a adoptar un talante desconfiado, dubitativo y temeroso. Los pequeños se sienten inferiores, inadecuados; se desmoralizan, se aíslan, sienten odio hacia sí mismos y experimentan sentimientos de impotencia en un mundo cargado de rechazo y hostilidad. Ante estas circunstancias adversas, muchos niños muestran gran dificultad para discernir entre el bien y el mal, no adquieren la capacidad de autocrítica o de remordimiento, no sienten compasión hacia el sufrimiento ajeno ni llegan a apreciar totalmente el valor de la vida¹⁵³.

Como seres que somos dotados de memoria no podemos crecer a espaldas de las experiencias registradas, las cuales nos predisponen ya sea a la confianza o a la suspicacia, al entusiasmo o a la decepción, al amor o al odio, a la creación o a la destrucción, todo ello en función de cómo hayamos transitado por la vida hasta el momento. No hay nada intrascendente en lo vivido. Como tampoco hay que pensar que lo que está por venir es totalmente aleatorio. De alguna manera hay continuidad, o mejor dicho ligazón, entre los diferentes momentos históricos que envuelven a un sujeto.

Es indiscutible que el período infantil es crucial, influye notablemente en el destino de un sujeto y condiciona la forma en que este se relaciona con los otros y consigo mismo. Ningún niño puede crecer psicológicamente sano a no ser que sus padres o educadores lo hayan tratado desde el respeto y el amor, lo cual tiene efectos multiplicadores, pues la persona bien cuidada, agradecida con sus seres queridos y con la vida misma, se verá comprometida a participar y promover relaciones de convivencia y tolerancia. Creo firmemente que la mejor forma de prevenir la actuación malsana es humanizando el trato que brindamos a los niños y que la apuesta por las relaciones saludables redundará en beneficio de todos. En conclusión, el mejor antídoto frente a la patología psíquica y la violencia es tener la suerte de crecer al abrigo de buenos cultivadores, bajo el cuidado de aquellos que con sensibilidad y afecto dedican sus esfuerzos a cultivar las semillas de la salud mental.

[134](#) D. W. Winnicott (1946), «Algunos aspectos psicológicos de la delincuencia juvenil», en *Deprivación y delincuencia*, Buenos Aires, Paidós, 1996, pág. 138.

[135](#) *Ibid.*, pág. 139.

[136](#) S. Freud (1933), *Nuevas lecciones introductorias al psicoanálisis*, en *Obras Completas*, tomo 3, Madrid, Biblioteca Nueva, 2007, pág. 3.186.

[137](#) F. Dolto (1994), *¿Cómo educar a nuestros hijos?*, Barcelona, Paidós, 1998, págs. 75-76.

[138](#) O. Fenichel (1945), *Teoría psicoanalítica de las neurosis*, en *Obras Escogidas*, Barcelona, RBA, 2006, pág. 780.

[139](#) F. Dolto (1994), *¿Cómo educar a nuestros hijos?*, Barcelona, Paidós, 1998, pág. 162.

[140](#) *Ibid.*, pág. 162.

[141](#) *Ibid.*, pág. 163.

[142](#) R. Diatkine y J. Favreau (1960), «Le psychiatre et les parents», citado por S. Lebovici y M. Soulé, en *El conocimiento del niño a través del psicoanálisis*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993, pág. 377.

[143](#) S. Freud (1913), «Múltiple interés del psicoanálisis», en *Obras Completas*, tomo 2, Madrid, Biblioteca Nueva, 2007, pág. 1.866.

[144](#) F. Dolto (1994), *¿Cómo educar a nuestros hijos?*, Barcelona, Paidós, 1998, pág. 137.

[145](#) W. Reich (1926), «Los padres como educadores: la compulsión a educar y sus causas», en W. Reich y V. Schmidt, *Psicoanálisis y educación 2*, Barcelona, Anagrama, 1973, pág. 81.

[146](#) F. Dolto (1994), *¿Cómo educar a nuestros hijos?*, Barcelona, Paidós, 1998, pág. 75.

[147](#) *Ibid.*, pág. 75.

[148](#) *Ibid.*, pág. 76.

[149](#) O. Fenichel (1945), *Teoría psicoanalítica de las neurosis*, en *Obras Escogidas*, Barcelona, RBA, 2006, pág. 781.

[150](#) F. Dolto (1977), *Tener hijos/1. ¿Niños agresivos o niños agredidos?*, Barcelona, Paidós/Pomare, 1981, págs. 187-188.

[151](#) S. Freud (1933), *Nuevas lecciones introductorias al psicoanálisis*, en *Obras Completas*, tomo 3, Madrid, Biblioteca Nueva, 2007, pág. 3.186.

[152](#) W. Reich (1926), «Los padres como educadores: la compulsión a educar y sus causas», en W. Reich y V. Schmidt, *Psicoanálisis y educación 2*, Barcelona, Anagrama, 1973, pág. 81.

[153](#) L. Rojas Marcos (2004), *Las semillas de la violencia*, Madrid, Espasa, 2008, pág. 100.

Capítulo X

El talante grupal

La uniformidad es la muerte; la diversidad es la vida.

Mijail Bakunin

X.1. El impacto social de la singularidad

Hay quienes creen que nunca protagonizarían ciertos comportamientos que califican negativamente. Están plenamente convencidos de que jamás traspasarían determinadas líneas rojas. Se sienten a salvo de tal posibilidad. Y tal vez hasta ese momento ha sido así porque nunca han estado en la situación de poder hacer lo que proscriben o condenan. Si esas mismas personas hubieran vivido situaciones extremas es probable que pensarán y hablarán de otra manera. La vida da sorpresas y no faltan sorpresas en las conductas y reacciones de la gente. Para bien y para mal. El conocimiento acerca de uno mismo, de lo que a uno le gobierna o sobre lo que uno es capaz de gobernar, se vislumbra, sin lograrse nunca plena seguridad al respecto, cuando se es confrontado moralmente. Por ejemplo, nadie conoce, de nadie puede saberse, su capacidad para resistirse a la corrupción si no ha habido una o varias circunstancias en que su honestidad haya sido puesta a prueba, y aun así no puede asegurarse que él esté a salvo de todo intento en que se pretendiera comprar su voluntad. Por otra parte, puede afirmarse que es fácil ser honrado, o más bien es irremediable serlo, cuando no hay nada o a nadie a quien robar y, en cambio, resulta un gesto heroico el hecho de rechazar cantidades ingentes y cegadoras de dinero de alguien que acostumbra a doblegar la voluntad ajena mediante chantajes y amenazas. Nadie conoce, de nadie sabemos, su capacidad de resistencia frente a determinada tentación mientras no sea confrontado con la posibilidad real de comportarse de modo contrario a como habitualmente lo hace. Siguiendo con la lógica de esta argumentación, hemos de entender que la capacidad de tolerancia en una determinada sociedad, una cuestión que va más allá de los discursos bienintencionados o de los propósitos declarados, se descubre cuando surge la circunstancia en que un individuo o grupo resulta ser, o protagoniza una conducta, diferente de lo identificado como normal. Es entonces cuando se ve realmente cómo responde esa sociedad (con sus reglas de juego y de interacción, y atravesada como está por el ejercicio del poder o control social) ante el reto que se le plantea, si desde el repudio y la persecución o desde la aceptación y la apertura. A este respecto el relato de H. G. Wells que lleva por título *El país de los ciegos* puede ayudarnos a reflexionar:

«A más de trescientas millas de Chimborazo y a cien de las nieves de Cotopaxi, en el territorio más agreste de los Andes ecuatoriales, se halla el país de los ciegos, un misterioso valle entre montañas, apartado del mundo de los hombres»¹⁵⁴. La gente de dicho lugar es ciega y no se relaciona con el mundo exterior desde hace catorce generaciones. Con el transcurso del tiempo «los nombres de todas las cosas visibles se habían borrado y habían cambiado; la historia del mundo exterior se había borrado, convertida en un cuento para niños»¹⁵⁵.

A esta comunidad llegó Núñez, «un hombre agudo y emprendedor», «montañero de una zona cercana a Quito», tras precipitarse al vacío mientras escalaba una montaña, y después de caminar sin

rumbo, maltrecho por los golpes sufridos. En un principio, cuando contactó con los habitantes del valle, trató de explicarles en qué consistía la visión y las posibilidades derivadas de disponer de esa facultad. Quería que entendieran su singularidad y que provenía de un mundo que ellos no conocían. No lo consiguió. Lo que ocurría es que en el país de los ciegos no concebían la posibilidad de que se pudiera disfrutar de ningún sentido que ellos no tuvieran ni que hubiera más realidad o más mundo que el que ellos conocían. «Núñez se dio cuenta de que sus expectativas de provocar asombro y reverencia por sus orígenes y sus dotes no se iban a ver satisfechas»¹⁵⁶; «el más anciano de los ciegos le explicó la vida, la filosofía y la religión»¹⁵⁷. «Dijo que Núñez tenía que haber sido creado especialmente para aprender y ponerse al servicio de la sabiduría que ellos habían adquirido, y que, a pesar de todas sus incoherencias mentales [...], tenía que ser valiente, y hacer lo posible por aprender»¹⁵⁸.

A Núñez «le encargaron los trabajos más pesados y más simples que podían encargarle a nadie, y él, incapaz de ver otra forma de vida, hizo sumisamente lo que se le dijo que hiciera»¹⁵⁹. «Núñez se convirtió en un ciudadano del país de los ciegos, y aquella gente dejó de ser para él gente en general y se convirtió en una serie de individuos familiares, mientras al otro lado de las montañas el mundo se volvía cada vez más remoto e irreal»¹⁶⁰.

Núñez se enamoró de una joven, y la joven de él, con la que hizo planes de matrimonio. No obstante, los enamorados se encontraron con la oposición frontal de la comunidad, debido a que «a él le consideraban un ser aparte, un idiota incompetente que se hallaba por debajo del nivel admisible en un hombre. Las hermanas de ella se opusieron amargamente, argumentando que esa unión las desacreditaría [...]. Todos los jóvenes estaban furiosos ante la idea de corromper la raza, y uno de ellos llegó a insultar y a golpear a Núñez»¹⁶¹.

El padre de la joven no podía aceptar que esta se casara con alguien tan diferente de los demás. Le decía a su hija que su pretendiente era un idiota que padecía de alucinaciones. Por otra parte, como se sentía muy mal por el hecho de que su hija sufriera de amores, quería hacer algo para ayudarla. Pero no sabía cómo. La «solución» vino a plantearla uno de los ancianos, el gran doctor de la comunidad, quien ofreció la siguiente explicación:

«Esas cosas extrañas llamadas ojos, y que existen para dotar de una suave y agradable depresión al rostro, están tan enfermas, en el caso de Bogotá [sobrenombre de Núñez], que le han afectado el cerebro. Están enormemente distendidas, tiene pestañas, y sus párpados se mueven, y en consecuencia tiene el cerebro en un estado de permanente irritación y deterioro»¹⁶².

«Y creo que puedo afirmar con razonable certeza que todo lo que tenemos que hacer, para curarle completamente, es una sencilla operación quirúrgica, esto es, extirparle esos cuerpos irritantes»¹⁶³.

«Entonces se volverá absolutamente cuerdo, y será un ciudadano admirable»¹⁶⁴.

El padre de la joven enamorada dio gracias a Dios por lo que acababa de escuchar, pues ya tenía la fórmula que le permitía aceptar a Núñez como yerno. Y la joven convenció a su pretendiente para que se pusiera en manos de los cirujanos. «Durante la semana que precedió a la operación que iba a elevarle desde su servidumbre e inferioridad hasta el nivel de un ciudadano ciego, Núñez no conoció el sueño, y [...] mientras los otros dormían dichosos, él permanecía sentado, cavilando, o vagaba sin propósito, tratando de que su mente le resolviera el dilema. Había dado una respuesta, había dado su consentimiento, pero aún no estaba seguro. Y por fin [...] empezó el último día en que podría gozar de su vista»¹⁶⁵. Poco antes de la operación, cuando todo parecía indicar que se doblegaría a la decisión que otros habían tomado por él, Núñez optó por regresar a su mundo. Y es así que abandonó el país de los ciegos.

Refiriéndose a este relato, Fromm comenta que

nos hace ver sencillamente qué es lo que pensamos más o menos todos nosotros cuando se trata de qué es normal y qué no es normal, de quién está sano y quién está enfermo desde el punto de vista de la teoría de la adaptación. Se da por entendido que: 1) toda sociedad es normal; 2) enfermo mental es el que se desvía del tipo de personalidad favorecido por la sociedad; y 3) la sanidad psiquiátrica y psicoterapéutica persigue el objetivo de adaptar a cada uno al nivel del hombre medio, sin preocuparse de que este hombre medio sea o no sea ciego¹⁶⁶.

Fromm pone de manifiesto que lo que en determinado contexto social e histórico es denominado como normal y saludable, bajo el amparo de una supuesta praxis científica y desde las instancias correspondientes que así lo defienden, hace referencia

a aquello que por su forma de expresión o magnitud se ajusta a las normas dictadas, aquello que es producido y estimulado por un sistema que se afana en su propia autoconservación o preservación. Lo que importa en tal situación es que el individuo cumpla con el rol que se le asigna, con lo que se espera de él. Como ejemplo esclarecedor al respecto, Fromm menciona el caso de una tribu guerrera en la que uno de sus integrantes, a diferencia del resto, siente repulsión ante la idea de robar y matar. Incapaz para llevar a cabo el cometido de su tribu, podría ser contemplado como enfermo entre los suyos de la misma manera que una persona belicosa podría ser considerada en una tribu de pacíficos labradores. En este sentido, cabe destacar que en el país de los ciegos la persona que goza de la visión es rechazada por la particularidad que presenta, tachándosele de enferma y exigiéndosele someter al ideal del grupo para poder gozar de los mismos derechos que los demás.

En el país de los ciegos sus habitantes no conocen la necesidad de ver y pueden ser felices sin ver, pero no ocurre así con el extranjero, el cual sí ve, para quien renunciar a la vista le privaría de la satisfacción resultante de hacer uso de esa facultad.

El sujeto que es perseguido por determinado grupo por el hecho de ser diferente se ve confrontado ante un dilema, presentándosele, por una parte, la opción de seguir siendo fiel a sí mismo, con los costos que conlleva la exclusión o persecución social y, por otra parte, la opción de sacrificar su individualidad a cambio de lograr la aprobación social. Difícil elección, porque en cualquier caso supone un monto considerable de sufrimiento. Quizá lo más triste y dramático ocurre cuando al rechazo proveniente del exterior se le añade el rechazo para con uno mismo, cuando el sujeto se aleja de sí mismo, aplastando o desoyendo lo que su organismo pueda comunicarle; en eso radica la alienación, en que un individuo es en función de lo que los otros le exigen que sea. Así pues, no podemos dejar de advertir lo peligroso que resulta ser diferente en una comunidad que vive asentada en la falsedad de confundir la normalidad con la salud y la singularidad con la patología.

Acerca de la teoría de la adaptación voy a exponer a continuación una lectura crítica:

1. Aquello que es normal en una sociedad puede considerarse como anormal en otra y viceversa, e incluso en una misma comunidad al cabo de un tiempo pueden cambiar los criterios sobre normalidad y anormalidad.

2. Los conceptos de normalidad y salud no son sinónimos, no son equivalentes.

3. Lo que es normal, lo que caracteriza a la mayoría de la población, puede coincidir o no con la salud. Puede ocurrir que un grupo padezca una afección o que, en el proceso de adaptación a determinadas condiciones, enferme o sufra la disminución o pérdida de cierta facultad. Tal como comenta Fromm, «el hecho de que millones de personas padezcan las mismas formas de patología mental no hace de esas personas gentes equilibradas»¹⁶⁷.

4. Hay comunidades sumamente patológicas, productoras de gran sufrimiento a gran escala. Por ejemplo, cuando en una sociedad reinan la corrupción, la injusticia y la impunidad, la violencia se extiende como si se tratara de un cáncer social.

5. Sabido es que quienes viven cotidianamente inmersos en un entorno sumamente hostil y violento suelen estar en alerta, intentando detectar los innumerables peligros

que se ciernen sobre ellos, intentando evitar que la vida les sea cortada de cuajo en cualquier momento, en cualquier esquina. En un entorno semejante se presentan como necesarias para la supervivencia la desconfianza y la hipervigilancia, que no pocas veces van aunadas con la respuesta violenta, la insensibilidad afectiva y la ausencia de sentimiento de culpa. ¿Pero hasta cuándo, y en función de qué variables, es capaz de sobrevivir el ser humano en un ambiente insano sin que su aptitud para actuar de manera prosocial sea afectada fatalmente?

6. Cuando los integrantes de un grupo (lejos de tomar conciencia de su situación) han estado y siguen estando enfermos sin saberlo, aferrados a la convicción de que algo que es frecuente no puede ser dañino, resulta pertinente la aplicación del término «patología de la normalidad», empleado por Fromm. No tendría mayor relevancia la consideración que sobre sí mismo tiene este tipo de grupo si no incurriera en una actitud despectiva y persecutoria para con el diferente, al que no se le ofrece más alternativa que adecuarse o plegarse a la normalidad si es que quiere disfrutar de derechos, lo cual implica una «dictadura de la normalidad».

7. Lo anormal coincide en ocasiones con la patología, pero en otras ocasiones puede constituirse en la respuesta saludable frente a un grupo o colectivo que está enfermo.

8. Una de las respuestas saludables que debemos considerar, cuando el individuo se ve atrapado en un entorno que resulta asfixiante, contraproducente para su desarrollo, es la salida de dicho lugar para ir en busca de personas en cuya compañía logre reconocimiento y aprecio.

9. Es evidente que «todo orden social crea aquellas formas caracterológicas que necesita para su preservación»¹⁶⁸, aunque eso no tiene por qué ir en perjuicio de las opciones de vida alternativas. En las sociedades abiertas siempre hay espacio para las minorías.

10. La adaptación de un sujeto a determinado grupo no significa necesariamente que esté sano; a veces puede ser indicio de la patología de la normalidad o también de obediencia patológica o sometimiento, en un intento por lograr protección y seguridad del grupo a costa de renunciar a la propia libertad y a las posibilidades de crecimiento personal.

11. La adaptación social del sujeto no tiene por qué ser pasiva, no tiene por qué suponer sometimiento o conformismo. Puede implicar una conducta activa y transformadora, una adaptación sana, en cuyo caso la interacción y participación en la sociedad se asienta en el ejercicio de la crítica.

X.2. La plaga emocional

Ya hemos visto las graves deficiencias de la teoría de la adaptación a la hora de perfilar qué es saludable y qué es patológico, por lo que constituye un craso error equiparar la salud con la presentación de unas pautas conductuales y relacionales que sean concordantes con las manifestadas por la mayoría de la población. Por otra parte, puede afirmarse que la exigencia de participar de un modelo único, la dictadura de la normalidad, denota una persecución (irracional) que pretende ocultarse con justificaciones moralizadoras o idealizadoras.

El grupo perseguidor se caracteriza por tener una visión dogmática, simplificada y restringida de la realidad, donde «lo verdadero» pasa a ser lo que la voz autorizada y autoritaria dice que es, tratando de imponer un modelo único de pensamiento y existencia a todos los integrantes de una comunidad. En este contexto, al sujeto que no es o no responde como se espera que sea o lo haga se le desacredita, se le difama, se le considera imposibilitado para encarnar la dignidad y la razón. Se le declara malvado, perverso o loco, como alguien nocivo para el sistema, y una vez designado en esa condición, como chivo expiatorio, queda expedito el camino para actuar contra él, justificándose cualquier acción.

Los defensores a ultranza del discurso único, los militantes de valores colectivos con los cuales se sienten plenamente identificados y por los cuales se muestran orgullosos mientras que persiguen o reprimen cualquier otra manifestación discursivo-existencial, viven realmente en un alto grado de inconsciencia. Creyendo estar en posesión de la verdad, y ser portadores de la luz moral, desconocen numerosas parcelas psíquicas que les constituyen. Reprimen lo que hacen y son los otros. La severidad que manifiestan hacia los otros va en consonancia con la ineptitud de autoconciencia que les caracteriza.

La persecución colectiva puede protagonizarla un grupo político, un grupo social, un grupo familiar, un grupo escolar o un grupo de compañeros contra aquel que es diferente o destaca por un motivo u otro (ya sea porque pertenece a una minoría religiosa, racial, nacional, social o sexual o ya sea porque tiene alguna malformación o deficiencia o, por el contrario, cuenta con atributos excepcionales).

Es importante destacar que no todo el que es diferente se convierte inevitablemente en objeto de persecución colectiva sino aquel que por su singularidad representa una amenaza para un grupo que, sumido en la irracionalidad y adherido a fórmulas rígidas y asfixiantes de la existencia, defiende fanáticamente la superioridad de ciertos valores. El que es diferente pasa a considerarse un enemigo en tanto en cuanto amenaza la identidad del grupo, su cohesión, su fortaleza, su supervivencia, su ubicación en el mundo y en la historia. En tal caso, cuando el otro es visualizado como alguien peligroso, suelen utilizarse contra él una gran variedad de prejuicios, insultos, ofensas o injurias, con la finalidad de remarcar lo malo malísimo o perverso perversísimo que se supone que es.

El prejuicio, como su mismo vocablo lo indica, hace referencia a un juicio previo, a un juicio que se hace al margen de la experiencia (en ocasiones porque todavía no se ha producido el contacto con el objeto a conocer y en otras ocasiones porque se carece de la apertura mental necesaria para poder procesar ese contacto). Sabido es que hay personas que se acercan a la realidad de una manera muy defensiva, con una actitud sumamente sesgada ante los datos a recabar, con la idea de reafirmarse en sus prejuicios, en cuyo caso están muy alejados de la posibilidad de participar de un verdadero encuentro con lo otro o el otro. El prejuicio social constituye un juicio falso o exagerado, de carácter negativo, que es aplicado sobre un individuo o colectivo con el propósito de establecer o mantener con respecto a él una relación de superioridad.

Cuando se persigue a alguien por ser diferente se le acusa o atribuye en una condición completamente negativa, descalificándole en su identidad, para así también

descalificar sus acciones y justificar todas las medidas adoptadas contra él. Los perseguidores se valen de prejuicios para fundamentar la persecución. La motivación irracional de la persecución remite a las carencias de los perseguidores. Estos no permiten que otros hagan o disfruten aquello que no pueden concederse a sí mismos. Son envidiosos. Viven aprisionados, sin querer aceptarlo, en sus miedos e insatisfacciones. Los perseguidores esconden su angustia interna a través de la descalificación, difamación o denigración del otro; sobre el otro proyectan aquello que no son capaces de reconocer o aceptar en sí mismos.

El grupo perseguidor, en el fondo, se defiende vía la proyección de su fragilidad identitaria, del miedo a ser algo distinto de lo que defiende ser. Mediante la persecución del que es diferente el grupo perseguidor lucha contra sus propias dudas en aquello que afirma como verdad inquebrantable o dogmática.

Realmente hay personas que necesitan buscar refugio en propuestas o formulaciones ideológicas cerradas, pues ello les permite ser partícipes de una vivencia narcisista, de una ilusión grupal, por la cual poder encubrir u ocultar la insignificancia que detectarían al encontrarse a solas.

Wilhelm Reich denomina como «plaga emocional» al estado patológico grupal que entraña el ejercicio de la persecución contra diversas manifestaciones de vida, una plaga de la que por cierto no son conscientes quienes la padecen. Los sujetos que afirman la existencia de unos valores «superiores» al mismo tiempo que se muestran intolerantes con las propuestas de vida alternativas, instalados en su ideología fanática y sectaria, pueden llegar a cometer las mayores atrocidades contra la gente que es diferente a ellos sin ningún asomo de sentimiento de culpa, pues se sentirían respaldados en su «buena conciencia» por contribuir a una especie de limpieza moral. Quienes viven aferrados a tesis dogmáticas o idealistas que implican una visión sumamente rígida de la existencia humana no suelen conmoverse por la aplicación de severos castigos a la gente acusada de subvertir, contaminar o traicionar los valores «superiores». Los perseguidores se creen en posesión de la verdad, con la misión de corregir y vertebrar la sociedad en torno a una forma única de ser, todo con tal de evitar que la ilusión identitaria quede en entredicho.

Reich nos dice que «La disposición a la plaga es general. No existen individuos completamente libres de ella [...]. Así como todo individuo tiene en alguna parte, en lo profundo, una tendencia al cáncer, a la esquizofrenia o al alcoholismo, también todo individuo, así sea el más sano y vivaz, lleva en sí una tendencia a reacciones del tipo de la plaga irracional»¹⁶⁹.

Para todo aquel que padece la plaga emocional la posibilidad de vivir al margen de los valores dominantes constituye una situación deshonrosa que lo sumiría en una grave crisis identitaria.

La alineación con los valores colectivos conlleva la alienación personal. Es por eso que el encuentro con uno mismo no puede darse si no es a través de la capacidad de interrogación o incluso cuestionamiento de los valores colectivos, si no es a partir de una sacudida en la vivencia narcisista derivada de la identificación y adecuación con el modelo normativo. A este respecto, cabe destacar que durante el proceso de autoexploración psicológica puede llegar a resultar sumamente perturbador el hecho de reconocer que ciertos contenidos mentales que hasta entonces se consideraban

reprobables, que se atribuían exclusivamente a personas «indignas», inimaginables en las personas «decentes», también aparecen en uno mismo. Así pues, lo que hasta entonces era conceptualizado como «es imposible que eso forme parte de mí» puede emerger, asomar a la conciencia, reclamando al yo la integración psicológica.

Diríamos que la persona libre es capaz de detectar y tomar conciencia del grado de identificación (ilusoria) con los valores colectivos, sabe cómo estos influyen en su conducta y toma decisiones escuchando la voz que emana del contacto con su verdadero ser.

El individuo sano no tratará de imponer a nadie su manera de vivir; pero brindará ayuda, terapéutica o no, si se le solicita y si tiene los medios para ayudar. En ningún caso un individuo *decretará* que todas las personas «*deben ser sanas*». En primer lugar, tal decreto no sería racional, pues la salud no puede imponerse. Además, el individuo sano no siente impulso alguno por imponer a otras gentes su manera de vivir, pues los motivos de esa manera de vivir se relacionan con su propia forma de vida y no con la de los demás. El individuo aquejado de la plaga emocional difiere del individuo sano en que no solo se plantea sus demandas vitales a sí mismo sino *primariamente y por sobre todo, al ambiente que lo rodea*. Donde el individuo sano aconseja y ayuda, donde el individuo sano, con sus experiencias, vive sencillamente frente a los demás y deja a cargo de ellos si quieren o no seguir su ejemplo, el individuo que sufre la plaga impone a los demás *por la fuerza* su manera de vivir¹⁷⁰.

El individuo aquejado de la plaga lucha contra *otras* formas de vida, aunque no lleguen a afectarle. El motivo de su lucha es la provocación que otras formas de vida representan por el hecho de su mera existencia¹⁷¹.

La persecución colectiva, además de causar gran sufrimiento y efectos perniciosos sobre las posibilidades de crecimiento psicológico, tiene como consecuencia adicional el apuntalamiento de la intolerancia como elemento perverso de interacción social.

X.3. La convivencia entre diferentes

En contraposición con la sociedad que se rige por criterios rígidos y restringidos acerca de la experiencia humana, impidiendo (en aras de idealismos o propuestas moralizadoras) la expresión de todas aquellas identidades y modalidades de relación que se desvían del corsé identitario, se encuentra la sociedad acogedora de la diversidad, donde hay cabida para las más variadas formas de vida, donde la mayoría y las minorías coexisten respetándose, donde prima la tolerancia.

Un individuo, y lo mismo resulta válido para un grupo, es tolerante cuando contempla las diferencias existenciales como muestra de pluralidad y libertad, y no como excusa para ejercer la superioridad o dominación sobre ciertos sujetos. En una sociedad tolerante, en lugar de la imposición del discurso único y del corsé identitario, opera la coexistencia respetuosa de varios discursos y distintas formas de vida.

De acuerdo con la Real Academia Española, la tolerancia es el «respeto a las ideas, creencias o prácticas de los demás cuando son diferentes o contrarias a las propias». Como queda expresado en la mencionada definición, la tolerancia no implica la suspensión del juicio o criterio que se tenga con respecto a lo tolerado sino que más bien hace referencia al acto de renunciar a la posibilidad de marginar, perseguir o reprimir a alguien por el simple hecho de que su modo de ser y de relacionarse sea singular, peculiar. Por tanto, la tolerancia no debe confundirse con una actitud de

aprobación indiscriminada o de extrema indiferencia (como si a uno no le importara, no le afectara o no le impactara nada de lo que sucede a su alrededor).

La tolerancia constituye una prueba de apertura psicológica ante el que es diferente (la capacidad para admitir que el otro tiene derecho a vivir su singularidad, a mostrarse tal como es), del que se puede llegar a tolerar todo menos la violencia. La tolerancia siempre se sustenta en el respeto como marco de contención o relación para favorecer la convivencia entre diferentes propuestas o formas de vida. La tolerancia de la intolerancia es una contradicción en sus propios términos, eso no es otra cosa que impunidad de la violencia.

Es reprochable toda vulneración de los derechos humanos. La conducta abusiva no debe ser aceptada sino denunciada y contrarrestada, independientemente de las motivaciones políticas, religiosas o culturales argumentadas por quien la ejerce. Hemos de tener en cuenta que el poder de muchos dictadores y enemigos de la libertad se ha reforzado y afianzado cuando muchas personas que podían haberse rebelado no lo han hecho, cuando estas han sido condescendientes o complacientes con la acción abusiva y han decidido acogerse a las ventajas de participar de una relación de complicidad.

El individuo sano se conmueve con el sufrimiento del prójimo y rechaza las injusticias, por lo que es usual verle comprometido en la lucha a favor de las víctimas. Él es un defensor de la libertad y, como tal, es capaz de advertir las acciones irracionales y dañinas que pudieran darse en determinada comunidad, como el vidente en el país de los ciegos, disponiendo de recursos psicológicos para salvarse a sí mismo («lucha de manera racional para conservar *su* manera de vivir») ¹⁷² y ayudar a los demás.

Para detectar y denunciar el discurso alienador, en cualquiera de los planes de persecución o exclusión social, es preciso disponer de capacidad crítica y libertad de pensamiento además de la valentía suficiente para enfrentarse a la posibilidad de ser convertido en objeto de persecución por parte de unos perseguidores que probablemente interpreten la crítica (social) como una actuación atentatoria contra el sistema.

Pero, ¿cuál es el bagaje psicológico que nos permite ser tolerantes? Diríamos que un óptimo desarrollo emocional, la capacidad para captar y procesar los contenidos psíquicos que nos caracterizan. Así pues, en la medida que un individuo es capaz de aceptarse a sí mismo es capaz de tolerar al otro como otro. Quien se acepta a sí mismo no va entrometiéndose en la vida de nadie, no lo obliga a ser de determinada manera y menos aún pretende eliminarlo. Por su parte, el que es intolerante con la gente también lo es consigo mismo, aun cuando se niegue a reconocerlo o no lo sepa. La persecución al diferente por el hecho de ser diferente denota en el perseguidor su inseguridad, su mezquindad, su pequeñez mental.

Si queremos vivir en una sociedad inclusiva hemos de trabajar por ello día a día, desmontando prejuicios y actitudes marginadoras. Es preciso que nos eduquemos en el respeto del otro como otro, para que cada uno de nosotros tengamos la posibilidad de desarrollarnos diferencialmente de acuerdo con lo que desde lo más hondo de nuestro ser surge como necesidad vital y existencial. Hemos de entender que nadie es superior ni inferior a nadie, que todos somos necesarios y que cada uno de nosotros

desde su singularidad puede contribuir a una sociedad mejor. Libertad y respeto para todos.

X.4. El acercamiento social a la niñez

¿Quién o cómo hubiera sido yo si hubiera nacido en otra época, en otra sociedad o en otra familia? ¿Cómo hubiera sido mi vida si hubiera tenido la oportunidad de relacionarme con otras personas? ¿O si me hubiera adentrado por otros caminos? ¿O si en cierto episodio de crisis la respuesta recibida del entorno hubiera sido la contraria?

Ante este tipo de preguntas no podemos dejar de pensar que un mismo sujeto puede estructurarse psicológicamente de una manera u otra en función del ambiente en que participa, entendido este como un contexto de relaciones amplio, donde además de incluirse a la familia han de contemplarse otros grupos con sus correspondientes normas, costumbres y modalidades de acción. Todos y cada uno de los entornos de relación afectan y condicionan el existir, en un sentido u otro, ya sea coadyuvando a favor de la salud mental (cuando se pone en valor la función sostenedora y rescatadora, cuando se demuestra interés en ayudar a alguien en las dificultades por las que transita por la vida), ya sea provocando sufrimiento psíquico (cuando se practica alguna forma de maltrato).

La lucha contra el maltrato constituye un reto de primer orden. Y nos compromete a todos. Cuando ocurre, hay que hacer todo lo posible para retirar cuanto antes a la víctima del entorno patógeno y ayudarle a superar su sufrimiento. Consideremos, por ejemplo, lo que ocurre en ciertos lugares en que los niños son utilizados por sus familiares o «cuidadores» para mendigar y prostituirse, o que los venden a otras personas con ese fin, explotándoseles físicamente, traumatizándoles psicológicamente, en una dirección que es totalmente contraria al crecimiento personal; son niños carentes de afecto, de educación y de preparación o formación para sentirse partícipes de la sociedad, niños que no han vivido otra cosa que las relaciones interesadas, manipuladoras y destructivas.

Sin entrar a considerar el pasado infantil de los adultos que así actúan, pues ellos mismos pueden haber sido víctimas de una existencia infernal y han podido tomar sus dañinas decisiones empujados por una situación de miseria económica, en tales casos y en otros semejantes en que fracasa el sostén familiar es apremiante la actuación de la sociedad, desde las instituciones correspondientes, en la detección temprana y en la implementación de programas especiales con el propósito de rescatar a los niños que se hallan inmersos en el abismo de la fatalidad. Estos menores sin amor, desamparados, abocados día tras día al sufrimiento emocional, sumergidos en sucesivas circunstancias desorganizadoras de la psique, difícilmente podrán optar a relaciones saludables si no hay nadie que acuda a rescatarlos. Que no nos sorprenda entonces que quienes quedan abandonados a sí mismos, sin nadie que los quiera y sin nadie a quien querer, puedan llegar a desempeñarse con extrema frialdad, crueldad y falta de escrúpulos, lo que supone un gran bagaje y excelente entrenamiento para cometer muy bien el mal. Cuando alguien ha vivido expuesto a la violencia es bastante probable que llegue a ejercerla, como resultado de un aprendizaje malsano. Además, hemos de tener en cuenta que la exclusión social alimenta el resentimiento y

los deseos de venganza.

Para poder contrarrestar el daño anímico que portan los niños maltratados es necesario establecer y poner en marcha programas (acogida familiar, tutores, psicoterapia, preparación académica, capacitación laboral, etc.) que favorezcan el proceso de integración (que es muy diferente de la adaptación forzada o del conformismo) en la comunidad.

Como conclusión merece la pena resaltar la siguiente idea: cada sociedad labra un futuro u otro en función de cómo trata a sus niños. Por eso, cuando el buen trato para con los niños se convierte en el eje de acción de una comunidad se está contribuyendo de la mejor manera posible a la prevención de la criminalidad y de la patología clínica, y al mismo tiempo a la creación de los mimbres de una sociedad tolerante y comprometida.

[154](#) H. G. Wells, «El país de los ciegos», en *El país de los ciegos y otros relatos*, Barcelona, El Aleph, 2005, pág. 37.

[155](#) *Ibíd.*, pág. 50.

[156](#) *Ibíd.*, págs. 50-51.

[157](#) *Ibíd.*, pág. 51.

[158](#) *Ibíd.*, pág. 51.

[159](#) *Ibíd.*, pág. 60.

[160](#) *Ibíd.*, pág. 61.

[161](#) *Ibíd.*, pág. 63.

[162](#) *Ibíd.*, pág. 64.

[163](#) *Ibíd.*, pág. 64.

[164](#) *Ibíd.*, pág. 64.

[165](#) *Ibíd.*, pág. 66.

[166](#) E. Fromm (1953), «Patología de la normalidad del hombre actual», en *La patología de la normalidad*, Barcelona, Paidós, 1994, pág. 20.

[167](#) E. Fromm (1955), *Psicoanálisis de la sociedad contemporánea*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1981, pág. 20.

[168](#) W. Reich (1949), *Análisis del carácter*, en *Obras Escogidas*, Barcelona, RBA, 2006, págs. 43-44.

[169](#) *Ibíd.*, pág. 282.

[170](#) *Ibíd.*, págs. 281-282.

[171](#) *Ibíd.*, pág. 282.

[172](#) *Ibíd.*, pág. 282.

Epílogo

Estar en paz consigo mismo es el medio más seguro de comenzar a estarlo con los demás.

Fray Luis de León

Después de haber dado cuerpo a los diferentes capítulos que integran este libro, voy a destacar aquí, sin tener que ceñirme ya a la estructura básica de un texto expositivo, una serie de consideraciones sobre (el lado sombrío de) la condición humana:

- La violencia constituye el acto de violar, infringir o quebrantar algo.
- El victimario es intolerante al límite ofrecido por el otro, ignora su especificidad, su singularidad, forzándole a recibir aquello que no desea ni acepta.
- La agresividad es un término con una doble acepción: por una parte, hace referencia a la tendencia a actuar o responder violentamente y, por otra parte, hace referencia a empuje, brío y capacidad de decisión para emprender algo y superar las dificultades que se presenten. La agresividad entendida como empuje resulta útil para remarcar la singularidad, en un proceso de diferenciación, para no quedar subsumido en el universo del otro.
- La obediencia ciega (que algunos la contemplan equivocadamente como disposición virtuosa en el cumplimiento del deber o como lealtad virtuosa) es indicadora de que el sujeto ha sido mentalmente invadido o colonizado por el otro y que en su fuero interno vive atrapado por el miedo a mostrarse en su singularidad, debido a la poca estima o valoración que siente por sí mismo.
- Por muy satisfactoria que resulte determinada relación, tarde o temprano surgirán dificultades, tensiones o conflictos. Es algo inherente a la convivencia con el otro. Pues el otro supone otredad, alteridad, diferenciación y diferencia. La cuestión clave radica en qué hacemos o cómo respondemos ante los conflictos.
- Para el tratamiento de los conflictos que varios sujetos o grupos de personas no pueden solucionar entre sí, es conveniente recurrir a la intervención de un tercero que haga de mediador y esté investido de autoridad.
- La violencia que se precipita a partir de la rivalidad y de intereses enfrentados con el otro constituye un fracaso en el abordamiento de los conflictos.
- Desde el principio de toda relación, y como consecuencia de las gratificaciones y frustraciones que se viven con el otro, existe la posibilidad de sentir amor y odio.
- El otro, debido a su singularidad, no tiene por qué comportarse como uno espera o desea que lo haga.
- La tolerancia consiste en la aceptación de la tensión agresiva que nos produce la disonancia con el otro.
- Todos tenemos fantasías agresivas (el deseo de atentar contra la fuente de malestar) y destructivas (el deseo de eliminar de un plumazo todo aquello que nos resulta molesto, displacentero u odioso).
- Hay actividades y espectáculos que favorecen el desahogo emocional.
- La agresividad puede descargarse por acción y/o por identificación.

— La agresividad puede ser ocultada o ignorada a partir de la aplicación de diferentes mecanismos defensivos: represión (sentimientos de culpa, procesos de somatización, conductas de autocastigo, inhibición motora e intelectual, etc.), proyección (atribuyéndose a otro lo que uno siente o desea), formación reactiva (mostrándose por el otro una exagerada amabilidad o cuidados excesivos) y sublimación (canalizándose la energía agresiva hacia tareas o actividades socialmente aceptables).

— Si no reconocemos la hostilidad que nos suscitan determinadas personas en determinados momentos, corremos el riesgo de que aquello que nos hemos obligado a no sentir lo manifestemos de manera desplazada e inconsciente con otras personas y en otras situaciones o en contra de nosotros mismos como síntomas psicossomáticos.

— La represión de la capacidad de sentir puede ocasionar síntomas psicossomáticos y actuaciones inconscientes.

— Hay personas que se atormentan y mortifican por el mero hecho de tener fantasías agresivo-destructivas.

— Quien es desconocedor de la animadversión que le despierta el objeto de amor, detectando exclusivamente aquello que tiene que ver con cariño, atracción o simpatía, es alguien que desconfía de la fuerza y consistencia del vínculo establecido o de lo que el objeto de amor pueda significar realmente para él.

— La negación de ciertas vivencias y fantasías es psicológicamente limitadora y empobrecedora, va en la dirección contraria de la autoaceptación y del conocimiento personal.

— Hay quienes interpretan como señales o indicios de agresión muchas conductas que no lo son; se ven acosados o perseguidos por los otros cuando en verdad lo que les ocurre es que están cautivos de la propia agresividad proyectada.

— En una contienda o guerra las valoraciones negativas que suelen emplearse desde cada una de las partes con respecto a los combatientes y partidarios del bando contrario son intercambiables por coincidentes. Para unos los otros suelen ser visualizados como malos malísimos y para estos otros sus enemigos también. Cada una de las partes contendientes suele calificar la violencia ejercida por sus enemigos como expresión de perversión y maldad, al mismo tiempo que la violencia propia suele percibirse como herramienta necesaria en la lucha por la liberación, como acción defensiva al servicio de los valores más elevados o sagrados.

— La ventaja de tener enemigos, que a veces resultan ser más imaginarios que reales o tan solo imaginarios, es que se les puede utilizar como dianas de proyección, como objetos depositarios de todo aquello que no se puede tolerar o admitir, así como para crear «cemento social», esto es, para cerrar o por lo menos ocultar fisuras entre quienes se contemplan como aliados.

— La agresión en algunos casos y momentos es defensiva mientras que en otros casos y momentos responde a una ideación persecutoria.

— La agresión defensiva consiste en el uso de la fuerza con objeto de contrarrestar determinada forma de abuso o un ataque que amenaza la supervivencia física.

— La agresión persecutoria consiste en la producción de daño por motivos de intolerancia y es consecuencia de la incapacidad para sostener y procesar psíquicamente lo acontecido.

— En ciertos momentos o en presencia de ciertos individuos resulta peligroso iniciar una discusión, en tanto que hay muchas probabilidades de que la discrepancia precipite la agresión verbal y/o física.

— Hay lugares y momentos en que la disidencia o singularidad es perseguida con voluntad de exterminio.

— Quien tiene criterio personal y libertad de pensamiento en un lugar o entorno donde no cabe la independencia sino la exigencia de sometimiento corre el riesgo de ser castigado, perseguido y destruido.

— El sujeto perseguido por su singularidad, mientras no cambien las condiciones ambientales en que se ve inmerso, vive el drama de tener que elegir entre la aprobación de los otros y la fidelidad a sí mismo.

— Quien se siente marginado y/o maltratado alberga gran resentimiento y deseos de venganza.

— Hay individuos que maltratan sin piedad, o que incluso llegan a matar, a quien se aparta o se separa de ciertos ideales; su ceguera emocional les impide tomar conciencia de que las mejores pretensiones dejan de tener validez y sustento ético si no tienen como referente el respeto para con el otro.

— En la dictadura de la normalidad o de la idealidad cualquier desviación identitaria es considerada peligrosa.

— La persecución (irracional) al otro remite a la persecución interna del propio perseguidor, al rechazo que siente hacia ciertas parcelas de sí mismo y que se ve en la necesidad de proyectar.

— Lo proyectado pueden ser tanto características negativas como positivas, pero que, en cualquier caso, son incompatibles con la estructura del *self*.

— Dependiendo de lo que se proyecte el otro puede ser demonizado o divinizado.

— El peligro de quien ignora ciertas parcelas de sí mismo es que las proyecte y persiga en el otro como si este fuera un enemigo real, cuando no es más que un enemigo imaginario.

— El perseguidor (irracional) juzga al sujeto perseguido, esto es, al destinatario de sus proyecciones, con la severidad que teme ser tratado.

— El afán persecutorio constituye el reflejo de la intolerancia para con uno mismo.

— El uso de la fuerza con objeto de aplastar o negar el reconocimiento del otro revela en el victimario su intolerancia, su pobre bagaje psicológico-relacional así como la gran decepción o insatisfacción personal que le embarga, su amargura interior, que se ve incapaz de afrontar, temeroso de encontrarse consigo mismo.

— La persona sana tiene una actitud abierta y exploradora. Habitualmente ofrece muestras de su capacidad para interrogarse y para cuestionar las afirmaciones vertidas sobre los otros, lo que a su vez supone voltear la mirada hacia el autor de las afirmaciones.

— No pocas veces las evaluaciones dicen más del sujeto evaluador que del objeto o sujeto evaluado.

— Aceptar la posibilidad de que el prójimo no coincida con la percepción que se tiene de él, abre la posibilidad de conocerlo en profundidad.

— La persona en contacto con su ser suele mostrarse tolerante y empática.

— Quien está abierto a su mundo experiencial, abierto al contacto con sus

necesidades, sufrimientos y limitaciones, tiene sensibilidad para contactar con las vivencias de los demás.

— Cada cual trata al prójimo según su grado de autoaceptación.

— Algunas ideas propiciadoras y sostenedoras de la conducta violenta son las siguientes: «la gente merece ser castigada», «quien sufre alguna desgracia o resulta dañado será por algo», «si no estás conmigo, estás contra mí», «hay gente que está pidiendo (a gritos) que se le mate», «todos robamos, violamos y matamos de una manera u otra», «el único lenguaje que entienden es el del palo», «algunos somos superiores a otros», «no son seres humanos sino...».

— Cuando el otro es visualizado fuera de la categoría humana, cuando se le percibe como subhumano o como si perteneciera a otra especie, cualquier ataque contra él suele justificarse como acto de autodefensa.

— La corrupción, la impunidad y la injusticia son cánceres del tejido social que van minando la confiabilidad en la ley social y, en la medida que tal cosa ocurre, se va instalando el planteamiento del «sálvese quien pueda», la ley del más fuerte, el uso de la violencia.

— «El que pega para enseñar está enseñando a pegar». Así pues, no solo ha de considerarse el contenido de lo que se transmite sino también su soporte de transmisión, porque a veces el medio utilizado deviene en mensaje.

— Hay gente que es formada desde el respeto y el buen trato mientras que otra gente es instruida en el odio y el uso de la violencia.

— Las intervenciones nocivas para con el niño repercuten negativamente en su desarrollo emocional.

— El desarrollo emocional depende en gran medida del trato que un sujeto reciba por parte de las figuras parentales durante su infancia.

— La conformación psíquica de un sujeto y sus reacciones no son entendibles al margen de los procesos históricos y relacionales en que se ve inmerso.

— Los factores familiares y sociales, especialmente durante la infancia, sin duda alguna producen consecuencias y efectos sobre el psiquismo de todo ser humano, lo que se trasluce en la percepción que alguien pueda tener de los otros y de sí mismo, en sus fantasías inconscientes, en su forma de ser y de relacionarse.

— En todos y cada uno de nosotros germinan semillas diversas, más o menos cultivadas, en función de los avatares de nuestro desarrollo emocional y del contexto sociocultural, por las cuales podemos llegar a revelar, de manera circunstancial o duradera, lo mejor o lo peor, según el caso, de la condición humana.

— El ser humano ha creado la orquesta de cámara y la cámara de gas.

— La apuesta por la convivencia en libertad conlleva la tarea de trabajar mucho y bien en el cultivo de pautas tolerantes y saludables de relación.

— Todos y cada uno de nosotros somos partícipes y artífices del mundo en que vivimos.

Bibliografía

- Alexander, F. y Staub, H., *El delincuente y sus jueces desde el punto de vista psicoanalítico*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1961.
- Baudrillard, J. (1990), *La transparencia del mal*, Barcelona, Anagrama, 1991.
- Bion, W. R. (1962), «Una teoría del pensamiento», en *Volviendo a pensar*, Buenos Aires, Hormé, 1996.
- Camus, A., «Reflexiones sobre la guillotina», en A. Koestler y A. Camus, *La pena de muerte*, Buenos Aires, Emecé, 1972.
- Cooke, D. J. (2000), «La psicopatía, el sadismo y el asesinato en serie», en A. Raine y J. Sanmartín, *Violencia y psicopatía*, Barcelona, Ariel.
- Diatkine, R. y Favreau, J. (1960), «Le psychiatre et les parents», citado por S. Lebovici y M. Soulé, en *El conocimiento del niño a través del psicoanálisis*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993.
- Dolto, F. (1977), *Tener hijos/I. ¿Niños agresivos o niños agredidos?*, Barcelona, Paidós/Pomare, 1981.
- (1994), *¿Cómo educar a nuestros hijos?*, Barcelona, Paidós, 1998.
- Fenichel, O. (1945), *Teoría psicoanalítica de las neurosis*, en *Obras Escogidas*, Barcelona, RBA, 2006.
- Freud, S. (1905), *Tres ensayos para una teoría sexual*, en *Obras Completas*, tomo 2, Madrid, Biblioteca Nueva, 2007.
- (1913), «Múltiple interés del psicoanálisis», en *Obras Completas*, tomo 2, Madrid, Biblioteca Nueva, 2007.
- (1915), «Los instintos y sus destinos», en *Obras Completas*, tomo 2, Madrid, Biblioteca Nueva, 2007.
- (1915), «Consideraciones de actualidad sobre la guerra y la muerte», en *Obras Completas*, tomo 2, Madrid, Biblioteca Nueva, 2007.
- (1919), «Pegan a un niño», en *Obras Completas*, tomo 3, Madrid, Biblioteca Nueva, 2007.
- Freud, S. (1920), *Más allá del principio del placer*, en *Obras Completas*, tomo 3, Madrid, Biblioteca Nueva, 2007.
- (1921), *Psicología de las masas y análisis del yo*, en *Obras Completas*, tomo 3, Madrid, Biblioteca Nueva, 2007.
- (1930), *El malestar en la cultura*, en *Obras Completas*, tomo 3, Madrid, Biblioteca Nueva, 2007.
- (1933), *Nuevas lecciones introductorias al psicoanálisis*, en *Obras Completas*, tomo 3, Madrid, Biblioteca Nueva, 2007.
- Fromm, E. (1953), «Patología de la normalidad del hombre actual», en *La patología de la normalidad*, Barcelona, Paidós, 1994.
- (1955), *Psicoanálisis de la sociedad contemporánea*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1981.
- (1974), *Anatomía de la destructividad humana*, México, Siglo XXI, 1997.
- Ginsberg, A. (1992), *Entrevista con Kuklinski*, en *America Undercover*, HBO.
- (2001), *Entrevista con Kuklinski. 2.ª parte*, en *America Undercover*, HBO.
- Girard, R. (1972), *La violencia y lo sagrado*, Barcelona, Anagrama, 1983.
- Gordon, J. (2006), *Sexo en secreto*, en *Documentos TV*, Televisión Española.
- Hare, R. D. (1970), *La psicopatía*, Barcelona, Herder, 1984.
- (1993), *Sin conciencia*, Barcelona, Paidós, 2003.
- (2000), «La naturaleza del psicópata: algunas observaciones para entender la violencia depredadora humana», en A. Raine y J. Sanmartín, *Violencia y psicopatía*, Barcelona, Ariel.
- Horney, K. (1932), «Problemas del matrimonio», en *Psicología femenina*, Madrid, Alianza, 1986.
- (1932), «El miedo a la mujer», en *Psicología femenina*, Madrid, Alianza, 1986.
- Kernberg, O. (1995), *Relaciones amorosas*, Buenos Aires, Paidós, 1997.
- Klein, M. (1960), «Sobre la salud mental», en *Obras Completas*, tomo 3, Barcelona, Paidós, 1994.
- Lacan, J. (1975), *Aun*, en *El seminario*, vol. 20, Buenos Aires, Paidós, 1981.
- Marlasca, M. y Rendueles, L. (2002), *Así son, así matan*, Madrid, Temas de Hoy.
- McCord, W. y McCord, J., *El psicópata*, Buenos Aires, Hormé, 1966.
- Miller, A. (1988), *El saber proscrito*, Barcelona, Tusquets, 1998.
- Milmaniene, J. E. (1995), *El goce y la ley*, Buenos Aires, Paidós.
- Nasio, J. D. (1988), *Enseñanza de 7 conceptos cruciales del psicoanálisis*, Barcelona, Gedisa, 1989.
- (1992), *Cinco lecciones sobre la teoría de Jacques Lacan*, Barcelona, Gedisa, 1993.
- Ortega, J. A. (2004), «El secuestro: la nueva forma de tortura del siglo XXI», en *Entorno*, año 16, núm. 191, julio, México.
- Peregil, F. (1996), «...Y mato porque me toca», en VV. AA., *Los sucesos*, Madrid, *El País*.
- Phillips, A. (1998), *Una defensa del masoquismo*, Barcelona, Alba.
- Reich, W. (1926), «Los padres como educadores: la compulsión a educar y sus causas», en W. Reich y V.

- Schmidt, *Psicoanálisis y educación 2*, Barcelona, Anagrama, 1973.
- (1945), *La revolución sexual*, Barcelona, Planeta-Agostini, 1985.
 - (1949), *Análisis del carácter*, en *Obras Escogidas*, Barcelona, RBA, 2006.
 - *La función del orgasmo*, en *Obras Escogidas*, Barcelona, RBA, 2006.
 - (1967), *Reich habla de Freud*, Barcelona, Anagrama, 1970.
- Rojas Marcos, L. (2004), *Las semillas de la violencia*, Madrid, Espasa, 2008.
- Sacher-Masoch, L. (1870), *La Venus de las pieles*, Barcelona, Tusquets, 2006.
- Sade, Marqués de (1795), *La filosofía en el tocador*, Madrid, Valdemar, 2004.
- Sáez, F. y Viñuales, O. (2007), *Armarios de cuero*, Barcelona, Bellaterra.
- Stoller, R. J. (1991), *Dolor y pasión*, Buenos Aires, Manantial, 1998.
- Urta, J. (1997), *Violencia. Memoria amarga*, Madrid, Siglo XXI.
- Wells, H. G., «El país de los ciegos», en *El país de los ciegos y otros relatos*, Barcelona, El Aleph, 2005.
- Winnicott, D. W. (1946), «Algunos aspectos psicológicos de la delincuencia juvenil», en *Deprivación y delincuencia*, Buenos Aires, Paidós, 1996.
- (1950), «Algunas reflexiones sobre el significado de la palabra “democracia”», en *Obras Escogidas*, vol. 3, Barcelona, RBA, 2007.
 - (1954), «Necesidades de los niños menores de cinco años en una sociedad cambiante», en *El niño y el mundo externo*, Buenos Aires, Hormé, 1993.
 - (1957), «La contribución de la madre a la sociedad», en *Obras Escogidas*, vol. 3, Barcelona, RBA, 2007.
 - (1962), «La integración del yo en el desarrollo del niño», en *Los procesos de maduración y el ambiente facilitador*, Barcelona, Paidós, 1993.
 - (1971), *Realidad y juego*, Buenos Aires, Gedisa, 1982.

Índice

Prólogo	7
Presentación	12
1. Guía de contenidos	12
2. Público destinatario	14
3. Agradecimientos	14
4. Notas del autor	15
5. Correspondencia	15
Capítulo I	16
Una labor de búsqueda a través del homicidio	16
I.1. Dicotomía del superyó	16
I.2. Caso Rosado	18
I.3. Narcisismo y proyección	19
I.4. La necesidad de sentir	22
I.5. Respuesta frente a lo displacentero y pulsión de muerte	24
I.6. Acerca de la naturaleza humana	25
I.7. La herida narcisista	27
Capítulo II	31
Entrevistas en profundidad con un recluso	31
II.1. Las parcelas del «self»	31
II.2. Análisis del discurso y subjetividad	32
II.3. Caso Oruan	37
II.3.1. Doble personalidad y efectos del alcohol	37
II.3.2. Proyección de la culpa	38
II.3.3. Percepción del hombre y labor de desenmascaramiento	40
II.3.4. Autoridad no reconocida	42
II.3.5. Crítica de los otros y castigo	43
II.3.6. Cadena de violaciones y relaciones con las mujeres	47
II.3.7. Vulnerabilidad, carencia afectiva y depresión	49
II.4. Un callejón sin salida	51
Capítulo III	53
Los delincuentes violentos también son seres humanos	53
III.1. Sentimiento de venganza	53
III.2. De la venganza a la justicia	54
III.3. Cuando el criminal es excluido del registro humano	55
III.4. Caso Arizmendi	56

III.5. Consecuencias jurídicas y control interno	58
III.6. La inclusión de (todo) lo criminal en el registro humano	59
Capítulo IV	62
Integración psicológica y relaciones interpersonales	62
IV.1. Uso del objeto	62
IV.2. La alteridad	64
IV.3. Lo peligrosamente próximo	65
IV.4. Discurso colonizador	67
IV.5. Integración del sí mismo	68
Capítulo V	71
Padre protector versus padre persecutorio	71
V.1. Desobediencia y proceso de individuación	71
V.2. articulación con la ley	72
V.3. Caso El Hombre de Hielo	74
V.4. Elaboración «versus» repetición	76
V.5. La actitud desafiante de un niño	77
V.6. La incidencia de la paternidad	78
Capítulo VI	80
Los psicópatas	80
VI.1. Empatía	80
VI.2. Psicopatía y criminalidad	80
VI.3. Sadismo	82
VI.4. Crimen psicopático «versus» crimen delirante	82
VI.5. ¿Ausencia de sentimiento de culpa?	83
VI.6. Vida afectiva	85
Capítulo VII	87
Sadomasoquismo versus sadismo	87
VII.1. Lo social en la sexualidad	87
VII.2. La dominación regulada	88
VII.3. A los pies de una diosa	90
VII.4. La transmutación del dolor en placer	91
VII.5. El buen hacer del dominante	93
VII.6. La dominación desbordante, sin cortapisas	96
VII.7. Por la tolerancia hacia las diferentes prácticas sexuales consensuadas	98
Capítulo VIII	101
El hombre machista y maltratador	101
VIII.1. La violencia de pareja	101

VIII.2. El machismo	102
VIII.3. La adscripción al ideario machista	104
VIII.4. El miedo a la mujer	105
VIII.5. El afán de posesión y control	108
VIII.6. Por una relación simétrica y respetuosa	111
Capítulo IX	115
El cultivo de la salud mental	115
IX.1. Dependencia infantil	115
IX.2. Sostenimiento y aplicación racional de límites	116
IX.3. Intervenciones nocivas	118
IX.3.1. Insensibilidad ante el llanto	119
IX.3.2. Uso del miedo	119
IX.3.3. Prohibiciones perjudiciales	120
IX.3.4. Maltrato «educativo»	120
IX.4. Intervenciones saludables	121
IX.5. Los cultivadores	124
Capítulo X	126
El talante grupal	126
X.1. El impacto social de la singularidad	126
X.2. La plaga emocional	129
X.3. La convivencia entre diferentes	132
X.4. El acercamiento social a la niñez	134
Epílogo	136
Bibliografía	140